ERNEST

HEMINGWAY



FIESTA

FIESTA

ERNEST HEMINGWAY

EDITORIAL SEIX BARRAL, S.A.
Título Original: The sun also rises
Traducción de M. Solá
Impreso en España, mayo de 1985

ÍNDICE

Este libro está dedicado a Hadley
y a John Hadley Nicanor

Ninguno de los personajes de este libro
está tomado de la realidad

Libro primero

Capítulo primero

Robert Cohn había sido en un tiempo campeón de pesos medios en Princeton. No vayáis a creer que un título de boxeo me impresione en gran manera; pero, para Cohn, significaba muchísimo. No le gustaba nada el boxeo; a decir verdad, lo detestaba. Si lo había aprendido a fondo, después de arduo esfuerzo, había sido para contrarrestar el sentimiento de inferioridad y timidez que sintió al ser tratado como judío en Princeton. Le procuraba cierto consuelo íntimo saber que podía tumbar a cualquiera que fuese insolente con él, aunque, como era muy tímido y una buena persona por naturaleza, no peleó nunca excepto en el gimnasio. Era el discípulo más brillante de Spider Kelly. Spider Kelly enseñaba a todos sus jóvenes caballeros a boxear como pesos pluma, tanto si pesaban ciento cinco libras como doscientas cinco; pero, por lo que parece, a Cohn el método le sentó como un guante. Era tan bueno que Spider pronto le hizo competir con gente que lo aventajaba; la consecuencia fue que le quedó la nariz aplastada para toda la vida. Esto acentuó la aversión de Cohn por el boxeo, pero le proporcionó al mismo tiempo una extraña satisfacción y, desde luego, mejoró su nariz. En su último año en Princeton leyó demasiado y se acostumbró a llevar gafas. No encontré nunca a nadie de su promoción que se acordase de él, ni siquiera de que había sido campeón de pesos medios.

Desconfío de todas las personas francas y sencillas, especialmente cuando sus historias parecen tener lógica, y siempre me quedé con la sospecha de que tal vez Robert Cohn no había sido nunca campeón de pesos medios; quizá un caballo le había pisado la cara, o quizá su madre había tenido un susto o había visto algo, o quizá él, de niño, se había dado un porrazo. Pero al fin encontré a alguien que consiguió comprobar aquella historia preguntándosela al mismo Spider Kelly. Spider Kelly no sólo recordaba a Cohn, sino que se había preguntado a menudo qué se había hecho de él.

Robert Cohn pertenecía a una de las familias judías más ricas de Nueva York, por parte de su padre, y a una de las más antiguas, por parte de su madre. En la escuela militar donde se preparó para entrar en Princeton y fue al mismo tiempo un excelente extremo del equipo de fútbol, nadie le había hecho tomar conciencia de su raza. Nadie le había hecho sentir que era judío y distinto, por tanto, a todos los demás, hasta que fue a Princeton. Era un muchacho amable, afectuoso y muy tímido, y ese asunto le amargó la vida. Se desahogó boxeando, y salió de Princeton con un penoso complejo de inferioridad y con la nariz aplastada. Se casó con la primera chica que fue amable con él. Estuvo casado durante cinco años, tuvo tres hijos, perdió la mayor parte de los cincuenta mil dólares que su padre le había dejado —el resto de los bienes había ido a parar a su madre— y se templó en el poco atractivo molde de la infelicidad doméstica con una mujer rica. Y, precisamente cuando hubo tomado la resolución de dejar a su mujer, fue ella quien le dejó a él, largándose con un miniaturista. Como había estado pensando meses y meses en dejarla y no lo había hecho por considerar demasiado cruel privarla de su compañía, su partida le ocasionó un shock muy saludable.

Se tramitó el divorcio y Robert Cohn se marchó a la costa. En California fue a parar en un grupo de gente de letras y, como le quedaba todavía algo de los cincuenta mil que heredó, al cabo de poco tiempo estaba subvencionando una revista artística, que empezó a publicarse en Carmel, California, y acabó en Provincetown, Massachusets. Por aquella época, Cohn, que hasta entonces había sido considerado sólo como un mecenas y cuyo nombre había aparecido únicamente en la primera página, en calidad de miembro de la junta consultiva, se había convertido en redactor único. El dinero era suyo, y descubrió que le gustaba la autoridad que

confería el ser redactor. Cuando la revista resultó demasiado cara y tuvo que renunciar a ella, lo sintió.

En aquellos momentos, sin embargo, eran otras las cosas que le preocupaban. Una dama, que esperaba ascender con la revista, le había echado el lazo; era muy enérgica y Cohn no tenía ni una sola posibilidad de evitar que le manejara. Además, estaba seguro de que la quería. Cuando la dama en cuestión vio que la revista no se levantaría, se disgustó un poco con Cohn, y decidió que más valía obtener lo que fuera posible mientras quedara todavía algo por adquirir. De modo que insistió para que se marcharan a Europa; allí Cohn podría escribir. Fueron a Europa, donde la dama había sido educada, y se quedaron tres años, de los cuales pasaron uno viajando y los dos restantes en París. Durante este tiempo Cohn tuvo dos amigos, Braddocks y yo: Braddocks era su amigo literario, yo su amigo de tenis.

La dama que lo tenía en sus manos, y que se llamaba Frances, descubrió, a fines del segundo año, que su belleza se iba marchitando, y su actitud para con Robert pasó de una despreocupada posesión y explotación a la decisión irrevocable de que él tenía que casarse con ella. Por esta época la madre de Robert Cohn le había fijado una asignación mensual de unos trescientos dólares. Durante dos años y medio, no creo que Robert Cohn mirara a otra mujer. Era razonablemente feliz, con la excepción de que, al igual que muchos que viven en Europa, hubiera preferido estar en América, y había descubierto el arte de escribir. Compuso una novela que, en realidad, no era tan mala como dijeron más tarde los críticos, aunque sí muy pobre. Leía mucho, jugaba al bridge y boxeaba en un gimnasio local.

Me di cuenta por primera vez de la actitud de su dama para con él una noche en que, tras haber cenado los tres juntos en el Avenue, fuimos al Café Versailles, a tomar café y, después de unos cuantos fines, dije que iba a marcharme. Cohn había hablado de irnos los dos de viaje a algún sitio un fin de semana. Quería salir de la ciudad y dar una buena caminata. Sugerí que podíamos ir en avión hasta Estrasburgo y desde allí llegar andando hasta Sainte Odile o cualquier otro lugar de Alsacia.

—En Estrasburgo conozco a una chica que nos puede enseñar la ciudad —dije.

Alguien me dio un puntapié por debajo de la mesa. Creí que había sido sin querer y continué:

—Hace dos años que está allí y sabe todo lo que hay que saber sobre la ciudad. Es una chica estupenda.

Me dieron otro puntapié por debajo de la mesa; miré y vi a Frances, la dama de Robert, con la barbilla levantada y el rostro endurecido.

—En fin —dije—, ¿por qué ir a Estrasburgo? Podemos ir a Brujas o a las Ardenas.

Cohn pareció quitarse un peso de encima y yo no volví a recibir ningún puntapié. Di las buenas noches y salí. Cohn dijo que quería comprar un periódico y que me acompañaría hasta la esquina.

—¡Por Dios! —dijo—, ¿a santo de qué has dicho lo de la chica de Estrasburgo? ¿Es que no te has fijado en Frances?

—No. ¿Por qué razón tenía que ocurrírseme? Si conozco a una chica americana que vive en Estrasburgo, ¿qué caray tiene que ver eso con Frances?

—Tanto da una como otra. Cualquier chica. No podré ir, eso es todo.

—No seas imbécil.

—Tú no conoces a Frances. Absolutamente todas las chicas. ¿No viste qué cara ponía?

—¡Oh, está bien! —dije—. Vayamos a Senlis, pues.

—No te enfades.

—No estoy enfadado. Senlis es un buen sitio; podemos hospedarnos en el Grand Cerf, dar una caminata por los bosques y volver a casa.

—Bueno, eso estará bien.

—En fin, te veré mañana en el campo.

—Buenas noches, Jake —dijo, y echó a andar hacia el café.

—Te has olvidado del periódico.

—Es verdad.

Anduvo conmigo hasta el quiosco de la esquina.

—No te has molestado, ¿verdad, Jake? —preguntó volviéndose con el periódico en la mano.

—No, ¿por qué iba a hacerlo?

—Nos veremos en el tenis —dijo.

Le observé mientras volvía al café con su periódico. Le tenía bastante simpatía, y era evidente que la vida que ella le proporcionaba no era lo que se dice una delicia.

Capítulo II

Aquel invierno Robert Cohn se fue a América con su novela que le fue aceptada por un buen editor. Su marcha originó, al parecer, una terrible pelea. Creo que fue entonces cuando Frances lo perdió, pues en Nueva York varias mujeres fueron amables con él y regresó muy cambiado. Estaba más entusiasmado que nunca con los Estados Unidos, y no era ya ni tan sencillo ni tan amable. Los editores habían alabado en gran manera su novela, y eso se le había subido a la cabeza. Además, diversas mujeres se habían desvivido por serle agradables, cosa que trastocó todos sus horizontes. Durante cuatro años se había limitado exclusivamente a su mujer, y durante tres más, o casi tres, no había visto más allá de Frances. Estoy seguro de que jamás en su vida se había enamorado.

Se había casado de rechazo, como reacción contra el cochino tiempo que había pasado en la Universidad, y Frances lo pescó también de rechazo, cuando él se dio cuenta de que no lo había sido todo para su primera mujer. No es que estuviera enamorado todavía, pero comprobaba que era un polo de atracción para las mujeres, y que el hecho de que una se preocupara por él y quisiera vivir con él no era sencillamente un milagro del cielo. Eso le hizo cambiar de tal forma que ya no resultaba tan agradable estar a su lado. Por otra parte, en una serie de partidas de bridge con sus amistades de Nueva York, en las que se jugaban cantidades algo superiores a lo que le permitían sus medios económicos, hizo apuestas y la cosa le salió bien, por lo que se embolsó unos cuantos centenares de dólares. Desde entonces se envanecía de su bridge y decía a menudo que un hombre puede siempre ganarse la vida con él, en caso de que se vea forzado a hacerlo.

Además, había otra cosa: se había dedicado a leer a W. H. Hudson. Eso parece a simple vista una ocupación inocente. Pero es que Cohn había leído y releído The purple land. The purple land es un libro sumamente funesto si uno lo lee demasiado tarde en la vida. Narra los espléndidos amores imaginarios de un intachable gentleman inglés en un país extraordinariamente romántico, de paisajes muy bien descritos. Que un hombre lo adopte a los treinta y cuatro años como guía para todos los aspectos de la vida, resulta aproximadamente tan peligroso como lo sería para un hombre de la misma edad pasar directamente de un convento francés a Wall Street, equipado con una colección completa de los más prácticos libros de Alger. Creo que Cohn se tomó cada una de las palabras de The purple land en sentido tan literal como si se tratara de un informe de R. G. Dun. Entendámonos bien; hizo algunas salvedades, pero, en conjunto, el libro le pareció intachable. Era todo lo que se necesitaba para dispararlo. No me di cuenta del grado en que lo había excitado hasta un día en que se me presentó en el despacho.

—Hola, Robert —dije—. ¿Has venido a darme ánimos?

—¿Te gustaría ir a Sudamérica, Jake? —me preguntó.

—No.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Nunca he tenido ganas de ir. Demasiado caro. Además, en París uno puede ver a todos los sudamericanos que quiera.

—No son los auténticos sudamericanos.

—Pues a mí me parecen terriblemente auténticos.

Tenía que llevar al barco correo un paquete con las narraciones de aquella semana y había escrito sólo la mitad.

—¿Sabes algo sucio? —pregunté.

—No.

—¿No se divorcia ninguna de tus amistades de alto copete?

—No. Oye, Jake, si yo pagase los gastos de los dos, ¿querrías venir conmigo a Sudamérica?

—¿Por qué precisamente yo?

—Porque hablas español. Y los dos juntos nos divertiríamos más.

—No —dije—. Me gusta esta ciudad, y en verano me voy a España.

—Toda mi vida he querido hacer un viaje como éste —dijo Cohn sentándose—. Y, cuando pueda, ya seré demasiado viejo.

—No seas estúpido —repliqué—. Puedes ir adonde quieras. Tienes dinero de sobra.

—Ya lo sé. Pero no soy capaz de ponerme en marcha.

—No te lo tomes tan a pecho —dije—. Ver países es lo mismo que ir al cine.

Pero me dio lástima. Se le presentaban mal las cosas.

—No puedo soportar la idea de que mi vida se va con tanta rapidez y yo no la vivo realmente.

—Nadie vive su vida hasta apurarla, excepto los toreros.

—No me interesan los toreros. Es una vida anormal. Quiero volver a la vida en contacto con la naturaleza, en Sudamérica. Podríamos hacer un gran viaje.

—¿No has pensado nunca en ir a cazar al África Oriental Inglesa?

—No, no me gustaría.

—Ahí sí que te acompañaría.

—No, no me interesa.

—Es porque nunca has leído libros sobre eso. Anda, coge alguno que esté lleno de amores con hermosas y deslumbrantes princesas negras.

—Yo quiero ir a Sudamérica.

Tenía una inflexibilidad y testarudez muy judías.

—Bajemos a beber algo.

—¿No estás trabajando?

—No —dije.

Bajamos al café que había en la planta baja de la casa. Había descubierto que era la mejor manera de zafarme de los amigos. Después de beber algo, no tenía más que decir: «Bueno, tengo que volver arriba a enviar unos cablegramas», y ya estaba. En el oficio de periodista, en cuya ética tiene tanta importancia que uno no dé nunca la impresión de estar trabajando, es muy importante encontrar salidas decorosas como ésta. En fin, bajamos al bar y tomamos un whisky con soda. Cohn miraba las botellas colocadas en sus nichos por todas las paredes.

—Es un buen sitio —dijo.

—Hay una buena cantidad de alcohol —admití.

—Oye, Jake —dijo inclinándose hacia delante para apoyarse en la barra—, ¿no has tenido nunca la impresión de que tu vida se te escurre sin que tú le saques el jugo? ¿Te das cuenta de que has vivido ya casi la mitad de lo que durará tu vida?

—Sí, de vez en cuando.

—¿Sabes que dentro de treinta y cinco años habremos muerto?

—Pero, ¿qué sandeces estás diciendo, Robert? —exclamé.

—Hablo en serio.

—Es algo que no me preocupa.

—Pues tendría que preocuparte.

—Siempre he tenido quebraderos de cabeza en un momento u otro. He terminado con las preocupaciones.

—Pues yo quiero ir a Sudamérica.

—Oye, Robert, ir a otro país no cambia en absoluto las cosas. Yo lo he probado. No puedes huir de ti mismo por el mero hecho de trasladarte de un sitio a otro. No se logra nada así.

—Pero tú nunca has estado en Sudamérica.

—¡Al infierno Sudamérica! Si fueras allí en tu actual estado de ánimo sería exactamente lo mismo. Esta es una buena ciudad. ¿Por qué no empiezas a vivir tu vida en París?

—Estoy harto de París y estoy harto del Quartier.

—Pues no te acerques por el Quartier. Dedícate a dar vueltas por ahí tú solo y ya verás lo que ocurre.

—Lo que es a mí, no me ocurre nada. Estuve andando solo durante toda una noche y no pasó nada, si no es que un guardia en bicicleta me detuvo y me pidió la documentación.

—¿Y no era bonita, de noche, la ciudad?

—No me interesa París.

Y no le pude sacar de ahí. Lo sentía por él, pero era imposible hacer nada, porque uno chocaba con una doble obstinación: Sudamérica podía arreglar las cosas, y no le gustaba París. La primera idea la había sacado de un libro, y supongo que con la segunda había ocurrido otro tanto.

—Bueno —dije—, tengo que ir arriba a enviar unos cables.

—¿De verdad tienes que irte?

—Sí, he de despachar estos cables.

—¿Te importa que suba y me siente en el despacho?

—No. Sube.

Se sentó en la habitación que daba al exterior y leyó los periódicos, mientras el redactor, el editor y yo trabajábamos de firme durante dos horas. Al terminar, separé las copias, las sellé y coloqué todo el material en un par de sobres grandes de papel de embalaje y llamé a un chico para que los llevara a la Gare Saint-Lazare. Entré en la otra habitación. Robert Cohn estaba dormido en el sillón, con la cabeza apoyada en los brazos. No me gustaba tener que despertarlo, pero quería cerrar el despacho y largarme. Le puse la mano en el hombro y sacudió la cabeza: «No puedo hacerlo», dijo, y hundió todavía mas la cabeza entre los brazos. «No puedo hacerlo. Nada me obligará a hacerlo.»

—Robert —dije, cogiéndolo por los hombros y zarandeándolo.

Levantó la vista, sonrió y parpadeó.

—¿He hablado en voz alta?

—Algo decías. Pero no quedaba claro.

—¡Dios mío, qué sueño más inmundo!

—¿Fue la máquina de escribir la que te hizo dormir?

—Creo que sí. No he pegado ojo en toda la noche.

—¿Qué te pasaba?

—Estuve hablando.

Me imaginé la escena. Tengo la vergonzosa costumbre de imaginarme las escenas de alcoba de mis amigos. Fuimos al Café Napolitain a tomar el aperitivo y a contemplar el gentío vespertino que pasaba por el Boulevard.

Capítulo III

Era una tibia noche de primavera. Robert se había ido y yo seguía sentado a una mesa en la terraza del Napolitain, contemplando la caída de la noche, la aparición de los anuncios luminosos, las señales rojas y verdes del tránsito, la multitud que pasaba, los coches de caballos que marchaban con su clop-clop por el borde de las compactas filas de taxis, y las poules que, solas o en parejas, iban en busca de su comida vespertina. Me fijé en una chica bien parecida; pasó por delante de mi mesa, siguió calle arriba y la perdí de vista. Mientras observaba a otra, vi que la primera volvía a acercarse. Pasó ante mí otra vez, se cruzaron nuestras miradas, y entonces vino y se sentó a la mesa. Apareció el camarero.

—¿Qué vas a tomar? —le pregunté.

—Pernod.

—Eso no es bueno para chiquillas.

—Chiquilla lo serás tú. Dites, garçon, un pernod.

—Un pernod para mí, también.

—¿Qué? —preguntó—, ¿estamos de fiesta?

—Claro. ¿Tú no?

—No lo sé. En esta ciudad, una nunca lo sabe.

—¿No te gusta París?

—No.

—¿Por qué no te vas a otro sitio?

—No hay otro sitio.

—¡Ah, muy bien, estás satisfecha!

—¡Satisfecha! ¡Y un cuerno!

El pernod es una especie de absenta de tono verdoso. Cuando se le añade agua, se vuelve lechoso. Sabe a regaliz y levanta mucho los ánimos, pero la resaca que sigue es todavía más considerable. Estuvimos allí sentados, bebiendo. La chica parecía hosca.

—Bueno —pregunté—, ¿me vas a pagar la cena?

Sonrió, y comprendí por qué tenía por principio no reírse. Con la boca cerrada era una chica bastante bonita. Pagué las consumiciones y salimos a la calle. Hice señas a un fiacre y el cochero detuvo el caballo al borde de la acera. Instalados en el fiacre, de lento y suave andar, recorrimos la Avenue de l'Opéra, ancha, resplandeciente y casi desierta, y pasamos ante las tiendas de puertas cerradas y escaparates iluminados. El fiacre pasó por delante del despacho del New York Herald, con su escaparate lleno de relojes.

—¿Para qué sirven todos esos relojes? —preguntó ella.

—Indican la hora que es en toda América.

—No me tomes el pelo.

Doblamos la Avenue para tomar la Rue des Pyramides y, después de sortear el tránsito de la Rue de Rívoli, entramos en las Tullerías por un oscuro portal. Ella se apretó contra mí y yo la rodeé con el brazo. Levantó la cara para que la besara. Me tocó con la mano y yo se la retiré.

—No, no te molestes.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—Sí.

—Todo el mundo está enfermo. Yo también lo estoy.

Dejamos las Tullerías y salimos de nuevo a la luz, cruzamos el Sena y subimos por la Rue des Saints Pères.

—No deberías beber pernod, si estás enfermo.

—Tú tampoco.

—Conmigo no importa. Para una mujer no tiene importancia.

—¿Cómo te llamas?

—Georgette. ¿Y tú?

—Jacob.

—Es un nombre flamenco.

—También americano.

—¿No eres flamenco?

—No, americano.

—Mejor; detesto a los flamencos.

Estábamos ya ante el restaurante. Dije al cochero que parara. Bajamos, y Georgette no se mostró muy complacida con el aspecto del local:

—Como restaurante no es gran cosa.

—No —dije yo—. Quizá preferirías ir al Foyot. ¿Por qué no retienes el fiacre y continúas?

Me la había llevado movido por la vaga y sentimental idea de que sería bonito comer con alguien. Hacía mucho tiempo que no había cenado con una poule, y había olvidado hasta qué punto puede resultar aburrido. Entramos en el restaurante, pasamos junto a Madame Lavigne, que estaba en la caja, y nos metimos en una salita. Georgette se animó un poco a la vista de la comida.

—No se está mal aquí —dijo—. No es chic, pero la comida está bien.

—Mejor que la que comes en Lieja.

—Bruselas, querrás decir.

Tomamos otra botella de vino y Georgette hizo una broma. Esbozó una sonrisa, que puso al descubierto toda su mala dentadura, y brindamos.

—No eres mal tipo —dijo—. Es un fastidio que estés enfermo. Nos llevamos bien. Por cierto, ¿qué es lo que te pasa?

—Me hirieron en la guerra.

—¡Oh, esa cochina guerra!

Probablemente hubiéramos continuado discutiendo acerca de la guerra y hubiéramos estado de acuerdo en que era, realmente, una calamidad para la civilización y que tal vez hubiese sido mejor evitarla. Yo estaba bastante aburrido. Justamente en aquel momento, alguien llamó desde la otra habitación:

—¡Barnes! ¡Eh, Barnes! ¡Jacob Barnes!

—Es un amigo que me llama —expliqué, y salí.

Allí estaba Braddocks, ante una gran mesa, con toda una pandilla: Cohn, Frances Clyne, Mrs. Braddocks y unos cuantos más que no conocía.

—Viene usted a bailar, ¿verdad? —preguntó Braddocks.

—¿A bailar?

—Sí, hombre, los dancings, los bailes públicos. ¿No se ha enterado de que los hemos resucitado? —intervino Mrs. Braddocks.

—Tiene usted que venir, Jake. Vamos todos —dijo Frances desde el otro extremo de la mesa.

Era alta y sonreía.

—Claro que viene —dijo Braddocks—. Entre a tomar café con nosotros, Barnes.

—Bueno.

—Y tráigase a su amiga —dijo Mrs. Braddocks riendo.

Era canadiense, y poseía toda la llaneza e indulgencia en el trato social que caracteriza a la gente de su país.

—Gracias; en seguida venimos —dije, y volví a la salita.

—¿Quiénes son tus amigos? —preguntó Georgette.

—Escritores y artistas.

—Los hay a montones en este lado del río.

—Demasiados.

—Yo también lo creo así. Sin embargo, hay algunos que ganan dinero.

—¡Oh, sí!

Terminamos la comida y el vino.

—Anda —dije—, vamos a tomar café con los demás.

Georgette abrió el bolso, se retocó la cara mirándose en el pequeño espejo, se repintó los labios con el lápiz y se enderezó el sombrero.

—Bueno —dijo.

Entramos en la habitación llena de gente. Braddocks y los demás hombres que estaban sentados a la mesa se pusieron en pie.

—Permítanme que les presente a mi novia, mademoiselle Georgette Leblanc —dije.

Georgette sonrió con aquella maravillosa sonrisa suya, y repartimos apretones de manos por todos lados.

—¿Es usted pariente de Georgette Leblanc, la cantante? —preguntó Mrs. Braddocks.

—Connais pas —contestó Georgette.

—Pues tiene usted el mismo apellido —insistió cordialmente Mrs. Braddocks.

—No —dijo Georgette—, nada de eso. Mi apellido es Hobin.

—Pero el señor Barnes la presentó como mademoiselle Georgette Leblanc. Seguro que lo hizo —insistió Mrs. Braddocks a quien la excitación de hablar francés hacía propensa a no tener ni idea de lo que estaba diciendo.

—Es un imbécil —dijo Georgette.

—¡Ah, entonces era una broma! —dijo Mrs. Braddocks.

—Sí —dijo Georgette—. Era para reírse.

—¿Has oído eso, Henry? —gritó Mrs. Braddocks a su marido, que estaba al otro extremo de la mesa—. El señor Barnes presentó a su novia como mademoiselle Leblanc, cuando, en realidad, su nombre es Hobin.

—Claro que sí, querida: mademoiselle Hobin. Hace mucho tiempo que la conozco.

—Mademoiselle Hobin —dijo Frances Clyne, hablando en francés con mucha rapidez, pero sin parecer ni tan ufana ni tan estupefacta como Mrs. Braddocks de que le saliera de veras francés—, ¿hace mucho tiempo que está usted en París? ¿Le gusta todo eso? Adora usted París, ¿verdad?

—¿Quién es? —preguntó Georgette volviéndose hacia mí—. ¿Tengo que contestarle?

Se volvió hacia Frances que, sentada, sonriente, y con las manos cruzadas y la cabeza en equilibrio sobre su largo cuello tenía ya los labios fruncidos para empezar a hablar de nuevo, y dijo:

—No, no me gusta París. Es caro y sucio.

—¿Sí? ¡Yo lo encuentro tan extraordinariamente limpio! Una de las ciudades más limpias de toda Europa.

—Yo la encuentro sucia.

—¡Qué raro! Tal vez es porque no hace mucho que está usted aquí.

—Hace el tiempo suficiente.

—Pero, eso sí, tiene gente encantadora; eso no se puede negar.

Georgette se volvió hacia mí:

—Tienes unos amigos muy agradables.

Frances estaba algo bebida y le hubiera gustado continuar con el tema, pero llegó el café y Lavigne trajo tos licores, tras lo cual salimos todos y nos pusimos en camino hacia el dancing de Braddocks.

El dancing era un bal musette, situado en la Rue de la Montagne Sainte Geneviève. Durante cinco noches por semana iba allí a bailar la clase trabajadora del barrio del Panthéon. Una noche por semana era un dancing club. Y los domingos por la noche estaba cerrado. Cuando llegamos estaba casi vacío, excepción hecha de un guardia sentado junto a la puerta, de la mujer del propietario, que estaba en la barra, y del propietario mismo. La hija de la casa bajaba en el instante en que entramos nosotros. Había bancos largos, mesas que iban a través de la sala y, al final de todo, una pista de baile.

—Me gustaría que la gente llegara más pronto —dijo Braddocks.

La hija vino a enterarse de qué íbamos a beber. El propietario se subió a un taburete alto, al lado de la pista de baile, y empezó a tocar el acordeón. Llevaba una hilera de cascabeles alrededor de uno de los tobillos y marcaba el ritmo con el pie al mismo tiempo que tocaba. Todo el mundo se puso a bailar. Hacía calor y salimos de la pista sudando.

—¡Dios mío! —dijo Georgette—. ¡Cómo se suda en este antro!

—Hace calor, sí.

—¡Calor, Dios mío!

—Quítate el sombrero.

—Es una buena idea.

Alguien sacó a bailar a Georgette y yo me fui al bar. Hacía realmente mucho calor y la música del acordeón resultaba agradable en aquella noche bochornosa. De pie en el umbral de la puerta, recibiendo el soplo de aire fresco de la calle, me bebí una cerveza. Por la empinada calle bajaban dos coches; se pararon ambos frente al bal y saltó de ellos un tropel de jóvenes, unos cuantos con jerseys, otros en mangas de camisa. A la luz que venía de la puerta, veía sus manos y su pelo recién lavado y ondulado. El guardia que estaba junto a la puerta me miró sonriendo. Entraron y, al pasar bajo la luz, vi manos blancas, pelo ondulado y caras también blancas que hacían muecas, gesticulaban, hablaban. Con ellos iba Brett. Estaba muy atractiva y encajaba a la perfección en el grupo.

Uno de ellos vio a Georgette y dijo:

—Eso sí que es una auténtica fulana, lo juro. Voy a bailar con ella, Lett. Tú mírame bien.

El alto y moreno llamado Lett dijo:

—No hagas tonterías.

El rubio de pelo ondulado contestó:

—No te preocupes, querido.

Y con esa gente iba Brett...

Yo estaba muy irritado. Fuera en las circunstancias que fuera, aquella clase de gente me ponía siempre de mal humor. Ya sabía que se les consideraba divertidos, y que uno ha de ser tolerante, pero tenía ganas de sacudir a uno, no importaba cuál, de hacer cualquier cosa para acabar con aquel airecillo de superioridad y aquella afectación acompañada de una sonrisa bobalicona. Pero me fui calle abajo y tomé una cerveza en la barra del bal siguiente. La cerveza no era nada buena y, para quitarme el mal gusto de la boca, me bebí un coñac todavía peor. Cuando volví al bal, había una aglomeración en la pista y Georgette estaba con el mozalbete alto y rubio, que bailaba con gran meneo de caderas, la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos en blanco. Tan pronto como cesó la música, otro chico pidió a Georgette que bailara con él. La habían acaparado. Adiviné entonces que todos iban a bailar con ella; son así.

Me senté a una mesa en la que estaba Cohn. Frances bailaba. La señora Braddocks trajo a un individuo al que presentó con el nombre de Robert Prentis. Era de Nueva York, pasando por Chicago. Era un novelista nuevo que empezaba a hacer carrera. Tenía una especie de acento inglés.

Le dije que tomara un trago.

—Muchas gracias —dijo—; acabo de hacerlo.

—Tome otro.

—Bueno; gracias, pues.

Hicimos acercar a la hija de la casa y pedimos un fine à l'eau para cada uno.

—Me han dicho que es usted de Kansas City —dijo él.

—Sí.

—¿Se divierte en París?

—Sí.

—¿De veras?

Yo estaba un poco achispado. No borracho en el pleno sentido de la palabra, pero sí lo suficiente para mostrarme descortés.

—¡Por el amor de Dios! —dije—. ¡Sí! ¿Usted no?

—¡Oh, con qué gracia se enfada usted! —dijo él—. Desearía tener este don.

Me levanté y fui hacia la pista. La señora Braddocks me siguió:

—No se enfade con Robert —dijo—; es todavía un chiquillo.

—No estaba enfadado —respondí—. Lo que pasó fue que creí por un momento que iba a vomitar.

La señora Braddocks miró hacia la pista, donde Georgette bailaba con el individuo alto y moreno llamado Lett.

—Su novia tiene un gran éxito.

—¿Verdad que sí?

—¡Y tanto! —dijo la señora Braddocks.

Apareció Cohn:

—¡Anda, Jake, toma un trago!

Nos dirigimos al bar.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Parece que algo te haya agitado tremendamente.

—No me pasa nada. Todo ese espectáculo me pone enfermo, eso es todo.

Brett se acercó a la barra.

—¡Hola, chicos!

—¡Hola, Brett! —dije yo—. ¿Cómo es que no estás trompa?

—No me volveré a emborrachar nunca más. Oye, ¿es que no invitas a una amiga a un brandy con soda?

Se quedó de pie, con el vaso en la mano, y observé que Robert Cohn la miraba. Seguramente era aquélla la cara que debió de poner su compatriota al contemplar la tierra prometida. Cohn era, por supuesto, mucho más joven, pero tenía la misma mirada de ávida y merecida esperanza.

Brett estaba endiabladamente atractiva. Llevaba un suéter, una falda de tweed y el pelo cepillado hacia atrás, como un chico. Era de las que pusieron eso de moda. Estaba toda hecha de curvas, como el casco de un yate de carreras, y con aquel jersey de lana no pasaba inadvertida ni una sola de ellas.

—Estás con un rebaño verdaderamente selecto, Brett —dije.

—¿Verdad que son encantadores? Pues tú no te quedas corto, querido. ¿Dónde has encontrado eso?

—En el Napolitain.

—¿No has pasado una noche agradable?

—¡Oh, no tiene precio! —contesté.

Brett se echó a reír.

—Eso no está bien de tu parte, Jake. Es un insulto para todos nosotros. Mira a Frances, y a Jo.

Lo último iba dirigido a Cohn.

—Es algo perjudicial para el negocio —continuó Brett riéndose de nuevo.

—Estás admirablemente serena —dije.

—¿Verdad que sí? Además, cuando se está con el rebaño con el que voy, ¡puede una beber con tanta tranquilidad!

Volvió a empezar la música y Robert Cohn dijo:

—¿Quiere bailar éste conmigo, lady Brett?

Brett le sonrió:

—He prometido bailarlo con Jacob.

Se rió.

—Tienes un condenado nombre bíblico, Jake.

—¿Y qué hay del próximo? —preguntó Cohn.

—Nos vamos —contestó Brett—. Tenemos una cita en Montmartre.

Mientras bailábamos miré por encima del hombro de Brett y vi que Cohn la miraba todavía desde la barra.

—Has hecho otra conquista —le dije.

—No me hables de eso. ¡Pobre tipo! No me he dado cuenta hasta este mismo instante.

—¡Oh, vamos! —dije—. Supongo que te gusta hacer colección.

—No digas idioteces.

—¡Pero si es la verdad!

—Bueno, ¿y si lo es, qué?

—Nada —dije.

Bailábamos al son del acordeón, y alguien tocaba el banjo. Hacía calor y me sentía feliz. Pasamos cerca de Georgette, que bailaba con otro de aquellos individuos.

—¿Qué mosca te ha picado para traerla aquí?

—No lo sé. La he traído, y nada más.

—Te estás volviendo un buen romántico.

—No, un aburrido.

—¿Ahora?

—No, ahora no.

—Salgamos de aquí. Ella está bien acompañada.

—¿Te apetece a ti?

—¿Es que te lo pediría si no tuviera ganas?

Abandonamos la pista. Cogí la chaqueta del colgador de la pared y me la puse. Brett estaba junto a la barra y Cohn hablaba con ella. Me paré en la barra y pedí un sobre. La patrona encontró uno. Me saqué del bolsillo un billete de cincuenta francos, lo puse dentro del sobre, lo cerré y se lo entregué.

—Si la chica con la que vine pregunta por mí, le da esto —dije—. Si se va con uno de estos caballeros, ¿querrá usted guardármelo?

—C'est entendu, monsieur —dijo la patrona—. ¿Se marcha ya? ¿Tan pronto?

—Sí —dije.

Nos encaminamos hacia la puerta. Cohn estaba todavía hablando con Brett. Ella le dijo buenas noches y se colgó de mi brazo.

—Buenas noches, Cohn —dije yo.

Ya en la calle, buscamos un taxi.

—Vas a perder tus cincuenta francos —dijo Brett.

—Oh, ya lo sé.

—No hay taxis.

—Podemos ir andando hasta el Panthéon y tomar uno.

—Vamos a tomar un trago en la taberna de al lado y enviemos por uno.

—¿No quieres ni atravesar la calle?

—Si puedo evitarlo, no.

Entramos en el bar de al lado y mandé a un camarero por un taxi.

—Bueno —dije—, ya estamos lejos de ellos.

Permanecimos de pie junto a la alta barra de cinc, sin hablar, mirándonos el uno al otro. El camarero vino a decir que el coche estaba fuera. Brett me apretó la mano con fuerza. Di un franco al camarero y salimos.

—¿Adonde le digo? —pregunté.

—Dile que vaya por ahí, es igual.

Dije al conductor que fuera al Parc Montsouris, entré y cerré la puerta. Brett estaba recostada en la esquina, con los ojos cerrados. Entré y me senté junto a ella. El coche se puso en marcha con una sacudida.

—¡Oh, querido, he sido tan desgraciada! —dijo Brett.

Capítulo IV

El coche subió colina arriba, atravesó la plaza iluminada y, siempre ascendiendo, volvió a la oscuridad; luego, ya en terreno plano, se metió por una calle oscura, detrás de St. Etienne du Mont; bajó suavemente por el asfalto, pasó entre los árboles y el autobús parado de la Place de la Contrescarpe y giró por la empedrada Rue Mouffetard. A cada lado de la calle había bares iluminados y tiendas abiertas todavía. Íbamos separados y, al descender por la vieja calle, una sacudida nos hizo acercar. A Brett se le había caído el sombrero y tenía la cabeza echada hacia atrás. Veía su rostro a la luz de las tiendas abiertas, luego se hizo la oscuridad, y después, al desembocar en la Avenue des Gobelins, volví a verlo con claridad. El piso de la calle estaba levantado y había hombres que trabajaban a la luz de las lámparas de acetileno. La cara de Brett era blanca y la esbelta línea de su cuello se perfilaba al fulgor de las lámparas. La calle se hizo nuevamente oscura y la besé. Nuestros labios se unieron con fuerza y luego ella se soltó y se acurrucó en un ángulo, tan lejos como pudo, con la cabeza baja.

—No me toques —dijo—. Por favor, no me toques.

—¿Qué te ocurre?

—No puedo soportarlo.

—¡Oh, Brett!

—No debes hacerlo. Vale más que lo sepas. No lo puedo soportar. ¡Querido, compréndelo, por favor!

—¿Es que no me quieres?

—¿Quererte? ¡Si toda yo me vuelvo gelatina cuando me tocas!

—¿No podríamos hacer nada?

Se había vuelto a incorporar. Le había rodeado los hombros con el brazo y tenía la cabeza apoyada contra mí. Ahora estábamos completamente serenos. Ella me miraba a los ojos con aquella manera de mirar que a uno le hacía preguntarse si veía realmente algo de lo que estaba ante ella. Sus ojos podían continuar mirando y mirando cuando todos los demás ojos hubiesen dejado de mirar. Miraba como si no hubiera nada en la tierra a lo que no se atreviera a mirar así; pero, en realidad, ¡tenía miedo de tantas cosas!

—¿Y no podemos hacer nada, absolutamente nada?

—No lo sé —dijo ella—. No quiero pasar de nuevo por aquel infierno.

—Sería mejor que nos mantuviésemos a distancia uno de otro.

—¡Pero, querido, tengo necesidad de verte! Ya sabes que no es sólo por eso.

—No, pero siempre acaba por serlo.

—Es culpa mía. Pero, ¿acaso no pagamos todo lo que hacemos?

Había estado mirándome a los ojos todo el rato. Los suyos tenían profundidades diferentes; a veces resultaban completamente inexpresivos; ahora, en cambio, se podía llegar hasta su fondo.

—Cuando pienso en el infierno por el que he hecho pasar a tantos chicos... Ahora estoy pagándolo con creces.

—No digas necedades —dije—. Además, lo que me pasó a mí más parece gracioso que otra cosa. Nunca pienso en ello.

—¡Ya, ya! ¡Pondría la mano en el fuego!

—Bueno, terminemos con ese asunto.

—Yo misma me reí de eso una vez —dijo ella sin mirarme—. Un amigo de mi hermano volvió así de Mons. Me pareció un chiste siniestro. Tus compañeros no saben nada de eso, ¿verdad?

—No —dije—. Nadie sabe nada.

En realidad, casi había agotado el tema. En una u otra ocasión, lo había considerado probablemente desde casi todos los ángulos posibles, incluyendo el de que ciertos daños o imperfecciones que, para la persona que los tiene, resultan muy serios, son motivo de risa.

—Es divertido —dije—. Es muy divertido. Y también es muy divertido estar enamorado.

—¿Lo crees así? —sus ojos eran de nuevo inexpresivos.

—No me refiero a divertido en este sentido. Quiero decir que es un sentimiento agradable.

—¡Oh, no! Yo pienso que es el infierno en la tierra.

—Es agradable volverse a ver.

—No, yo no opino así.

—¿No lo deseas?

—Me veo obligada a hacerlo.

Ahora íbamos como dos extraños. A la derecha se hallaba el Parc Montsouris. El restaurante del vivero de truchas, en el que uno puede sentarse y contemplar el parque, estaba cerrado y oscuro. El taxista volvió la cabeza.

—¿Adonde quieres que vayamos? —pregunté.

Desviando la cabeza, Brett contestó:

—Vamos al Select.

—Café Select —dije al chofer. Boulevard Montparnasse.

Bajamos directamente, dando la vuelta al Lion de Belfort, que vigila el paso de los tranvías de Montrouge. Brett tenía la vista fija hacia delante. En el Boulevard Raspail, ya a la vista de las luces de Montparnasse, dijo:

—¿Te importa mucho que te pida que hagas una cosa?

—¡No seas tonta!

—Bésame una vez más antes de llegar allí.

Cuando el taxi llegó, salí y pagué. Brett salió arreglándose el sombrero y me dio la mano para bajar; estaba temblando.

—Oye, ¿no estoy demasiado hecha un adefesio?

Se inclinó hacia abajo su masculino sombrero de fieltro y echó a andar hacia la barra. En el interior, recostados contra la barra y las mesas, se hallaba la mayor parte de la gente que había estado bailando.

—Hola, chicos —dijo Brett—. Voy a tomar un trago.

—¡Brett! ¡Brett! —dijo el pequeño griego pintor de retratos que se llamaba a sí mismo duque y a quien todos llamaban Zizi dirigiéndose hacia ella—. Tengo algo muy bueno que contarle.

—Hola, Zizi —dijo Brett.

—Quiero que conozca a un amigo —dijo Zizi.

Un hombre gordo se aproximó.

—Conde de Mippipopolous, le presento a mi amiga lady Ashley.

—¿Cómo está usted? —dijo Brett.

—Pues..., ¿lo pasa bien su señoría en París? —preguntó el conde de Mippipopolous, que llevaba un colmillo de alce en la cadena de su reloj.

—Bastante.

—París es realmente una buena ciudad —dijo el conde—. Pero me imagino que usted tendrá también muchas cosas que hacer en Londres.

—Oh, sí —respondió Brett—, muchísimas.

Braddocks me llamó desde una mesa.

—Barnes —dijo—, tome una copa. Aquella chica de usted ha armado una camorra tremenda.

—¿Acerca de qué?

—De algo que dijo la hija de la patrona. Un zipizape descomunal. Estuvo magnífica. Enseñó su tarjeta amarilla y dijo a la hija de la patrona que hiciera lo mismo. Fue lo que se dice un buen escándalo, vaya.

—¿Cómo ha terminado el asunto?

—Alguien la ha acompañado a su casa. No era mal parecida la chica. ¡Y qué maravilloso dominio del idioma! Quédese a tomar una copa.

—No —dije—, tengo que irme. ¿Ha visto a Cohn?

—Se fue a casa, con Frances —intervino la señora Braddocks.

—¡Pobre tipo! Parece horriblemente deprimido.

—Apuesto a que lo está —dijo la señora Braddocks.

—Tengo que irme —repetí—. Buenas noches.

Dije buenas noches a Brett, que estaba en la barra. El conde estaba comprando champán.

—¿Quiere usted tomar una copa con nosotros, señor? —preguntó.

—No. Muchísimas gracias. Tengo que irme.

—¿Te vas de verdad? —preguntó Brett.

—Sí —respondí—. He cogido una jaqueca terrible.

—¿Nos veremos mañana?

—Ven al despacho.

—Lo veo muy difícil.

—Bueno, ¿dónde nos vemos, pues?

—En cualquier sitio, hacia las cinco.

—Entonces que sea al otro lado de la ciudad.

—Bueno. Estaré en el Crillon a las cinco.

—Trata de estar allí.

—No te preocupes —dijo Brett—. Nunca te he dejado plantado, ¿verdad?

—¿Has tenido noticias de Mike?

—Una carta, hoy.

—Buenas noches, señor —dijo el conde.

Salí y bajé andando por la acera en dirección al Boulevard Saint Michel; pasé por delante de las mesas de la Rotonde, todavía abarrotadas, y miré hacia el Dome, al otro lado de la calle, con sus mesas esparcidas hasta el borde de la acera. Alguien me hizo señas con la mano desde una mesa; no vi quién era y continué andando. Quería llegar a casa. El Boulevard Montparnasse estaba desierto. El Lavigne estaba totalmente cerrado y, delante de la Cloiserie des Lilas, estaban amontonando las mesas. Pasé ante la estatua de Ney, que se erguía por entre las hojas nuevas de los castaños, a la luz de los arcos voltaicos. Apoyada en la base, había una marchita corona de color púrpura. Me paré a leer la inscripción: de los grupos bonapartistas, y una fecha que no recuerdo. Estaba muy bien el mariscal Ney, con sus botas altas y haciendo un pomposo gesto con la espada, por entre las verdes hojas nuevas de los castaños de Indias. Mi apartamento estaba exactamente al otro lado de la calle, bajando un poco por el Boulevard Saint Michel.

Había luz en la portería; llamé con los nudillos y la portera me dio el correo. Le deseé las buenas noches y subí. Había dos cartas y algunos periódicos; los miré a la luz de gas del

comedor. Las cartas eran de los Estados Unidos. Una era un informe bancario; indicaba un balance de 2.432,60 dólares. Saqué mi carnet de cheques y desconté cuatro que había extendido desde principios de mes; descubrí que me quedaban 1.832,60 dólares, y lo escribí al dorso del informe. La otra carta era una participación de boda. El señor y la señora Aloysius Kirby anunciaban la boda de su hija Katherine. No conocía ni a la chica ni al hombre con el que se casaba. Debían de haber mandado circulares a toda la ciudad. Era un nombre curioso, de buen católico, y estaba seguro de acordarme de cualquiera que lo llevara. Encima del encabezamiento había un blasón. Igual que Zizi, el duque griego. Igual que el conde; era divertido el conde. Brett también tenía un título: lady Ashley. Al infierno Brett. ¡Vete al infierno, lady Ashley!

Encendí la lámpara que estaba junto a la cama, cerré el gas y abrí las espaciosas ventanas. La cama estaba atrás, lejos de las ventanas; me senté junto a ella y me desnudé, con las ventanas abiertas. Afuera, por los raíles del tranvía, pasó corriendo un tren nocturno que llevaba verduras a los mercados. Cuando uno no podía dormir por la noche, resultaban muy ruidosos. Mientras me desnudaba, me miré al espejo del gran armario que estaba al lado de la cama. Era una manera típicamente francesa de arreglar una habitación. Y supongo que también era práctica: fuese como fuese, uno se lastimaba. Me puse el pijama y me metí en la cama. Cogí los dos periódicos taurinos y saqué sus envolturas; una era naranja y la otra amarilla. Ambos llevarían las mismas noticias; por lo tanto, cualquiera que fuese el primero que leyera, el segundo estaba echado a perder. Le Toril era el mejor y empecé por él. Lo leí de cabo a rabo, incluida la Petite correspondance y los Cornigrammes. Apagué la lámpara. Tal vez conseguiría dormir.

Mi cabeza empezó a trabajar. La vieja injusticia. Porque fue una cochina manera de ser herido, y más volando sobre un frente de risa, como era el italiano. En el hospital italiano íbamos a formar una sociedad. En italiano tenía un nombre divertido. Me pregunté qué se había hecho de los demás, de los italianos. Era en el Ospedale Mag-giore de Milán, Padiglione Ponte. El edificio siguiente era el Padiglione Zonda. Había una estatua de Ponte; o tal vez era de Zonda. Ahí fue donde el coronel vino a visitarme. Fue cómico; fue la primera cosa cómica. Yo estaba vendado de arriba abajo, pero le habían explicado el caso. Entonces él pronunció esta maravillosa frase: «Usted, extranjero, inglés (cualquier extranjero era un inglés), ha dado más que su vida.» ¡Qué sentencia! Hubiese querido tenerla grabada para colgarla en el despacho. No se rió en absoluto. Supongo que se ponía en mi lugar: Che mala fortuna! Che mala fortuna!

Creo que nunca me hice plenamente a la idea de ello. Trataba de tomármelo a broma y de no causar molestias a la gente. Probablemente no hubiera tenido nunca ningún problema de no haberme tropezado con Brett cuando me enviaron en barco a Inglaterra. Supongo que ella sólo quería lo que no podía tener; la gente es así. ¡Al infierno la gente! La Iglesia católica tenía una fórmula genial para manipular aquellos asuntos. Fuera como fuera, era un buen consejo: no pensar en ello. ¡Oh, sí, era un buen consejo! Tratad de seguirlo alguna vez; tratad de seguirlo...

Estaba desvelado; pensaba, y mi cabeza saltaba de una cosa a otra. Luego ya no pude sacarme aquello de la cabeza, empecé a pensar en Brett y todo el resto desapareció. Pensando en Brett, mi cerebro dejó de dar saltos y empezó a marchar a un ritmo de ondas suaves, para decirlo de algún modo. Y, de repente, me puse a llorar. Al cabo de un rato, me sentí mejor. Acostado en la cama, oí los pesados tranvías que pasaban calle abajo; luego me dormí.

Me desperté al oír las voces de una pelea que se estaba desarrollando fuera. Escuché y creí reconocer una de las voces. Me puse el batín y fui hacia la puerta. La portera estaba hablando abajo, muy enojada. Oí mi nombre y llamé por la escalera.

—¿Es usted, señor Barnes? —preguntó la portera.

—Sí, soy yo.

—Está ahí una especie de mujer que ha despertado a toda la calle. ¡Vaya una hora de venir con asuntos sucios! Dice que tiene que verle a usted. Le he dicho que estaba durmiendo.

Entonces oí la voz de Brett. Medio dormido, hubiese jurado que era Georgette. No sé por qué, ya que no era posible que tuviera mi dirección.

—¿Quiere decirle que suba, por favor?

Brett subió. Vi que estaba borracha.

—¡Qué cosa más estúpida he hecho! —dijo—. He organizado un horrible escándalo. Oye, tú no estarías durmiendo, ¿verdad?

—¿Pues qué te crees que hacía?

—No lo sé. ¿Qué hora es?

Miré el reloj. Eran las cuatro y media.

—No tenía ni idea de la hora que era —dijo Brett—. Oye, ¿puede una sentarse? No te enfades, querido. Acabo de dejar al conde; él me trajo hasta aquí.

—¿Cómo es? —pregunté, mientras traía brandy, soda y vasos.

—Sólo un poco —dijo Brett—. No intentes emborracharme. ¿El conde? No está mal. Como uno de nosotros.

—¿Es conde?

—Ahí está el busilis. Yo me inclino a creer que sí, ¿sabes? Sea como sea, merece serlo. Sabe tantas cosas acerca de la gente como el mismísimo diablo. No sé de dónde lo ha sacado todo. Tiene una cadena de confiterías en los Estados Unidos.

Bebió un sorbo de su vaso.

—Creo que dijo una cadena o algo parecido. Todas enlazadas. Me habló un poco de ello. Endiabladamente interesante. Pero es uno de los nuestros. ¡Oh, sí, por completo! Seguro. Uno puede siempre decirlo.

Tomó otro trago.

—Estoy charlando como una cotorra. A ti todo eso no te interesa, ¿verdad? ¿Sabes que está gastando mucho dinero en Zizi?

—¿Es también Zizi un duque de verdad?

—No me extrañaría. Es griego, ¿sabes? Un pintor muy mediocre. Me gustaba más el conde.

—¿Adonde has ido con él?

—A todas partes. Me ha traído aquí hace sólo un instante. Me ha ofrecido diez mil dólares si iba con él a Biarritz. ¿Cuántas libras son?

—Unas dos mil.

—Mucho dinero. Le dije que no podía y se lo tomó muy bien. Le dije que conocía a demasiada gente en Biarritz.

Brett rió.

—Oye, eres muy lento en eso de empinar el codo —dijo.

Sólo había bebido unos sorbos de mi brandy con soda. Bebí un largo trago.

—Eso está mejor. Muy divertido —dijo Brett—. Entonces quiso que fuera a Cannes con él. Le dije que conocía a demasiada gente en Cannes. Montecarlo. Le dije que conocía a demasiada gente en Montecarlo. Le dije que conocía a demasiada gente en todas partes. Además, es cierto. De forma que le dije que me trajera aquí.

Me miró, con la mano en la mesa y el vaso en alto.

—No mires así —dijo—. Le conté que estaba enamorada de ti. También es verdad. No me mires así. Cuando lo supo, se mostró terriblemente amable. Quiere llevarnos a cenar mañana por la noche. ¿Te gustaría ir?

—¿Por qué no?

—Ahora es mejor que me vaya.

—¿Por qué?

—Sólo quería verte. Una maldita y estúpida idea. ¿Quieres vestirte y bajar? Tiene el coche ahí mismo, en esta calle, un poco más arriba.

—¿El conde?

—Él en persona. Y un chofer con librea. Va a llevarme a dar una vuelta y a desayunar al Bois. Cestas de comida. Las compró en la casa Zelli. Una docena de botellas de Mumms. ¿Te tienta el plan?

—Tengo que trabajar por la mañana —dije—. Además, te llevo demasiado retraso para atraparte y ser un poco divertido.

—No seas asno.

—No puedo.

—Está bien. ¿Le mando un afectuoso saludo de tu parte?

—Todo lo que quieras.

—Buenas noches, querido.

—No seas sentimental.

—Me pones enferma.

Nos dimos las buenas noches con un beso. Brett temblaba.

—Es mejor que me vaya —dijo—. Buenas noches, querido.

—No tienes por qué irte.

—Sí.

Nos besamos de nuevo en la escalera. Llamé para pedir el cordón y la portera murmuró algo desde detrás de la puerta. Volví arriba y, por la ventana abierta, contemplé a Brett que subía calle arriba hacia la gran limousine parada al borde de la acera, bajo la luz del farol. Subió y el coche se puso en marcha. Me volví. Sobre la mesa había un vaso vacío y otro lleno a medias de brandy con soda. Los llevé a la cocina y vacié el que estaba a medio llenar en el fregadero. Apagué la luz del comedor, me saqué las zapatillas de un puntapié, sentado en la cama, y me acosté. Ésta era la Brett por quien yo había estado llorando. Luego la recordé mientras iba calle arriba y subía al coche, tal como la había visto por última vez y, por supuesto, al cabo de unos momentos volvía a estar en el infierno. Durante el día es extraordinariamente fácil dárselas de duro sobre cualquier asunto, pero por la noche es otro cantar.

Capítulo V

Por la mañana bajé por el Boulevard hacia la Rue Soufflot, para tomar café y un brioche. Era una hermosa mañana. Los castaños de Indias de los jardines del Luxembourg estaban en flor, y se sentía la agradable impresión que proporcionan las primeras horas de un día caluroso. Con el café, leí los periódicos, y luego fumé un cigarrillo. Las floristas iban llegando del mercado y ponían en orden el surtido del día. Los estudiantes pasaban, hacia arriba, en dirección a la Facultad de Derecho, o hacia abajo, a la Sorbona. El Boulevard bullía de tranvías y de gente que iba a trabajar. Subí a un autobús de la línea S y, de pie en la plataforma trasera, bajé hasta la Madeleine. Desde allí recorrí andando el Boulevard des Capucines hasta la Ópera, en dirección a mi despacho. Pasé por delante del hombre de las ranas saltarinas y del de los muñecos boxeadores. Me desvié para no tropezar con el hilo con el que la chica que ayudaba a este último manipulaba los muñecos. Estaba de pie, mirando a otro sitio, con el hilo entre las manos enlazadas. El hombre instaba a dos turistas a que compraran, y tres turistas más se habían parado a mirar. Continué andando detrás de un hombre que empujaba un rodillo que imprimía sobre la acera el nombre CINZANO, con húmedas letras. Por todas partes, gente que iba a trabajar. Era una sensación agradable ir a trabajar. Atravesé la avenida y me metí en mi oficina.

Al llegar arriba, después de leer los periódicos franceses de la mañana y fumar, me senté ante la máquina de escribir y me quité de encima una buena cantidad de trabajo. A las once, fui en taxi al Quai d'Orsay, entré y me senté con una docena más de corresponsales, mientras que el portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores, un joven diplomático de la Nouvelle Revue Française con gafas de montura de concha, hablaba y respondía a las preguntas que se le hacían durante media hora. El Presidente del Consejo estaba en Lyon, dando una conferencia; mejor dicho, estaba en el viaje de regreso. Unos cuantos individuos hicieron preguntas para escucharse a sí mismos, y unos agentes de servicios de información

preguntaron un par de cosas con la intención de conocer las respuestas. No había información. Para volver del Quai d'Orsay tomé un taxi con Woolsey y Krum.

—¿Qué haces por las noches, Jake? —preguntó Krum—. No te veo nunca por ahí.

—Es que estoy al otro lado, en el Quartier.

—Voy a ir cualquier noche. Al Dingo. Es el gran sitio, ¿no?

—Sí. O él o este nuevo antro, el Select.

—Siempre me propongo ir —dijo Krum—. Pero ya sabes lo que pasa cuando se tiene mujer e hijos.

—¿Juegas al tenis? —preguntó Woolsey.

—No —respondió Krum—. No puedo decir que haya jugado nada este año. He tratado de escaparme, pero los domingos ha llovido siempre, y las pistas están condenadamente abarrotadas.

—Todos los ingleses tienen el sábado libre —dijo Woolsey.

—¡Afortunados mortales! —dijo Krum—. Bueno, te diré: algún día dejaré de trabajar para una agencia, y tendré todo el tiempo que quiera para salir al campo.

—Eso es lo que hay que hacer. Vivir en el campo y tener un cochecito.

—He estado pensando un poco en comprar un coche el año que viene.

Golpeé en el cristal y el chofer se paró.

—Ésta es mi calle —dije—. Venid a tomar un trago.

—Gracias, viejo —dijo Krum.

Woolsey sacudió la cabeza:

—Tengo que hilvanar el discurso que soltó aquel individuo esta mañana.

Puse una moneda de dos francos en la mano de Krum.

—Estás loco, Jake —dijo—. De esto me encargo yo.

—De todas formas es a cuenta de la oficina...

—¡Que no! Quiero encargarme yo.

Dije adiós con la mano. Krum sacó la cabeza:

—Te veré el miércoles, en el lunch.

—Claro que sí.

Subí a la oficina en el ascensor. Robert Cohn me estaba esperando.

—Hola, Jake —dijo—. ¿Sales a comer?

—Sí. Déjame ver si hay alguna novedad.

—¿Adonde vamos a comer?

—A cualquier parte —dije, mientras echaba una ojeada a mi mesa escritorio—. ¿Dónde quieres comer tú?

—¿Qué te parece el Wetzel? Tienen buenos hors d'oeuvres.

En el restaurante encargamos hors d'oeuvres y cerveza. El sommelier trajo la cerveza, fría, en altas jarras llenas de gotitas por el exterior. Había doce platos distintos de hors d'oeuvres.

—¿Te divertiste anoche?

—No, no mucho.

—¿Cómo va esa obra?

—Un desastre. No puedo lograr que este segundo libro marche.

—Eso le pasa a todo el mundo.

—Sí, ya lo sé. Pero, de todas formas, me pone de mal humor.

—¿Has seguido pensando en ir a Sudamérica?

—Estoy decidido.

—Entonces, ¿por qué no te pones en marcha?

—Frances.

—Bueno —dije—, llévala contigo.

—No le gustaría. No es el tipo de cosa que le agrada. Le gusta tener un montón de gente a su alrededor.

—Dile que se vaya al cuerno.

—No puedo. He contraído ciertas obligaciones con respecto a ella.

Echó a un lado los pepinos cortados a rodajas y cogió un arenque en escabeche.

—¿Qué sabes de lady Brett Ashley, Jake?

—Su título es lady Ashley. Brett es su propio nombre. Es una chica simpática —dije—. Está tramitando el divorcio y va a casarse con Mike Campbell. Él está ahora en Escocia. ¿Por qué?

—Es una mujer de un atractivo notable.

—¿Verdad que sí?

—Hay en ella cierta clase, cierta distinción. Parece poseer una elegancia y rectitud absolutas.

—Es muy agradable.

—No sé cómo definir esta cualidad —dijo Cohn—. Creo que es buena educación.

—Da la impresión de que te gusta mucho.

—Así es. No me extrañaría enamorarme de ella.

—Es una borrachina —dije—. Está enamorada de Mike Campbell y va a casarse con él. Va a ser fabulosamente rico, algún día.

—No creo que ella llegue a casarse con él.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Sencillamente, no lo creo. ¿Hace mucho tiempo que la conoces?

—Sí —respondí—. Era una V. A. D. en un hospital en el que yo estuve durante la guerra.

—Debía de ser casi una niña entonces.

—Ahora tiene treinta y cuatro años.

—¿Cuándo se casó con Ashley?

—Durante la guerra. Su único amor acababa de estirar la pata a causa de una disentería.

—Hablas de una manera mordaz.

—Lo siento. No era mi intención. Sólo estaba tratando de contarte los hechos.

—No creo que se casara con alguien a quien no quisiera.

—Pues lo ha hecho dos veces —repuse yo.

—No lo creo.

—Está bien; no me hagas preguntas estúpidas, si no te gustan las respuestas —dije.

—No te pregunté eso.

—Me preguntaste qué sabía yo sobre Brett Ashley.

—No te pedí que la insultaras.

—¡Vete al infierno!

Se levantó de la mesa con la cara pálida y permaneció así, pálido e irritado, detrás de los platitos de hors d'oeuvres.

—Siéntate —dije—. No seas idiota.

—Has de retirar lo que has dicho.

—¡Oh! ¡Acaba de una vez con estas ridiculeces de colegial!

—Retíralo.

—Sí, hombre, todo lo que quieras. Nunca oí hablar de Brett Ashley. ¿Qué te parece así?

—No, no se trata de eso. Es sobre lo de que yo me fuera al infierno.

—¡Ah, sí! Pues no te vayas al infierno —dije—. Cuídate. No hemos hecho más que empezar a comer...

Cohn volvió de nuevo a sonreír y se sentó. Pareció alegrarse de sentarse. ¿Qué diablos hubiera hecho en el caso de no sentarse?

—¡Dices cosas tan horriblemente insultantes, Jake!

—Lo siento. Tengo una lengua indecente. Cuando digo cosas ofensivas no las pienso nunca de veras.

—Ya lo sé —respondió Cohn—. En realidad, seguramente eres el mejor amigo que tengo, Jake.

«Que Dios te asista», pensé; y añadí en voz alta:

—Olvida lo que he dicho. Lo siento.

—Está bien. Todo está olvidado. Sólo he estado enfadado durante un minuto.

—Bueno. Comamos algo más.

Después del almuerzo subimos andando hacia el Café de la Paix y tomamos café. Me daba cuenta de que Cohn quería sacar de nuevo a colación a Brett, pero le mantuve apartado del tema. Hablamos de otras cosas y le dejé para irme a la oficina.

Capítulo VI

A las cinco estaba en el Hotel Crillon esperando a Brett. Como ella no estaba, me senté y escribí unas cartas. No eran muy buenas, pero esperaba que el hecho de estar escritas con membretes del Crillon las ayudaría. Como Brett no se presentaba, hacia las seis menos cuarto bajé al bar y tomé un Jack Rose con George, el barman. Tampoco habían visto a Brett en el bar. Al salir, volví a mirar si estaba arriba, y luego tomé un taxi para ir al Café Select. Al cruzar el Sena vi una hilera de barcazas vacías, remolcadas río abajo, deslizándose sin casi tocar el agua. Cuando llegaron ante el puente, los bateleros cogieron las pértigas. El río tenía un aspecto delicioso. En París, siempre era agradable cruzar puentes.

El taxi dio la vuelta a la estatua del inventor del semáforo, que estaba ocupado precisamente en inventar, y subió por el Boulevard Raspail. Me recosté para dejar que pasara esta parte del trayecto. El Boulevard Raspail constituía siempre para mí un trozo monótono, al igual que cierto trecho del PLM[1], entre Fontainebleau y Montereau, que me hacía sentir embotado, melancólico y sin ánimos hasta que había pasado. Supongo que la existencia de esos puntos sin vida en un viaje se debe a una asociación de ideas. En París hay otras calles igual de feas que el Boulevard Raspail. No me importa en absoluto bajar andando por ella, pero no puedo soportar recorrerla en coche. Acaso haya leído algo acerca de eso alguna vez. Era la sensación que causaba a Robert Cohn París en bloque. Me pregunté de dónde le venía aquella incapacidad para disfrutar de París. Posiblemente de Mencken; creo que Mencken odia París, y hay muchos jóvenes que sacan de él sus preferencias y aversiones.

El taxi paró frente a la Rotonde. Sea cual sea el café de Montparnasse al que pedís al taxista que os lleve, desde la orilla derecha, él siempre os deja en la Rotonde. Dentro de diez años será probablemente el Dôme. De todas formas, estaba cerca; atravesé las tristes mesas de la Rotonde en dirección al Select. Dentro, en el bar, había unas pocas personas; afuera sólo estaba sentado Harvey Stone. Tenía ante él una hilera de platitos, y necesitaba un buen afeitado.

—Siéntate —dijo Harvey—. Te he estado buscando.

—¿Qué pasa?

—Nada. Te he estado buscando, eso es todo.

—¿Fuiste a las carreras?

—No. Desde el domingo, no.

[1] La línea de ferrocarril París-Lyon-Marsella. (N. del T.)

—¿Qué sabes de Estados Unidos?

—Nada. Absolutamente nada.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. He terminado con ellos. He terminado para siempre con todos ellos.

Se inclinó hacia delante y me miró a los ojos:

—¿Quieres saber una cosa, Jake?

—Sí.

—No he comido nada desde hace cinco días.

Hice un rápido cálculo mental retrospectivo. Hacía tres días que Harvey me había ganado doscientos francos jugando al póquer con dados en el New York Bar.

—¿Qué te pasa?

—No tengo dinero. El dinero no ha llegado —hizo una pausa—. Te digo que es raro, Jake. Cuando me encuentro así, lo único que quiero es estar solo. Quiero quedarme en mi cuarto. Soy como un gato.

Me palpé el bolsillo.

—¿Te servirían de algo cien, Harvey?

—Sí.

—Venga, pues. Vamos a comer.

—No hay prisa. Toma un trago.

—Es mejor comer.

—No. Cuando estoy así, no me importa comer o no comer.

Tomamos un trago y Harvey añadió mi platito a su hilera.

—¿Conoces a Mencken, Harvey?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Cómo es?

—Todo un tipo. Dice algunas cosas muy divertidas. La última vez que cené con él hablamos de Hoffenheimer: «Por desgracia —dijo—, no se dedica más que a correr tras las jarreteras». No está mal la frase.

—No, no está mal.

—Ahora se le ha terminado el filón —continuó Harvey—. Ha escrito acerca de todas las cosas que sabe, y ahora se halla metido con todas las cosas que no sabe.

—Yo creo que el tipo lo hace bien —dije—. Lo único que pasa es que no soporto leerlo.

—Oh, ahora no lo lee nadie, a no ser la gente que leía el Alexander Hamilton Institute.

—Ésa era otra cosa buena, también —dije.

—Sí, es verdad —contestó Harvey, y nos quedamos sumidos en profundas meditaciones durante un rato.

—¿Tomamos otro oporto?

—Bueno —contestó Harvey.

—Ahí viene Cohn —dije al ver a Robert Cohn atravesando la calle.

—¡Ese atontado!

Cohn se acercó a nuestra mesa.

—Hola, desgracias —dijo.

—Hola, Robert —dijo Harvey—. Precisamente ahora le estaba diciendo a Jake que es usted un atontado.

—¿Qué quiere decir?

—Responda al instante, sin pensar: ¿qué le gustaría más hacer, en el caso de poder hacer todo lo que quisiera?

Cohn se paró a reflexionar.

—No piense. Suelte algo al instante.

—No sé —dijo Cohn—. Además, ¿qué significa todo eso?

—Me refiero a lo que le gustaría más hacer. Lo que le venga primero a la cabeza, por estúpido que sea.

—No sé —dijo Cohn—. Creo que me gustaría jugar de nuevo al fútbol, con el dominio que tengo ahora de mí mismo.

—Le había juzgado mal —dijo Harvey—. No es un atontado. Es sólo un caso típico de retrasado mental.

—Es usted terriblemente gracioso, Harvey —dijo Cohn—. Algún día le van a romper la cara.

Harvey Stone se rió.

—Eso se cree usted. Pero nadie me lo va a hacer, porque eso no me importaría en absoluto. Yo no soy un luchador.

—¡Ya lo creo que le importaría, si alguien se lo hiciera!

—No, no me importaría. Es ahí donde se equivoca lamentablemente, porque no es usted inteligente.

—Deje de meterse conmigo.

—Sí, hombre —dijo Harvey—. Me es absolutamente igual. Usted no me interesa en absoluto.

—Anda, Harvey —intervine yo—. Toma otro oporto.

—No —contestó—. Voy a ir un poco más arriba de la calle a comer. Hasta luego, Jake.

Salió y subió calle arriba. Pequeño y rechoncho, le vi cruzar la calzada y sortear el tránsito con toda calma.

—Siempre me pone de mal humor —dijo Cohn—. No lo puedo soportar.

—A mí me gusta —repuse—. Le aprecio. Uno no puede enfadarse realmente con él.

—Ya lo sé —contestó Cohn—. Lo que pasa es que me crispa los nervios.

—¿Has escrito esta tarde?

—No. No logré que la cosa marchara. Resulta más difícil que mi primer libro. Estoy pasando una mala época intentando sacarlo adelante.

Aquel saludable amor propio que tenía cuando volvió de América a principios de primavera había desaparecido. Entonces estaba seguro de su trabajo; lo único que le torturaba eran sus deseos personales de aventura. Ahora la seguridad se había esfumado. En cierta manera, me doy cuenta de que no he presentado a Robert Cohn con claridad. Ello se debe a que, hasta que se enamoró de Brett, no le oí jamás hacer una observación que le distinguiera, en el sentido que fuese, del resto de la gente. Era agradable verlo en el campo de tenis: tenía un buen cuerpo y lo mantenía en forma; sabía manejar bien las cartas en el bridge; y conservaba unos curiosos andares de estudiante no graduado todavía. Si se encontraba en el grupo, nada de lo que decía destacaba. Llevaba lo que en el colegio llamábamos camisas de polo, y que tal vez se llaman todavía así; pero no era juvenil de profesión, y no creo que se preocupara mucho de su ropa. En lo exterior, se había formado en Princeton; en lo interno, había sido moldeado por las dos mujeres que lo habían formado. Había en él una simpática y pueril alegría, que al educarle no habían conseguido sacarle de encima y que yo tal vez no he sabido hacer resaltar suficientemente. Le gustaba ganar en el tenis, seguramente tanto como a Lenglen, por ejemplo; pero, por otra parte, no se enfadaba cuando le derrotaban. Cuando se enamoró de Brett, todo su tenis se hizo pedazos. Gente que jamás había tenido ni una sola ocasión de ganarle, le ganaba; y él se lo tomaba muy bien.

En fin, estábamos sentados en la terraza del Café Select y Harvey Stone acababa de cruzar la calle.

—Vamos al Lilas —propuse.

—Tengo una cita.

—¿A qué hora?

—Frances va a venir aquí a las siete y cuarto.

—Aquí está.

Frances Clyne se acercaba a nosotros desde el otro lado de la calle. Era una chica muy alta y que andaba meneándose mucho. Hizo señas con la mano y sonrió. La miramos mientras cruzaba la calle.

—Hola —dijo—. Estoy muy contenta de verte aquí, Jake. Quería hablar contigo.

—Hola, Frances —dijo Cohn sonriendo.

—¡Ah, hola, Robert! ¿Estás aquí?

Continuó hablando con rapidez:

—He pasado un día horrible. Este tipo —dijo, haciendo con la cabeza un ademán para indicar a Cohn— no vino a casa a comer.

—No habíamos quedado en eso.

—Oh, ya lo sé, pero no dijiste nada a la cocinera. Por mi parte, yo también tenía una cita con Paula, y no estaba en su oficina. Fui al Ritz y la esperé, pero no vino y yo, por supuesto, no tenía suficiente dinero para almorzar en el Ritz.

—¿Qué hiciste?

—Salí, naturalmente —hablaba con fingida animación—. Yo siempre cumplo mis compromisos. Hoy en día nadie lo hace; ya sería hora de que me enterara. En fin, ¿cómo estás, Jake?

—Bien.

—En el baile ibas con una chica muy atractiva, y luego te largaste con aquella tal Brett.

—¿No te cae simpática? —preguntó Cohn.

—Opino que es totalmente encantadora. ¿No lo crees tú así?

Cohn no dijo nada.

—Oye, Jake, quiero hablar contigo. ¿Quieres venir conmigo hasta el Dôme? Tú te quedarás aquí, ¿eh, Robert? Vamos, Jake.

Cruzamos el Boulevard Montparnasse y nos sentamos a una mesa. Se acercó un chico con el Paris Times; le compré un ejemplar y lo abrí.

—¿Qué ocurre, Frances?

—Oh, nada —contestó ella—; sólo que quiere dejarme.

—¿Qué quieres decir?

—Dijo a todo el mundo que íbamos a casarnos, y yo también se lo dije a mi madre y a todos; y ahora no quiere hacerlo.

—¿Por qué razón?

—Ha llegado a la conclusión de que no ha vivido lo suficiente. Me di cuenta de que ocurriría cuando se marchó a Nueva York.

Levantó la vista, con los ojos muy brillantes; trataba de hablar con tono despreocupado.

—No voy a casarme con él si él no quiere. Por supuesto que no. No me casaría con él por nada, ahora. Pero me parece que ya es un poco tarde, cuando hemos esperado tres años y yo he obtenido mi divorcio.

Yo no decía nada.

—Íbamos a celebrarlo, y en lugar de eso sólo nos hemos hecho escenas. ¡Qué cosa más infantil! Nos hacemos escenas horribles: él llora y me pide que sea razonable, pero dice que no puede hacerlo.

—Ya es mala suerte...

—Ya lo creo que es mala suerte. He desperdiciado con él dos años y medio, y no sé si ahora habrá algún hombre que quiera todavía casarse conmigo. Hace dos años, hubiera podido casarme con quien hubiera querido, allí en Cannes. Todos los viejos que querían casarse con alguien chic y sentar la cabeza estaban locos por mí. Ahora no creo que pueda pescar a nadie.

—Claro que sí; puedes casarte con quien quieras.

—No, no lo creo. Y, además, le tengo cariño a él. Y querría tener hijos; siempre pensé que tendríamos niños.

Me miró con ojos muy brillantes:

—Nunca me han gustado mucho los niños, pero no quiero pensar que nunca los tendré. Siempre pensé que, una vez los tuviera, me gustarían.

—Él tiene hijos.

—Oh, sí. Tiene hijos, y tiene dinero, y tiene una madre rica, y ha escrito un libro, y en cambio nadie quiere publicar mi obra, nadie en absoluto. No es que sea mala, pero no tengo nada de dinero. Hubiera podido conseguir una pensión, pero preferí obtener el divorcio por el procedimiento más rápido.

Me miró de nuevo con ojos muy brillantes.

—No es justo. La culpa es mía y al mismo tiempo no lo es. Hubiera debido tener más vista. Y cuando le hablo se limita a llorar y a decir que no puede casarse. ¿Por qué no puede casarse? Yo sería una buena esposa. Es fácil vivir conmigo. Le dejo hacer lo que quiere. Pero no sirve de nada.

—Es realmente vergonzoso.

—Sí, es realmente vergonzoso. Pero no se saca nada hablando de ello, ¿verdad? Venga, volvamos al café.

—Y, desde luego, yo no puedo hacer nada.

—No. Únicamente no dejar que se entere de que te he hablado. Sé lo que quiere.

Se desprendió ahora por primera vez de su horrible disfraz de animación y jovialidad.

—Quiere volver solo a Nueva York y estar allí cuando salga su libro. Eso es lo que quiere.

—Tal vez no gustará. No creo que él sea así. De veras.

—No le conoces como yo, Jake. Es eso lo que quiere hacer. Lo sé. Lo sé. Es por eso por lo que no quiere casarse. Quiere tener un gran triunfo este otoño, y quiere que sea todo para él y nadie más.

—¿Quieres que volvamos al café?

—Sí, vamos.

Nos levantamos de la mesa sin que en todo el rato nos hubieran traído nada de beber. Atravesamos la calle en dirección al Select, donde se hallaba sentado Cohn; nos sonrió desde detrás de la mesa de mármol.

—Vaya, ¿qué es lo que te hace sonreír? —preguntó Frances—. ¿Te sientes muy feliz?

—Erais tú y Jake con vuestros secretos quienes me hacían sonreír.

—Oh, lo que le he contado a Jake no es ningún secreto. Todo el mundo se enterará bastante pronto. Lo único que quería era dar a Jake una versión decente.

—¿De qué se trataba? ¿De tu viaje a Inglaterra?

—Sí, de mi viaje a Inglaterra. ¡Ah, Jake, olvidaba decírtelo: me voy a Inglaterra!

—¡Eso es estupendo!

—Sí; así es como se hace en las familias de categoría. Robert me despacha: me va a dar doscientas libras y yo me iré a visitar a las amistades. ¿Verdad que es algo encantador? Las amistades no saben nada de ello, sin embargo.

Se volvió hacia Cohn y le sonrió. Ahora él no sonreía.

—Tú sólo ibas a darme cien libras, ¿verdad, Robert? Pero logré que me diera doscientas. Realmente, es muy generoso, ¿eh, Robert?

No sé cómo la gente era capaz de decir cosas tan horribles a Robert Cohn. Hay personas a quienes no se puede insultar; le hacen experimentar a uno la sensación de que el mundo será destruido, realmente destruido ante sus propios ojos, si dice ciertas cosas. Pero ahí estaba Cohn, tragándoselo todo. Allí, en mi presencia, se estaba desarrollando todo el asunto, y yo no sentía ni siquiera el impulso de intentar pararlo. Y esto no era más que una broma amistosa en comparación con lo que siguió luego.

—¿Cómo puedes decir tales cosas, Frances? —dijo Cohn interrumpiéndola.

—Escúchenle. Me voy a Inglaterra. Voy a visitar a las amistades. ¿Han visitado ustedes alguna vez a unos amigos que no les quieren? Oh, claro está, tendrán que acogerme: «¿Cómo está, querida? ¡Cuánto tiempo sin verla! ¿Cómo está su querida madre?» Sí, ¿cómo está mi querida madre? Depositó todo su dinero en Francia, en bonos de la Defensa Nacional. Sí, eso

hizo; probablemente fue la única persona en el mundo que lo hizo. «¿Y qué hay de Robert?», u otra frase llena de prudencia sobre Robert. «Debes tener muchísimo cuidado en no mencionarlo, querida. La pobre Frances ha tenido una experiencia extremadamente desafortunada.» ¿Verdad que va a ser divertido, Robert? ¿No crees que va a ser divertido, Jake?

Se volvió hacia mí con aquella horrible sonrisa resplandeciente. Era para ella una satisfacción tener un auditorio.

—Y tú, Robert, ¿adonde vas? Muy bien, yo tengo la culpa; perfectamente, yo tengo la culpa. Cuando hice que te sacaras de encima a tu pequeña secretaria de la revista hubiese tenido que darme cuenta de que te librarías de mí de la misma forma. Jake no sabe eso. ¿Se lo cuento?

—¡Cállate, Frances, por Dios!

—Sí, se lo voy a contar. Robert tenía una pequeña secretaria para la revista. Era la cosita más deliciosa del mundo; él opinaba que era maravillosa. Y entonces vine yo y él pensó que también era maravillosa. De modo que hice que se desembarazara de ella: se la había traído de Carmel a Provincetown cuando trasladó la revista, y ni siquiera le pagó el billete de vuelta a la costa. Todo para complacerme. Entonces pensaba que yo era bastante agraciada, ¿verdad, Robert?

No debes entender mal las cosas, Jake. El asunto con la secretaria fue absolutamente platónico. Ni siquiera platónico, en realidad: no fue nada de nada. Lo único que ocurría es que era muy guapa, y él lo hizo únicamente para complacerme. Bueno, supongo que los que vivimos de la espada pereceremos por la espada. Oye, ¿verdad que eso que acabo de decir resulta muy literario? ¿Quieres apuntarlo para tu próximo libro, Robert? Ya sabes que Robert está recogiendo material para un nuevo libro, ¿verdad, Robert? Por eso me deja plantada. Ha decidido que yo no le proporciono película que valga la pena. Fíjate bien: durante todo el tiempo que estuvimos viviendo juntos se hallaba tan atareado escribiendo su libro, que no recuerda nada de nosotros dos, de manera que ahora ha de marcharse para obtener material nuevo. En fin, espero que obtenga algo tremendamente bueno. Oye, Robert, querido: déjame decirte algo. No te vas a molestar, ¿verdad? No hagas escenas a tus señoras. No puede haber escena sin que te pongas a llorar, y entonces te compadeces tanto a ti mismo que no recuerdas lo que dijo la otra persona; de esta manera no serás nunca capaz de recordar ni una conversación. Trata de permanecer sereno; ya sé que es terriblemente difícil, pero recuerda que es en beneficio de la literatura, y que todos debemos sacrificarnos por ella. Fíjate en mí: me voy a Inglaterra sin una sola protesta; todo por la literatura. Tenemos que ayudar a los escritores jóvenes. ¿No opinas así, Jake? Aunque tú ya no eres un escritor joven, ¿verdad, Robert? Tienes treinta y cuatro años. De todas formas, supongo que para un gran escritor eso es ser joven. Fíjate en Hardy. Y en Anatole France: hace muy poco tiempo que murió. Sin embargo, Robert no le considera bueno; se lo dijo alguno de sus amigos franceses, y como él no lee muy bien el francés... No era un escritor tan bueno como tú, ¿verdad, Robert? ¿Crees tú que tuvo que ir alguna vez en busca de material? ¿Qué supones que les decía a sus amantes cuando se negaba a casarse con ellas? Me pregunto si también él lloraba. ¡Oh! ¡Se me acaba de ocurrir una cosa! —Se llevó la enguantada mano a los labios—. Conozco la verdadera razón por la que Robert no quiere casarse conmigo, Jake. Me ha venido la idea de repente; es una visión que tuve en el Café Select. ¿Verdad que queda muy místico? Algún día colocarán una lápida allí, como en Lourdes. ¿Quieres oírlo, Robert? Te lo voy a contar. Es muy sencillo; no entiendo cómo no se me había ocurrido antes. Se trata de lo siguiente: Robert siempre quiso tener una amante y, si no se casa conmigo, ya ha tenido una. Fui su amante durante más de dos años. ¿Entiendes cómo se plantea la cosa? Y si se casa conmigo, como ha prometido siempre hacer, eso significa el fin de todo el romance. ¿No crees que el imaginarme esto demuestra una gran agudeza por mi parte? Pero, además, es cierto. Mírale y te convencerás. ¿Adonde vas, Jake?

—Tengo que ir a ver a Harvey Stone un minuto.

Cohn levantó la vista cuando yo entré en el café. Tenía el rostro blanco. ¿Por qué continuaba sentado allí? ¿Por qué se lo tomaba de aquella manera?

Como estaba de pie apoyado en la barra y mirando hacia fuera, los veía a través de la ventana. Frances continuaba hablándole con sonrisa radiante y mirándole a la cara cada vez

que preguntaba: «¿No es así, Robert?» O quizá ahora no hacía esta pregunta; tal vez decía otra cosa. Dije al barman que no quería nada para beber y salí por la puerta lateral. Al franquear la puerta, miré hacia atrás y, a través del cristal de doble espesor, vi que seguían sentados allí. Ella seguía hablándole. Bajé por una calle de segundo orden hacia el Boulevard Raspail. Venía un taxi; subí a él y di al chofer la dirección de mi piso.

Capítulo VII

Cuando empezaba a subir la escalera, la portera golpeó con los nudillos en el cristal de la puerta de su garita; me detuve y ella salió. Tenía unas cuantas cartas y un telegrama.

—Aquí está el correo. Vino a verle una señora.

—¿Dejó tarjeta?

—No. Iba con un caballero. Era la que estuvo aquí la noche pasada. En resumidas cuentas, la encuentro muy simpática.

—¿Iba con un amigo mío?

—No lo sé. No había estado nunca aquí anteriormente. Era muy alto; muy, pero que muy alto. Ella estuvo muy simpática; muy, muy simpática. La noche pasada estaba tal vez un poco... —apoyó la cabeza en una mano, balanceándola de un lado a otro—. Voy a hablarle con toda franqueza, señor Barnes. La noche pasada no la encontré tan gentille; me formé otra idea de ella. Pero, se lo digo yo: es muy, muy gentille, y de muy buena familia; es algo que una puede ver.

—¿No dijeron nada?

—Sí. Dijeron que volverían dentro de una hora.

—Hágales subir cuando lleguen.

—Sí, señor Barnes. Esta dama, la dama en cuestión, es alguien. Tal vez una excéntrica, pero... quelqu'un, quelqu'un.

La portera, antes de convertirse en portera, había tenido una concesión de venta de bebidas en las carreras de caballos de París. Aunque realizaba su trabajo en la pelouse, no perdía de vista a la gente del pesage. Se enorgullecía de poder decirme cuáles de mis invitados eran bien educados, cuáles procedían de una buena familia y cuáles eran sportsmen, palabra que pronunciaba con el acento en el men. El único problema era que la gente que no encajaba en ninguna de esas tres categorías estaba muy expuesta a que se le dijera que en chez Barnes no había nadie. Uno de mis amigos, un pintor con un extraordinario aspecto de desnutrición y que, como es obvio, no era para madame Duzinell ni bien educado, ni de buena familia, ni deportista, me escribió una carta preguntándome si podía conseguirle un pase para la portera, a fin de poder subir a verme de vez en cuando por la noche.

Subí al piso preguntándome qué le había hecho Brett a la portera. El cable era de Bill Gorton y decía que llegaba en el France. Puse la correspondencia sobre la mesa, entré en el dormitorio, me desnudé y me duché. Mientras me secaba, oí sonar el timbre de la puerta. Me puse el albornoz y las zapatillas y me dirigí hacia la puerta. Era Brett. Detrás de ella estaba el conde, con un gran ramo de rosas.

—Hola, querido —dijo Brett—. ¿Es que no nos vas a dejar pasar?

—Entrad. Me estaba bañando.

—¡Qué hombre tan afortunado! Estaba bañándose.

—Sólo una ducha. Siéntese, conde Mippipopolous. ¿Qué quiere usted beber?

—No sé si le gustan las flores, señor —dijo el conde—, pero me tomé la libertad de traer estas rosas.

—Démelas a mí —dijo Brett cogiéndolas—. Ponme agua ahí dentro, Jake.

En la cocina llené de agua el gran jarro de loza; Brett metió dentro de él las rosas y las puso en el centro de la mesa del comedor.

—¡Caramba! ¡Qué día hemos pasado!

—¿No recuerdas nada de una cita conmigo, en el Crillon?

—No. ¿Teníamos una? Debía de estar en las nubes.

—Estaba usted bastante borracha, querida —dijo el conde.

—¿Verdad que sí? El conde se ha portado de una forma verdaderamente fenomenal.

—Te has metido a la portera en el bolsillo.

—No es para menos. Le di doscientos francos.

—¡Estás loca!

—Eran suyos —dijo señalando al conde con un ademán de cabeza.

—Creí que debíamos darle alguna cosilla por lo de anoche. Era muy tarde.

—Es maravilloso —dijo Brett refiriéndose al conde—. Recuerda todo lo que ocurrió.

—Usted también, querida.

—¿Ah, sí? —dijo Brett—. ¿Y para qué querría acordarme? Oye, Jake, ¿sería posible tomar un trago?

—Tomadlo mientras voy a vestirme. Ya sabes dónde están las cosas.

—Más o menos.

Mientras me vestía oí que Brett colocaba los vasos; luego oí un sifón y a ellos que hablaban. Me vestía lentamente, sentado en la cama. Me sentía cansado y hecho un asco. Brett entró en la habitación con un vaso en la mano y se sentó en la cama.

—¿Qué te ocurre, querido? ¿Te sientes mareado?

Me besó serenamente en la frente.

—¡Oh, Brett, te quiero tanto!

—¡Querido! —contestó ella. Y añadió luego—: ¿Quieres que lo despida?

—No. Es simpático.

—Lo voy a despedir.

—No, no lo hagas.

—Sí, lo voy a despedir.

—No puedes hacerlo así, por las buenas.

—¿Que no puedo? Quédate aquí. Está loco por mí, te lo digo yo. Salió de la habitación. Me eché en la cama, boca abajo. Estaba pasando un mal momento. Les oí hablar, pero no escuché. Brett entró y se sentó en la cama.

—Pobre querido mío —dijo acariciándome la cabeza. —¿Qué le has dicho?

Estaba echado con la cabeza vuelta. No quería verla.

—Le envié a por champán. Le encanta ir a buscar champán. —Luego añadió—: ¿Te sientes mejor, querido? ¿Está un poco mejor tu cabeza?

—Sí, está mejor.

—Descansa. Ha ido al otro lado de la ciudad.

—¿No podríamos vivir juntos, Brett? Sólo eso, vivir juntos.

—Creo que no. Te tendría que romper con todo el mundo, y no podrías soportarlo.

—Ahora lo soporto.

—Sería distinto. Es culpa mía, Jake. Estoy hecha así.

—¿No podríamos largarnos al campo por un tiempo?

—No serviría de nada. Iré, si tú quieres. Pero no podría vivir sosegadamente en el campo con el hombre al que quiero de verdad.

—Lo sé.

—¿No es un asco? No sirve de nada que te diga que te quiero.

—Tú sabes que te quiero.

—No hablemos. No decimos más que tonterías. Voy a irme lejos de ti y, además, Michael vuelve ya.

—¿Por qué te marchas?

—Es mejor para ti. Y para mí.

—¿Cuándo te vas?

—Tan pronto como pueda.

—¿Adonde?

—A San Sebastián.

—¿No podemos ir juntos?

—No. Sería una idea infernal, después de la conversación que acabamos de tener.

—Nunca estamos de acuerdo.

—Lo entiendes tan bien como yo. No seas obstinado, querido.

—Oh, claro que lo entiendo —dije—. Ya sé que tienes razón. Lo que pasa es que estoy abatido, y cuando me encuentro así digo estupideces.

Me senté en la cama y me incliné para buscar los zapatos. Me los puse y me levanté.

—No pongas esa cara, querido.

—¿Qué cara quieres que ponga?

—Oh, no seas imbécil. Voy a irme mañana.

—¿Mañana?

—Sí. ¿No lo dije así? Mañana.

—Tomemos un trago, pues. El conde está por regresar.

—Sí. Tendría que estar de vuelta. Oye, es algo extraordinario comprando champán. El champán tiene una importancia bárbara para él.

Entramos en el comedor. Tomé la botella de brandy y preparé un trago para Brett y otro para mí. Sonó el timbre y acudí a la puerta: era el conde. Detrás de él, con una canasta de botellas de champán, estaba el chofer.

—¿Dónde puedo decir que lo ponga, señor? —preguntó el conde.

—En la cocina —contestó Brett.

—Póngalo allí, Henry —dijo el conde indicándole el sitio—. Ahora baje y traiga el hielo.

Se quedó velando por la canasta, que estaba en la cocina:

—Me parece que opinará usted que es un buen vino. Ya sé que en los Estados Unidos no tenemos ahora demasiadas oportunidades para juzgar un buen vino, pero éste lo conseguí por medio de un amigo que está metido en el negocio.

—Usted conoce siempre a alguien en el mundo del comercio —dijo Brett.

—Este amigo se dedica al cultivo de la vid. Tiene miles de acres de viñedos.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Brett—. ¿Veuve Cliquot?

—No —respondió el conde—. Mumms. Es un barón.

—¿No es algo maravilloso? —dijo Brett—. Todos nosotros tenemos títulos. ¿Cómo es que no tienes tú ninguno, Jake?

—Le aseguro a usted, señor —dijo el conde, poniéndome la mano en el brazo—, que eso nunca reporta ningún beneficio. En la mayoría de los casos le cuesta dinero a uno.

—Oh, no lo sé... A veces es tremendamente útil —dijo Brett.

—Yo no he observado que nunca me proporcionara el menor beneficio.

—Porque no lo ha empleado de forma adecuada. Con el mío yo he obtenido un prestigio fabuloso.

—Siéntese, conde —dije yo—. Permítame que le coja su bastón.

El conde estaba mirando a Brett, que se hallaba al otro lado de la mesa, bajo la luz, fumando un cigarrillo y arrojando la ceniza sobre la alfombra. Vio que yo me daba cuenta de ello:

—Oye, Jake, no quiero echar a perder tus alfombras. ¿No puedes proporcionarme un cenicero?

Hallé algunos ceniceros y los distribuí por allí. Apareció el chofer con un cubo lleno de hielo con sal.

—Ponga dos botellas dentro, Henry —dijo el conde.

—¿Algo más, señor?

—No. Aguarde en el coche.

Se dirigió a Brett y a mí:

—¿Qué tal si fuéramos a cenar al Bois?

—Si usted quiere... —contestó Brett—. Yo no sería capaz de comer nada.

—A mí siempre me gusta una buena comida —dijo el conde.

—¿Puedo traer el vino, señor? —preguntó el chofer.

—Sí, tráigalo, Henry —contestó el conde. Sacó una gran petaca de piel de cerdo y me la acercó:

—¿Quiere usted probar un auténtico puro americano?

—Gracias —contesté—. Voy a terminar mi cigarrillo.

Cortó la punta de su cigarro con el artefacto que llevaba colgado de uno de los extremos de su cadena de reloj.

—Me gusta que un cigarro tire de verdad —dijo el conde—. La mitad de puros que uno fuma no tiran.

Encendió el cigarro y dio unas chupadas mirando a Brett que estaba al otro lado de la mesa:

—Y cuando esté divorciada, lady Ashley, ya no tendrá título.

—No. Es una lástima.

—No —contestó el conde—. Usted no necesita título. Respira clase por todos sus poros.

—Gracias. Muy amable de su parte.

—No me burlo de usted —dijo el conde arrojando una nube de humo—. Es usted la persona con más clase de todas cuantas he conocido. La tiene, eso es todo.

—Es usted muy amable —dijo Brett—. Mamá estaría complacida. ¿Por qué no lo escribe? Se lo mandaría por carta.

—También se lo diría a ella —dijo el conde—. No me burlo de usted; nunca me burlo de la gente. Búrlate de la gente y te harás enemigos: eso es lo que yo digo siempre.

—Tiene usted razón —dijo Brett—. Tiene usted muchísima razón. Yo me burlo siempre de la gente y no tengo ni un amigo en todo el mundo. Excepto Jake.

—Porque no se burla usted de él.

—Eso es.

—¿Y ahora? —preguntó el conde—. ¿Se está burlando de él? Brett me miró y se le marcaron arrugas en las comisuras de los ojos:

—No —dijo—. No podría burlarme de él.

—¿Lo ve? —dijo el conde—. De él no se burla.

—¡Qué conversación más aburrida, demonios! —dijo Brett—. ¿Qué pasaría si tomáramos un poco de ese champán?

El conde se inclinó hasta alcanzar el cubo resplandeciente e hizo girar las botellas:

—Todavía no está frío. Está usted siempre bebiendo, querida. ¿Por qué no se contenta sólo con hablar?

—Ya he hablado demasiado. Me he quedado totalmente vacía después de hablar con Jake.

—Me gustaría oírla hablar realmente, querida. Cuando habla conmigo jamás termina del todo las frases.

—Dejo para usted el trabajo de terminarlas. Dejo que cada cual las termine como quiera.

—Es un sistema muy interesante —el conde alcanzó las botellas y les dio la vuelta—. Sin embargo, me gustaría oírla hablar alguna vez.

—¿Verdad que parece tonto? —preguntó Brett.

—Creo que ahora está ya frío —dijo el conde sacando una botella.

Traje una toalla y él secó la botella y la levantó en alto:

—Me gusta beber champán de botellas de dos litros. El vino es mejor, pero habría sido demasiado difícil enfriarlo.

Sostenía la botella, contemplándola. Yo coloqué las copas.

—¡Venga! ¡Ya podría usted abrirla! —sugirió Brett.

—Sí, querida. Ahora la abriré.

Era un champán fuera de serie.

—¡Caramba! ¡Eso sí que es vino! —dijo Brett levantando en alto su copa—. Debemos brindar por algo. ¡Un brindis por la realeza!

—Este vino es demasiado bueno para brindar con él, querida. No hay que mezclar las emociones con un vino como ése: uno se pierde su sabor.

El vaso de Brett estaba vacío.

—Debería usted escribir un libro sobre vinos, conde —dije yo.

—Señor Barnes —repuso el conde—, lo único que quiero de los vinos es saborearlos.

—Saboreemos un poco más de éste —dijo Brett presentando su copa.

El conde lo vertió con mucho cuidado:

—Tome, querida. Saboréelo lentamente; luego ya puede emborracharse.

—¿Emborracharme? ¿Emborracharme?

—Querida, es usted encantadora cuando está borracha.

—Oigan a ese hombre.

—Señor Barnes —dijo el conde llenándome la copa—, es la única de las damas que he conocido que resulta tan encantadora cuando está bebida como cuando está serena.

—Pues no debe de haber visto mucho mundo, ¿verdad?

—Sí, querida. He dado muchas vueltas, muchísimas.

—Bébase su champán —dijo Brett—. Todos hemos dado vueltas. Me atrevo a decir que Jake ha visto tantas cosas como usted.

—Querida, estoy seguro de que ha visto un montón. No piense que no me lo creo, señor. Yo también he visto muchísimas.

—Claro que sí, querido —dijo Brett—. Sólo quería hacerle rabiar.

—He estado en siete guerras y en cuatro revoluciones —dijo el conde.

—¿Como soldado? —preguntó Brett.

—A veces sí, querida. Y tengo heridas de flecha. ¿Han visto alguna vez heridas de flecha?

—Déjenos echar una mirada.

El conde se levantó; se desabrochó chaleco y camisa y se levantó la camiseta, mostrando el negro pecho y los fuertes músculos de su estómago, que se combaban bajo la luz.

—¿Las ven?

Bajo la línea en que terminaban las costillas había dos costurones de tono blanco.

—Miren en la espalda, por donde salieron.

Encima de los riñones había otras dos cicatrices iguales, del grosor de un dedo.

—¡Caramba! ¡Ahí es nada!

—Pasaron limpiamente de parte a parte.

Mientras el conde se ponía bien la camisa le pregunté:

—¿Dónde se las hicieron?

—En Abisinia, cuando tenía veintiún años.

—¿Qué hacía usted? —preguntó Brett—. ¿Estaba en el ejército?

—Hacía un viaje de negocios, querida.

—Ya te dije que era de los nuestros, ¿verdad? —dijo Brett dirigiéndose hacia mí—. Le quiero, conde; es usted un encanto.

—Me hace muy dichoso, querida. Pero no es verdad.

—No sea asno.

—Mire, señor Barnes, es precisamente porque he vivido mucho por lo que ahora disfruto tanto de todo. ¿No lo ve usted así?

—Sí, exactamente igual.

—Lo sé. Ése es el secreto —dijo el conde—. Uno debe llegar a conocer los valores.

—¿No les puede ocurrir nada a sus valores alguna vez? —preguntó Brett.

—No, ya no.

—¿No se ha enamorado nunca?

—Siempre —contestó el conde—. Siempre estoy enamorado.

—¿Y qué significa eso para sus valores?

—Eso tiene también un buen lugar entre mis valores.

—Usted no tiene valores; está muerto, eso es todo.

—No, querida, no tiene usted razón. Yo no estoy muerto en absoluto.

Bebimos tres botellas de champán y el conde dejó la canasta en mi cocina. Cenamos en un restaurante del Bois. Fue una buena cena. La comida ocupaba un lugar de excelencia en la escala de valores del conde, al igual que el vino.

Durante la cena el conde se mantuvo en perfecta forma, y Brett también. Fue una buena velada.

—¿Adonde les gustaría ir? —preguntó el conde después de la cena.

Éramos los únicos que quedábamos en el restaurante. Los dos camareros estaban de pie frente a la puerta: querían irse a casa.

—Podemos subir a la colina —propuso Brett—. ¿Verdad que hemos pasado una espléndida velada?

El conde resplandecía de dicha.

—Son ustedes realmente encantadores —dijo fumando otro cigarro—. ¿Por qué no se casan los dos?

—Queremos ser dueños de nuestras propias vidas —dije yo.

—Tenemos nuestras carreras —dijo Brett—. Vamos; salgamos de aquí.

—Tomemos otro coñac —propuso el conde.

—Tomémoslo en la colina.

—No, tomémoslo aquí: hay tranquilidad.

—¡Ustedes y su tranquilidad! —dijo Brett—. ¿Qué es lo que sienten los hombres por la tranquilidad?

—Nos gusta —contestó el conde—. Nos gusta; lo mismo que a usted le gusta el ruido, querida.

—Está bien —accedió Brett—. Tomemos uno.

—Sommelier! —dijo el conde.

—Sí, señor.

—¿Cuál es el coñac más viejo que tienen?

—Mil ochocientos once, señor.

—Tráiganos una botella.

—Vaya, no haga ahora un alarde. Hazle cambiar de idea, Jake.

—Escúcheme querida: para gastarme el dinero, doy más valor al coñac añejo que a cualquier otra antigüedad.

—¿Tiene muchas antigüedades?

—Una casa llena.

Al fin subimos a Montmartre. El Zelli estaba abarrotado y lleno de humo y ruido; la música, al entrar, le causaba a uno un sobresalto. Brett y yo bailamos. La gente estaba tan apiñada que casi no podíamos movernos. El negro de la batería saludó a Brett con la mano; estrujados por la multitud, bailábamos frente a él.

—¿Qué tal?

—Perfectamente.

—Eso está bien.

Era todo labios y dientes.

—Es un gran amigo mío —dijo Brett—; y un batería formidable.

La música paró y nos dirigimos hacia la mesa en que se hallaba sentado el conde. La música empezó otra vez y bailamos. Miré al conde; estaba sentado y fumaba un cigarro. La música paró de nuevo.

—Volvamos —dijo Brett dirigiéndose hacia la mesa.

La música empezó de nuevo y volvimos a bailar apretujados entre la multitud.

—Eres un asco bailando, Jake. Michael es el mejor bailarín que conozco.

—Es un chico magnífico.

—Tiene sus buenas cualidades.

—Me gusta mucho —dije—. Le aprecio terriblemente.

—Voy a casarme con él —dijo Brett—. Es curioso, no he pensado en él en una semana.

—¿No le escribes?

—No, yo no. Nunca escribo cartas.

—Apuesto a que él te escribe.

—Sí, un poco más que yo. Y cartas realmente buenas.

—¿Cuándo vais a casaros?

—¿Cómo voy a saberlo? Tan pronto como podamos obtener el divorcio. Michael está intentando conseguir que su madre ponga el dinero.

—¿No te podría ayudar yo?

—No seas necio. La familia de Michael tiene carretadas de dinero.

La música paró y nos dirigimos hacia la mesa. El conde se puso en pie.

—Encantadores —dijo el conde—. Estaban ustedes realmente deliciosos.

—¿Usted no baila, conde? —pregunté.

—No. Soy demasiado viejo.

—¡Oh!, déjese de tonterías —dijo Brett.

—Querida, lo haría si me divirtiera. Pero lo que me divierte es verla bailar a usted.

—Estupendo —dijo Brett—. Volveré a bailar para usted alguna vez. Oiga, ¿qué sabe de su amiguito Zizi?

—Permítame que le diga una cosa: soporto a ese muchacho, pero no quiero tenerlo a mi lado.

—Es un poco pesado.

—Mire usted, creo que es un chico con porvenir. Pero, personalmente, no lo quiero a mi alrededor.

—Jake piensa más o menos lo mismo.

—Me crispa los nervios.

—En fin —dijo el conde encogiéndose de hombros—, acerca de su futuro uno no puede decir nada. De todas formas, su padre era un gran amigo del mío.

—Venga, vamos a bailar —dijo Brett.

Bailamos. Estaba abarrotado y el ambiente era sofocante.

—Querido —dijo Brett—, ¡soy tan desgraciada!

Tuve la sensación de repetir una escena que ya había tenido lugar en otra ocasión.

—Hace un minuto resplandecías de felicidad.

El batería voceaba:

—No puedes dos veces...

—Pues se me ha ido como por encanto.

—¿Qué te ocurre?

—No lo sé. Sólo sé que me siento horriblemente.

—... —cantaba el batería. Luego volvió a sus palillos.

—¿Quieres irte?

Como en una pesadilla, tenía la sensación de que todo se repetía, de que era algo por lo que ya había pasado y por lo que ahora tenía que volver a pasar.

—... —cantó suavemente el batería.

—Vámonos —dijo Brett—. No te parece mal, ¿verdad?

—... —cantó a gritos el batería, sonriendo a Brett.

—Está bien —dije. Salimos de entre el gentío y Brett fue al tocador.

—Brett quiere irse —dije al conde. Éste inclinó la cabeza en señal de asentimiento:

—¿Ah, sí? Muy bien, cojan el coche. Yo voy a quedarme aquí un rato, señor Barnes.

Nos dimos un apretón de manos.

—Ha sido una velada maravillosa —dije—. Desearía que me dejara pagar esto.

—Señor Barnes, no sea usted ridículo —dijo el conde.

Brett se acercó con su abrigo puesto. Besó al conde y le puso la mano en el hombro para impedir que se levantara. Al salir me volví: había tres chicas a su mesa. Subimos al imponente coche y Brett dio al chofer la dirección de su hotel.

—No, no subas —dijo al llegar al hotel. Había tocado el timbre y la puerta estaba con el cerrojo descorrido.

—¿De veras?

—No, por favor.

—Buenas noches, Brett —dije—. Me disgusta que te sientas deprimida.

—Buenas noches, Jake. Buenas noches, querido. No quiero volver a verte.

De pie ante la puerta, nos besamos. Me rechazó y volvimos a besarnos.

—¡Oh, no lo hagas! —dijo Brett.

Se volvió rápidamente y entró en el hotel. El chofer me llevó a mi piso. Le di veinte francos.

—Gracias, señor —dijo él, tocándose la gorra, y se marchó. La puerta se abrió; subí por la escalera y me metí en la cama.

Libro segundo

Capítulo VIII

No volví a ver a Brett hasta que regresó de San Sebastián. Desde allí me envió una postal. Era una vista de la Concha y decía: «Querido, estoy muy tranquila y rebosante de salud. Recuerdos a todos los amigos. Bret».

Tampoco volví a ver a Robert Cohn. Oí decir que Francés se había ido a Inglaterra y recibí una nota de Cohn. Éste me decía que se iba a pasar un par de semanas al campo, no sabía dónde; pero esperaba que no iba a desdecirme de aquel viajecito por España para pescar del que habíamos hablado el pasado invierno. Lo podría localizar siempre, escribía, a través de su banco.

Brett se había ido, las preocupaciones de Cohn ya no me molestaban, y más bien me alegraba de no tener que jugar al tenis. Había mucho trabajo por hacer; fui con frecuencia a las carreras, cené con amigos e invertí en la oficina algunas horas extra, adelantando las cosas para poder dejarlas a cargo de mi secretaria cuando Bill Gorton y yo nos largáramos a España a fines de junio. Bill Gorton llegó, se alojó en mi piso durante un par de días y se marchó a Viena. Estaba muy animado y decía que los Estados Unidos eran maravillosos. Nueva York, maravillosa: había habido una magnífica temporada teatral y toda una cosecha de estupendos pesos medios jóvenes; cada uno de ellos le hacía esperar a uno que, al madurar y ganar peso, podría batir a Dempsey. Bill era muy feliz. Había ganado un montón de dinero con su último libro, e iba a ganar mucho más. Lo pasamos bien mientras estuvo en París. Luego se marchó a Viena. Iba a volver dentro de tres semanas, y entonces nos marcharíamos a España a pescar un poco y a ver la fiesta de Pamplona. Escribió que Viena era fabulosa. Luego recibí una postal de Budapest: «Jake, Budapest es fabuloso.» Al final me llegó un cable: «Vuelvo el lunes.»

El lunes al atardecer reapareció. Oí cómo su taxi se detenía, fui hacia la ventana y le llamé; él agitó la mano y empezó a subir la escalera cargado con las maletas; fui a su encuentro en la escalera y le cogí una de las maletas.

—Vaya —dije—, parece que has tenido un viaje maravilloso.

—Maravilloso —contestó—. Budapest es absolutamente fabuloso.

—¿Y Viena?

—No tan extraordinaria, Jake, no tan extraordinaria. Parecía mejor de lo que era en realidad.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mientras traía vasos y un sifón.

—Estaba borracho, Jake; borracho.

—Qué raro. Será mejor que tomes un trago.

Bill se restregó la frente:

—Es una cosa curiosa: no sé cómo ocurrió; fue de repente.

—¿Duró mucho?

—Cuatro días, Jake. Duró cuatro días exactamente.

—¿Adonde fuiste?

—No me acuerdo. Te escribí una postal; eso lo recuerdo perfectamente.

—¿Algo más?

—No estoy seguro. Es posible.

—Continúa. Háblame de ello.

—No consigo acordarme. Te cuento todo lo que soy capaz de recordar.

—Continúa. Tómate este trago y recuerda.

—Puedo acordarme un poco —dijo Bill—. Recuerdo algo sobre un combate de boxeo. Un enorme combate de boxeo en Viena. Había un negro. Recuerdo perfectamente al negro.

—Continúa.

—Un negro maravilloso. Se parecía a Tiger Flowers, pero era cuatro veces más fuerte. De repente todo el mundo empezó a arrojar cosas. Yo no. Lo único que había hecho el negro era derribar al tipo local. El negro levantó el guante; quería hablar. ¡Qué aspecto más noble el de aquel negro! Empezó a hablar, pero entonces el tipo blanco local le golpeó; él a su vez le dio un porrazo que lo dejó seco. Entonces todo el mundo empezó a arrojar sillas. El negro se fue a casa con nosotros, en nuestro coche. No pudo recuperar su ropa y llevaba mi abrigo. Ahora recuerdo todo el asunto. Una jornada deportiva muy cargada.

—¿Qué ocurrió?

—Prestamos algo de ropa al negro y fuimos con él de un lado para otro, tratando de cobrar su dinero. Se excusaron diciendo que era el negro quien les debía dinero a ellos por los desperfectos de la sala. Me pregunto quién hacía de traductor. ¿Era yo?

—Seguramente no eras tú.

—Tienes razón. No era yo, de ninguna manera. Era otro compañero. Creo que le llamábamos el «oriundo de Harvard». Ahora me acuerdo de él. Estaba estudiando música.

—¿Cómo terminó la cosa para vosotros?

—No muy bien, Jake. Injusticias en todas partes. El agente dijo que el negro prometió dejar en pie al chico local; se quejó de que el negro había violado el contrato. «Dios mío, señor Gorton —dijo el negro—, durante cuarenta minutos no hice nada más que tratar de mantenerlo de pie. Ese muchacho blanco debió de reventar por sus propios esfuerzos, mientras intentaba zumbarme. Yo no le di ni un golpe en todo el rato.»

—¿Conseguisteis algo de dinero?

—Nada de dinero, Jake. Todo lo que pudimos obtener fueron las ropas del negro. Además, alguien le robó el reloj. Un negro espléndido. Fue un gran error haber ido a Viena. No estuvo muy bien, Jake; no estuvo muy bien.

—¿Qué fue del negro?

—Regresó a Colonia. Vive allí; está casado y tiene familia. Va a escribirme una carta y a enviarme el dinero que le presté. Un negro magnífico. Espero que le di la dirección bien dada.

—Seguramente que sí.

—En fin... De todas formas, vayamos a comer —dijo Bill—; a no ser que quieras que te cuente algunas anécdotas más del viaje.

—Continúa.

—Vayamos a comer.

Bajamos y salimos hacia el Boulevard Saint Michel, en el tibio atardecer de junio.

—¿Adonde vamos a ir?

—¿Quieres comer en la isla?

—Claro que sí.

Bajamos por el Boulevard. En el cruce de la Rué Denfert-Rochereau con el Boulevard hay una estatua de dos hombres con túnicas ondulantes.

—Ya sé quiénes son —dijo Bill echando una mirada al monumento—. Son los dos señores que inventaron la farmacia. No trates de engañarme acerca de París.

Seguimos adelante.

—Aquí hay un taxidermista —dijo Bill—. ¿Quieres comprar algo? ¿Un encantador perro relleno?

—Continuemos —dije yo—. Te enamoras de todo lo que ves.

—Son unos perros disecados lindísimos —insistió Bill—. Con toda seguridad alegrarían tu piso.

—Sigamos.

—Sólo un perro disecado. Es aquello de «lo toma o lo deja». Pero oye, Jake: sólo un perro disecado.

—Vamos.

—Una vez lo has comprado, lo significa todo para ti. Es un simple intercambio de valores. Tú les das dinero y ellos te dan un perro disecado.

—Compraremos uno al volver.

—Está bien, hazlo a tu manera. El camino al infierno está empedrado de perros disecados no comprados, pero no es mía la culpa.

Continuamos andando.

—¿Cómo es que has sentido tan de repente ese cariño por los perros?

—Siempre he sentido eso por los perros. Siempre he experimentado una pasión por los animales disecados.

Nos detuvimos a tomar una copa.

—Realmente me gusta beber —dijo Bill—. Deberías probarlo tú también de vez en cuando, Jake.

—Me llevas unas ciento cuarenta y cuatro copas de ventaja.

—No has de desanimarte. Nunca hay que desanimarse. Es el secreto de mi éxito: no desanimarse nunca; no desanimarse nunca en público.

—¿Dónde estuviste bebiendo?

—Me detuve en el Crillon y George me preparó un par de Jack Roses. George es un gran hombre. ¿Sabes el secreto de su éxito? No haberse desanimado nunca.

—Tú vas a desanimarte si tomas tres pernods más.

—No en público. Si empiezo a sentirme desanimado, me largaré por mi propia cuenta. En eso soy como un gato.

—¿Cuándo viste a Harvey Stone?

—En el Crillon. Harvey estaba ligeramente desanimado. No había comido desde hacía tres días. Ya no come. Desaparece, sencillamente, como un gato. Es muy triste.

—Está perfectamente bien.

—Espléndido. Sin embargo, desearía que no continuara con eso de escabullirse como un gato. Me pone nervioso.

—¿Qué haremos esta noche?

—Tanto me da. La única cosa esencial es no desanimarse. ¿Crees que aquí tendrían huevos duros? En este caso no tendríamos que bajar hasta la isla a comer.

—Nada de eso —dije—. Vamos a comer de una manera normal.

—Era sólo una idea —dijo Bill—. ¿Quieres que nos pongamos en marcha ahora?

—Vamos.

Nos pusimos de nuevo en marcha Boulevard abajo. Un coche de caballos pasó por delante de nosotros. Bill lo miró.

—¿Has visto ese coche de caballos? Te voy a regalar ese caballo de coche disecado para Navidad. Voy a regalar animales disecados a todos mis amigos. Soy un escritor amante de la naturaleza.

Pasó un taxi; alguien que iba en él saludó con la mano y golpeó en los cristales para que el chofer parara. El taxi se detuvo al borde de la acera. Era Brett.

—¡Qué señora tan guapa! —dijo Bill—. ¿Va a raptarnos?

—¡Hola! —dijo Brett—. ¡Hola!

—Éste es Bill Gorton. Lady Ashley.

Brett sonrió a Bill.

—Acabo de regresar. Ni siquiera he tomado un baño. Michael llega esta noche.

—Estupendo. Ven a comer con nosotros; iremos todos a recibirle.

—Tengo que asearme.

—¡Tonterías! Ven.

—Tengo que tomar un baño. No llega hasta las nueve.

—Entonces ven a tomar un trago antes de bañarte.

—Eso sí que puedo hacerlo. Ahora hablas con sensatez.

Subimos al taxi. El chofer nos echó una ojeada.

—Pare en el bistrot más próximo —dije.

—Sería mejor ir a la Closerie —dijo Brett—. No puedo beber estos asquerosos coñacs.

—A la Closerie des Lilas.

Brett se volvió hacia Bill.

—¿Hace mucho tiempo que está en esta pestilente ciudad?

—Acabo de llegar hoy de Budapest.

—¿Cómo es Budapest?

—Maravillosa. Budapest es maravillosa.

—Pregúntale acerca de Viena.

—Viena es una ciudad extraña —dijo Bill.

—Se parece mucho a París —dijo Brett dirigiéndole una sonrisa que le hizo arrugar las comisuras de los ojos.

—Exactamente —contestó Bill—. Muy parecida a París en este momento.

—Me parece que está usted bien embalado.

Nos sentamos en la terraza del Lilas. Brett y yo pedimos whisky con soda, y Bill otro pernod.

—¿Cómo estás, Jake?

—Muy bien —contesté—. He pasado una buena temporada.

Brett me miró.

—Fui una imbécil al marcharme —dijo—. El que deja París es un tonto.

—¿Lo has pasado bien?

—Oh, sí. Fue interesante, aunque no tremendamente divertido.

—¿Viste a alguien?

—No, casi a nadie. No salía nunca.

—¿No nadaste?

—No. No hice nada en absoluto.

—Eso me suena a Viena —dijo Bill.

Brett se dirigió a él arrugando las comisuras de los ojos:

—De modo que es de esta forma como se siente uno en Viena.

—En Viena todo es así.

Brett le sonrió de nuevo.

—Tienes un amigo muy simpático, Jake.

—Sí, está muy bien —dije—. Es taxidermista.

—Eso era en otro país —dijo Bill—. Y, además, todos los animales estaban muertos.

—Otro más y me marcho —dijo Brett—. Manda al camarero por un taxi.

—Hay una hilera afuera, ahí delante.

—Bueno.

Tomamos el trago y luego metimos a Brett en el taxi.

—Acuérdate de estar hacia las diez en el Select. Y hazle venir también a él. Michael estará allí.

—Estaremos allí —respondió Bill.

El taxi se puso en marcha y Brett dijo adiós con la mano.

—¡Qué chica! —dijo Bill—. Es tremendamente simpática. ¿Quién es Michael?

—El hombre con quien se va a casar.

—Bueno, bueno —dijo Bill—. Siempre me encuentro a alguien que se halla exactamente en esta situación. ¿Qué voy a regalarles? ¿Crees que les gustaría un par de caballos de carrera disecados?

—Es mejor que comamos.

—¿Es verdaderamente lady Tal o Cual? —preguntó Bill dentro del taxi, cuando bajábamos hacia la île Saint Louis.

—Oh, sí. Con su nombre en el registro genealógico y todo eso.

—Bueno, bueno.

Cenamos en el restaurante de Madame Lecomte, al otro extremo de la isla. Estaba abarrotado de americanos, y tuvimos que quedarnos de pie y esperar para encontrar sitio. Alguien lo había puesto en la lista del American Women's Club como un restaurante curioso, en los quais de París y todavía no contaminado por los americanos. De modo que tuvimos que esperar cuarenta y cinco minutos por una mesa. Bill había comido en el restaurante en 1918 e inmediatamente después del armisticio, y Madame Lecomte armó un gran alboroto al verle.

—Pero no nos consigue una mesa —dijo Bill—. De todas formas, es una mujer estupenda.

Nos dieron una buena comida: pollo asado, habas tiernas, puré de patatas, ensalada, pastel de manzana y queso.

—Tiene usted aquí a todo el mundo —dijo Bill a Madame Lecomte.

Ella levantó la mano:

—¡Oh, Dios mío!

—Va a hacerse rica.

—Así lo espero.

Después del café y el coñac recibimos la nota, escrita como siempre con tiza en una pizarra; era sin duda uno de los rasgos «curiosos» mencionados en la guía. Pagamos, nos dimos un apretón de manos y salimos.

—Ya no viene por aquí, señor Barnes —dijo Madame Lecomte.

—Demasiados compatriotas.

—Venga a la hora de comer. Entonces no está tan lleno.

—Bueno. Volveré pronto.

Anduvimos bajo los árboles que se inclinaban sobre el río, por el lado del Quai d'Orléans. Al otro lado del río aparecían las paredes desvencijadas de las viejas casas que se estaban derribando.

—Van a abrir una calle a través de ellas.

—Sí —dijo Bill.

Continuamos andando hasta dar la vuelta a la isla. El río era negro. Pasó río arriba un bateau mouche, resplandeciente de luz, rápido y silencioso, y desapareció de nuestra vista bajo el puente. Río abajo estaba Notre Dame, acurrucada contra el cielo nocturno. Cruzamos hacia la orilla izquierda del Sena por el puente de madera sólo para peatones que sale del Quai de Bethune; nos detuvimos en el puente y miramos río abajo, hacia Notre Dame. Desde el puente, la isla parecía negra; las casas que se perfilaban contra el cielo daban la impresión de ser altas, y los árboles eran sombras.

—Es algo realmente grande —dijo Bill—. ¡Dios mío, estoy encantado de estar de vuelta!

Inclinados sobre el parapeto de madera del puente, miramos río arriba, en dirección a las luces de los grandes puentes. Abajo, el agua era negra y silenciosa; no hacía ningún ruido al chocar contra los pilares del puente. Un hombre y una chica pasaron junto a nosotros, abrazados.

Atravesamos el puente y subimos por la Rue du Cardinal Lemoine. Era un trayecto empinado, pero lo seguimos hasta el final, hasta la Place Contrescarpe. La luz de los arcos voltaicos brillaba a través de las hojas de los árboles, bajo los cuales un autobús de la línea S

se disponía a ponerse en marcha. Por la puerta del Nègre Joyeux salía música. A través de la ventana del Café aux Amateurs, vi la larga barra de cinc. Afuera, en la terraza, había obreros que bebían y en la cocina abierta, una chica estaba friendo patatas. Había una cacerola de hierro con estofado. La chica puso un poco en un plato, para un viejo que aguardaba de pie, con una botella de vino tinto en una mano.

—¿Quieres tomar una copa?

—No —dijo Bill—. No la necesito.

Abandonamos la Place Contrescarpe doblando a la derecha, y anduvimos por calles tranquilas y estrechas, con casas viejas y altas a ambos lados. Algunas de ellas sobresalían, se comían la calle; otras, que parecían cortadas, se retiraban hacia atrás. Nos dirigimos hacia la Rue du Pot de Fer y la seguimos hasta que nos dejó ante el recto norte y sur de la Rue Saint-Jacques. Tomamos la dirección sur para ir hacia el Boulevard du Port Royal, y pasamos por delante del Val-de-Grâce, allá al fondo, detrás del patio y la reja de hierro.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunté—. ¿Vamos al café a ver a Brett y Mike?

—¿Por qué no?

Anduvimos por el Boulevard Port Royal hasta que se convierte en Montparnasse y seguimos luego por éste; pasamos por delante del Lilas, del Lavigne, de todos los pequeños cafés, del Damoy, y cruzamos la calle en dirección al Rotonde, por delante de cuyas luces y mesas pasamos hasta llegar al Select.

Michael vino a nuestro encuentro desde una mesa. Estaba bronceado y parecía lleno de salud.

—¡Hola, Jake! —dijo—. ¡Hola! ¡Hola! ¿Cómo estás, muchacho?

—Tú pareces estar en muy buena forma, Mike.

—Lo estoy. Estoy tremendamente en forma. No he hecho otra cosa que andar; andaba durante todo el día. Sólo tomaba una copa a la hora del té, con mi madre.

Bill había entrado en el bar y estaba de pie hablando con Brett, sentada en un taburete alto, con las piernas cruzadas y sin medias.

—¡Cuánto me alegro de verte, Jake! —dijo Mike—. Estoy un poco bebido. Es extraño, ¿verdad? ¿Has visto mi nariz?

En el caballete de la nariz tenía un parche de sangre seca.

—Me lo hice con las maletas de una señora vieja —dijo Mike—. Me levanté para alcanzárselas y se me cayeron encima.

Desde el bar Brett le hizo señas con la boquilla del cigarrillo, mientras fruncía las comisuras de los ojos.

—Una señora vieja —dijo Mike—. Sus maletas se me cayeron encima.

—Entremos a ver a Brett. Dye, es algo único. Eres una lady encantadora, Brett. ¿De dónde has sacado ese sombrero?

—Un amigo me lo compró. ¿Es que no te gusta?

—Es un sombrero horrible. Compra un sombrero que esté bien.

—¡Oh, sí! Ahora que tenemos tanto dinero... —dijo Brett—. Oye, ¿no conoces todavía a Bill? Eres un anfitrión adorable, Jake.

Y volviéndose a Mike dijo:

—Éste es Bill Gorton. Este borrachín es Mike Campbell. El señor Campbell está acusado de insolvencia, y todavía no ha sido absuelto.

—Eso mismo. ¿Sabes que ayer en Londres encontré a mi ex socio? El tipo que me metió en ese lío.

—¿Qué dijo?

—Me pagó una copa. Pensé que no había razón para no tomarla. Oye, Brett, eres algo encantador. ¿No opinan ustedes que es hermosa?

—¿Hermosa, con esta nariz?

—Es una nariz adorable. Anda, apúntala hacia mí. ¿Verdad que es algo adorable?

—¿No hubiera sido posible hacer quedar a este tipo en Escocia?

—Oye, Brett, vayámonos temprano a retiro.

—No seas indecente, Michael. Recuerda que en esta barra hay damas.

—¿Verdad que es una cosa adorable? ¿No lo crees tú así, Jake?

—Hay un combate de boxeo hoy —dijo Bill—. ¿Les gustaría ir?

—¡Boxeo! —dijo Mike—. ¿Quién lucha?

—Ledoux y alguien más.

—Es muy bueno Ledoux. No es que no me hubiera gustado verlo —dijo haciendo un esfuerzo para mantener el dominio de sí mismo—, pero no puedo ir. Tengo una cita con esta cosa de ahí. Oye, Brett, cómprate un sombrero nuevo.

Brett se caló el sombrero de fieltro hasta casi taparle un ojo y sonrió por debajo del ala:

—Ustedes dos váyanse al boxeo. Yo tendré que llevar al señor Campbell directamente a casa.

—No estoy borracho —dijo Mike—. Sólo un poco, quizá. Oye, Brett, eres algo encantador.

—Váyanse al boxeo —dijo Brett—. El señor Campbell se está poniendo difícil. ¿Qué son estas explosiones de afecto, Michael?

—Oye, eres algo encantador.

Nos dimos las buenas noches.

—Siento no poder ir —dijo Mike.

Brett se rió. Cuando llegamos a la puerta me volví a mirar. Mike, con una mano en la barra, se inclinaba hacia Brett y le hablaba. Ella le miraba con bastante frialdad, aunque las comisuras de sus ojos sonreían.

Afuera en la calle dije:

—¿Quieres que vayamos al boxeo?

—Claro que sí —dijo Bill—, mientras no tengamos que andar.

—¡No estaba Mike poco excitado con su amiga! —dije en el taxi.

—¡Caray! —contestó Bill—. Uno no puede realmente echárselo en cara.

Capítulo IX

El combate de boxeo entre Ledoux y Kid Francis fue la noche del veinte de junio. Fue un buen combate. El día siguiente por la mañana, recibí una carta de Robert Cohn, escrita desde Hendaya. Decía que estaba pasando una temporada muy tranquila: se bañaba, jugaba un poco al golf y mucho al bridge. Hendaya era una playa estupenda, pero estaba ansioso de empezar la excursión de pesca. ¿Cuándo iría yo? Si le compraba un sedal de dos hebras me lo pagaría cuando llegara.

Aquella misma mañana, desde la oficina, escribí a Cohn que Bill y yo nos marcharíamos de París el 25, a no ser que le telegrafiara volviéndome atrás, y que nos encontraríamos en Bayona; allí tomaríamos un autobús que cruzaba las montañas y que nos llevaría hasta Pamplona. El mismo día por la tarde, hacia las siete, me detuve en el Select para ver a Michael y a Brett. Como no estaban allí, me fui al Dingo, donde los encontré sentados a la barra.

—Hola, querido —dijo Brett.

—Hola, Jake —dijo Mike—. Ya me doy cuenta de que ayer por la noche estaba borracho.

—¡Vaya si lo estabas! —dijo Brett—. ¡Qué asunto tan vergonzoso!

—Oye, ¿cuándo te vas a España? —preguntó Mike—. ¿Te importaría que fuéramos contigo?

—Sería estupendo.

—¿De veras no te importaría? Yo ya he estado en Pamplona, pero Brett tiene unas ganas locas de ir. ¿Seguro que no seríamos un estorbo?

—No digas estupideces.

—Estoy un poco bebido, ¿sabes? No te lo preguntaría de esta forma si no lo estuviera. ¿Seguro que no te importa?

—¡Oh, cállate, Michael! —dijo Brett—. ¿Cómo va el hombre a decir ahora que le molesta? Pregúntaselo más adelante.

—Pero a ti no te importa, ¿verdad?

—No me lo preguntes otra vez si no quieres hacerme poner de mal humor. Bill y yo marchamos el 25 por la mañana.

—Por cierto, ¿dónde está Bill? —preguntó Brett.

—Cena con una gente en Chantilly.

—Es un buen chico.

—Un chico espléndido —dijo Mike—. Vaya si lo es.

—Tú no te acuerdas de él.

—Sí que me acuerdo. Le recuerdo perfectamente. Oye, Jake, nosotros nos iremos el 25 por la noche. Brett no es capaz de levantarse por la mañana.

—¡Por supuesto que no!

—Si nuestro dinero llega, y si es seguro que a ti no te importa.

—Sí que va a llegar. Yo me ocuparé de eso.

—Dime qué equipo tengo que enviar a buscar.

—Compra dos o tres cañas con carretes, sedales y algunas moscas.

—Yo no voy a pescar —dijo Brett interviniendo.

—Entonces compra dos cañas; así Bill no tendrá que comprar ninguna.

—Bueno —dijo Mike—, enviaré un telegrama al administrador.

—¿Verdad que será magnífico? —dijo Brett—. ¡España! ¡Qué bien lo vamos a pasar!

—¿En qué cae el 25?

—En sábado.

—Tendremos que prepararnos ya.

—Oye —dijo Mike—, voy a la barbería.

—Yo tengo que bañarme —dijo Brett—. Ven conmigo hasta el hotel, Jake. Sé buen chico.

—Tenemos el más adorable de los hoteles —dijo Mike—. Creo que es un burdel.

—Cuando llegamos, dejamos las maletas aquí, en el Dingo, y en el hotel nos preguntaron si queríamos una habitación sólo para la tarde. Parecieron tremendamente complacidos cuando dijimos que íbamos a quedarnos durante toda la noche.

—Yo creo que es un burdel —dijo Mike—. Y tendría que saberlo con exactitud.

—¡Oh, calla y ve a cortarte el pelo!

Mike se fue y Brett y yo seguimos sentados a la barra.

—¿Tomamos otro?

—Bueno...

—Lo necesitaba —dijo Brett.

Subimos andando por la Rue Delambre.

—No te había visto desde mi regreso —dijo Brett.

—No.

—¿Cómo estás, Jake?

—Bien.

Brett me miró y dijo:

—Oye, ¿va a venir Robert Cohn a esta excursión?

—Sí. ¿Por qué?

—¿No crees que será un poco duro para él?

—¿Por qué va a serlo?

—¿Con quién crees que me fui a San Sebastián?

—Mi enhorabuena —dije.

Seguimos andando.

—¿Por qué has dicho eso?

—No lo sé. ¿Qué querías que dijera?

Seguimos andando y doblamos una esquina.

—Y se portó bastante bien. Está un poco desanimado.

-¿Sí?

—Pensé que eso le haría bien.

—Podrías ocuparte en la asistencia social.

—No te pongas desagradable.

—No tengo ninguna intención de serlo.

—¿De veras no lo sabías?

—No —contesté—. Supongo que es porque no se me ocurrió la idea.

—¿Crees que será demasiado duro para él?

—Eso es cosa suya —dije—. Dile que vas. Siempre le queda la posibilidad de no ir.

—Le escribiré para darle una oportunidad de librarse de este asunto.

No volví a ver a Brett hasta la noche del 24 de junio.

—¿Has tenido noticias de Cohn?

—¡Y tanto! Está loco con el plan.

—¡Dios mío!

—Sí, yo también lo he encontrado un poco raro. Dice que no va a ser capaz de resistir la espera.

—¿Piensa que vas a ir sola?

—No. Le conté que iríamos todos juntos. Michael y todos los demás.

—Es un chico estupendo.

—¿Verdad que sí?

Esperaban su dinero para el día siguiente. Quedamos en que nos encontraríamos en Pamplona. Ellos iban a ir directamente a San Sebastián, y allí tomarían el tren. En Pamplona, nos encontraríamos todos en el Montoya. Si no habían aparecido el lunes a más tardar, nosotros continuaríamos hacia Burguete, en las montañas, para empezar la pesca. Había un autocar que iba a Burguete. Les hice un itinerario para que pudieran seguirnos.

Bill y yo tomamos el tren de la mañana en la Gare d'Orsay. Hacía un día espléndido sin excesivo calor, y desde el momento de la salida el paisaje era precioso. Fuimos al vagón restaurante y desayunamos. Al marcharnos le pedí al encargado tickets para el primer servicio.

—No queda nada hasta el quinto.

—¿Qué quiere decir esto?

Había sólo dos turnos para almorzar en ese tren, y siempre se encontraba en ambos todo el sitio que se quería.

—Están todas las plazas reservadas —dijo el encargado del restaurante—. Habrá un quinto servicio a las tres treinta.

—Esto se pone feo —le dije a Bill.

—Dale diez francos.

—Oiga —dije—, queremos comer en el primer turno.

El empleado se metió los diez francos en el bolsillo.

—Gracias —dijo—. Yo aconsejaría a los señores que tomaran unos bocadillos. Todas las plazas para los cuatro primeros turnos fueron reservadas en la oficina de la compañía.

—Tú harás carrera, hermano —le dijo Bill en inglés—. Supongo que si te hubiéramos dado cinco francos nos hubieras aconsejado que saltáramos del tren.

—Comment?

—¡Vete al diablo! —dijo Bill—. Haz que preparen los bocadillos y una botella de vino. Díselo tú, Jake.

—Y mándelos al vagón de al lado —dije yo explicándole dónde estábamos.

En nuestro compartimiento había un hombre con su mujer y un hijo pequeño.

—Supongo que son ustedes americanos, ¿verdad? —preguntó el hombre—. ¿Va bien el viaje?

—Magníficamente —dijo Bill.

—Eso es lo que uno ha de hacer; viajar mientras es joven. Mamá y yo queríamos siempre pasar el océano, pero hemos tenido que esperar un poco.

—Hubieras podido venir hace diez años, si hubieras querido —dijo su mujer—. Pero siempre decías: «¡Hay que conocer América, primero!» Y hay que decir que hemos visto muchas cosas, se tome en el sentido que se tome.

—Este tren está lleno de americanos —dijo el marido—. Hay siete vagones. Vienen de Dayton, en Ohio; han ido en peregrinación a Roma y ahora van a Biarritz y a Lourdes.

—¡Vaya, de modo que son peregrinos! ¡Condenados puritanos...! —dijo Bill.

—¿De qué parte de Estados Unidos son ustedes?

—Yo de Kansas City —dije—. Él es de Chicago.

—¿Van los dos a Biarritz?

—No. Vamos a España a pescar.

—Por lo que a mí respecta, nunca me ha gustado la pesca. Sin embargo, en la región de donde yo procedo hay muchos que se dedican a ello. En el estado de Montana tenemos algunos lugares estupendos. Yo he salido a pescar con los amigos, pero nunca me interesé.

—¡Sí! ¡Vaya pesca hiciste en esas excursiones!

Él nos guiñó un ojo.

—Ya saben cómo son las señoras. Si vamos acompañados de un botijo o de una caja de cervezas, ya piensan en el infierno y la condenación.

—Así son los hombres —nos dijo su mujer alisándose la cómoda falda—. Voté contra la prohibición para complacerle a él y porque a mí me gusta tener un poco de cerveza en casa; y ahora habla de esa forma. Lo extraño es que encuentren siempre a alguien que se case con ellos.

—Oigan —dijo Bill—, ¿saben que esta pandilla de peregrinos han acaparado el vagón restaurante hasta las tres y media de la tarde?

—¿Qué quiere usted decir? ¡No pueden hacer una cosa así...!

—Pues traten de conseguir plazas.

—Bueno, mamá; por lo que parece, es mejor que vayamos a tomar otro desayuno.

Ella se levantó y se arregló el traje.

—¿Querrán echar una ojeada a nuestras cosas, chicos? Vamos, Hubert.

Se fueron los tres al vagón restaurante. Al cabo de poco rato de haberse marchado, pasó un camarero anunciando el primer turno, y los peregrinos, acompañados de sus curas, empezaron a avanzar en fila india por el corredor. Nuestro amigo y su familia no volvieron. Un camarero pasó por el corredor con nuestros bocadillos y una botella de Chablis; le llamamos.

—Va a tener que trabajar hoy —dije.

Hizo con la cabeza un gesto afirmativo:

—Empiezan ahora, a las diez treinta.

—¿Cuándo vamos a comer nosotros?

—¿Y yo, cuándo?

Dejó dos vasos para el vino; le pagamos los bocadillos y le dimos propina.

—Vendré a recoger las bandejas —dijo—; o, si no, las traen ustedes.

Comimos los bocadillos, bebimos el Chablis y contemplamos el paisaje por la ventanilla. El trigo empezaba justamente a madurar, los campos estaban llenos de amapolas, los pastos eran verdes; de vez en cuando, nos encontrábamos con grandes ríos y aparecía a lo lejos, en medio de los hermosos árboles, algún château.

En Tours nos apeamos y compramos otra botella de vino; cuando volvimos al compartimiento, encontramos al caballero de Montana, a su mujer y a su hijo Hubert cómodamente sentados.

—¿Se puede nadar bien en Biarritz? —preguntó Hubert.

—Ese chico no va a sosegar hasta que se meta en el agua. Para las criaturas es pesado viajar.

—Sí, se puede nadar bien —dije yo—. Pero es peligroso cuando hay mala mar.

—¿Consiguieron ustedes comer? —preguntó Bill.

—¡Vaya si lo hicimos! Nos plantamos allí precisamente cuando ellos empezaban a entrar y debieron de pensar simplemente que éramos del grupo. Uno de los camareros nos dijo algo en francés y luego se limitaron a mandar fuera a tres de los que habían entrado.

—Pensaron que éramos unos frescos, señores —dijo el hombre—. Eso demuestra el poder de la Iglesia católica. Es una lástima que no sean católicos, chicos. Hubieran podido conseguir fácilmente el almuerzo.

—Es que yo lo soy —dije—. Eso es lo que me pone de mal humor.

Al fin, a las cuatro y cuarto, almorzamos. En los últimos momentos Bill se había puesto bastante difícil, e importunó a un cura que regresaba con una de las riadas de peregrinos:

—¿Cuándo nos tocará comer a los protestantes, padre?

—No sé nada de eso. ¿No tienen ustedes tickets?

—Eso es suficiente para impulsar a un hombre a afiliarse al Ku-Klux-Klan —dijo Bill.

El cura le miró otra vez.

En el vagón restaurante, los camareros servían la quinta comida consecutiva. El camarero que nos atendió estaba completamente empapado de sudor. Debajo de los brazos, su chaqueta blanca era de color púrpura.

—Debe de beber mucho vino.

—O llevar camisetas de color púrpura.

—Vamos a preguntárselo.

—No. Está demasiado cansado.

El tren se detuvo media hora en Burdeos y salimos a estirar las piernas por la estación; no había tiempo para entrar en la ciudad. Luego atravesamos las Landas y vimos cómo el sol se ponía. Surcando los pinares había grandes claros ocasionados por el fuego, que parecían caminos, y mirando hacia arriba, al final de ellos, se veían colinas boscosas; hacia las siete y media cenamos, contemplando el paisaje por la ventana abierta del comedor. Era un país de pinares, arenoso y lleno de brezos. Había pequeños claros con casas, y de vez en cuando pasábamos ante un aserradero. Se hizo de noche, pero notábamos la tierra caliente, arenosa y oscura que estaba afuera, tras la ventana, a pesar de no verla. Hacia las nueve, entramos en Bayona. Estrechamos las manos de todos: el hombre, su mujer y Hubert. Ellos continuaban hasta La Negresse, donde cambiarían de tren para Biarritz.

—Bueno, espero que tengan ustedes mucha suerte.

—Tengan cuidado con esas corridas de toros.

—A lo mejor nos veremos en Biarritz —dijo Hubert.

Nos apeamos con las maletas y los estuches de las cañas de pescar, atravesamos la oscura estación y nos dirigimos hacia las luces y la hilera de cupés y autocares de los hoteles. Allí, con los agentes de hotel, estaba Robert Cohn. Al principio no nos veía; luego avanzó hacia nosotros.

—Hola, Jake. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Excelente —contesté—. Éste es Bill Gorton.

—¿Qué tal?

—Vamos —dijo Robert—, tengo un coche.

No me había dado cuenta de que era un poco corto de vista hasta aquel momento; estaba mirando a Bill y trataba de hacerse una idea de él. Además, estaba cohibido.

—Iremos a mi hotel. Está muy bien. Es muy agradable.

Subimos al coche. El cochero colocó las maletas en el pescante, trepó, hizo restallar el látigo y, después de pasar el oscuro puente, entramos en la ciudad.

—Me alegro muchísimo de conocerle —dijo Robert a Bill—. Jake me ha hablado mucho de usted, y he leído sus libros. ¿Me has comprado el sedal, Jake?

El coche paró frente al hotel; bajamos todos y entramos. Era un hotel acogedor, y la gente del mostrador era muy simpática. Nos dieron a cada uno de nosotros una habitación pequeña y cómoda.

Capítulo X

A la mañana siguiente hacía un día radiante, estaban regando las calles y desayunamos los tres en un café. Bayona es una ciudad muy bonita; es como una ciudad española muy limpia, y está junto a un gran río. A pesar de ser tan temprano, en el puente que cruza el río hacía ya mucho calor. Fuimos hasta el otro lado del puente y luego dimos un paseo por la ciudad.

Como no era nada seguro que las cañas de Mike llegaran de Escocia a tiempo, fuimos en busca de una tienda de material deportivo, y al final compramos una caña para Bill, en un primer piso, encima de una tienda de lencería. El hombre que se ocupaba de la tienda había salido y tuvimos que esperar a que volviera. Por fin se presentó, y compramos una caña barata y muy buena y dos redes.

Al salir de nuevo a la calle, echamos un vistazo a la catedral. Cohn observó que era una muestra excelente de eso o lo de más allá, no recuerdo qué. Me pareció una bonita catedral; bonita y oscura, como las iglesias españolas. Luego subimos hasta más allá del viejo fuerte y seguimos hasta la oficina local del Syndicat d'Initiative, de donde suponíamos que salía el autocar. Nos dijeron que el servicio de autocares no empezaba hasta el primero de julio. En la oficina de turismo averiguamos cuánto deberíamos pagar por un coche que nos llevara hasta Pamplona, y alquilamos uno por cuatrocientos francos, en un gran garaje situado en la misma esquina del Teatro Municipal. El coche iba a pasar a recogernos al hotel dentro de cuarenta minutos, y nos paramos a beber una cerveza en la plaza, en el mismo café en el que habíamos desayunado. Hacía calor, pero la ciudad tenía la fragancia, frescor y lozanía de las primeras horas matinales y resultaba agradable estar sentado en el café. Empezó a soplar la brisa; se notaba que venía del mar. En la plaza había palomas y las casas eran de color amarillo, desecado por el sol. Hubiese querido quedarme en el café. Pero teníamos que ir al hotel para hacer las maletas y pagar la cuenta. Decidimos a suertes quién pagaría las cervezas y creo que le tocó a Cohn; pagamos y nos fuimos al hotel. A Bill y a mí nos costó sólo dieciséis francos por cabeza, incluido el diez por ciento del servicio. Encargamos que nos llevaran las maletas abajo y esperamos a Robert Cohn. Mientras aguardábamos, vi en el parquet una cucaracha que debía de tener por lo menos tres pulgadas de largo. Se la mostré a Bill y luego le puse el zapato encima. Estuvimos de acuerdo en que, seguramente, acababa de entrar del jardín; el hotel era, en realidad, terriblemente limpio.

Cohn bajó al fin y nos dirigimos todos al coche. Era un gran coche cerrado. El chofer llevaba un guardapolvo blanco con cuello y puños azules. Le dijimos que bajara la capota. Apiló las maletas y nos pusimos en marcha, calle arriba, hasta salir de la ciudad. Después de pasar por algunos jardines preciosos y de contemplar una buena panorámica de la ciudad al volver la vista atrás, salimos a campo abierto. El paisaje era verde y ondulante y la carretera siempre cuesta arriba. Dejamos atrás a muchos vascos que iban carretera adelante con carros arrastrados por bueyes u otros animales, y pasamos junto a hermosas granjas de techo bajo, totalmente enjalbegadas. En el País Vasco toda la tierra parecía muy rica y muy verde, y las

casas y aldeas acomodadas y limpias. Cada aldea tenía su frontón, y en algunos de ellos había chiquillos que jugaban a pleno sol. En las paredes de las iglesias había letreros con la prohibición de utilizarlas para jugar a pelota, y las casas de los pueblos tenían tejados de tejas rojas. Luego la carretera se desvió, y empezó a ascender y nos encaramamos por la ladera de un cerro, con un valle abajo y colinas que se extendían por detrás, alejándose en dirección al mar. El mar no llegaba a divisarse; estaba demasiado lejos. Uno sabía dónde se hallaba, pero lo único que veía eran colinas y más colinas.

Cruzamos la frontera española. Había un riachuelo y un puente, con carabineros españoles con tricornio de charol y fusil corto a la espalda, a un lado, y franceses gordos con quepis y bigotes, al otro. Sólo abrieron una maleta: nos cogieron los pasaportes y los miraron. A cada lado de la línea fronteriza había una tienda donde se vendía de todo y una posada. El chofer tuvo que entrar a llenar unos papeles acerca del coche y nosotros salimos y nos acercamos al arroyo para ver si había alguna trucha. Bill intentó hablar español con uno de los carabineros, pero la cosa no salió muy bien. Robert Cohn, señalando con el dedo, preguntó si había truchas en el río y el carabinero dijo que alguna sí, pero no muchas.

Le pregunté si había pescado alguna vez y respondió que no, que no le interesaba.

En aquel momento, un viejo de pelo y barba largos y quemados por el sol, vestido con ropas que parecían hechas de saco, avanzó a grandes zancadas hacia el puente. Iba con un largo bastón y llevaba a la espalda un cabrito atado por las cuatro patas y con la cabeza colgando.

El carabinero le hizo señas con el sable de que volviera atrás. El hombre dio media vuelta sin decir nada y emprendió de nuevo la marcha por la blanca carretera de España.

—¿Qué ocurre con el viejo?

—No tiene pasaporte.

Ofrecí un cigarrillo al guardia. Lo cogió y me dio las gracias.

—¿Qué va a hacer? —pregunté.

El guardia escupió en el polvo.

—Oh, no tiene más que vadear el torrente.

—¿Hay mucho contrabando?

—Oh, ya consiguen pasar, ya...

El chofer salió; dobló los papeles y se los metió en el bolsillo interior de la chaqueta. Subimos todos al coche y éste se puso en marcha por la carretera española, blanca de polvo. Durante un rato, el paisaje fue casi el mismo de antes; luego, siempre subiendo por una carretera que se enroscaba sobre sí misma, llegamos a lo más alto de un paso, y nos encontramos realmente en España. Había hileras de montañas pardas con algunos pinos y, a lo lejos, en algunas de las laderas, bosques de hayas. La carretera recorrió la cima del paso y luego descendió; el chofer tuvo que tocar la bocina, aminorar la marcha y desviarse para no atropellar a dos asnos que dormían en medio de la carretera. Siempre bajando, salimos de las montañas y atravesamos un encinar en el que pastaba ganado blanco. Más abajo había llanos cubiertos de hierba y arroyos de agua transparente; cruzamos uno, atravesamos un pueblecito sombrío y empezamos a trepar otra vez. Sube que subirás, franqueamos otro alto paso, lo atravesamos y la carretera volvió a bajar hacia la derecha; a lo lejos, al sur, apareció una nueva alineación de montañas, todas pardas, que parecían calcinadas y tenían surcos de formas raras.

Después de un rato salimos de las montañas; la carretera estaba bordeada de árboles y había un riachuelo y campos de trigo maduro; la carretera, muy blanca, siguió un rato en línea recta y luego, al subir una pequeña elevación del terreno, apareció a lo lejos, a mano izquierda, una colina con un viejo castillo rodeado de construcciones casi pegadas a él, y un campo de trigo que llegaba hasta los mismos muros y ondeaba al viento. Yo iba en el asiento delantero, al lado del chofer, y me volví; Robert Cohn dormía, pero Bill miró y asintió con la cabeza. Atravesamos una extensa llanura; a cierta distancia, a mano derecha, había un gran río que brillaba al sol por entre las dos hileras de árboles que lo bordeaban, y a lo lejos, levantándose sobre el llano, se divisaba la altiplanicie de Pamplona, con las murallas de la ciudad vieja, la gran catedral parda y la escarpada silueta de las otras iglesias recortándose

contra el cielo. Detrás de la altiplanicie había montañas; las había por todos lados, adondequiera que uno mirara.

Ante nosotros, la carretera se extendía, blanca, a través de la llanura, en dirección a Pamplona.

Entramos en la ciudad por el otro lado de la meseta. La carretera era empinada y polvorienta, con dos hileras de árboles para dar sombra; luego, al entrar en la parte nueva de la ciudad, construida fuera de las viejas murallas, se aplanó. Pasamos por delante de la plaza de toros, alta y blanca; a la luz del sol, parecía hecha de hormigón. Luego tomamos una calle secundaria que nos dejó en la gran plaza, y paramos delante del Hotel Montoya.

El chofer nos ayudó a bajar las maletas. Había una turba de chiquillos que contemplaban el coche; hacía calor, los árboles eran verdes, las banderas colgaban de sus astas, y resultaba agradable apartarse del sol para refugiarse a la sombra de las arcadas que daban la vuelta a la plaza. Montoya se alegró de vernos, nos estrechó la mano y nos dio unas buenas habitaciones con vistas a la plaza. Nos lavamos, nos arreglamos y bajamos al comedor. El chofer también se quedó a comer; después le pagamos y emprendió el regreso a Bayona.

En el Montoya hay dos comedores. Uno está en el primer piso y da a la plaza. El otro está abajo, a un nivel inferior al de la plaza, y da a la calle de atrás, por la cual pasan los toros cuando, a primera hora de la mañana, recorren la ciudad, camino de la plaza. En el comedor de abajo se está siempre fresco, y nos sirvieron un estupendo almuerzo. La primera comida que hacía en España me cogía siempre de sorpresa, con sus entremeses, su plato a base de huevos, sus dos platos de carne, legumbres, ensalada, postre y fruta. Se tenía que beber mucho vino para poder tragárselo todo. Robert Cohn trató de decir que no quería el segundo plato de carne, pero nosotros no quisimos servirle de intérpretes y el camarero le trajo en su lugar otra cosa, un plato de carne fría, me parece. Cohn estaba bastante nervioso desde que nos habíamos encontrado en Bayona. No sabía si nosotros estábamos enterados de que Brett había estado con él en San Sebastián, y eso le ponía en una situación un poco embarazosa.

—Bueno —dije—, Brett y Mike tendrían que llegar esta noche.

—No estoy seguro de que vengan —dijo Cohn.

—¿Por qué no? —dijo Bill—. Claro que van a venir.

—Siempre llegan tarde —dije.

—Yo más bien creo que no van a venir —dijo Robert Cohn.

Lo dijo con un aire de superioridad que nos irritó a ambos.

—Apuesto cincuenta pesetas a que estarán aquí esta noche —dijo Bill.

Siempre apuesta cuando está encolerizado y, por lo tanto, suele hacer apuestas que son una locura.

—Acepto —dijo Cohn—. Bueno, recuérdalo, Jake: cincuenta pesetas.

—Me acordaré yo mismo —dijo Bill.

Vi que estaba sulfurado y quise calmarlo.

—Es seguro que van a llegar —dije—. Pero tal vez no esta noche.

—¿Quieres retirar la apuesta? —dijo Cohn.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? Puedes subir a cien, si quieres.

—Está bien. Acepto.

—Ya es bastante —intervine yo—. En otro caso tendrás que hacer un libro de apuestas y darme a mí parte de lo que ganas.

—Ya estoy satisfecho —dijo Cohn sonriendo—. Además, seguramente lo recuperarás jugando al bridge.

—Todavía no lo tiene —advirtió Bill.

Salimos y dimos la vuelta a las arcadas hasta el Iruña, para tomar café. Cohn dijo que iba a hacerse afeitar al otro lado de la plaza.

—Oye —me preguntó Bill—, ¿tengo alguna posibilidad de ganar la apuesta?

—Ni la más mínima. Jamás han llegado a ninguna parte a la hora convenida. Si el dinero no les llega, es absolutamente seguro que no estarán aquí esta noche.

—Me arrepentí nada más abrir la boca. Pero tenía que echárselo a la cara. Supongo que tenía razón, pero, ¿de dónde saca esta seguridad de quien está metido en el ajo? Mike y Brett quedaron con nosotros en venir aquí.

Vi que Cohn se acercaba atravesando la plaza.

—Ahí viene.

—Sí; no le dejemos adoptar su aire judío de superioridad.

—La barbería está cerrada —dijo Cohn—. No abren hasta las cuatro.

Tomamos café en el Iruña, sentados en cómodas sillas de mimbre y mirando la gran plaza desde la fresca sombra de las arcadas. Un rato después Bill se fue a escribir unas cartas y Cohn volvió a la barbería. Como estaba todavía cerrada, decidió ir al hotel a tomar un baño; yo seguí un rato sentado delante del café y luego fui a dar un paseo por la ciudad. Hacía mucho calor, pero iba por el lado sombreado de las calles. Atravesé el mercado y pasé un buen rato visitando de nuevo la ciudad. Fui al Ayuntamiento a ver al caballero anciano que cada año me sacaba un abono para las corridas; había recibido el dinero que le envié desde París y había renovado mi suscripción, de modo que todo estaba en orden. Era el archivero, y todos los archivos de la ciudad se hallaban en su despacho. Eso no tiene nada que ver con la historia. Me contentaré con decir que su despacho tenía una puerta de bayeta verde y otra muy grande de madera, que me retiré cerrando detrás de mí ambas puertas y dejándole sentado entre los archivos que cubrían todas las paredes, y que, al salir a la calle, el portero me detuvo para cepillarme la chaqueta.

—Usted ha ido en coche —dijo.

La parte de detrás del cuello y la porción superior de los hombros estaban grises de polvo.

—Desde Bayona.

—Ya, ya —dijo—. He notado que había ido en coche al ver la forma en que estaba dispuesto el polvo.

Le di dos monedas de cobre por su amabilidad.

Al final de la calle, descubrí la catedral y me acerqué a ella. La primera vez que la vi pensé que la fachada era horrible, pero ahora me gustaba. Entré. El interior era oscuro, sombrío, con pilares que subían hasta lo más alto, y había gente que rezaba, olor a incienso y vitrales maravillosos. Me arrodillé y me puse a rezar; recé por todos aquellos que me vinieron a la memoria: por Brett, por Mike, por Bill, por Robert Cohn, por mí mismo y por todos los toreros, separadamente por los que me gustaban y luego por todos los restantes juntos; luego volví a rezar por mí y mientras lo hacía noté que me entraba sueño; entonces rogué para que las corridas fueran buenas, para que la fiesta resultara bonita y para que pescáramos algo. Me pregunté si quedaba alguna otra cosa por la que pudiera rezar y se me ocurrió que me gustaría tener dinero, de modo que me puse a rezar para que ganara mucho dinero, y luego empecé a imaginar la forma de ganarlo y, mientras pensaba en la forma de hacer dinero, me acordé del conde, me pregunté dónde podría estar y lamenté no haberlo visto más desde aquella noche en Montmartre, mientras recordaba algo divertido que Brett me había contado acerca de él. Como durante todo este tiempo estaba de rodillas y con la frente apoyada en el respaldo del banco anterior, con la intención de estar rezando, me sentí un poco avergonzado y lamenté ser tan mal católico; pero me daba cuenta de que no podía hacer nada para remediarlo, al menos por un tiempo, y tal vez nunca, aunque, de todas formas, fuera una hermosa religión y yo no deseara otra cosa que sentirme religioso; tal vez sucedería la próxima vez. Luego salí a la escalera de la catedral, de nuevo bajo el ardiente sol; el pulgar y el índice de la mano derecha estaban todavía húmedos y se secaron con el calor. El sol era ardiente y fuerte; crucé la plaza arrimándome a los edificios para tener sombra y volví al hotel por una serie de calles de segundo orden.

A la hora de la cena Robert Cohn parecía otro: había tomado un baño y se había hecho afeitar y lavar y cortar el pelo, poniéndose luego algún fijapelo para que no se le levantara. Estaba nervioso, y yo, por mi parte, no traté en absoluto de ayudarle. El tren de San Sebastián tenía que llegar a las nueve y, en el caso de que Brett y Mike vinieran, llegarían en él. A las nueve menos veinte no estábamos ni a media cena. Robert Cohn se levantó de la mesa y dijo que iba a ir a la estación. Yo dije que le acompañaría, con el único propósito de hacerle la

pascua. Bill exclamó que malditas las ganas que tenía de dejar su cena. Le dije que estaríamos de vuelta en seguida.

Fuimos hacia la estación. Yo gozaba con el nerviosismo de Cohn. Esperaba que Brett estaría en el tren. Al llegar a la estación, el tren llevaba retraso; nos sentamos en una carretilla para equipajes y esperamos fuera, en la oscuridad. No había visto nunca en la vida civil un hombre tan nervioso como Robert Cohn..., ni tampoco tan impaciente. Yo disfrutaba con ello. Era algo ruin alegrarse de una cosa así, pero es que me sentía ruin. Cohn tenía la maravillosa cualidad de sacar a la luz lo peor de cada persona.

Al cabo de un rato oímos el silbido del tren, abajo, a lo lejos, al otro lado de la meseta, y luego vimos la luz delantera mientras subía cuesta arriba. Entramos en la estación y aguardamos de pie detrás de la reja, junto con un montón de gente; el tren entró, se paró y todos los que bajaban empezaron a cruzar la reja para salir.

No estaban entre la gente que llegó. Esperamos hasta que todo el mundo hubo pasado y salido de la estación para meterse en los autocares, coger un coche de caballos o ir andando por la oscuridad hasta la ciudad, en compañía de amigos o familiares.

—Sabía que no iban a venir —dijo Robert mientras volvíamos hacia el hotel.

—Yo pensaba que tal vez sí.

Cuando llegamos, Bill estaba comiendo la fruta y acabando una botella de vino.

—No han llegado, ¿eh?

—No.

—¿Te importa que te dé esas cien pesetas por la mañana, Cohn? —preguntó Bill—. Todavía no he cambiado el dinero.

—Oh, olvídate de eso —dijo Robert Cohn—. Apostemos sobre otra cosa. ¿Se pueden hacer apuestas con las corridas de toros?

—Sí —dijo Bill—, pero no es necesario.

—Sería como apostar acerca de la guerra —dije yo—. No es necesario que haya un interés económico.

—Tengo curiosidad por verlas —dijo Robert.

Montoya se acercó a nuestra mesa. Tenía un telegrama en la mano.

—Es para usted —me dijo mientras me lo entregaba.

Decía:

PASAMOS NOCHE SAN SEBASTIAN

—Es de ellos —dije.

Me lo puse en el bolsillo. Ordinariamente se lo hubiera tendido.

—Se han detenido en San Sebastián. Os envían recuerdos.

No sé qué me impulsaba a pincharlo de aquella forma. O, mejor dicho, sí que lo sabía. Estaba ciega e imperdonablemente celoso de lo que había ocurrido. Que lo tomara como algo de cajón, no alteraba en nada el hecho. Realmente, le odiaba de veras. Creo que no lo había odiado hasta que, durante la comida, adoptó por un momento aquel tonillo de superioridad. Sí, entonces y cuando pasó por todas aquellas sesiones de barbería. De modo que me metí el telegrama en el bolsillo. De todas formas, iba dirigido a mi nombre.

—En fin —dije—, tenemos que salir en el autobús de mediodía para Burguete. Si llegan mañana por la noche, pueden seguirnos.

Llegaban sólo dos trenes de San Sebastián, uno a primera hora de la mañana y el que acabábamos de ir a esperar.

—Parece una buena idea —dijo Cohn.

—Cuanto más pronto lleguemos al torrente, mejor.

Nos sentamos un rato en el Iruña a tomar café y luego dimos un paseo hasta la plaza de toros, atravesamos el descampado, llegamos hasta los árboles que hay al borde del risco y miramos hacia abajo, en dirección al río, en la oscuridad. Yo me retiré temprano. Bill y Cohn

se quedaron en el café hasta bastante tarde, me parece, puesto que ya dormía cuando regresaron.

Por la mañana compré tres billetes para el autocar que iba a Burguete. En el horario ponía que partía a las dos. No había ninguno más temprano. Estaba sentado en el Iruña leyendo los periódicos cuando vi que Robert Cohn atravesaba la plaza. Se acercó a la mesa y se sentó en una de las sillas de mimbre.

—Se está cómodo en este café —dijo—. ¿Has pasado buena noche, Jake?

—He dormido como un tronco.

—Yo no he dormido muy bien. Además, Bill y yo estuvimos fuera hasta muy tarde.

—¿Dónde estuvisteis?

—Aquí. Y cuando cerraron fuimos a ese café del otro lado de la plaza. El viejo que hay allí habla alemán e inglés.

—El Café Suizo.

—Eso es. Parecía un tipo muy simpático. Creo que es un café mejor que éste.

—De día no es tan bueno —dije—. Hace demasiado calor. Por cierto, he cogido los billetes para el autocar.

—Yo no voy a ir hoy. Bill y tú podéis ir delante.

—Pero tengo tu billete.

—Dámelo. Me devolverán el dinero.

—Son cinco pesetas.

Robert Cohn sacó una moneda de plata de cinco pesetas y me la entregó.

—Tengo que quedarme —dijo—. Mira, tengo miedo de que haya habido algún malentendido.

—Vaya —dije—, pues si empiezan a asistir a fiestas en San Sebastián no llegarán aquí hasta dentro de tres o cuatro días.

—Se trata de eso, precisamente —dijo Robert—. Tengo miedo de que me esperaran en San Sebastián y de que éste fuera el motivo por el que se quedaron allí.

—¿Y por qué crees eso?

—Bueno, es que escribí a Brett para sugerírselo.

—¿Por qué diablos no te quedaste allí a esperarlos, entonces? —empecé a decir yo.

Pero me interrumpí. Creí que esta idea se le ocurriría a él mismo; sin embargo, me parece que no le pasó nunca por la cabeza.

Ahora se ponía en plan confidencial y estaba contento de poder hablar, con la seguridad de que yo sabía que había algo entre él y Brett.

—Bueno, Bill y yo vamos a irnos inmediatamente después de la comida —dije.

—Me gustaría poder. Hemos estado esperando esta partida de pesca durante todo el invierno —se estaba poniendo sentimental con el tema—. Pero debo quedarme. Realmente, debo quedarme. Cuando lleguen, los llevaré en seguida allí arriba.

—Vamos a buscar a Bill.

—Quiero ir a la barbería.

—Nos veremos a la hora de comer.

Encontré a Bill en su habitación. Se estaba afeitando.

—¡Ah, sí! Me habló de todo eso la noche pasada —dijo Bill—. Estuvo estupendo con sus pequeñas confidencias. Me dijo que tenía una cita con Brett en San Sebastián.

—¡Ese mentiroso hijo de puta!

—¡No, por favor! —dijo Bill—. No te irrites. No te irrites en esta etapa del viaje. Por cierto, ¿cómo pudiste llegar a conocer a este tipo?

—No sigas machacando con el tema.

Bill, a medio afeitar, me echó una mirada y luego continuó hablando ante el espejo, mientras se enjabonaba la cara.

—¿Verdad que el invierno pasado, en Nueva York, me lo enviaste con una carta de recomendación? A Dios gracias, soy un hombre que viaja. ¿No tienes más amigos judíos para traértelos adonde vayas?

Se frotó la barbilla con el pulgar, se la miró y se puso de nuevo a afeitarse.

—Pues lo que es tú, tienes algunos que son una delicia.

—Oh, sí. Tengo algunas alhajas. Pero no hay ninguno de la categoría de este Robert Cohn. Lo curioso es que, por otra parte, es simpático. Me cae bien. Sólo que es tan horrible...

—Puede ser tremendamente simpático.

—Ya lo sé. Eso es lo más terrible.

Reí.

—Sí, tú ve riendo —dijo Bill—. No estuviste con él hasta las dos de la madrugada.

—¿Estuvo muy insoportable?

—Estuvo horrible. Por cierto, ¿qué es toda esta historia acerca de él y Brett? ¿Ha tenido algo que ver con él?

Levantó la barbilla y tiró de ella hacia un lado y hacia el otro.

—Por supuesto que sí. Se fue con él a San Sebastián.

—¡Qué locura! ¿Por qué hizo eso?

—Quería marcharse de la ciudad y no podía ir a ningún sitio sola. Dijo que creía que a él le haría bien.

—¡Qué locuras llega a hacer la gente! ¿Por qué no se largó con alguien de su ambiente? ¿O contigo? —pasó rápidamente sobre esta insinuación—, ¿o conmigo? ¿Por qué no conmigo?

Se miró atentamente la cara en el espejo, se untó bien de jabón los dos pómulos y continuó:

—Es una cara honrada. Una cara en compañía de la cual cualquier mujer estaría segura.

—Ella no la había visto nunca.

—Pues debería haberla visto. Todas las mujeres deberían verla. Es una cara que debería ser proyectada en todas las pantallas del país.

Todas las mujeres tendrían que recibir una copia de esta cara al volver del altar. Todas las madres tendrían que hablar de esta cara a sus hijas. Hijo mío —dijo apuntando hacia mí con la navaja—, ve al Oeste con esta cara y te harás rico al mismo tiempo que el país.

Metió la cara dentro de la palangana, se la enjuagó con agua fría, se pasó un poco de alcohol y se miró atentamente al espejo, tirando de su largo labio superior.

—¡Señor! —dijo—, ¡qué cara tan horrible!

Miró al espejo.

—Por lo que se refiere a Robert Cohn —dijo Bill—, me da náuseas, se puede ir al infierno, y estoy muy contento de que se quede aquí; así no lo tendremos pescando con nosotros.

—Tienes toda la razón.

—Vamos a pescar truchas. Vamos a pescar truchas en el río Irati, y ahora vamos a emborracharnos con vino del país a la hora de comer y luego haremos un delicioso paseo en autocar.

—Anda, vamos al Iruña para empezar —propuse.

Capítulo XI

Cuando, después del desayuno, salimos con las maletas y el estuche de las cañas de pescar para ir a Burguete, la plaza era un horno. Había gente en el techo del autocar, y otros estaban trepando por una escalera. Bill subió y Robert se sentó a su lado para guardarme sitio, mientras yo volvía al hotel a comprar un par de botellas de vino para llevárnoslas con nosotros. Cuando salí, vi el autocar abarrotado. Hombres y mujeres estaban sentados encima

de las maletas y cajas de la cubierta, y los abanicos de todas las mujeres se agitaban al sol. Realmente, hacía calor. Robert descendió y yo me metí en el sitio que me había guardado en el banco de madera que corría a través de la cubierta.

Robert Cohn permaneció a la sombra de la arcada esperando a que nos fuéramos. Un vasco con un gran pellejo de vino sobre las rodillas estaba atravesado en la cubierta del autocar, frente a nuestro asiento, y se apoyaba contra nuestras piernas. Nos ofreció el pellejo a Bill y a mí; en el momento en que yo lo levantaba para beber, imitó el sonido de un claxon de forma tan súbita y con tal perfección que derramé parte del vino y todo el mundo se rió. Él se disculpó y me hizo tomar otro trago. Un poco más tarde volvió a imitar el claxon, y de nuevo me engañó. Lo hacía muy bien, y a los vascos les gustaba. El hombre que iba al lado de Bill le estaba hablando en español; Hill no lo entendía, y lo que hizo fue ofrecerle una de las botellas de vino. El hombre rechazó el ofrecimiento por señas; dijo que hacía demasiado calor y que había bebido más de la cuenta durante la comida. Cuando Bill le ofreció la botella por segunda vez, echó un largo trago; a continuación la botella circuló por toda aquella parte del autocar. Todo el mundo, con gran cortesía, tomó un trago; luego nos obligaron a tapar la botella y a ponerla a un lado: querían todos que bebiéramos de sus botas. Eran campesinos que subían a las colinas.

Al fin, después de otro par de falsos bocinazos, el autocar se puso en marcha; Robert Cohn nos dijo adiós con la mano, y todos los vascos le devolvieron el saludo de igual forma. Tan pronto como salimos de la ciudad y nos metimos en la carretera, empezó a hacer fresco. Era agradable viajar allá arriba, tan cerca de los árboles. El autocar iba bastante aprisa, corría un buen airecillo y, en tanto que avanzábamos colina abajo, por aquella carretera con árboles llenos de polvo, vimos allá atrás, entre el follaje, una hermosa panorámica de la ciudad, elevándose sobre el río, encima del risco. El vasco que estaba apoyado en mis rodillas señaló el panorama con el cuello de su pellejo y nos hizo un guiño.

—Bonito, ¿eh? —dijo haciendo con la cabeza una seña afirmativa.

—Esos vascos son una gente extraordinaria —dijo Bill.

La piel del vasco que se apoyaba en mis piernas era del color del cuero curtido. Como todos los restantes, llevaba una blusa negra y tenía el cuello moreno y lleno de arrugas. Se volvió y ofreció su pellejo a Bill, quien, a su vez, le alargó una de nuestras botellas. El vasco sacudió negativamente el índice y le devolvió la botella, dando una palmada al corcho con la palma de la mano para taparla mejor. Luego empujó el pellejo hacia arriba.

—¡Arriba!¡Arriba! —dijo—. Levántelo.

Bill levantó el pellejo y, con la cabeza echada hacia atrás, dejó que le entrara en la boca el chorro de vino. Cuando paró de beber y bajó el pellejo, se le derramaron unas cuantas gotas por la barbilla.

—¡No! ¡No! —dijeron varios vascos—. No se hace así.

Uno de ellos arrebató la bota al propietario, que se disponía a hacer también una demostración. Era un tipo joven. Levantó el pellejo sosteniéndolo alzado al extremo de sus brazos y apretó el cuero con la mano, de forma que el chorro de vino le entrara susurrando en la boca. En aquella posición, el vino le llegaba a los labios siguiendo una trayectoria firme y muelle al mismo tiempo, y él tragaba sin interrupción, con calma y regularidad.

—¡Eh! —gritó el propietario del pellejo—. ¿De quién es el vino?

El que bebía agitó el dedo meñique como única respuesta, mientras nos sonreía con la mirada. Luego cortó el chorro de golpe, levantó con rapidez la bota y se la tendió a su propietario, haciéndonos un guiño. El propietario sacudió el pellejo con tristeza.

Pasamos por un pueblo y el conductor paró frente a la posada para recoger unos cuantos paquetes. Nos pusimos de nuevo en marcha y, al salir de la aldea, la carretera empezó a ascender. Atravesábamos una tierra de labranza, con colinas rocosas que descendían suavemente hasta llegar a los terrenos cultivados. Los campos de cereales ascendían por las laderas de las colinas. Ahora que estábamos más arriba, el viento agitaba el trigo. La carretera era blanca y polvorienta, y el polvo levantado por las ruedas se mantenía como suspendido en el aire detrás de nosotros. La carretera se metió por entre las colinas y dejó abajo los ricos campos de cereales. Ahora sólo había manchas de grano en las laderas de las colinas

desnudas y a los lados de los cursos de agua. Nos echamos bruscamente hacia la cuneta para dejar sitio a una larga recua de seis mulas, que, puestas en fila india, tiraban de un carro lleno de carga y cubierto de un toldo. El carro y las mulas estaban blancos de polvo. Detrás, a muy poca distancia, había otra recua de mulas y otro carro. Este último llevaba un cargamento de tablas, y el arriero que lo conducía se inclinó hacia atrás para poner los gruesos frenos de madera cuando nosotros pasamos. Más arriba de aquella zona, el paisaje era completamente árido, con colinas rocosas, de áspera arcilla calcinada y llena de surcos hechos por la lluvia.

Tras doblar una curva, entramos en una aldea, a ambos lados de la cual se abría un imprevisto valle verde. Un arroyo atravesaba el centro del pueblo y los viñedos llegaban hasta el borde de las casas.

El autocar se detuvo frente a una posada y muchos de los pasajeros se apearon. Una gran parte del equipaje que iba en el techo, cubierto por los grandes toldos protectores, se desató y se bajó. Bill y yo descendimos y entramos en la posada. Era una habitación oscura y baja, con sillas de montar y otros arreos y horcas de madera blanca para el heno; del techo pendían racimos de alpargatas, jamones, lonchas de tocino, blancos ajos y largos embutidos. Se estaba fresco en aquella semioscuridad. Nos paramos ante un largo mostrador de madera, tras el cual había dos mujeres que servían bebidas. Detrás de ellas había estantes cargados de provisiones.

Pagamos cuarenta céntimos por los dos aguardientes que tomamos. Di a la mujer cincuenta céntimos para que se quedara con una propina, pero me devolvió la moneda, creyendo que no había entendido bien el precio.

Entraron dos vascos e insistieron en pagarnos una copa; luego fuimos nosotros quienes invitamos. Nos dieron unas palmadas en la espalda y nos pagaron otra copa, y nosotros les pagamos otra a ellos. Luego salimos todos a la luz del día y el calor y volvimos a subir al techo del autocar. Ahora había sitio de sobra para todo el mundo en el banco; el vasco que antes había estado echado sobre el techo de cinc iba sentado entre nosotros. La mujer que había servido las bebidas salió secándose las manos con el delantal y habló con alguien que iba dentro del autocar. Entonces salió el conductor haciendo balancear las dos bolsas de cuero casi vacías de la correspondencia. Subió todo el mundo, agitó los brazos en señal de despedida y nos pusimos en marcha.

La carretera abandonó al instante el verde valle y nos encontramos de nuevo entre las colinas. Bill y el vasco de la bota de vino mantenían una conversación. Desde el otro extremo del asiento, un hombre se inclinó hacia delante y nos preguntó en inglés:

—¿Son ustedes americanos?

—Sí.

—Yo estuve allí hace cuarenta años —dijo.

Era un viejo tan bronceado como los otros, con una barba blanca que parecía un rastrojo.

—¿Cómo era?

—¿Qué dice?

—¿Cómo era América?

—Yo estuve en California. Era bonito.

—¿Por qué se marchó?

—¿Qué dice?

—¿Por qué volvió aquí?

—¡Ah! Volví para casarme. Iba a marcharme otra vez, pero a mi mujer no le gusta viajar. ¿De dónde es usted?

—De Kansas City.

—He estado allí —dijo—. He estado en Chicago, en Saint Louis, en Kansas City, en Denver, en Los Ángeles, en Salt Lake City...

Las iba nombrando con atención.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Quince años. Luego volví y me casé.

—¿Tomamos un trago?

—Bueno —contestó—. Eso no lo tienen en América, ¿eh?

—Lo hay en abundancia, pero sólo si uno tiene dinero para pagarlo.

—¿Para qué han venido aquí?

—Vamos a ir a la fiesta de Pamplona.

—¿Les gustan las corridas de toros?

—Claro que sí. ¿A usted no?

—Sí —respondió sin demasiada convicción—, me gustan.

Luego, tras una pausa, siguió:

—¿Adonde van ahora?

—A Burguete, a pescar.

—Bueno —dijo—, espero que cojan algo.

Nos estrechó la mano y volvió a sentarse en la parte de atrás del banco. Los otros vascos estaban impresionados. Él se repantigó en su asiento y me sonrió cuando me volví para contemplar el paisaje. Pero el esfuerzo hecho para hablar americano le había cansado, al parecer, y no volvió a decir nada más.

El autocar seguía trepando carretera arriba. El terreno era árido, con peñascos clavados por entre la arcilla. No había ni rastro de hierba junto a la carretera. Al mirar hacia atrás, veíamos el paisaje extendido a nuestros pies. A lo lejos, los campos eran unos cuadrados verdes y castaños en las laderas de las colinas, y unas montañas pardas y de formas raras formaban el horizonte. A medida que subíamos el horizonte iba cambiando. El autocar trepaba chirriando penosamente, y vimos aparecer al Sur otras montañas. Luego la carretera llegó a la cima de la colina, se hizo llana y se metió en un bosque. Era un bosque de alcornoques. El sol pasaba a retazos a través del follaje y había ganado que pastaba por entre los árboles. Atravesamos el bosque, dimos la vuelta a una elevación de terreno y ante nosotros apareció una llanura verde y ondulada, con oscuras montañas a lo lejos. No eran como las montañas pardas y resecas por el calor que habíamos dejado atrás; eran boscosas y había nubes que bajaban de ellas. La llanura verde se extendía ante nuestros ojos. Estaba cortada por cercas, y el blanco de la carretera aparecía por entre los troncos de una doble hilera de árboles que atravesaban el llano en dirección hacia el Norte. Al llegar al extremo de la cuesta, divisamos los tejados rojos y las casas blancas de Burguete, desparramadas por el llano; a lo lejos, sobre la primera de las montañas negras, se veía el tejado gris metálico del monasterio de Roncesvalles.

—Ahí está Roncesvalles —dije.

—¿Dónde?

—Allá a lo lejos, donde empiezan las montañas.

—Hace frío aquí arriba —dijo Bill.

—Es alto —contesté—. Debemos de estar a mil doscientos metros.

—Hace un frío terrible.

El autocar volvió a la posición horizontal en la recta carretera que conducía a Burguete. Pasamos un cruce de carreteras y atravesamos un puente tendido sobre un arroyo. Las casas de Burguete se extendían a uno y otro lado de la carretera; no había calles laterales. Pasamos por delante de la iglesia y del patio de la escuela, y luego el autocar se paró. Bajamos y el chofer nos alargó las maletas y el estuche con las cañas. Apareció un carabinero con su tricornio y sus correas amarillas cruzadas.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó señalando la funda de las cañas.

La abrí y se lo mostré. Nos pidió nuestros permisos de pesca. Se los entregué. Miró la fecha y nos hizo seña de que podíamos continuar.

—¿Está todo en orden? —pregunté.

—Si, por supuesto.

Anduvimos calle adelante en dirección a la posada, pasando ante las casas de piedra blanqueadas a la cal, desde cuyas puertas las familias nos observaban.

La mujer gorda que llevaba la posada salió de la cocina y nos estrechó la mano. Se sacó las gafas, las limpió y se las volvió a poner. En la posada hacía frío, y afuera el viento empezaba a soplar. La mujer mandó a una chica arriba con nosotros para que nos enseñara la habitación. Había dos camas, un palanganero, una cómoda y un gran grabado en acero, enmarcado, de Nuestra Señora de Roncesvalles. El viento azotaba los postigos. La habitación estaba en el lado norte de la posada. Nos lavamos, nos pusimos un jersey y bajamos al comedor. El suelo era de piedra, el techo bajo, y el artesonado de madera de roble. Todos los postigos estaban abiertos y hacía tanto frío que se veía el aliento que uno echaba al respirar.

—¡Dios mío! —dijo Bill—. No es posible que mañana haga este frío. Con este tiempo yo no voy a vadear un arroyo.

Al otro extremo de la habitación, más allá de las mesas de madera, había un piano pequeño; Bill se acercó y empezó a tocar:

—Tengo que entrar en calor.

Salí a buscar a la mujer para preguntarle cuánto costaba la habitación y la comida. Ella se puso las manos bajo el delantal y desvió la vista.

—Doce pesetas.

—¡Cómo! Sólo en Pamplona pagamos eso.

No contestó nada; se limitó a sacarse las gafas y a limpiarlas con el delantal.

—Es demasiado —dije—. Es lo que nos cobraron en un gran hotel.

—Hemos instalado un cuarto de baño.

—¿No tiene algo más barato?

—En verano, no. Estamos en plena temporada.

Éramos las únicas personas que había en la posada. «Bueno —pensé—, es sólo por pocos días.»

—¿Va incluido el vino?

—Oh, sí.

—Bueno —dije—, está bien.

Volví junto a Bill. Me echó el aliento para mostrarme el frío que hacía, y siguió tocando. Me senté a una mesa y miré los cuadros de la pared. Había uno de conejos, muertos; otro de faisanes, también muertos; y un tercero de patos muertos. Todos eran oscuros y parecían ahumados. Había un aparador lleno de botellas de bebidas alcohólicas. Las miré todas. Bill seguía tocando.

—¿Qué te parece un ponche de ron caliente? —propuso—. Esto no va a mantenerme en calor indefinidamente.

Salí y expliqué a la mujer qué era un ponche de ron y cómo se hacía. A los pocos minutos entró una chica con un jarro de tierra que humeaba. Bill abandonó el piano, se acercó, y bebimos el ponche caliente mientras oíamos el viento.

—No hay suficiente ron.

Me dirigí al aparador, traje la botella de ron y eché medio vaso en el jarro.

—Acción directa —dijo Bill—. Es mejor que seguir la ley.

Entró la chica y puso la mesa para la cena.

—Sopla un viento infernal aquí arriba —dijo Bill.

La chica trajo sopa, una gran fuente de verdura caliente y el vino. Luego nos dieron truchas fritas, una especie de estofado y un gran cuenco lleno de fresas silvestres. No perdimos dinero con el vino; la chica, aunque tímida, a la hora de servírnoslo fue muy amable. La vieja miró una vez hacia dentro y contó las botellas vacías.

Después de cenar subimos, fumamos y leímos metidos dentro de la cama para mantenernos calientes. Por la noche me desperté una vez y oí soplar el viento; era una sensación agradable estar calentito y en la cama.

Capítulo XII

Por la mañana, cuando me desperté, fui a la ventana y miré hacia afuera. Había aclarado y no quedaban nubes en las montañas. Bajo la ventana había algunos carros y una vieja diligencia, con un techo de madera resquebrajado y cuarteado por la intemperie. Debía de ser un resto de los tiempos anteriores a los autocares. Una cabra se subió de un brinco sobre uno de los carros y de allí al techo de la diligencia, sacudiendo la cabeza en dirección a las otras cabras que estaban abajo; yo le hice señas con la mano y entonces saltó al suelo.

Como Bill estaba todavía durmiendo, me vestí, me puse los zapatos en el pasillo y bajé. En la planta baja no había nadie que diera señales de vida. Abrí el cerrojo de la puerta y salí. Eran las primeras horas de la mañana, y afuera hacía frío; el sol no había secado aún el rocío que se había depositado cuando amainó el viento. Inspeccionando en el cobertizo que estaba detrás de la posada, encontré una especie de piqueta y bajé hacia el arroyo a ver si, escarbando, encontraba gusanos que sirvieran de cebo. El arroyo era claro y poco profundo, pero no parecía prometedor por lo que se refería a las truchas. En la orilla, húmeda y llena de césped, hundí la piqueta en el suelo, de forma que se desprendiera un pedazo de tierra. Al levantarlo, los gusanos que estaban debajo se deslizaron hasta ponerse fuera del alcance de la vista, pero escarbé con cuidado y cogí una buena cantidad. Cavando así en el borde de la tierra húmeda llené dos latas de tabaco vacías con gusanos y les eché tierra encima. Las cabras me miraban mientras cavaba.

Cuando volví a la posada, la mujer estaba en la cocina; le pedí que nos hiciera café y le dije que queríamos un almuerzo. Bill estaba despierto y sentado al borde de la cama.

—Te he visto desde la ventana —dijo—, pero no quise estorbarte. ¿Qué hacías? ¿Estabas enterrando tu dinero?

—¡Gandul!

—¿Trabajando para el bien común? Magnífico. Quiero que hagas eso todas las mañanas.

—Vamos, levántate —dije.

—¿Qué? ¿Levantarme? Yo nunca me levanto.

Se metió en la cama, subiéndose la sábana hasta la barbilla.

—Intenta encontrar razones para que me levante.

Seguí buscando los aparejos y los metí todos juntos en su bolsa, como si no oyera nada.

—¿No te interesa mi proposición? —preguntó Bill.

—Voy a bajar a comer.

—¿Comer? ¿Por qué no hablaste de comer? Pensé que querías hacerme levantar sólo para divertirte. ¿Comer? Perfecto. Ahora sí que eres razonable. Ve a coger algunos gusanos más; en seguida estaré abajo.

—¡Vete al infierno!

—Trabaja para el bien común —dijo Bill mientras se ponía la ropa interior—. Da muestras de ironía y piedad.

Cogí la bolsa de los aparejos, las redes y la caja de cañas y salí de la habitación.

—¡Eh, vuelve!

Asomé la cabeza por la puerta.

—¿No vas a manifestar un poco de ironía y piedad?

Le saqué la lengua.

—Eso no es ironía.

Mientras bajaba, oí cantar a Bill: «Ironía y piedad. Cuando uno siente... ¡Ah, dales ironía, dales piedad! ¡Ah, dales ironía! Cuando sientan... Sólo una pizca de ironía. Sólo una pizca de piedad...» Y así siguió cantando hasta que bajó. La melodía era la de Las campanas repican por mí y por mi novia.

Yo leía un periódico español de hacía una semana:

—¿Qué es todo este cuento de ironía y piedad?

—¿Qué? ¿No sabes lo de «Ironía y Piedad»?

—No. ¿A quién se le ocurrió?

—A todos. En Nueva York andan locos con eso. Como con los Fratellinis en otro tiempo.

Entró la muchacha trayendo café y tostadas con mantequilla, o, mejor dicho, pan tostado con mantequilla.

—Pregúntale si tiene un poco de mermelada —dijo Bill—. Háblale con ironía.

—¿Tiene usted un poco de mermelada?

—Eso no es ironía. Me gustaría poder hablar en español.

Bebimos el café en grandes tazones; estaba bueno. La muchacha trajo un plato de vidrio con mermelada de frambuesa.

—Gracias.

—¡Eh, no es ésa la manera! —dijo Bill—. Di algo con ironía. Haz algún chiste sobre Primo de Rivera.

—Puedo preguntar a la chica qué clase de mermelada creen tener en el Rif.

—Pobre —dijo Bill—, muy pobre. No puedes con ello. Eso es todo. No comprendes lo que es ironía. No tienes compasión. Di algo compasivo.

—Robert Cohn.

—No está del todo mal. Eso está mejor. Ahora, ¿por qué es Cohn digno de compasión? Sé irónico.

Se bebió un gran sorbo de café.

—¡Al infierno! —repliqué—. Es demasiado temprano.

—Así estás tú. ¡Y luego proclamas que quieres ser escritor! Eres sólo un reportero; un reportero expatriado. Tendrías que ser irónico desde el instante en que te levantas de la cama. Tendrías que despertar con la boca llena de compasión.

—Continúa —dije—. ¿De quién has sacado estas bobadas?

—De todo el mundo. ¿Es que no lees? ¿Es que no ves nunca a nadie? ¿Sabes lo que eres? Un expatriado. ¿Por qué no vives en Nueva York? Entonces sabrías estas cosas. ¿Qué quieres que haga yo?, ¿que venga a contártelas cada año?

—Toma más café —dije.

—Está bien. El café es bueno para ti. Contiene cafeína. Cafeína, nous voilá!, la cafeína hace subir a un hombre a caballo y bajar a una mujer a la tumba. ¿Sabes cuál es tu problema? Eres un expatriado. Y de la peor especie. ¿No has oído hablar de eso? Nadie que haya abandonado su país ha escrito jamás algo digno de imprimirse, ni siquiera en los periódicos. —Se bebió el café—. Eres un expatriado. Has perdido contacto con la tierra. Te has vuelto preciosista. Los engañosos esquemas de vida europeos te han destruido. Bebes hasta caer muerto. Te obsesionas por el sexo. Pierdes todo el tiempo en lugar de trabajar. ¿Te das cuenta? Eres un expatriado. Vas haraganeando por los cafés.

—Da la impresión de ser una vida despampanante —dije—. ¿Cuándo trabajo?

—Tú no trabajas. Unos opinan que las mujeres te mantienen; otros, que eres impotente.

—No —contesté—; tuve un accidente, eso es todo.

—No lo menciones nunca —dijo Bill—. Es una de las cosas de las que no se puede hablar. Es algo que tienes que convertir en un misterio. Como la bicicleta de Henry.

Había estado hablando estupendamente, pero al llegar aquí se paró. Me temí que pensara haberme herido con su chanza sobre la impotencia y quise encarrilarle de nuevo.

—No era una bicicleta —dije—. Lo que hacía era montar a caballo.

—Oí decir que era un triciclo.

—Bueno —contesté—, un avión se parece algo a un triciclo. La palanca de elevación se mueve de la misma forma.

—Pero uno no pedalea.

—No, creo que no —contesté.

—Dejemos eso —dijo Bill.

—Muy bien. Lo único que hacía era defender el triciclo.

—Opino que también él es un buen escritor —dijo Bill—. Y tú eres un tipo estupendo. ¿No te dijo nunca nadie que eras un tipo estupendo?

—No soy un tipo estupendo.

—Oye. Eres un tipo realmente estupendo, y te aprecio más que a nadie en el mundo. En Nueva York no te podía decir eso; hubiera sido como afirmar que era un marica. Eso fue lo que pasó con la guerra civil. Abraham Lincoln era un marica. Estaba enamorado del general Grant. Y lo mismo Jefferson Davis. Lincoln liberó a los esclavos únicamente a causa de una apuesta. El caso Dred Scott fue provocado por la liga antialcohólica. El sexo lo explica todo. La señora del coronel y Judy O'Grady son lesbianas a pesar de su apariencia honorable. —Calló—. ¿Quieres oír algo más?

—Dispara —contesté.

—Ya no sé más. Te contaré algo más a la hora del almuerzo.

—Mi buen Bill... —dije.

—¡Holgazán!

Metimos el almuerzo y dos botellas de vino en la mochila y Bill se la cargó a la espalda. Yo llevaba la caja de las cañas y las redes colgadas al hombro. Nos pusimos en marcha, carretera adelante; luego atravesamos un prado y encontramos un sendero que cruzaba las praderas y se dirigía a los bosques que estaban en la falda de la primera colina. Por el sendero arenoso, atravesamos las praderas, ondulantes y jugosas; la hierba era corta, porque servía de pasto a las ovejas. Las vacas estaban arriba, en las colinas. Oíamos sus cencerros en los bosques.

El sendero cruzaba por encima de un arroyo por medio de un tronco descortezado y con un vástago doblegado que servía de barandilla. En el charco poco profundo que se formaba junto al arroyo había renacuajos que moteaban la arena del fondo. Subimos por una orilla empinada y cruzamos las onduladas praderas. Al mirar hacia atrás, vimos Burguete, con sus blancas casas de tejados rojos y la blanca carretera, por la que avanzaba un camión que levantaba una nube de polvo.

Más allá de las praderas, cruzamos otro arroyo más rápido. Un camino arenoso conducía primero al vado y continuaba luego hasta los bosques. El sendero, después de cruzar el arroyo por medio de otro tronco, más abajo del vado, se juntaba con el camino. Entramos en el bosque.

Era un bosque de hayas muy viejas, con raíces que abultaban por encima del suelo, y ramas retorcidas. Anduvimos por el camino trazado por entre los gruesos troncos de las viejas encinas, mientras la luz del sol se filtraba a través de las hojas y formaba tenues manchas en la hierba. Los árboles eran gruesos y el follaje espeso, pero no sombrío. No había maleza, sino sólo hierba suave, verde y tierna, y los grandes árboles grises se hallaban separados con acierto, como si se tratara de un parque.

—¡Eso sí que es realmente el campo! —dijo Bill.

Subiendo por una colina, entramos en un espeso bosque. El camino continuaba ascendiendo; a veces se hundía, pero volvía a salir y a empinarse. Durante todo el rato oíamos al ganado que pastaba en los bosques. Al final, el camino desembocó en lo más alto de las colinas. Estábamos en la cima del más alto de todos aquellos montículos boscosos que habíamos visto desde Burguete. Las fresas salvajes crecían en el lado soleado de la loma, en un pequeño claro que había en medio de los árboles.

Más adelante, la carretera salió del bosque y siguió por la cresta de la cadena de colinas. Las que se hallaban ante nosotros no tenían bosques, sino extensos campos de aulaga amarilla. A lo lejos, veíamos los riscos abruptos, que señalaban el curso del río Irati, con sus árboles que formaban manchas negras y sus salientes de piedra gris.

—Tenemos que seguir este camino que corre a lo largo de la cadena, cruzar esas colinas, atravesar los bosques que pueblan las más lejanas y bajar al valle del Irati —dije a Bill señalándole el trayecto.

—Es una caminata infernal.

—Está demasiado lejos para ir, pescar y volver en un mismo día cómodamente.

—Cómodamente. ¡Qué palabra más bonita! Tendremos que caminar de una forma endiablada para ir, volver y pescar todavía algo.

Era una excursión larga. El camino era muy hermoso, pero cuando descendimos por el empinado camino que llevaba de las colinas boscosas al valle del río de la Fábrica estábamos cansados.

La carretera salió de la sombra de los árboles al ardiente sol. Ante nosotros estaba el valle de un río, y más allá de éste una empinada colina, cubierta por un campo de alforfón. En la ladera de la colina, bajo unos cuantos árboles, se divisaba una casa blanca. Hacía mucho calor. Nos detuvimos bajo unos árboles, junto a un dique que cruzaba el río.

Bill dejó apoyada la mochila junto a uno de los árboles; articulamos las cañas, enganchamos los carretes, anudamos los sedales y nos dispusimos a pescar.

—¿Estás seguro de que eso contiene truchas? —preguntó Bill.

—Está lleno.

—Voy a pescar con mosca. ¿Tienes McGintys?

—Hay algunos ahí.

—¿Vas a pescar con cebo?

—Sí. Voy a pescar allí, en la presa.

—Bueno, entonces yo cogeré la caja de moscas —dijo Bill sujetando una—. ¿Adonde es preferible que vaya: hacia arriba o hacia abajo?

—Hacia abajo. Pero arriba también está lleno.

Bill echó a andar orilla abajo.

—Coge una lata de gusanos.

—No, no quiero ninguna. Si no pican con mosca, agitaré la caña por ahí.

Bill estaba abajo, observando la corriente.

—Oye —gritó luchando contra el ruido de la presa—. ¿Qué te parece si metiéramos el vino en esa fuente de ahí arriba, junto al camino?

—¡Está bien! —grité yo.

Bill agitó la mano y empezó a andar río abajo. En la mochila encontré las dos botellas de vino y las subí hasta la carretera, al lugar en que el agua de un manantial manaba de un tubo de hierro. Encima de la fuente había una tabla; la levanté, apreté bien los tapones de las botellas y las sumergí en el agua. Era tan fría que la mano y la muñeca se me quedaron entumecidas. Volví a colocar la tabla de madera, esperando que nadie encontraría el vino.

Cogí la caña, que estaba apoyada en un árbol, la lata de cebo y la red y me dirigí a la presa, construida con la finalidad de dar al agua la presión suficiente para arrastrar troncos. Las compuertas estaban abiertas; me senté sobre uno de los maderos cuadrados y contemplé el liso mantel formado por el río antes de llegar a los saltos. Al pie de la presa, donde el agua se volvía de color blanco, había bastante profundidad. En el momento en que ponía el cebo, una trucha saltó del agua blanca al interior de la cascada, por la que fue arrastrada. Antes de que terminara de poner el cebo, otra trucha dio un brinco junto a la cascada, describió la misma graciosa curva de la anterior y desapareció en el agua, que se desplomaba con un ruido de trueno. Puse una plomada de peso respetable y arrojé la caña en el agua blanca, al borde de los maderos de la presa. No noté cómo picaba la primera trucha. Cuando empecé a tirar del hilo, me di cuenta de que tenía una y la saqué del agua que hervía al pie de la cascada. Se debatía hasta el punto de doblar casi la caña en dos. Mientras se balanceaba, la icé hasta arriba de la presa. Era una buena trucha. Le golpeé la cabeza contra el madero, para que cesara de agitarse lo más pronto posible, y la metí dentro de mi bolsa.

Mientras la cogía, habían saltado varias truchas junto a la cascada. Tan pronto como puse el cebo y arrojé de nuevo la caña, atrapé otra, que saqué de la misma forma. En pocos momentos tuve seis, todas más o menos del mismo tamaño. Las saqué y las tendí una al lado de la otra, con las cabezas mirando hacia el mismo lado, y las contemplé. Eran de bonitos colores y estaban tiesas y duras a causa de la frialdad del agua. Como el día era muy caluroso, las abrí, las destripé, les saqué las agallas y todo eso y arrojé los desperdicios al río. Llevé las truchas a la orilla, las lavé en el agua fría, plácida y pesada al mismo tiempo, que corría arriba

de la presa; cogí unos cuantos helechos y los puse dentro de la bolsa, de modo que formaran un lecho encima del cual coloqué tres truchas; luego otra capa de helechos con tres truchas más encima, cubiertas a su vez por helechos. En medio de los helechos, presentaban un bonito aspecto. Ahora la bolsa hacía un buen bulto, y la puse a la sombra de un árbol.

En la presa hacía mucho calor; coloqué la lata de gusanos a la sombra, junto a la bolsa, saqué un libro de la mochila y me acomodé bajo el árbol para leer hasta que Bill llegara para el almuerzo.

Era poco más de mediodía y no había mucha sombra, pero me senté apoyándome contra el tronco de dos de los árboles que crecían juntos y leí. Era un libro de A. E. W. Masón: estaba leyendo una maravillosa historia acerca de un hombre que, tras quedar helado en los Alpes, se había caído en un glaciar y había desaparecido; su prometida iba a tener que esperar veinticuatro años, ni más ni menos, hasta que su cuerpo apareciera en la morrena, en tanto que el hombre al que amaba aguardaba también; estaban todavía esperando cuando Bill llegó.

—¿Cogiste alguna? —preguntó.

Lo llevaba todo, caña, bolsa y red, en una mano, y estaba sudando. No le había oído acercarse a causa del ruido de la presa.

—Seis. ¿Y tú, qué cogiste?

Bill se sentó, abrió su bolsa y puso una gran trucha encima de la hierba. Sacó tres más, cada una un poco mayor que la anterior, y las colocó una al lado de otra, a la sombra del árbol. Su cara sudorosa denotaba alegría.

—¿Cómo son las tuyas?

—Más pequeñas.

—Déjamelas ver.

—Están empaquetadas.

—En serio, ¿cómo son de grandes?

—Son todas más o menos del tamaño de la más pequeña de las tuyas.

—¿No me estás tomando el pelo?

—¡Qué más quisiera yo!

—¿Las pescaste todas con gusanos?

—Sí.

—¡Especie de gandul!

Bill puso las truchas en la bolsa, que dejó abierta, y se dirigió hacia el río haciéndola balancear. De cintura para abajo estaba todo mojado, y comprendí que había tenido que meterse en el vado.

Subí a la carretera y saqué las dos botellas de vino. Estaban frías. Mientras volvía hacia los árboles, la humedad causada por el calor llenaba de perlas su superficie exterior. Extendí el almuerzo encima de un periódico, descorché una de las botellas y dejé la otra apoyada a un árbol. Bill se acercó secándose las manos, con la bolsa repleta de helechos.

—Vamos a ver qué tal es esa botella —dijo. Sacó el corcho, la inclinó y bebió—. ¡Caray! Eso me hace hasta daño en los ojos.

—Déjame probarlo.

El vino estaba helado y tenía un sabor ligeramente herrumbroso.

—No está del todo mal ese vino —dijo Bill.

—El frío lo vuelve mejor —dije.

Deshicimos los pequeños paquetes del almuerzo.

—Pollo.

—Aquí hay huevos duros.

—¿Has encontrado sal?

—Primero el huevo —dijo Bill—, luego el pollo. Es algo que hasta Bryan vería.

—Ha muerto. Lo leí ayer en el periódico.

—¡No! ¿Lo dices en serio?

—Sí. Bryan ha muerto.

Bill dejó a un lado el huevo que estaba pelando.

—Señores —dijo mientras sacaba un muslo de pollo de su envoltura de periódico—, invierto el orden. En honor de Bryan. En homenaje al Great Commoner, primero el pollo y luego el huevo.

—Me pregunto en qué día creó Dios al pollo.

—¿Y cómo vamos nosotros a saberlo? —dijo Bill mientras daba los últimos mordiscos a su muslo de pollo—. No debemos hacernos preguntas. Nuestra estancia en la tierra no dura mucho. Alegrémonos, creamos y demos gracias.

—Come un huevo.

Bill gesticuló con la pata de pollo en una mano y la botella de vino en la otra.

—Alegrémonos con las mercedes que se nos han concedido. Utilicemos las aves de corral, el producto de la viña. ¿Quieres utilizarlo un poco, hermano?

—Cuando lo hayas hecho tú, hermano.

Bill bebió un largo trago.

—Utiliza tú un poco, hermano —dijo alargándome la botella—. No dejemos que la duda haga presa de nosotros, hermano. No fisguemos con nuestros dedos simiescos en los sagrados misterios del gallinero. Aceptemos las cosas con la credulidad que da la fe y digamos simplemente (quiero que tú lo digas conmigo)... ¿Qué vamos a decir, hermano?

Y apuntándome con el hueso de pollo prosiguió:

—Déjame que te lo diga. Diremos..., yo, por mi parte, estoy orgulloso de decirlo y quiero que tú lo digas conmigo... De rodillas, hermano. Que ningún hombre se avergüence de postrarse de rodillas aquí, en el grandioso marco del aire libre. Acuérdate de que los bosques fueron los primeros templos de Dios. Arrodillémonos y digamos: «No os comáis a esta lady..., podría ser Mencken.»

—Anda —dije—, utiliza un poco de esto.

Descorchamos la otra botella.

—¿Qué te ocurre? —dije—. ¿No te gustaba Bryan?

—Adoraba a Bryan —contestó—. Éramos como hermanos.

—¿Dónde le conociste?

—El, Mencken y yo fuimos juntos al Holy Cross.

—Sí, con Frankie Fritsch.

—Eso es mentira. Frankie Fritsch fue al Fordham.

—Bueno, yo fui al Loyola con el obispo Manning —dije.

—Mentira —repuso Bill—, fui yo el que estuvo en el Loyola con el obispo Manning.

—Estás completamente borracho.

—No será por el vino, ¿eh?

—¿Y por qué no?

—Es la humedad —dijo Bill—. Deberían acabar con esta maldita humedad.

—Toma otro trago.

—¿Es todo lo que tenemos?

—Sólo las dos botellas.

—¿Sabes lo que eres? —dijo Bill mirando con afecto la botella.

—No —contesté.

—Eres un tipo pagado por la liga contra el alcoholismo.

—Fui al Notre Dame con Wayne B. Wheeler.

—¡Mentira! —contestó Bill—. Fui yo quien estuvo en el Austin Business College con Wayne B. Wheeler. Era el presidente de su clase.

—Bueno —dije yo—, las tabernas tienen que desaparecer.

—En eso tienes razón, viejo condiscípulo —dijo Bill—. La taberna tiene que desaparecer; yo me la llevaré conmigo.

—Estás trompa.

—¿De vino?

—De vino.

—Bueno, tal vez sí.

—¿Quieres hacer la siesta?

—Bueno.

Nos tendimos con la cabeza a la sombra y la mirada dirigida hacia la copa de los árboles.

—¿Duermes?

—No —contestó Bill—. Estaba pensando.

Cerré los ojos. Se estaba bien echado en el suelo.

—Oye —preguntó Bill—, ¿qué significa este asunto de Brett?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estuviste enamorado de ella alguna vez?

—¡Y tanto!

—¿Durante cuánto tiempo?

—A intervalos, durante un período larguísimo.

—¡Diablos! —dijo Bill—. Lo siento, chico.

—No te preocupes —contesté—. Ahora me importa un bledo.

—¿De veras?

—Sí, de veras. Pero desearía con toda mi alma que no habláramos de ello.

—¿No te parece mal que te lo haya preguntado?

—¿Por qué demonios tendría que parecerme mal?

—Voy a dormir —dijo Bill poniéndose un periódico encima de la cara.

—Oye, Jake —preguntó—, ¿eres de veras católico?

—Técnicamente, sí.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé.

—Bueno, ahora voy a dormir —dijo—. No me quites el sueño con tu charla.

También yo me dormí. Cuando desperté, Bill estaba haciendo la mochila. La tarde era ya avanzada y la sombra de los árboles, muy alargada, llegaba hasta encima de la presa. El haber dormido en el suelo me había dejado envarado.

—Pero, ¿qué has hecho? ¿Te has despertado? ¿Por qué no te has quedado a pasar la noche aquí? —preguntó Bill, mientras yo me estiraba y me frotaba los ojos—. He tenido un sueño precioso. No recuerdo de qué trataba, pero era precioso.

—Yo no creo haber soñado.

—Pues deberías soñar —repuso Bill—. Todos nuestros más grandes hombres de negocios han sido soñadores. Fíjate en Ford. Y en el presidente Coolidge, y en Rockefeller, y en Jo Davidson.

Desarticulé mi caña y la de Bill y las puse en su estuche; luego metí los carretes en la bolsa de los aparejos. Bill había hecho la mochila. Metimos dentro de ella una de las bolsas de truchas y yo cargué con la otra.

—Bueno —dijo Bill—, ¿lo tenemos todo?

—¡Los gusanos!

—¡Tus gusanos! Ponlos ahí.

Puse la lata de gusanos en una de las bolsas laterales de la mochila, que él llevaba colgada a la espalda.

—¿Lo tenemos todo ahora?

Eché una ojeada a la hierba, al pie de los olmos.

—Sí.

Nos pusimos en marcha camino arriba, por entre los árboles. Había una larga caminata hasta Burguete, y era ya oscuro cuando, bajando a través de los prados, llegamos a la carretera, que seguimos hasta llegar a la posada, por entre las casas de ventanas iluminadas.

Estuvimos en Burguete cinco días y tuvimos buena pesca. Las noches eran frescas y los días calurosos, pero soplaba siempre la brisa, incluso en las horas más bochornosas.

Hacía el calor suficiente para que uno encontrara agradable vadear una corriente fría, pues el sol nos secaba nada más salir y sentarse a la orilla. Encontramos un arroyo con una hoya lo suficientemente honda para poder nadar en ella. Al atardecer, jugábamos al bridge de tres con un inglés llamado Harris, que había llegado andando desde Saint Jean Pied de Port y se alojaba en la posada para pescar. Era muy agradable y fue dos veces con nosotros al río Irati. No sabíamos ni una palabra de Robert Cohn, ni tampoco de Brett y Mike.

Capítulo XIII

Una mañana, cuando bajé a desayunar, Harris, el inglés, estaba ya a la mesa. Leía el periódico, con la ayuda de unas gafas.

Levantó la cabeza y sonrió.

—Buenos días —dijo—. Una carta para usted. He pasado por correos y me la dieron junto con las mías.

La carta estaba en el sitio que ocupaba yo en la mesa, apoyada en una taza de café. Harris volvía a leer el periódico.

Abrí la carta, que había sido reexpedida desde Pamplona y llevaba como fecha San Sebastián, domingo.

Querido Jake:

Llegamos aquí el viernes. Brett se mareó en el tren y tuvimos que traerla aquí para que descansara tres días con unos viejos amigos nuestros. Llegamos al Hotel Montoya de Pamplona el martes, no sé a qué hora. Haz el favor de enviarnos una nota por autocar para decirnos cómo reunimos con vosotros el miércoles. Recuerdos de nuestra parte. Sentimos llegar con retraso, pero es que Brett estaba realmente para el arrastre; el miércoles estará perfectamente; en realidad, ya casi lo está ahora. La conozco bien e intento velar por ella, pero no es nada fácil... Recuerdos a todos los chicos.

MICHAEL

—¿Qué día de la semana es hoy? —pregunté a Harris.

—Me parece que es miércoles. Sí, eso es, miércoles. Es asombroso cómo pierde uno la noción del tiempo aquí en la montaña.

—Sí. Hemos estado aquí casi una semana.

—Espero que no estarán pensando en marcharse, ¿eh?

—Sí. Me temo que nos iremos en el autocar de la tarde.

—¡Qué mala jugada! Esperaba que haríamos todos juntos otra visita al Irati.

—Tenemos que ir a Pamplona. Hemos de encontrarnos allí con unos amigos.

—¡Ya es mala suerte para mí! Hemos pasado buenos momentos juntos aquí en Burguete.

—Venga a Pamplona. Allí podemos jugar algunas partidas de bridge y, además, la fiesta que se prepara es algo genial.

—Me gustaría. Es muy amable de su parte el invitarme. Pero es mejor que me quede aquí. Ya no tengo mucho tiempo para pescar.

—Quiere usted coger esas grandes que hay en el Irati, ¿eh?

—Oh, pues creo que sí, ¿sabe? Hay truchas enormes allí.

—Me hubiera gustado intentar pescarlas una vez más.

—Hágalo. Quédese otro día. Sea buen chico.

—No, tenemos que ir a la ciudad, de veras.

—¡Qué lástima!

Después del desayuno, estábamos Bill y yo sentados en un banco calentándonos al sol y hablando del asunto, cuando vi a una muchacha que subía por la carretera. Venía del centro del pueblo. Se paró frente a nosotros y sacó un telegrama de un bolso de cuero que le colgaba y se le apoyaba en la falda.

—¿Para ustedes?

Lo miré. La dirección era: Barnes, Burguete.

—Sí, es para nosotros.

Me presentó un cuaderno para que firmara y yo le di un par de monedas de propina. El telegrama estaba en castellano: «Vengo jueves. Cohn.»

Se lo pasé a Bill.

—¿Qué significa la palabra Cohn? —preguntó.

—¡Qué asco de telegrama! —dije—. Hubiese podido enviar diez palabras por el mismo precio. «Vengo jueves.» Eso le proporciona a uno información en abundancia, ¿no te parece?

—Le proporciona a uno toda la información que a Cohn le interesa dar.

—De todas formas, vamos a irnos. No vale la pena tratar de hacer venir a Brett y a Mike aquí para volver a marcharse antes de la fiesta. ¿Vamos a responder?

—¿Por qué no? —dijo Bill—. No hay ninguna necesidad de ser mal educado.

Fuimos hasta la oficina de correos y pedimos un impreso para telegramas.

—¿Qué vamos a decir? —preguntó Bill.

—«Llegamos esta noche.» Es suficiente.

Pagamos el telegrama y volvimos a la posada. Harris estaba allí. Anduvimos los tres hasta Roncesvalles y recorrimos el monasterio.

—Es un sitio interesante —dijo Harris al salir—. Pero, les diré, esa clase de lugares no son lo mío.

—Lo mío tampoco —dijo Bill.

—De todas formas, es un sitio interesante. No me hubiera gustado marcharme sin verlo. Cada día me hacía el propósito de subir.

—Sea como sea, no es lo mismo que pescar, ¿eh? —dijo Bill.

Harris le caía bien.

—¡Caramba, no!

Estábamos parados frente a la antigua capilla del monasterio.

—¿Eso que hay al otro lado del camino no es una taberna? —dijo Harris—. ¿O es que mis ojos me engañan?

—Tiene el aspecto de una taberna —dijo Bill.

—A mí me parece que lo es —dije yo.

—Venga, utilicémosla, pues —dijo Harris.

Había cogido de Bill el verbo utilizar.

Nos tomamos una botella de vino cada uno. Harris no nos dejó pagar. En un castellano bastante bueno habló con el tabernero y éste rechazó nuestro dinero.

—No saben lo que ha significado para mí encontrarlos a ustedes aquí, chicos.

—Hemos pasado juntos unos días estupendos, Harris.

Harris estaba ligeramente borracho.

—Realmente, no pueden comprender lo que significa para mí. No me había divertido tanto desde la guerra.

—Volveremos a pescar juntos alguna vez. No lo olvide, Harris.

—Tenemos que hacerlo. Hemos pasado unos días realmente magníficos.

—¿Qué les parece otra botella entre los tres?

—Es una idea estupenda —dijo Harris.

—Pero ésta corre de mi cuenta, o no nos la bebemos —dijo Bill.

—Desearía que me la dejara pagar a mí. Me gusta de veras hacerlo.

—Esta vez soy yo el que va a tener ese gusto —contestó Bill.

El tabernero trajo la cuarta botella. Nos habíamos quedado con los mismos vasos. Harris levantó el suyo.

—¡Esto sí que se utiliza bien!; se lo digo yo.

Bill le dio una palmada en la espalda.

—¡El bueno de Harris!

—Oigan, mi nombre no es realmente Harris, sino Wilson-Harris, todo junto; con un guión en medio, ¿saben?

—Querido Wilson-Harris —dijo Bill—. Le llamamos Harris por el mucho aprecio que le tenemos.

—Le digo, Barnes, que no saben ustedes lo que todo esto significa para mí.

—Vamos, utilice otro vaso —dije.

—Barnes... Realmente, Barnes, ustedes no pueden comprenderlo. Eso es todo.

—Beba, Harris.

Hicimos el camino de vuelta de Roncesvalles con Harris entre los dos. Comimos en la posada y Harris nos acompañó al autocar. Nos dio su tarjeta con la dirección de su domicilio en Londres, su club y la dirección de su oficina. Cuando subíamos al autocar, nos entregó un sobre a cada uno. Abrí el mío y encontré dentro una docena de moscas, que el propio Harris había enganchado. Él mismo se enganchaba sus moscas.

—Oiga, Harris... —empecé a decir.

—¡Nada, nada! —me cortó él, mientras se apeaba del autocar—. No son moscas de primera categoría, en absoluto. Pero pensé que, si alguna vez pescaban con ellas, se acordarían de los buenos días que habíamos pasado juntos.

El autocar arrancó. Harris, parado ante la oficina de correos, nos dijo adiós con la mano. Cuando entramos en la carretera, se volvió y se dirigió otra vez hacia la posada.

—Oye, ¿verdad que ese Harris es muy simpático? —dijo Bill.

—Creo que realmente ha pasado unos días estupendos.

—¿Harris? Ya puedes apostar a que sí.

—Me hubiera gustado que viniera a Pamplona.

—Quería pescar.

—Sí. Y, además, uno nunca puede prever lo que va a pasar cuando varios ingleses se juntan.

—No, supongo que no.

Entramos en Pamplona avanzada ya la tarde. El autocar se paró frente al Hotel Montoya. Estaban poniendo hileras de cable eléctrico en la plaza a fin de que estuviera iluminada para la fiesta. Al parar el autocar, se acercaron algunos chiquillos. Un funcionario de aduanas obligó a toda la gente que bajaba del autocar a que abriera en la acera los paquetes que llevaba. Entramos en el hotel; en la escalera encontré a Montoya, que nos estrechó la mano sonriendo con aquella especie de turbación que le era peculiar.

—Sus amigos están aquí —dijo.

—¿El señor Campbell?

—Sí. El señor Cohn, el señor Campbell y lady Ashley.

Sonrió como si hubiera algo que yo tuviera que saber.

—¿Cuándo llegaron?

—Ayer. Les he reservado a ustedes las habitaciones que tenían.

—Muy bien. ¿Le ha dado al señor Campbell la habitación que da a la plaza?

—Sí. Todas las habitaciones que habíamos visto.

—¿Dónde están ahora nuestros amigos?

—Creo que fueron a ver jugar a pelota.

—¿Qué hay de los toros?

Montoya sonrió.

—Esta noche —dijo—; esta noche, a las siete, traen los toros de Villar y mañana llegan los miuras. ¿Van a ir a verlos todos ustedes?

—¡Oh, sí! No han visto nunca una desencajonada.

Montoya me puso la mano en el hombro.

—Nos veremos allí.

Volvió a sonreír. Sonreía siempre como si las corridas de toros fueran un secreto especialísimo entre nosotros dos; un secreto más bien desagradable, pero realmente muy profundo y del que ambos estábamos enterados. Sonreía siempre como si el secreto tuviera para los extraños algo de obsceno, algo que, sin embargo, nosotros dos comprendíamos. Un secreto que no podía explicarse a gente que no iba a comprenderlo.

—¿Su amigo es aficionado, también? —preguntó Montoya sonriendo a Bill.

—Sí. Ha venido expresamente desde Nueva York para ver los sanfermines.

—¿Sí? —dijo Montoya con una cortés expresión de duda—. Pero no tan aficionado como usted.

Me puso de nuevo la mano en el hombro con aire de turbación.

—Sí —dije—. Es un verdadero aficionado.

—Pero no tan aficionado como usted.

Afición significa pasión. Un aficionado es alguien que se apasiona por las corridas de toros. Todos los buenos toreros se alojaban en el hotel de Montoya; es decir, todos los que tenían afición se alojaban allí. Los toreros comerciales se alojaban allí una vez, quizá, y luego no volvían más. Los buenos volvían cada año. En la habitación de Montoya estaban sus fotografías, dedicadas a Juanito Montoya o a su hermana. Las fotografías de los toreros en quienes Montoya había creído realmente estaban enmarcadas. Las de los toreros que no habían poseído el don de la afición Montoya las guardaba en un cajón de su escritorio. Con frecuencia llevaban dedicatorias de lo más halagador, pero no significaban nada. Un día Montoya las sacó todas y las echó a la papelera. No las quería tener cerca de él.

Hablábamos con frecuencia de toros y de corridas. Me había hospedado en el Montoya durante varios años. En ninguna ocasión hablamos durante mucho rato; teníamos bastante con el placer de descubrir nuestras emociones recíprocas. Había hombres que venían de ciudades lejanas y, antes de marcharse de Pamplona, se paraban a hablar unos minutos de toros con Montoya. Estos hombres eran aficionados. Los aficionados encontraban siempre habitaciones, incluso cuando el hotel estaba lleno. Montoya me presentó a unos cuantos. Al principio eran siempre muy educados y les hacía mucha gracia que fuera americano. Sea por lo que sea, daban por supuesto que un americano no podía sentir afición. Podía fingirla, o confundirla con la excitación, pero no sentirla realmente. Cuando veían que yo sentía afición —y para descubrirlo no había santo y seña ni preguntas preparadas de antemano, sino más bien una especie de examen oral espiritual, con preguntas que nunca parecían tales, y siempre un poco a la defensiva—, se repetía siempre este gesto de ponerme la mano en el hombro con aire de incomodidad, o un bueno, hombre. Pero casi siempre había el contacto físico; parecía que tuvieran que tocarle a uno para estar seguros.

Montoya podía perdonárselo todo a un torero con afición. Podía perdonarle crisis nerviosas, pánico, malas acciones inexplicables, toda clase de errores. Por uno que sintiera afición podía perdonar cualquier cosa. Me perdonó al instante a todos mis amigos, y no dijo

nunca nada. Eran simplemente algo un poco vergonzoso que había entre los dos, como el que a los caballos les salieran las entrañas en una corrida de toros.

Bill había subido arriba cuando llegamos; lo encontré lavándose y cambiándose en su habitación.

—Bueno —dijo—, ¿has hecho mucha práctica de castellano?

—Montoya me estaba contando que los toros llegan esta noche.

—Tratemos de encontrar a los demás y vamos a verlo.

—Bueno. Seguramente estarán en el café.

—¿Tienes entradas?

—Sí. Cogí para todas las desencajonadas.

—¿Cómo es una desencajonada?

Estaba delante del espejo estirándose la mejilla para ver si había quedado algún lugar sin afeitar bajo la línea de la mandíbula.

—Es muy bonito —dije—. Hacen salir a los toros de los cajones, uno a uno; en el corral hay bueyes que los reciben y les impiden pelear; los toros arremeten contra los bueyes y éstos corren a su alrededor como solteronas, tratando de calmarlos.

—¿Y no cornean nunca a los bueyes?

—Claro que sí. A veces corren disparados tras ellos y los matan.

—¿Y los bueyes no pueden hacer nada?

—No. Intentan hacer amistad.

—¿Para qué los meten dentro?

—Para aplacar a los toros e impedir que se rompan los cuernos contra las paredes de piedra, o luchando entre sí.

—Ha de resultar fantástico ser un buey.

Bajamos la escalera, salimos y atravesamos la plaza en dirección al Café Iruña. En la plaza había dos taquillas de aspecto solitario. Sus ventanillas, en las que había escrito SOL, SOL Y SOMBRA y SOMBRA, estaban cerradas; no iban a abrir hasta el día antes de la fiesta.

Al otro lado de la plaza, las blancas mesas y sillas de mimbre del Iruña se desparramaban y se salían fuera de la arcada, hasta el borde de la acera. Busqué a Brett y a Mike en las mesas. Allí estaban Brett, Mike y Robert Cohn. Brett llevaba una boina vasca, y Mike también; Robert Cohn iba con la cabeza descubierta y llevaba puestas sus gafas. Brett nos vio venir y agitó la mano; sus ojos se llenaron de arruguillas cuando llegamos a la mesa.

—¡Hola, chicos! —gritó.

Brett era feliz. Mike tenía una manera especial de demostrar la intensidad de sus sentimientos con un apretón de manos. Robert Cohn nos estrechó la mano porque estábamos de vuelta.

—¿Dónde diablos habéis estado? —pregunté.

—Fui yo quien los trajo hasta aquí —dijo Cohn.

—¡Vaya una sandez! —contestó Brett—. Hubiéramos llegado antes si no te hubieses presentado.

—No habrían llegado nunca aquí.

—¡Menuda tontería! ¡Qué morenos estáis, chicos! Mirad a Bill.

—¿Tuvisteis buena pesca? —preguntó Mike—. Queríamos ir a reunimos con vosotros.

—No estuvo mal. Os echamos de menos.

—Yo quería —dijo Cohn—, pero pensé que tenía que traerlos a ellos.

—¡Que tú nos trajiste! ¡Vaya una trola!

—¿La pesca estuvo bien de veras? —preguntó Mike—. ¿Cogisteis mucha cosa?

—Algunos días cogimos una docena cada uno. Había un inglés.

—Se llamaba Harris —intervino Bill—. Acaso tú le conociste, Mike. Estuvo también en la guerra.

—¡Vaya un tipo con suerte! —dijo Mike—. ¡Qué días pasamos! ¡Cómo me gustaría que volvieran aquellos añorados días!

—No seas imbécil.

—¿Estuviste en la guerra, Mike? —preguntó Cohn.

—¿Cómo no iba a estar?

—Fue un soldado muy distinguido —dijo Brett—. Cuéntales lo de aquella vez en que el caballo se te encabritó en Piccadilly.

—No voy a hacerlo. Ya lo he contado cuatro veces.

—A mí nunca me lo has contado —dijo Robert Cohn.

—No voy a contar este suceso. Me desacredita.

—Háblales de tus condecoraciones.

—No lo haré. Es una historia que me desacredita en gran manera.

—¿Qué historia es ésa?

—Brett os la va a contar. Cuenta todas las anécdotas que me desacreditan.

—Vamos, Brett, cuéntala.

—¿He de hacerlo?

—Voy a contarla yo mismo.

—¿Qué condecoraciones tienes, Mike?

—No tengo condecoraciones.

—Has de tener algunas.

—Supongo que las que tiene todo el mundo, pero nunca las he reclamado. En una ocasión tenía que celebrarse una cena por todo lo alto, a la que iba a asistir el príncipe de Gales. Las invitaciones decían que se llevaran condecoraciones. Yo, naturalmente, no tenía ninguna. Me presenté en casa de mi sastre y éste se mostró muy impresionado por la invitación. Pensé que era una buena ocasión y le dije: «Tiene que proporcionarme usted algunas condecoraciones.» Él dijo: «¿Qué condecoraciones, señor?» Y yo repuse: «Oh, las que sean. Lo único que ha de hacer es darme unas cuantas.» Y entonces preguntó: «¿Qué condecoraciones tiene usted, señor?» Y yo contesté: «¿Cómo voy a saberlo?» ¿Es que creía que yo perdía el tiempo leyendo la condenada Gaceta? «Lo único que quiero es que me dé un buen montón. Escójalas usted mismo.» En fin, me procuró varias condecoraciones en miniatura; me dio el estuche, me lo metí en el bolsillo y me olvidé de él. Para terminar, fui al banquete; era la noche en que habían asesinado a Henry Wilson, por lo que no asistió el príncipe de Gales, ni asistió el rey, y nadie llevaba condecoraciones. Todos aquellos ridículos pavos reales estaban atareados quitándose sus condecoraciones, mientras que yo tenía las mías en el bolsillo. Se detuvo para que nos riéramos.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Tal vez no he sabido contarlo bien.

—No, no has sabido —dijo Brett—. Pero es igual.

Todos nos reíamos.

—¡Ah, sí! —dijo Mike—. Ahora ya lo sé. Era una cena tan infernalmente aburrida que no la pude soportar y me fui. Un rato después encontré el estuche en el bolsillo. «¿Qué es eso?», me dije. «¿Condecoraciones?, ¿asquerosas condecoraciones militares?» Y bien, las arranqué de su soporte (ya sabéis que las ponen siempre encima de una cinta) y me dediqué a repartirlas. Regalé una a cada chica, como souvenir. Creyeron que era el mismísimo diablo convertido en soldado. ¡Regalar condecoraciones en un night club! ¡Vaya un tipo fachendoso!

—Cuenta lo que falta —dijo Brett.

—¿No os parece que tuvo gracia la cosa? —preguntó Bill, en tanto que todos nosotros nos reíamos—.

-La tuvo. Juro que la tuvo. En fin, mi sastre me escribió pidiéndome que le devolviera las condecoraciones. Me envió a un empleado con el recado, y siguió escribiéndome meses y meses. Al parecer, se las había dejado un individuo para que las limpiaran. Se ve que era un

horrible pavo real del ejército. Organizó un escándalo infernal a causa de ellas —Mike hizo una pausa—. El sastre tuvo una suerte perra —terminó.

—¿De veras lo crees así? —dijo Bill—. Yo diría que fue una gran ocasión para el sastre.

—Era un sastre extraordinariamente bueno. Al verme hoy, nadie lo creería —dijo Mike—. Solía pagarle cien libras al año para que estuviera tranquilo y no me enviara facturas. Fue para él un golpe horrible que yo quebrara. Sucedió precisamente después de lo de las condecoraciones. Eso dio a sus cartas un tono más bien áspero.

—¿Cómo llegaste a la quiebra? —preguntó Bill.

—De dos maneras —contestó Mike—. Primero poco a poco y luego de golpe.

—¿Y cuál fue el motivo?

—Los amigos —contestó Mike—. Tenía un montón de amigos. De falsos amigos. Y, además, tenía también acreedores. Seguramente tenía más acreedores que cualquier otra persona en Inglaterra.

—Cuéntales lo del tribunal —dijo Brett.

—No me acuerdo —dijo Mike—. Estaba un poquito bebido.

—¡Bebido! —exclamó Brett—-.Querrás decir que estabas como una cuba...

—Es una cosa extraordinaria —dijo Mike—. El otro día encontré a mi antiguo socio y me invitó a una copa.

—Háblales de tu docto abogado asesor —dijo Brett.

—No quiero —replicó Mike—. Mi docto abogado también estaba ciego. ¡Vaya, qué conversación más tétrica! ¿Vamos o no vamos a ver como descargan a esos toros?

—Vamos.

Llamamos al camarero, pagamos y empezamos nuestra peregrinación por la ciudad. Al principio íbamos Brett y yo, pero vino Robert Cohn y se puso al lado de ella. Seguimos andando los tres. Pasamos ante el Ayuntamiento, de cuyo balcón ondeaban las banderas, y bajamos luego por el mercado y por la empinada calle que lleva al puente tendido sobre el Arga. Por la calle transitaba mucha gente que iba a ver los toros; los coches corrían colina abajo y cruzaban el puente, cocheros, caballos y látigos destacándose por encima de la masa de peatones. Al otro lado del puente, doblamos por una calle en dirección a los corrales. Pasamos por delante de una taberna que tenía en la ventana el anuncio siguiente: Buen vino a 30 céntimos el litro.

—Es ahí donde vamos a ir cuando estemos mal de fondos —dijo Brett.

La mujer que estaba parada a la puerta de la taberna nos observó cuando pasamos. Llamó a alguien de dentro de la casa y tres chicas salieron a la ventana a mirar algo. Miraban a Brett.

A la puerta de los corrales dos hombres recogían las entradas de la gente. Pasamos la puerta. Dentro había árboles y una casa baja de piedra. Al otro extremo estaba el muro de piedra de los corrales. Todos ellos tenían practicadas en la piedra unas aberturas que corrían a lo largo de su superficie como si fueran aspilleras. Una escalera llevaba hasta arriba del muro; la gente trepaba por ella y se desparramaba luego por los muros que separaban los dos corrales. Subimos por la escalera, después de cruzar la hierba que crecía bajo los árboles, y pasamos junto a los grandes cajones pintados de gris dentro de los cuales se hallaban los toros. Para viajar, se ponía un toro en cada uno. Habían llegado en tren desde un criadero de toros de Castilla; en la estación los habían descargado de los vagones de plataforma y los habían traído hasta aquí para sacarlos de sus cajones y meterlos en los corrales. Cada jaula llevaba una marca con el nombre y la marca del ganadero correspondiente.

Trepamos y encontramos sitio en el muro que daba al corral. Las paredes de piedra estaban enjalbegadas; había paja en el suelo y pesebres de madera y artesas para el agua contra la pared.

—Fijaos en eso —dije.

Más allá del río se levantaba la meseta con la ciudad encima. A todo lo largo de las antiguas paredes y murallas había gente parada. Las tres hileras de fortificaciones daban tres

negras hileras de gente. Por encima de los muros, las cabezas se asomaban a las ventanas de las casas, y en el borde más alejado de la altiplanicie los chicos habían trepado a los árboles.

—Deben de creer que va a ocurrir algo —dijo Brett.

—Quieren ver los toros.

Mike y Bill estaban en el otro muro, el que se hallaba al otro lado del foso del corral. Nos dijeron hola con la mano. Detrás de nosotros, los que habían llegado tarde nos empujaban cada vez que recibían de los otros un empellón.

—¿Por qué no empiezan? —dijo Robert Cohn. Una mula fue enganchada a uno de los cajones y lo arrastró hasta el portillo practicado en el muro del corral. Los hombres lo empujaban y levantaban con palancas de hierro, hasta que quedó arrimado contra el portillo. En la pared había hombres preparados para abrir la puerta del corral y luego la del cajón. Al otro extremo del corral, se abrió una puerta y entraron dos bueyes, meneando la cabeza y haciendo balancear sus escuálidos flancos con el trote. Permanecieron juntos en el extremo más alejado, con las cabezas dirigidas hacia la puerta por la que iba a entrar el toro.

—No parecen muy satisfechos —dijo Brett. Los hombres que estaban sobre el muro se echaron para atrás y levantaron la puerta del corral. Luego levantaron la del cajón.

Me incliné por encima de la pared con la intención de ver el interior del cajón. Estaba todo a oscuras. Alguien dio un golpe en el cajón con una de las palancas de hierro y entonces pareció que algo estallaba en su interior. El toro iba de un lado a otro aporreando la madera con sus cuernos y armaba un gran ruido. Vi un morro oscuro y la sombra de unos cuernos; luego, tras un martilleo de cascos que resonó en la madera de la caja hueca, el toro salió disparado al corral, patinando en la paja con sus patas delanteras al frenar. Llevaba la cabeza erguida, el gran bulto musculoso que tenía sobre el cuello estaba tirante de tan hinchado, y los músculos de su cuerpo palpitaban, en tanto que miraba a la multitud reunida sobre los muros de piedra. Los dos bueyes retrocedieron hasta tocar la pared, con las cabezas hundidas y vigilando con los ojos al toro.

El toro los vio y se lanzó al ataque. Desde detrás de una de las cajas un hombre gritó y golpeó con su sombrero contra las tablas; el toro, que aún no había llegado hasta los bueyes, se volvió, se recogió sobre sí mismo y cargó contra el punto donde estaba antes el hombre, tratando de llegar hasta él, detrás de los tablones, con una media docena de rápidas embestidas indagatorias con el cuerno derecho.

—¡Dios mío, qué hermoso es! —dijo Brett.

Estábamos ambos mirando fijamente al toro.

—Fíjate en lo bien que sabe servirse de sus cuernos —dije—. Tiene una derecha y una izquierda, exactamente igual que un boxeador.

—¿De veras?

—Fíjate bien.

—Va demasiado aprisa.

—Espera. Dentro de un minuto llegará otro.

Habían arrimado otra caja en la entrada. En el extremo opuesto, un hombre llamó la atención al toro desde detrás de uno de los refugios de tablones y, mientras el toro miraba a otro lado, levantaron la puerta y entró en el corral un segundo toro.

Éste se lanzó directamente contra los bueyes. De detrás de las tablas salieron dos hombres corriendo y gritando para hacerlo girar; pero él no cambió de dirección a pesar de que los hombres gritaban: ¡Eh, eh, toro!, y agitaban los brazos. Los dos bueyes se pusieron de través para recibir la embestida y el toro hundió los cuernos en uno de ellos.

—No mires —le dije a Brett.

Estaba observando atentamente, fascinada.

—Estupendo —dije—. Si eso no te revuelve el estómago...

—Lo he visto —dijo ella—. He visto cómo pasaba del cuerno izquierdo al derecho.

—¡Muy bien!

El buey yacía ahora en el suelo, con el cuello estirado y la cabeza torcida, tal como había caído. De repente, el toro lo dejó y se encaminó hacia el otro buey, que había permanecido en

el extremo más alejado, balanceando la cabeza y observando todo el espectáculo. El buey corrió torpemente y el toro lo cogió, le dio una ligera cornada en el flanco y se volvió hacia otro lado, contemplando a la multitud que se hallaba en los muros, mientras levantaba su joroba musculosa. El buey se le acercó e hizo acción de tocarle con el hocico. El toro le dio una cornada para guardar las apariencias y luego fue él quien, a su vez, acercó el morro al buey; después se dirigieron los dos trotando hacia el otro toro.

Cuando salió el tercer toro, estaban los tres juntos, los dos toros y el buey, con las cabezas pegadas la una a la otra y los cuernos dirigidos contra el recién llegado. El buey cogió por su cuenta al nuevo toro y en pocos minutos lo amansó y lo incorporó al grupo. Soltaron los dos últimos toros y al final todos estaban reunidos.

El buey corneado había conseguido levantarse y estaba apoyado contra la pared. Ninguno de los toros se le acercó y él, por su parte, no hizo tampoco ningún intento para unirse al grupo.

Bajamos del muro con la gente y, a través de las aberturas de la pared del corral, echamos una última mirada a los toros. Estaban todos tranquilos y con la cabeza baja. Al salir cogimos un coche y nos dirigimos al café. Mike y Bill llegaron media hora después. Por el camino se habían detenido a tomar unos cuantos tragos. Estábamos sentados en el café.

—Es un espectáculo extraordinario —dijo Brett.

—¿Van a luchar estos últimos tan bien como el primero? —preguntó Robert Cohn—. Pareció que se calmaban terriblemente aprisa.

—Se conocen todos —dije—. Sólo son peligrosos cuando están solos o en grupos de dos o tres únicamente.

—¿Peligrosos? ¿Qué quieres decir? —preguntó Bill—. A mí todos me parecieron peligrosos.

—Sólo quieren matar cuando están solos. Por supuesto, si tú entraras allí seguramente lograrías que uno de ellos se separara de la manada, y éste sería peligroso.

—Es demasiado complicado —dijo Bill—. No dejes que me separe nunca del rebaño, Mike.

—Oíd —dijo Mike—, eran unos buenos toros, ¿verdad? ¿Habéis visto los cuernos?

—¿Cómo no iba a verlos? —contestó Brett—. No tenía ni idea de cómo eran.

—¿Habéis visto al que hirió al buey? —preguntó Mike—. Era extraordinario.

—La vida de un buey no es vida —dijo Robert Cohn.

—¿De veras opinas eso? —dijo Mike—. Yo hubiera creído que te encantaría ser un buey, Robert.

—¿Qué quieres decir, Mike?

—¡Llevan una vida tan tranquila! No dicen nunca nada; están siempre haraganeando por ahí.

Todos nos sentíamos incómodos. Bill se rió. Robert Cohn estaba enfadado. Mike siguió hablando.

—Hubiera creído que te encantaría. No tendrías que decir jamás ni una sola palabra. Vamos, Robert, di algo. No te limites a estar ahí sentado.

—Ya he dicho algo, Mike. ¿No te acuerdas? Sobre los bueyes.

—Di algo más. Algo divertido. ¿No ves lo bien que lo estamos pasando todos?

—Acaba ya con eso, Michael. Estás borracho —dijo Brett.

—No estoy borracho. Hablo completamente en serio. ¿Es que Robert Cohn va a seguir siempre a Brett a todas partes como un buey?

—Basta ya, Michael. Trata de ser un poco educado.

—¡Al infierno la educación! Después de todo, ¿quién tiene educación, a excepción de los toros? ¿Verdad que son maravillosos? ¿No te gustan, Bill? ¿Por qué no dices algo, Robert? No estés ahí sentado como si asistieras a un condenado funeral. ¿Qué importa que Brett se haya acostado contigo? Lo ha hecho con montones de gente mejor que tú.

—¡Basta! —dijo Cohn poniéndose en pie—. ¡Basta, Mike!

—No te quedes de pie, no hagas como si fueras a pegarme. No me importaría en absoluto. Dime, Robert, ¿por qué sigues a Brett a todas partes como un asqueroso buey? ¿No te das cuenta de que estorbas? Cuando estorbo, yo lo noto. ¿Cómo es que no lo notas tú? Fuiste a San Sebastián adonde nadie te había llamado, y te dedicaste a seguir a Brett como un asqueroso buey. ¿Crees que eso está bien?

—Cállate, estás borracho.

—Tal vez sí. ¿Por qué no estás borracho tú? ¿Por qué no te emborrachas nunca, Robert? Has de reconocer que no pasaste unos días muy divertidos en San Sebastián, porque ni uno solo de nuestros amigos te invitó a ninguna de las fiestas. No puedes reprochárselo demasiado, ¿no te parece? Fui yo quien se lo pedí. Y ellos no te invitaron. No puedes reprochárselo, pues, ¿eh? Vamos, contéstame, ¿puedes reprochárselo?

—Vete al infierno, Mike.

—Yo no se lo reprocho. ¿Se lo vas a reprochar tú? ¿Por qué sigues a Brett a todas partes? ¿Es que no tienes modales? ¿Qué impresión crees que me hace eso a mí?

—Tú eres el más apropiado para hablar de modales —dijo Brett—. Los tuyos son encantadores.

—Vamos, Robert —dijo Bill.

—¿Para qué la sigues a todas partes?

Bill se levantó y agarró a Cohn.

—No te vayas —dijo Mike—. Robert Cohn va a pagarnos un trago.

Bill salió con Cohn. Éste estaba lívido. Mike siguió hablando y yo le escuché durante un rato. Brett parecía disgustada.

—Oye, Michael, no puedes hacer el asno de esta manera —dijo interrumpiéndole.

Y volviéndose hacia mí añadió:

—Aunque eso no quiera decir que no tenga razón, ¿sabes?

La excitación había desaparecido de la voz de Mike. Los que estábamos allí éramos amigos.

—No estoy tan borracho como parece —dijo Mike.

—Ya lo sé que no —dijo Brett.

—Ninguno de nosotros está del todo sereno —dije yo.

—No dije nada que no pensara.

—Pero lo dijiste con tan poca gracia... —dijo Brett riendo.

—De todas formas, fue un imbécil. Vino a San Sebastián, donde malditas las ganas que teníamos de verle, y se dedicó a rondar a Brett sin hacer nada más que mirarla. Me ponía enfermo de veras.

—Se portó muy mal —dijo Brett.

—Fíjate en eso. Brett ha tenido líos con otros hombres antes de Cohn. Me lo cuenta todo. Me dio las cartas de Cohn para que las leyera y yo no quise.

—Muy elegante de tu parte.

—No, Jake, óyeme bien. Brett ha hecho sus escapadas con otros hombres. Pero no eran nunca judíos, ni se quedaban pegados a uno cuando el asunto estaba liquidado.

—Unos chicos estupendos —dijo Brett—. Pero no tiene ningún interés hablar de ello. Michael y yo nos comprendemos.

—Me dio las cartas de Robert Cohn, pero yo no quise leerlas.

—No serías capaz de leer ninguna carta, querido. Ni siquiera las mías.

—No puedo leer las cartas —dijo Mike—. ¿Es curioso, verdad?

—No puedes leer nada.

—No, en eso estás equivocada. Leo un poco. Leo cuando estoy en casa.

—Sí, y dentro de poco hasta escribirás —dijo Brett—. Vamos, Michael, tienes que hacer un esfuerzo. Tienes que sobreponerte. Él ya está aquí, ahora. No nos eches a perder la fiesta.

—Bueno, pues que se comporte como es debido.

—Lo hará. Yo se lo diré.

—Díselo tú, Jake. Dile que o se porta bien o se larga.

—Sí —dije—. Me resultaría muy agradable decírselo.

—Oye, Brett, di a Jake cómo te llama Robert. Es perfecto.

—Oh, no, no puedo hacerlo.

—Venga, mujer, somos amigos. ¿No es verdad que somos amigos, Jake?

—No puedo decirlo. Es demasiado ridículo.

—Se lo diré yo.

—No, Michael; no seas imbécil.

—La llama Circe —dijo Mike—. Sostiene que convierte a los hombres en cerdos. ¿No está mal, eh? Quisiera ser uno de esos tipos que saben literatura.

—Podría ser bueno, ¿sabes? —dijo Brett refiriéndose a Mike—. Escribe unas cartas muy bonitas.

—Ya lo sé —dije—. Me escribió desde San Sebastián.

—Aquello no era nada —dijo Brett—. Es capaz de escribir cartas tremendamente divertidas.

—Fue ella quien me lo hizo escribir, haciéndose pasar por enferma.

—Y además lo estaba de verdad, y mucho.

—Vamos —dije—, debemos regresar para la cena.

—¿Qué he de hacer cuando me encuentre con Cohn? —preguntó Mike.

—Pórtate como si no hubiera sucedido nada.

—Por lo que a mí se refiere, estupendo —dijo Mike—. No estoy nada violento.

—Si él dice algo, responde sólo que estabas borracho.

—Perfectamente. Lo curioso del caso es que creo que estaba efectivamente borracho.

—Vamos —dijo Brett—. ¿Están pagados estos venenos? Tengo que bañarme antes de la cena.

Atravesamos la plaza. Había oscurecido y su contorno se hallaba iluminado por las luces de los cafés que había debajo de las arcadas. Luego caminamos por la grava, bajo los árboles, hasta el hotel.

Ellos dos subieron arriba y yo me detuve a hablar con Montoya.

—Bueno, ¿qué le parecieron los toros? —me preguntó.

—Buenos. Eran unos toros muy bonitos.

—No eran nada malos —dijo Montoya moviendo la cabeza—, pero tampoco eran buenos.

—¿Qué es lo que les echa en cara?

—No lo sé. No me dio la impresión de que fueran realmente buenos, eso es todo.

—Ya sé lo que quiere decir.

—No estaban mal.

—No, no estaban mal.

—¿Cómo los encontraron sus amigos?

—Les gustaron mucho.

—Eso está bien —dijo Montoya.

Subí a mi cuarto. Bill estaba en el balcón de su habitación, mirando a la plaza. Me paré junto a él.

—¿Dónde está Cohn?

—Arriba, en su habitación.

—¿Cómo está?

—Fatal, como es lógico. Mike estuvo espantoso. Se pone terrible cuando está borracho.

—No estaba tan borracho como eso.

—¡Vaya si lo estaba! Yo sé lo que bebimos antes de llegar al café.

—Luego se le pasó totalmente la borrachera.

—Mejor. Se puso terrible. Sabe Dios que no siento ninguna simpatía por Cohn, y que pienso que ir a San Sebastián fue por su parte una estupidez, pero nadie tiene derecho a hablar como lo hizo Mike.

—¿Qué te parecieron los toros?

—Magníficos. Es extraordinaria la forma que tienen de sacarlos.

—Mañana llegan los miuras.

—¿Cuándo empieza la fiesta?

—Pasado mañana.

—Tenemos que evitar que Mike se emborrache hasta ese punto. Ese tipo de incidentes resultan terriblemente desagradables.

—Es mejor que nos arreglemos para la cena.

—Sí. Va a ser una cena muy agradable.

—¡Y que lo digas!

Y, en efecto, la cena resultó de veras muy agradable. Brett llevaba un vestido de noche negro y sin mangas, y estaba muy guapa. Mike actuaba como si no hubiese pasado nada. Tuve que subir a buscar a Cohn. Se comportaba de forma reservada y ceremoniosa, y su rostro estaba aún tirante y pálido; pero al final se animó. No podía apartar la vista de Brett, como si el mirarla le hiciera feliz. Debía de resultarle agradable, al verla tan encantadora, pensar que había tenido una aventura con ella y que todo el mundo lo sabía. Eso no podía quitárselo nadie. Bill estuvo muy divertido, y Michael también; formaban una buena pareja.

Me acordé de ciertas cenas durante la guerra: mucho vino, una tensión latente y la sensación de que se aproximaban cosas que uno no podría evitar que ocurrieran. Bajo los efectos del vino, desapareció aquella sensación desagradable y me sentí feliz. Todos ellos parecían encantadores.

Capítulo XIV

No sé a qué hora me fui a la cama. Recuerdo que me desnudé, me puse una bata y salí al balcón. Me daba cuenta de que estaba completamente borracho, por lo que cuando entré encendí la lamparilla de la cabecera de la cama y me puse a leer. Leía un libro de Turgueniev. Seguramente leí el mismo par de páginas varias veces. Era una de las historias de los Relatos de un cazador. Ya lo había leído antes, pero me pareció completamente nuevo. El paisaje descrito se me apareció con claridad, al mismo tiempo que se aligeraba el peso que sentía en la cabeza. Estaba muy borracho y no quería cerrar los ojos porque entonces la habitación empezaría a dar vueltas y más vueltas, mientras que, si seguía leyendo, aquella sensación desaparecería.

Oí subir a Brett y a Robert Cohn. Éste le dio las buenas noches a la puerta de su habitación y continuó subiendo hasta la suya. Oí cómo Brett entraba en la habitación de al lado. Mike estaba ya en la cama; se había retirado conmigo una hora antes. Cuando ella entró, se despertó y se pusieron a hablar. Les oí reír. Apagué la luz y traté de dormir. Ya no necesitaba seguir leyendo: podía cerrar los ojos sin que todo se pusiera a dar vueltas. Pero no podía dormir. No hay razón alguna para que las cosas le parezcan a uno distintas a oscuras y cuando hay luz. ¡Qué tontería! ¡Vaya si no la hay!

De golpe, me di cuenta de eso, y durante seis meses no dormí nunca con la luz apagada. Fue una gran idea. ¡Al diablo las mujeres! ¡Vete al infierno, Brett Ashley!

Tener amistad con una mujer es una cosa estupenda. Realmente estupenda. En primer lugar, uno tiene que estar enamorado de una mujer para que la amistad tenga una base. Había considerado a Brett como una amiga, sin tener en cuenta su opinión sobre el caso. Había obtenido algo sin dar nada a cambio, con lo que sólo había logrado retrasar la

presentación de la factura. Pero la factura llegaba siempre; era una de aquellas cosas estupendas con las que uno podía siempre contar.

Pensé que lo había pagado todo de una vez, al revés de las mujeres, que pagan y pagan y vuelven a pagar. Ninguna noción de premio o castigo; simplemente, un intercambio de valores. Uno daba una cosa y recibía otra, o bien tenía que trabajar para obtenerla. De una forma u otra, uno pagaba por todas las cosas que tenían algún valor. También yo pagaba por las cosas que me habían gustado; había pasado buenos momentos. Se podía pagar de varias maneras: o enterándose de las cosas por otros, o por propia experiencia, o arriesgándose, o con dinero. Disfrutar de la vida no era más que aprender a sacar todo el partido posible del dinero que se tenía, y darse cuenta de cuándo se había logrado. Uno podía aprovechar al máximo su dinero. El mundo era un buen sitio para estos intercambios. Tenía todo el aspecto de ser una filosofía inteligente. Dentro de cinco años, pensé, me parecerá tan estúpida como cualquiera de las otras filosofías inteligentes por las que he pasado.

Sin embargo, tal vez no era cierto. Tal vez uno aprendía algo a medida que pasaban los años. No me importaba el sentido de la vida. Lo único que quería era saber cómo vivir. Tal vez si uno descubría cómo vivir podría deducir de ahí el sentido de la vida.

De todas formas, hubiese deseado que Mike no tratara a Cohn de una forma tan terrible. A Mike le sentaba mal emborracharse. En cambio a Brett le sentaba bien. Y a Bill también. Cohn no estaba nunca borracho. Cuando pasaba de cierto límite, Mike se ponía desagradable. Me gustaba ver cómo zahería a Cohn y, sin embargo, hubiese deseado que no lo hiciera, porque luego me sentía asqueado de mí mismo. La moralidad consistía en eso: en las cosas que le hacían sentirse asqueado a uno después. No, eso debía de ser la inmoralidad. Era una opinión muy amplia. ¡Qué cúmulo de idioteces podía llegar a pensar por la noche! ¡Qué asco! (Me parecía oírselo decir a Brett.) ¡Qué asco! Cuando uno estaba con ingleses adquiría el hábito de usar expresiones inglesas al pensar. El inglés hablado —al menos el de las clases altas— debía de tener menos palabras que el esquimal. Claro que yo no sabía nada del esquimal; tal vez es una lengua muy interesante. Bueno, pongamos el cherokee, aunque tampoco sabía nada sobre el cherokee. Los ingleses declinaban las frases; una misma frase podía significar cualquier cosa. Pero me gustaba, y me gustaba también su forma de hablar. Harris, por ejemplo. Aunque Harris no pertenecía a las clases altas.

Volví a encender la luz para leer. Cogí el volumen de Turgueniev. Sabía que si lo leía entonces, en el estado de hipersensibilidad mental producido por el exceso de coñac, algún día, más adelante, recordaría las aventuras con la sensación de que era a mí a quien le habían ocurrido. Nadie podría quitármelo nunca. Era otra de las cosas buenas por las que uno tenía que pagar y que luego conservaba siempre. Un poco después, al amanecer, me dormí.

Los dos días que siguieron fueron tranquilos; no hubo más peleas. La ciudad se preparaba para la fiesta. Unos obreros colocaban las vallas que cerrarían las calles laterales cuando, por la mañana, los toros, puestos en libertad, salieran de los corrales y corrieran por las calles, camino de la plaza. Los obreros cavaban hoyos y metían en ellos los maderos, cada uno de los cuales llevaba un número que indicaba su sitio. En la altiplanicie, más allá de la ciudad, unos empleados de la plaza de toros entrenaban a los caballos de los picadores; cabalgando con las piernas envaradas, los hacían galopar por los campos ásperos y calcinados por el sol que se hallaban detrás de la plaza de toros. La gran puerta de la plaza de toros estaba abierta y adentro barrían las gradas. El ruedo había sido alisado con rodillo y regado, y unos carpinteros cambiaban por otras las tablas resentidas o quebradas de la barrera. Desde el borde de la arena alisada por el rodillo, mirando hacia arriba, se veían las gradas vacías y los palcos, que unas viejas estaban barriendo.

Al exterior, las empalizadas que iban de la última calle de la ciudad a la entrada de la plaza de toros estaban ya en su sitio, formando un largo corredor por el que la multitud, perseguida por los toros, correría la mañana del día de la primera corrida de toros. Al otro lado del llano, en el lugar donde iba a celebrarse la feria de caballos y ganado, unos gitanos habían acampado bajo los árboles. Los vendedores de vino y de aguardiente estaban montando sus barracas. En una de ellas, en un letrero de tela que pendía de los tablones bajo el sol ardoroso, se anunciaba el ANÍS DEL TORO. En la gran plaza que constituía el centro de la ciudad no había aún ningún cambio. Nos sentamos en las blancas sillas de mimbre de la terraza del café y contemplamos el movimiento de los autocares: llegaban, soltaban la carga de campesinos que, procedentes de los alrededores, venían al mercado, se llenaban y partían

con una remesa de campesinos con las alforjas repletas de los productos que habían comprado en la ciudad. Los altos autocares grises eran lo único que daba vida a la plaza, si se exceptúan las palomas y el hombre que regaba la gravilla de la plaza y lavaba las calles.

Al atardecer, la gente salía a pasear. Después de cenar, durante una hora, todo el mundo (las chicas guapas, los oficiales de la guarnición, toda la gente bien de la ciudad) se paseaba por la calle que formaba uno de los lados de la plaza, en tanto que las mesas de los cafés se llenaban de los parroquianos habituales.

Por las mañanas, solía sentarme en el café a leer la prensa madrileña y luego andaba por la ciudad o salía al campo. A veces Bill venía conmigo; otras, se quedaba a escribir en su habitación. Robert Cohn se pasaba la mañana estudiando castellano o tratando de conseguir que le afeitaran en la barbería. Brett y Mike no se levantaban nunca hasta mediodía. Todos juntos tomábamos el vermut en el café. Era una vida tranquila, sin borracheras. Fui un par de veces a la iglesia, una de ellas con Brett. Quería oír cómo me confesaba. Le expliqué que, además de ser imposible, no resultaba tan interesante como parecía; además, iba a ser en una lengua que ella no conocía. Cuando salimos de la iglesia encontramos a Cohn que, evidentemente, nos había seguido; sin embargo, estuvo muy ocurrente y simpático. Los tres juntos salimos a dar un paseo por el campamento de gitanos y Brett quiso que le dijeran la buenaventura.

Era una hermosa mañana, con altas nubes blancas encima de las montañas. La noche anterior había llovido un poco y en la planicie hacía fresco y se podía contemplar, además, desde ella un panorama maravilloso. Todos nos sentíamos buenos y llenos de salud; hasta llegué a sentir simpatía por Cohn. No había nada que le pudiera echar a perder a uno en un día como aquél.

Ése fue el último día antes de la fiesta.

Capítulo XV

El domingo 6 de agosto al mediodía la *fiesta* estalló. No hay otra forma de expresar lo que quiero decir. Durante todo el día había estado llegando gente de las afueras, pero uno no se daba cuenta porque la ciudad los asimilaba. Bajo el sol ardiente, la plaza aparecía tan tranquila como otro día cualquiera. Los campesinos estaban en las tabernas de las calles alejadas del centro, bebiendo y preparándose para la *fiesta.* Hacía tan poco que habían llegado de los llanos y las colinas, que tenían que acostumbrarse al cambio de valores paulatinamente. No podían pagar desde el principio los precios de los cafés. En las tabernas se daba a su dinero su justo valor. El dinero representaba todavía un determinado número de horas de trabajo o de fanegas de trigo vendidas. Luego, cuando la fiesta estuviera avanzada, no importaría el precio que pagaran ni el sitio donde compraran.

Aquel día empezaban las fiestas de San Fermín, y estaban en las tabernas de las callejuelas de segundo orden desde las primeras horas del día. Por la mañana, al dirigirme a misa a la catedral, los oí cantar a través de las puertas abiertas de las tabernas. Se estaban poniendo en forma. A misa de once había mucha gente; San Fermín es también una festividad religiosa.

Saliendo de la catedral, que estaba en la parte alta de la ciudad, bajé por una calle y subí luego por otra hasta llegar al café de la plaza. Faltaba poco para mediodía. Robert Cohn y Bill estaban sentados a una de las mesas. Las mesas de mármol y las sillas blancas de mimbre habían desaparecido, y en su lugar había mesas de hierro y sillas plegables. El café parecía un buque de guerra desmantelado tras un combate. Aquel día los camareros no le dejaban leer tranquilamente a uno toda la mañana, sin acordarse de preguntarle si quería tomar algo. Tan pronto me senté apareció uno.

—¿Qué vais a tomar? —pregunté a Bill y a Cohn.

—Jerez —dijo Cohn.

—*Jerez* —dije yo en castellano al camarero.

Antes de que el camarero llegara con el jerez, el cohete que anunciaba el comienzo de la *fiesta* se elevó en la plaza. Al estallar allá en lo alto, formó un gran balón de humo encima del Teatro Gayarre, que estaba al otro lado de la plaza. Mientras contemplaba la bola de humo, que flotaba en el cielo como una granada que hubiera estallado, otro cohete subió a juntársele, esparciendo humo en medio de la radiante luz del sol. Vi el destello luminoso que produjo al estallar y apareció otra nubécula de humo. Hacia el momento en que estalló el segundo cohete, la arcada, vacía un minuto antes, estaba tan llena de gente que al camarero, que sostenía la botella por encima de su cabeza, le fue difícil atravesar la multitud y llegar hasta nuestra mesa. La gente llegaba a la plaza de todas partes, y calle abajo oímos acercarse los caramillos, los pífanos y los tambores, tocando el *riau-riau.* Los caramillos chillaban, redoblaban los tambores, y detrás iban grandes y chicos bailando. Cuando los que tocaban el caramillo se paraban, todos ellos se agachaban en la calle, y cuando se volvían a oír los gritos agudos de caramillos y pífanos y los golpes sordos, secos y huecos de los tambores, todos ellos saltaban por el aire bailando. En aquella masa compacta, lo único que se distinguía era el subir y bajar de las cabezas y los hombros de los que bailaban.

En la plaza un hombre, casi doblado en dos, tocaba el caramillo. Le seguía una riada de chiquillos que gritaban y le tiraban del traje. Con la chiquillería detrás, siguiendo al son de la música, pasó por delante del café y luego salió de la plaza, perdiéndose por una de las calles laterales. Al pasar ante nosotros, seguido de cerca por los niños que gritaban y le tiraban del traje, vimos su cara pálida y marcada por la viruela.

—Debe de ser el idiota del pueblo —dijo Bill—. ¡Dios mío! ¡Fíjate en eso!

Calle abajo, llegaban los bailarines, todos ellos hombres, formando una masa compacta que abarrotaba la calle. Bailaban todos siguiendo el compás, detrás de sus respectivas bandas de pífanos y timbales. Formaban una especie de club. Todos ellos iban con blusas azules de trabajo y pañuelos rojos anudados al cuello, y llevaban una gran bandera atada a dos pértigas, que subía y bajaba bailando a la par que ellos, mientras iban acercándose, rodeados de la multitud.

«¡Viva el vino! ¡Vivan los extranjeros!», ponía en el letrero.

—¿Dónde están los extranjeros? —preguntó Robert Cohn.

—Somos nosotros —contestó Bill.

Durante todo ese tiempo habían seguido subiendo cohetes. Las mesas de los cafés estaban ahora todas ocupadas. La plaza se vaciaba y la multitud iba llenando los cafés.

—¿Dónde están Brett y Mike? —preguntó Bill.

—Voy a buscarlos —dijo Cohn.

—Tráelos aquí.

La *fiesta* había empezado de veras, y durante siete días no paró, ni de día ni de noche. No se paraba de bailar, ni de beber, el barullo era constante. Ocurrieron cosas que sólo podían haber ocurrido durante una *fiesta.*

Al final, todo se volvió irreal: parecía como si nada pudiera tener consecuencias, como si pensar en consecuencias durante la *fiesta* estuviera fuera de lugar. Uno experimentaba siempre, incluso en los momentos de calma, la sensación de que tenía que gritar para que se oyeran sus palabras. Y lo mismo ocurría con cualquier otra cosa que se hiciera. Fue una *fiesta* que duró siete días.

Por la tarde tuvo lugar la gran procesión. Se trasladaba a San Fermín de una iglesia a otra. Todas las autoridades civiles y religiosas iban a la procesión, pero no pudimos verlas a causa del gentío. Delante de la procesión y detrás de ella iban los que bailaban el *riau-riau,* formando una masa de camisas amarillas que subían y bajaban entre la multitud. A través de la apretujada muchedumbre que abarrotaba todas las calles laterales y las aceras, lo único que pudimos ver de la procesión fueron los grandes gigantes: indios de cajas de puros, de treinta pies de alto, moros, un rey y una reina girando y valsando solemnemente a los sones del *riau-riau.*

Estaban todos parados en el exterior de la capilla en la que habían entrado San Fermín y las autoridades, dejando fuera una guardia de soldados. Los hombres que habían estado bailando dentro de los gigantes estaban de pie junto a sus respectivos armazones en reposo, y los cabezudos circulaban con sus enormes cabezotas por entre el gentío. Empezamos a entrar;

en la parte de atrás de la iglesia había un ligero olor a incienso y gente colocada en hileras. Pero como, nada más entrar, impidieron el paso a Brett porque no llevaba sombrero, salimos de nuevo afuera y tomamos la calle que llevaba de la capilla al centro de la ciudad. A ambos lados de la calle se alineaba gente conservando el sitio que tenía en la acera en espera del retorno de la procesión. Algunos bailarines formaron corro alrededor de Brett y empezaron a bailar. Llevaban grandes guirnaldas de ajos alrededor del cuello. Nos cogieron a Bill y a mí por los brazos y nos metieron en el círculo. Bill también se puso a bailar. Todos cantaban. Brett quería bailar, pero ellos no se lo permitieron. La querían para bailar a su alrededor, como si fuera una imagen. Cuando terminó la canción con el agudo *riau-ñau* final, nos empujaron en avalancha al interior de una taberna.

Nos quedamos de pie junto al mostrador, con Brett sentada sobre un tonel de vino. La taberna estaba a oscuras y llena de hombres que cantaban con voces roncas. Detrás del mostrador, sacaban directamente el vino de los toneles. Puse dinero sobre el mostrador para pagar el vino, pero uno de los hombres lo cogió y me lo volvió a meter en el bolsillo.

—Quiero una bota para el vino —dijo Bill.

—Las hay en un sitio calle abajo. Voy a buscar un par —dije.

Los bailarines no querían dejarme salir. Tres de ellos estaban sentados sobre altos toneles al lado de Brett y le enseñaban a beber directamente de los pellejos. Le habían colgado del cuello una ristra de ajos. Alguien insistía en que le dieran un vaso. Otro enseñaba una canción a Bill; se la cantaba pegándosela a la oreja y golpeándole la espalda para marcar el compás.

Les expliqué que iba a volver. Cuando estuve afuera, me dirigí calle abajo buscando la tienda en la que hacían botas. La gente se apretujaba en las aceras y muchas de las tiendas estaban cerradas, de modo que no fui capaz de encontrarla. Anduve hasta la iglesia, mirando a ambos lados de la calle, y entonces pregunté por ella a un hombre, que me cogió del brazo y me condujo hasta allí. Los postigos estaban cerrados, pero la puerta estaba abierta.

En el interior olía a cuero curtido de fresco y a brea caliente. Un hombre estaba marcando los pellejos terminados, que pendían en manojos del techo. Descolgó uno, lo hinchó y atornilló fuertemente el gollete; luego se subió encima.

—Fíjese. No pierde.

—Quiero otro más. Uno grande.

Descolgó del techo una bota muy grande, que debía de tener un galón o más de capacidad. La hinchó, soplando una y otra vez con los carrillos, y se subió encima de ella, apoyándose en una silla.

—¿Qué va a hacer? ¿Venderlos en Bayona?

—No. Las quiero para beber.

Me dio una palmada en la espalda.

—Bueno, hombre. Ocho pesetas por las dos. Es el precio más bajo que hago.

El hombre que marcaba y arrojaba a una pila las botas nuevas se detuvo.

—Es verdad —dijo—. Ocho pesetas es barato.

Pagué y salí a la calle para volver a la taberna. Adentro estaba más oscuro que nunca y abarrotado de gente. No vi a Brett ni a Bill; alguien me dijo que estaban en la pieza de atrás. En el mostrador, la muchacha me llenó las dos botas. En una cabían dos litros, en la otra cinco. Llenar las dos me costó tres pesetas con sesenta céntimos. En el mostrador alguien a quien no había visto jamás intentó pagar el vino, pero al final lo pude pagar yo. Entonces el hombre que había querido pagar me invitó a un trago. No permitió que yo a mi vez lo invitara, pero dijo que tomaría un trago de la bota nueva para limpiarse la boca. Levantó el gran pellejo de cinco litros y lo apretó de forma que el vino le bajara siseando hasta el fondo de la garganta.

—Ya está bien —dijo devolviéndome el pellejo.

En la trastienda estaban Brett y Bill sentados en barriles y rodeados de los bailarines. Todos ellos tenían los brazos pasados alrededor de los hombros de los otros y cantaban. Mike estaba sentado a una mesa en compañía de unos cuantos hombres en mangas de camisa,

comiendo de una fuente de atún y cebolla picada con vinagre. Todos bebían vino y mojaban trozos de pan en el aceite y vinagre.

—¡Hola, Jake! ¡Hola! —gritó Mike—. Ven aquí. Quiero presentarte a mis amigos. Estamos tomando entre todos un *hors-d'oeuvre.*

Fui presentado a la gente de la mesa. Dieron sus nombres a Mike y enviaron por un tenedor para mí.

—Deja ya de comerte su cena, Michael —gritó Brett desde los toneles de vino.

—No quiero comerme su cena —dije a uno que me alargaba un tenedor.

—Coma —me contestó—. ¿Para qué cree usted que la tenemos aquí?

Desenrosqué el tapón de la gran bota de vino y la pasé para que circulase. Todos tomaron un trago manteniendo alzado el pellejo al extremo del brazo extendido.

Afuera, destacándose de los cantos, se oía la música de la procesión que pasaba.

—¿No es la procesión? —preguntó Mike.

—*Nada* —dijo alguien—, no es *nada.* Beba. Levante la bota.

—¿Cómo te encontraron? —pregunté a Mike.

—Alguien me trajo —contestó—. Dijeron que estabais aquí.

—¿Dónde está Cohn?

—Ha perdido el sentido de tanto beber —gritó Brett—. Lo han echado por ahí.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Cómo vamos a saberlo? —dijo Bill—. Creo que ha muerto.

—No ha muerto —dijo Mike—. Lo único que pasa es que con el Anís del Mono está como una cuba.

Al oír decir Anís del Mono, uno de los hombres de la mesa miró, se sacó una botella de debajo de la blusa y me la tendió.

—No —dije—. No, gracias.

—Sí, sí. *¡Arriba!* ¡ A empinar el codo!

Tomé un trago. Sabía a regaliz y le abrasaba a uno hasta las entrañas. Noté cómo me calentaba el estómago.

—¿Dónde diablos está Cohn?

—No lo sé —contestó Mike—. Voy a preguntarlo. ¿Dónde está nuestro compañero? Aquel que se emborrachó —preguntó en castellano.

—¿Quieren ustedes verlo?

—Sí —contesté yo.

—Yo no —contestó Mike—. Es este señor el que quiere.

El hombre del Anís del Mono se secó la boca y se levantó.

—Vamos.

En una habitación de atrás Robert Cohn dormía pacíficamente encima de unos cuantos toneles de vino. Estaba oscuro y casi no se le distinguía la cara. Lo habían tapado con una chaqueta y tenía otra doblada debajo de la cabeza. Alrededor del cuello y sobre el pecho tenía una gran guirnalda de ajos trenzados.

—Dejémosle que duerma —susurró el hombre—. Está perfectamente.

Dos horas más tarde apareció Cohn. Entró en la sala llevando todavía la guirnalda de ajos alrededor del cuello. Los españoles se pusieron a gritar cuando entró. Cohn se frotó los ojos y sonrió.

—Debo de haber estado durmiendo —dijo.

—¡Oh, no, de ninguna manera!

—Sólo estaba muerto.

—¿No vamos a ir a tomar algo para cenar? —preguntó Cohn.

—¿Quieres comer?

—Sí. ¿Por qué no? Estoy hambriento.

—Cómete esos ajos, Robert —dijo Mike—. ¡Eh! Te digo que te comas esos ajos.

Cohn se mantenía erguido. El sueño le había puesto perfectamente.

—Vamos a comer —dijo Brett—. Tengo que tomar un baño.

—Vamos —dijo Bill—. Traslademos a Brett al hotel.

Después de decir adiós y de estrechar la mano a mucha gente salimos. Afuera estaba oscuro.

—¿Cuánto tiempo creéis que he dormido?

—Es mañana —contestó Mike—. Has estado dos días dormido.

—No, quiero decir qué hora es —dijo Cohn.

—Son las diez.

—¡Cuánto hemos bebido!

—Querrás decir cuánto bebimos *nosotros.* Tú te dormiste.

Bajando por las oscuras calles en dirección al hotel veíamos en el cielo los cohetes que se elevaban en la plaza. Al desembocar en la plaza, la vimos «repleta de una compacta multitud; todos los que estaban en el centro bailaban.

En el hotel nos dieron una gran cena. Era la primera comida con el precio doblado a causa de la fiesta, y había unos cuantos platos nuevos. Después de la cena salimos por la ciudad. Recuerdo que tomé la decisión de quedarme levantado toda la noche para poder ver cómo los toros corrían por las calles a las seis de la mañana; pero tenía tanto sueño que me fui a dormir a las cuatro. Los otros no se acostaron.

Como mi habitación estaba cerrada y no pude encontrar la llave, subí a dormir a una de las camas del cuarto de Cohn. Afuera, en la noche, la fiesta continuaba, pero yo tenía demasiado sueño para que eso me mantuviera desvelado. Al despertar oí el estallido del cohete que anunciaba la salida de los toros sueltos de los corrales situados al lado de la ciudad. Iban a correr por las calles hasta la plaza de toros.

Había tenido un sueño pesado y me desperté con la sensación de que lo hacía demasiado tarde. Me puse una de las chaquetas de Cohn y salí al balcón. La callejuela de debajo estaba vacía, pero todos los balcones estaban abarrotados. De repente, apareció en la calle un tropel de gente; iban todos corriendo, formando una masa compacta, en dirección a la plaza de toros. Detrás de ellos pasaron más nombres, que corrían más aprisa, y al final de todo unos cuantos rezagados: ésos sí que corrían de veras. Detrás de ellos quedaba un reducido espacio vacío y luego venían los toros, galopando y agitando la cabeza arriba y abajo. Un hombre cayó, rodó hasta el borde de la acera y se quedó quieto. Los toros pasaron de largo sin reparar en él; corrían todos juntos.

Los perdimos de vista. Poco después llegó de la plaza de toros una gran gritería continuada, y al fin, la detonación de un cohete que indicaba que los toros habían pasado a través de la gente que estaba en el ruedo y habían entrado en los *corrales.* Volví a la habitación y me metí en la cama. Había permanecido descalzo sobre la piedra del balcón. Sabía que seguramente todos los demás del grupo habían salido y habían estado en la plaza de toros. Al meterme de nuevo en la cama, me dormí.

Cohn me despertó al llegar. Empezó a desnudarse y se acercó a cerrar la ventana, porque la gente que estaba al balcón de la casa de enfrente estaba mirando.

—¿Has visto el espectáculo? —le pregunté.

—Sí, estábamos todos allí.

—¿No hubo ningún herido?

—En el ruedo uno de los toros se metió por entre la multitud y sacudió a seis u ocho personas.

—¿Cómo se lo tomó Brett?

—Fue todo tan rápido que a la gente no le quedó tiempo para preocuparse.

—Me hubiese gustado estar levantado.

—No sabíamos dónde estabas. Fuimos a tu habitación, pero estaba cerrada con llave.

—¿Dónde pasasteis el tiempo?

—Estuvimos bailando en un night-club.

—Me caía de sueño —dije.

—¡Dios mío! —dijo Cohn—. Yo me estoy cayendo de sueño ahora. ¿Este cuento no para nunca?

—Durante una semana, no.

Bill abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Dónde te metiste, Jake?

—Los vi pasar desde el balcón. ¿Qué tal la cosa?

—Fabuloso.

—¿Adonde vas?

—A dormir.

Hasta mediodía, nadie se levantó. Comimos en mesas colocadas afuera, bajo los pórticos. La ciudad estaba llena de gente y tuvimos que esperar para conseguir una mesa. Después de comer fuimos al Iruña. Estaba completamente lleno, y a medida que se acercaba la hora de la corrida se llenaba más y más, y la gente tenía que apretarse más alrededor de las mesas. La multitud apiñada segregaba un rumor que se repetía cada día, antes de la corrida, y que el café no producía en ninguna otra ocasión, por abarrotado que estuviera. Era un zumbido continuado, dentro del cual, y formando parte de él, nos hallábamos nosotros.

Había cogido seis asientos para cada una de las corridas. Tres de ellos eran *barreras,* es decir, de la primera fila, inmediata al ruedo; los otros tres eran *sobrepuertas:* asientos con respaldo de madera situados hacia la mitad del tendido. Mike pensó que, siendo la primera vez, sería mejor que Brett se sentara arriba, a distancia, y Cohn quiso sentarse con ellos. Bill y yo nos sentaríamos en las *barreras.* Di la entrada que sobraba a un camarero para que la vendiera. Bill explicó a Cohn lo que tenía que hacer para que no le impresionara lo que les ocurría a los caballos. Bill había visto una serie de corridas.

—No estoy preocupado por si podré resistirlo o no. De lo único que tengo miedo es de aburrirme —dijo Cohn.

—¿De veras?

—No mires a los caballos después que el toro los haya golpeado —le dije a Brett—. Fíjate en cómo el toro ataca y el picador trata de mantenerlo a distancia, pero luego, si el caballo recibe cornadas, no vuelvas a mirar hasta que haya muerto.

—Estoy un poco nerviosa —dijo ella—. Me preocupa saber si seré capaz de soportarlo bien.

—Lo soportarás perfectamente. Lo único que puede serte desagradable es la parte de los caballos, y están sólo unos cuantos minutos en el ruedo, con cada toro. Cuando las cosas vayan mal no mires, eso es todo.

—Todo irá bien —dijo Mike—. Yo velaré por ella.

—No creo que te aburras —decía Bill a Cohn.

—Voy a ir al hotel a buscar los prismáticos y el pellejo de vino —dije—. Hasta luego. No os volváis bizcos.

—Te acompaño —dijo Bill. Brett nos sonrió.

Dimos la vuelta a los pórticos para evitar el calor de la plaza.

—Ese Cohn me tiene frito —dijo Bill—. Tiene el sentimiento de superioridad de los judíos tan desarrollado que cree que la única sensación que puede sacar de la corrida es la del aburrimiento.

—Lo vigilaremos con los prismáticos —dije.

—¡Que se vaya al infierno!

—Se pasa en él la mayor parte del tiempo.

—Me gustaría que se quedara para siempre.

En la escalera del hotel encontramos a Montoya.

—Vengan —nos dijo—. ¿Quieren conocer a Pedro Romero?

—Estupendo —contestó Bill—. Vamos a verlo.

Siguiendo a Montoya, subimos un tramo de escalera y recorrimos el pasillo.

—Está en la habitación número ocho —explicó Montoya—. Se está vistiendo para la corrida.

Montoya llamó con los nudillos a la puerta y la abrió. Era una habitación oscura; por la ventana que daba a la callejuela entraba muy poca luz. Había dos camas, separadas por un tabique monástico. La luz eléctrica estaba encendida. El muchacho estaba de pie, muy erguido y serio en su traje de luces. La chaquetilla estaba colgada del respaldo de una silla. En aquel momento estaban acabando de enrollarle la faja. Bajo la luz, su pelo negro brillaba. Llevaba una camisa blanca de lino. El mozo de estoques terminó con la faja, se levantó y se hizo a un lado. Pedro Romero saludó con una inclinación de cabeza y nos estrechó la mano; parecía muy distante y lleno de dignidad. Montoya le dijo que éramos unos grandes *aficionados* y que queríamos desearle suerte. Romero escuchaba con gran seriedad. Luego se volvió hacia mí. Era el muchacho más guapo que jamás hubiera visto.

—¿Van ustedes a ir a la corrida? —preguntó en inglés.

—¿Sabe usted inglés? —dije con la sensación de ser un imbécil.

—No —contestó sonriendo.

Uno de los tres hombres que habían permanecido sentados en las camas se acercó y nos preguntó si hablábamos francés:

—¿Quieren que les sirva de intérprete? ¿Hay algo que deseen preguntar a Pedro Romero?

Le dimos las gracias. ¿Qué íbamos a preguntarle? El chico tenía diecinueve años y estaba solo, si se exceptúa a su mozo de estoques y a aquellos tres parásitos, y la corrida iba a empezar dentro de veinte minutos. Le deseamos *mucha suerte,* le estrechamos la mano y salimos. Mientras cerrábamos la puerta lo vimos allí de pie, erguido y hermoso, totalmente ensimismado, solo en la habitación, a pesar de los parásitos.

—Es un gran chico, ¿no les parece? —dijo Montoya.

—Es muy buen mozo —dije.

—Tiene todo el tipo de un torero —dijo Montoya.

—Es un chico muy agradable.

—Ya veremos cómo se porta en el ruedo —dijo Montoya.

Encontramos la gran bota de vino apoyada en la pared de mi

habitación; la cogimos, cogimos además los prismáticos, cerramos la puerta con llave y bajamos.

Fue una buena corrida. Bill y yo estábamos llenos de curiosidad por ver a Pedro Romero. Montoya estaba sentado a unos diez sitios de distancia. Cuando Romero hubo matado su primer toro, mi mirada y la de Montoya se encontraron y él hizo con la cabeza un ademán afirmativo. ¡Éste sí que era un auténtico torero! No había habido un auténtico torero desde hacía mucho tiempo. De los dos restantes matadores, uno era muy bueno y el otro podía pasar. Pero no se podían comparar con Romero, a pesar de que ninguno de los toros que le tocaron era gran cosa.

Durante la corrida miré repetidas veces a Mike, Brett y Cohn con los gemelos. Parecía que estaban bien, y a Brett no se la notaba alterada. Los tres estaban inclinados hacia delante, apoyados en la barandilla que tenían frente a ellos.

—Déjame los gemelos —dijo Bill.

—¿Tiene Cohn aspecto de aburrirse? —pregunté.

—¡Ese judío!

Al salir de la plaza, terminada la corrida, la muchedumbre era tal que uno no podía moverse. Nos fue imposible abrirnos paso y tuvimos que volver a la ciudad avanzando a la par que toda la masa, que se movía con lentitud de glaciar. Sentíamos la alteración emocional que aparece siempre después de una corrida, y la exaltación gozosa que queda cuando es buena. La fiesta continuaba. Los tambores redoblaban, los caramillos dejaban oír sus sones agudos; la marea aparecía rota por todas partes por grupos de gente que bailaba. Como los bailarines se

hallaban en medio de la multitud, no se veía el intricado juego de sus pies; lo único visible eran las cabezas y hombros que subían y bajaban en movimiento incesante. Al final, pudimos salir de aquella muchedumbre y nos encaminamos al café. El camarero reservó sillas para los otros y nosotros pedimos una absenta cada uno, dedicándonos a contemplar al gentío que llenaba la plaza y a los que bailaban.

—¿Qué crees que es ese baile? —preguntó Bill.

—Es una especie de *jota.*

—No es siempre lo mismo —dijo Bill—. Bailan de forma distinta a cada nueva melodía.

—Es un baile extraordinario.

Frente a nosotros, en un trozo de calle despejado, un grupo de mozos bailaba. Los pasos eran muy complicados y sus caras tenían una expresión atenta y concentrada. Todos miraban al suelo mientras bailaban. Las suelas de cáñamo de sus alpargatas golpeaban suavemente el pavimento. Lo tocaban con las puntas. Lo tocaba*) con los talones. Lo tocaban con la planta de los pies. Luego la música rompió en un ritmo salvaje; se terminaron los pasos de danza y se fueron todos sin dejar de bailar calle arriba.

—Ahí llega la aristocracia —dijo Bill.

Estaban cruzando la calle.

—¡Hola, gente! —dije yo.

—¡Hola, señores! —dijo Brett—. ¿Nos habéis guardado sitio? ¡Qué amables!

—Oye —dijo Mike—, ese tal Romero no sé qué más es alguien. ¿Me equivoco?

—¿Verdad que es encantador? —dijo Brett—. ¡Y aquellos pantalones verdes!

—Brett no les quitó los ojos de encima en todo el rato.

—Oye, mañana tienes que prestarme tus gemelos.

—¿Cómo lo habéis pasado?

—Maravillosamente. Fue sencillamente perfecto. ¡Caramba! ¡Es todo un espectáculo!

—¿Y los caballos, qué?

—No pude por menos de mirarlos.

—No podía apartar los ojos de ellos —dijo Mike—. Es una mujercita extraordinaria.

—Realmente, lo que les ocurre es horrible —dijo Brett—; sin embargo, no pude apartar la vista de ellos.

—¿Y no te sentiste mal?

—No, en absoluto.

—En cambio Robert Cohn sí —dijo Mike metiendo baza—. Estabas completamente verde, Robert.

—El primer caballo me impresionó realmente —dijo Cohn.

—De modo que no te aburriste, ¿eh? —preguntó Bill.

Cohn rió.

—No. No me aburrí. Desearía que me perdonaras eso.

—No tiene importancia, desde el momento en que no te aburriste —dijo Bill.

—No tenía cara de aburrirse —dijo Mike—. Creí que iba a marearse.

—No llegué a sentirme tan mal. Fue sólo un minuto.

—Pues yo creí que ibas a marearte. No te aburriste, ¿eh, Robert?

—Basta de eso, Mike. Ya he dicho que lo sentía.

—Os digo que estaba verdaderamente verde.

—¡Acaba de una vez, Michael!

—Uno no debe aburrirse nunca en su primera corrida, Robert —dijo Mike—. Eso podría ocasionar un buen follón.

—¡Acaba de una vez, Michael! —repitió Brett.

—Dijo que Brett era una sádica —continuó Mike—. Brett no es una sádica. Es sólo una mujercita adorable y sana.

—¿Eres una sádica, Brett? —pregunté yo.

—Espero que no.

—Dijo que era una sádica sólo porque tiene un estómago que funciona perfectamente.

—No será por mucho tiempo.

Bill logró que Mike cambiara de conversación y dejara en paz a Cohn. El camarero trajo los vasos de absenta.

—¿Te gustó realmente eso? —preguntó Bill a Cohn.

—No, no puedo decir que me gustara. Pero creo que es un espectáculo maravilloso.

—¡Dios mío, eso sí! ¡Qué espectáculo! —dijo Brett.

—Desearía que le quitaran la parte de los caballos —dijo Cohn.

—No son lo más importante —dijo Bill—. Después de un rato uno ya no experimenta ninguna sensación de repugnancia.

—Sólo al empezar se hace un poco duro —dijo Brett—. El momento terrible para mí es aquel en que el toro arremete contra el caballo.

—Los toros estaban bien —dijo Cohn.

—Eran muy buenos —dijo Mike.

—La próxima vez quiero sentarme abajo —dijo Brett, bebiendo un sorbo de absenta.

—Quiere ver de cerca a los toreros —dijo Mike.

—¡Qué tipos tan interesantes! —dijo Brett—. Ese chico, Romero, no es más que un chiquillo.

—Es un chico condenadamente guapo —dije—. Estuvimos arriba, en su habitación, y me di cuenta de que jamás había visto un muchacho más bien plantado.

—¿Qué edad crees que tiene?

—Diecinueve o veinte años.

—¡Caramba!

La corrida del segundo día fue mucho mejor que la del primero. Brett se sentó abajo, entre Mike y yo, y Bill y Cohn subieron arriba. Todo el espectáculo estuvo dominado por Romero. No creo que Brett se fijara en ningún otro torero. Ni creo que nadie más lo hiciera, a no ser los técnicos sin sentimientos. Romero lo era todo. Había dos matadores más, pero no contaban. Sentado al lado de Brett, se lo fui explicando todo. Le dije que, cuando el toro arremetía contra el picador, se fijara en el toro y no en el caballo, y le hice observar la técnica de la colocación de la pica, para que, al notar todos los detalles, comprendiera que cada operación se realizaba con un fin determinado, y que no se trataba de un espectáculo lleno de horrores sin sentido. Le hice fijarse en cómo Romero apartaba con la capa al toro de un caballo que había caído, y en cómo lo mantenía atraído con ella, haciéndolo girar suavemente, halagándolo, sin gastarlo nunca. Vio que Romero evitaba cualquier movimiento brusco y reservaba a sus toros para el final; no los quería deshechos y sin resuello, sino sólo ligeramente cansados. Vio que Romero trabajaba al toro siempre de muy cerca, y le señalé los trucos que empleaban los otros toreros para dar la impresión de que también ellos lo hacían así. Comprendió por qué le gustaba la faena de capa de Romero y no la de los otros.

Romero no hacía jamás contorsiones; estaba siempre erguido, su silueta era pura y natural. Los otros se retorcían como sacacorchos, levantaban los codos y se inclinaban sobre los flancos del toro cuando sus cuernos habían ya pasado, para dar una falsa impresión de peligro. Después, todo lo que era falso se volvía malo y daba una sensación desagradable. La forma de torear de Romero producía una emoción auténtica, porque sus movimientos guardaban una absoluta pureza de líneas y dejaba que cada vez los cuernos del toro casi le rozaran, conservando siempre la calma y la serenidad. No tenía necesidad de recalcar su proximidad. Brett vio que hay cosas que resultaban hermosas cuando uno las hace pegado al toro y que, en cambio, resultan ridículas hechas a un poco de distancia. Le conté que, desde la muerte de Joselito, todos los toreros habían desarrollado una técnica que simulaba este peligro sólo aparente para producir una falsa emoción, mientras ellos estaban perfectamente seguros. Romero volvía a tener aquella antigua característica: la conservación de la pureza de líneas

combinada con una exposición al máximo; dominaba mientras tanto al toro haciéndole creer que era inasequible, y lo iba preparando para el momento de matarlo.

—No le he visto hacer jamás un gesto torpe —dijo Brett.

—Ni se lo verás hacer, a no ser que coja miedo —dije yo.

—Nunca va a tener miedo —dijo Mike—. Conoce demasiado bien su oficio.

—Ya lo sabía todo cuando empezó. Los otros no son capaces de aprender nunca lo que en él fue un don de nacimiento.

—¡Y qué facha, Dios mío! —dijo Brett.

—¿Sabéis que creo que se está enamorando de ese torero? —dijo Mike.

—No me sorprendería.

—Sé buen chico, Jake. No le cuentes nada más de él. Dile de qué forma pegan a sus ancianas madres.

—Cuéntame cómo son cuando están borrachos.

—¡Oh, son terribles! —dijo Mike—. Están borrachos todo el día y se lo pasan pegando a sus ancianas madres, las pobres.

—Tiene todo el aspecto de ser un tipo así —dijo Brett.

—¿Verdad que sí? —dije yo.

Habían amarrado las muías al toro muerto; los látigos restallaron, los hombres corrieron y las mulas, después de hacer fuerza hacia delante empujando con las patas, iniciaron el galope, mientras el toro, con un cuerno al aire y la cabeza a un lado, barría suavemente la arena dibujando una especie de guadaña, y desaparecía por el portillo rojo.

—El siguiente es el último.

—¡No es posible! —dijo Brett.

Se inclinó hacia delante apoyándose en la *barrera.* Romero señaló a sus picadores sus puestos correspondientes y se quedó erguido, con la capa sobre el pecho, mirando hacia el otro lado del ruedo, al sitio por donde saldría el toro.

Cuando todo hubo terminado, salimos y fuimos estrujados por la multitud que nos rodeaba.

—Estas corridas de toros son infernales para la salud —dijo Brett—. Estoy hecha un guiñapo.

—Lo que has de hacer es tomarte un trago —dijo Mike.

El siguiente día Pedro Romero no toreaba. Los toros eran miuras y la corrida fue muy mala. El otro día no había corrida programada. Pero la *fiesta* continuaba día y noche.

Capítulo XVI

Al día siguiente por la mañana, llovía. Una niebla venida del mar se había posado sobre las montañas, impidiendo que se vieran sus cumbres. La meseta tenía un aspecto melancólico y sombrío, y las formas de los árboles y las casas habían cambiado. Anduve hasta más allá de la ciudad para observar el tiempo. El mal tiempo, venido del mar, iba acumulándose sobre las montañas.

En la plaza, los banderines colgaban húmedos de sus astas blancas, y los estandartes, también mojados, pendían y se pegaban a las fachadas de las casas; en el centro, por entre la llovizna incesante, venían de vez en cuando ráfagas de lluvia que obligaban a todo el mundo a refugiarse bajo las arcadas, formaban charcos en la plaza y dejaban las calles mojadas, oscuras y desiertas. Sin embargo, la *fiesta* continuó sin ninguna interrupción; lo único que se hizo fue trasladarla bajo techo.

Los asientos cubiertos de la plaza de toros se habían llenado de bote en bote de gente que, sentada al abrigo de la lluvia, había presenciado el concurso entre los grupos de canto y baile vascos y navarros. Luego los bailarines de Valcarlos, con sus trajes típicos, se fueron

bailando calle adelante, bajo la lluvia, acompañados de los tambores, que sonaban huecos y húmedos, y precedidos de los jefes de banda que cabalgaban sobre sus grandes caballos de pesadas patas, con los trajes mojados y las gualdrapas de los caballos también mojadas. La gente se había aglomerado en los cafés y los bailarines entraron y se sentaron también, con sus piernas prietamente vendadas de blanco bajo la mesa, sacudiendo el agua de sus gorras de cascabeles y desparramando por las sillas sus chaquetas rojo y púrpura para que se secaran. Afuera llovía a cántaros.

Dejé al gentío en el café y me fui al hotel a afeitarme para la cena. Mientras estaba afeitándome en mi habitación llamaron con los nudillos a la puerta.

—Adelante —dije.

Montoya entró.

—¿Cómo va eso? —preguntó.

—Muy bien.

—Hoy no ha habido toros.

—No —contesté—., nada más que lluvia.

—¿Dónde están sus amigos?

—En el Iruña.

Montoya esbozó su sonrisa de incomodidad.

—Dígame, ¿conoce al embajador americano? —preguntó.

—Sí —contesté—. Todo el mundo conoce al embajador americano.

—En estos momentos está en la ciudad.

—Sí —dije—. Todo el mundo lo ha visto.

—Yo también lo he visto —dijo Montoya.

No añadió nada más, y yo continué afeitándome.

—Siéntese —dije—; voy a pedir algo para beber.

—No, tengo que irme.

Terminé de afeitarme, metí la cara en la palangana y me la lavé con agua fría. Montoya seguía de pie, con un aire todavía más incómodo.

—Acabo de recibir del Grand Hotel un mensaje suyo —dijo—. Quieren que Pedro Romero y Marcial Lalanda vayan a tomar café con ellos esta noche, después de cenar.

—Bueno —dije—, eso no puede hacer ningún daño a Marcial.

—Marcial ha pasado todo el día en San Sebastián. Se marchó esta mañana en coche, con Márquez. No creo que estén de vuelta por la noche.

Montoya seguía de pie, incómodo. Quería que yo dijera algo.

—No dé el mensaje a Romero —dije.

—¿Usted cree?

—Sin duda alguna.

Montoya estaba muy contento.

—Quería preguntárselo a usted porque es americano —dijo.

—Eso es lo que yo haría.

—Mire —dijo Montoya—, a la gente le gusta coger a un chico como ése. No saben lo que vale. No saben lo que representa. Cualquier forastero puede halagarlo. Empiezan por este asunto del Grand Hotel y al cabo de un año están acabados.

—Como Algabeño —dije.

—Sí, como Algabeño.

—Ya son una buena cuadrilla, ya —dije—. Ahora hay por aquí una mujer americana que hace colección de toreros.

—Ya sé, sólo les gustan los jóvenes.

—Sí —dije—. Los viejos se vuelven gordos.

—O locos, como el Gallo.

—En fin —dije—, es fácil: todo lo que ha de hacer es no entregarle el mensaje.

—¡Es un chico tan majo! —dijo Montoya—. Tendría que quedarse con su propia gente. No debería meterse en esos jaleos.

—¿No quiere tomar un trago? —pregunté.

—No —contestó Montoya—, tengo que irme.

Salió.

Bajé, salí y di un paseo alrededor de la plaza, pasando por debajo de los pórticos. Todavía estaba lloviendo. Miré hacia dentro del Iruña, pero los otros no estaban, de modo que acabé de dar la vuelta a la plaza y volví al hotel. Estaban cenando en el comedor de abajo.

Me llevaban muchas copas de ventaja; no valía la pena intentar atraparlos.

Bill se dedicaba a pagar limpiabotas a Mike. Limpiabotas que abría la puerta, limpiabotas que Bill llamaba y que se ponía a trabajar con Mike.

—Ésa es la undécima vez que me abrillantan las botas —dijo Mike—. Bill es un asno, lo digo yo.

Evidentemente, los limpiabotas habían hecho correr la noticia. Entró otro.

—*¿Limpiabotas?* —preguntó a Bill.

—No —contestó Bill—. Para este *señor.*

El limpiabotas se arrodilló al lado del otro que estaba ya trabajando y empezó con el zapato libre de Mike, que relucía bajo la luz eléctrica.

—Bill es tronchante —dijo Mike.

Yo bebía vino tinto, pero estaba tan por debajo de ellos que me sentía un poco incómodo con todo aquel limpiado de zapatos. Eché una mirada por la sala. En la mesa de al lado estaba Pedro Romero. Se levantó cuando yo le hice una inclinación de cabeza y me pidió que me acercara a conocer a un amigo. Su mesa estaba junto a la nuestra, casi tocándose. Me presentó a su amigo; era un crítico taurino de Madrid, un hombrecillo de facciones estiradas. Le dije a Romero cuánto me gustaba su forma de torear y él se mostró muy complacido. Hablábamos en castellano y el crítico sabía algo de francés. Me incliné hacia nuestra mesa para coger mi botella de vino, pero el crítico me agarró por el brazo. Romero se rió.

—Beba aquí —dijo en inglés.

Le intimidaba exponer sus conocimientos de inglés, pero realmente estaba muy satisfecho de ellos. A medida que íbamos hablando, sacó a relucir palabras de las que no estaba seguro y me preguntó acerca de su significación. Tenía mucho interés en saber cómo se decía en inglés corrida de toros, la traducción exacta. *Bull-figth* no acababa de convencerle. Le expliqué que *bull-fight,* en español, era la *lidia* de un *toro.* La palabra castellana *corrida* significaba en inglés que los toros corrían; la traducción francesa es *course de taureaux* (fue el crítico quien intercaló esta alusión). En español no hay ninguna palabra para *bull-fight.*

Pedro Romero dijo que había aprendido un poco de inglés en Gibraltar. Había nacido en Ronda, que está muy cerca de Gibraltar, un poco más arriba. Había empezado a torear en Málaga, en la escuela taurina que hay allí. Sólo había estado tres años. El crítico le hizo una broma acerca del número de expresiones malagueñas que usaba. Tenía diecinueve años, dijo. Su hermano mayor iba con él de *banderillero,* pero no vivía en aquel hotel, sino en otro de menos categoría, junto con otras personas que trabajaban para Romero. Me preguntó cuántas veces lo había visto en el ruedo. Sólo tres, le dije. En realidad, eran sólo dos, pero, después de cometida la equivocación, no quise meterme en aclaraciones.

—¿Dónde me vio la otra vez? ¿En Madrid?

—Sí —dije.

Había leído las críticas de sus dos actuaciones en Madrid en los periódicos taurinos y podía, por tanto, hablar con propiedad.

—¿La primera vez o la segunda?

—La primera.

—Estuve muy mal —dijo—. La segunda vez lo hice mejor, ¿se acuerda usted? —dijo dirigiéndose al crítico.

No estaba en absoluto violento, hablaba de su trabajo como de algo totalmente aparte de él. No había en él nada de afectación o fanfarronería.

—Me agrada mucho que le guste mi manera de torear —dijo—. Pero no ha visto nada todavía. Mañana, si me toca un buen toro, voy a tratar de enseñárselo.

Al decir eso sonrió, con el deseo de que ni el crítico ni yo creyéramos que estaba fanfarroneando.

—Estoy ansioso por verlo —dijo el crítico—. Me gustaría quedar convencido.

—No le gusta mucho mi forma de torear —dijo Romero muy serio, dirigiéndose a mí.

El crítico aclaró que le gustaba mucho, pero que, hasta el momento, había sido incompleta.

—Espere hasta mañana. Si sale uno bueno...

—¿Ha visto los toros de mañana? —me preguntó el crítico.

—Sí, vi cómo los desencajonaban.

Pedro Romero se inclinó hacia delante.

—¿Qué le parecieron?

—Muy buenos —dije—. Unas veintiséis arrobas. Cuernos muy cortos. ¿Los ha visto usted?

—Oh, sí —contestó Romero.

—No van a pesar veintiséis arrobas —dijo el crítico.

—No —dijo Romero.

—Tienen bananas en lugar de cuernos —dijo el crítico.

—¿A eso llama bananas? —dijo Pedro Romero—. Usted no los llamaría así, ¿verdad? —dijo volviéndose hacia mí y sonriendo.

—No —dije yo—. Son cuernos de verdad.

—Vaya, Jake —gritó Brett desde la mesa contigua—, has desertado.

—Sólo temporalmente —dije—. Estamos hablando de toros.

—¡Caray, tendremos que quitarnos el sombrero!

—Dile que los toros no tienen cuernos —bramó Mike, borracho.

Romero me miró con aire interrogante.

—Borracho —dije—. *Borracho, muy borracho* —volví a repetir en castellano.

—Ya podrías presentarnos a tus amigos —dijo Brett.

No había cesado de mirar a Pedro Romero. Les pregunté si querían tomar café con nosotros y los dos se levantaron.

La cara de Romero estaba muy bronceada. Era muy bien educado.

Los presenté a todos y ellos dos se dispusieron a sentarse; pero no había espacio suficiente y nos trasladamos a la mesa grande que estaba junto a la pared para tomar el café. Mike encargó una botella de Fundador y copas para todos. Se entabló una conversación propia de borrachos.

—Dile que opino que escribir es algo infecto —dijo Bill—. Vamos, díselo. Dile que estoy avergonzado de ser un escritor.

Pedro Romero estaba sentado junto a Brett, escuchándola.

—Vamos, díselo —dijo Bill.

Romero levantó la vista sonriendo.

—Este señor es escritor —dije.

Romero se mostró impresionado.

—Ese otro también lo es —dije señalando a Cohn.

—Se parece a Villalta —dijo Romero mirando a Bill—. Rafael, ¿verdad que se parece a Villalta?

—Yo no le veo el parecido —contestó el crítico.

—Realmente, se parece mucho a Villalta —dijo Romero en español—. ¿A qué se dedica ese que está borracho?

—A nada.

—¿Es por eso por lo que bebe?

—No. Está aguardando para casarse con esta señora.

—¡Dile que los toros no tienen cuernos! —berreó Mike, muy borracho, desde el otro extremo de la mesa.

—¿Qué dice?

—Está borracho.

—Jake —gritó Mike—, dile que los toros no tienen cuernos.

—¿Entiende lo que le dice? —pregunté.

—Sí.

Yo estaba seguro de que no; por tanto, todo iba bien.

—Dile que Brett quiere verle ponerse aquellos pantalones verdes.

—Cierra el pico, Mike.

—Dile que Brett se está muriendo de ganas de saber cómo puede meterse dentro de aquellos pantalones.

—Cierra el pico.

Mientras tanto, Romero jugaba con su copa y hablaba con Brett. Brett hablaba en francés y él en castellano con un poco de inglés y se reía.

Bill estaba llenando las copas.

—Dile que Brett quiere entrar en...

—¡Oh, Mike, por Dios! ¡Cierra el pico!

Romero levantó la vista sonriendo:

—*Pipe down!* [2] Ya sé lo que significa...

En aquel momento Montoya entró en la sala. Al verme inició una sonrisa, pero, al descubrir a Pedro Romero con una gran copa de coñac en la mano y riéndose, sentado a una mesa llena de borrachos, entre una mujer de hombros desnudos y yo, ni siquiera saludó.

Montoya salió de la sala. Mike estaba de pie proponiendo un brindis.

—Bebamos a la salud de... —empezó.

—Pedro Romero —dije yo.

Todos se levantaron. Pedro Romero se lo tomó muy en serio. Chocamos las copas y bebimos. Yo aceleré un poco la cosa porque Mike estaba intentando que quedara muy claro que él no iba a brindar en modo alguno por eso. Pero todo terminó muy bien: Pedro Romero estrechó la mano de todos y se marchó en compañía del crítico.

—¡Dios mío, qué muchacho más encantador! —dijo Brett—.

Cuánto me encantaría verlo meterse en esos pantalones. Debe de usar un calzador...

—Yo empecé a decírselo —empezó Mike—, pero Jake me interrumpía cada vez. ¿Por qué me interrumpías, Jake? ¿Es que te crees que hablas castellano mejor que yo?

—¡Oh, basta ya, Mike! Nadie te interrumpió.

—Nada. Quiero dejar esto bien aclarado.

Dejó de dirigirse a mí.

—¿Crees tener la más mínima importancia, Cohn? ¿Acaso piensas que tu sitio está aquí, entre nosotros? ¿Entre gente que está de viaje para pasarlo bien? ¡Por Dios, no armes tanto ruido, Cohn!

—¡Oh, termina de una vez, Mike! —dijo Cohn.

---

[2] Cierra el pico. (*N. del T.)*

—¿Acaso crees que Brett desea que estés aquí? ¿Piensas que añades algo a la reunión? ¿Por qué no dices nada?

—Dije todo lo que tenía que decir la otra noche, Mike.

—Yo no soy un intelectual como vosotros. —Bill se levantó, vacilante, y se apoyó en la mesa—. No soy listo. Pero noto perfectamente cuándo estoy de sobra en un sitio. ¿Cómo es que no te das cuenta de cuándo estorbas, Cohn? Vete. Por Dios, vete. Aparta de nuestra vista esa triste cara de judío. ¿No creéis que tengo razón?

Miró hacia nosotros.

—Sí, hombre —dije yo—. Vámonos todos al Iruña.

—No. ¿No creéis que tengo razón? Yo quiero a esa mujer.

—Oh, no empieces otra vez. Deja ya este asunto, Michael —dijo Brett.

—¿No crees que tengo razón, Jake?

Cohn estaba todavía sentado a la mesa. Su cara tenía aquella palidez amarillenta que adquiría siempre que lo insultaban, pero en cierta manera parecía estar disfrutando con la situación. Es decir, con el aspecto heroico que le atribuía infantilmente, ayudado por la borrachera: se trataba de su aventura con una señora de título.

—Jake —dijo Mike casi llorando—, tú sabes que tengo razón.

Y dirigiéndose a Cohn:

—Y tú, óyeme. ¡Márchate! ¡Márchate ahora mismo!

—Es que no tengo ganas de irme, Mike —respondió Cohn.

—¡Entonces, seré yo quien te obligue!

Y Mike empezó a dar la vuelta a la mesa, en dirección a Cohn. Cohn se levantó, se quitó las gafas y, con la cara pálida y los puños apretados, aguardó lleno de orgullo y firmeza el asalto, dispuesto a batirse por el amor de su dama.

Yo agarré a Mike.

—Vamos al café —le dije—. No puedes pegarle aquí, en el hotel.

—Está bien —dijo—. ¡Buena idea!

Nos pusimos en marcha. Mike tropezó mientras subía la escalera y, al volverme, vi que Cohn volvía a ponerse las gafas. Bill estaba sentado a la mesa sirviéndose otra copa de Fundador. Brett, también sentada, miraba al frente sin ver.

Afuera, en la plaza, había cesado de llover y la luna intentaba colarse a través de las nubes. El viento soplaba. La banda militar tocaba y la multitud estaba apiñada al otro extremo de la plaza, donde el especialista en fuegos de artificio y su hijo intentaban hacer subir globos de fuego. Si un globo se elevaba a sacudidas, siguiendo una trayectoria muy sesgada, podía ser desgarrado por el viento o arrojado contra las casas de la plaza. Algunos caían en medio de la multitud. El magnesio se encendía, los cohetes estallaban y se ponían a perseguir a la multitud.

No había nadie bailando en la plaza; la grava estaba demasiado mojada.

Brett salió con Bill y se unió a nosotros. Parados entre el gentío contemplamos cómo don Manuel Orquito, el rey de los fuegos artificiales, de pie sobre un pequeño estrado, lanzaba cuidadosamente los globos valiéndose de estacas; se levantaba por encima de las cabezas de la gente para lanzar los globos al viento. El viento los derribaba todos, y la cara de don Manuel Orquito aparecía llena de sudor a la luz de sus complicados fuegos de artificio, que caían en medio de la multitud y se metían por entre las piernas de la gente, atacándola y persiguiéndola con sus chisporroteos y crujidos. La gente gritaba cada vez que un nuevo globo de papel luminoso se echaba de costado, se incendiaba y caía.

—Se están burlando de don Manuel —dijo Bill.

—¿Cómo sabes que es don Manuel? —dijo Brett.

—Su nombre está en el programa. Don Manuel Orquito, el *pirotécnico* de *esta ciudad.*

—*Globos iluminados* —dijo Mike—. Se lanzarán *globos iluminados.* Eso es lo que dice el programa.

El viento se llevaba los sones de la banda de música.

—Caramba, desearía que uno subiera —dijo Brett—. Ese tal don Manuel está furioso.

—Seguramente ha estado trabajando semanas enteras poniéndolos a punto para que al soltarlos formaran entre ellos la frase «¡Viva San Fermín!» —dijo Bill.

—*Globos iluminados* —repitió Mike—. Un puñado de malditos *globos iluminados.*

—Sigamos —dijo Brett—. No podemos quedarnos parados aquí.

—Su señoría quiere tomar un trago —dijo Mike.

—¡Cómo adivinas las cosas! —dijo Brett.

El interior del café estaba lleno de bote en bote y había mucho ruido. Nadie se fijó en nosotros al entrar. No nos fue posible encontrar una mesa. El ruido era incesante y muy fuerte.

—Vamos, salgamos de aquí —dijo Bill.

Afuera, el paseo cotidiano tenía lugar bajo las arcadas. Había algunos ingleses y americanos de Biarritz vestidos con ropa sport esparcidos por las mesas. Algunas de las mujeres clavaban la vista en la gente que se paseaba sirviéndose de anteojos. Andando por ahí, habíamos encontrado a una amiga de Bill, de Biarritz, que se unió al grupo. Se alojaba en el Grand Hotel junto con otra chica. La otra chica tenía jaqueca y se había ido a la cama.

—Ahí está la taberna —dijo Bill.

Era el Bar Milano, un bar pequeño y vulgar donde se podía comer y se bailaba en el cuarto de atrás. Nos sentamos todos a una mesa y pedimos una botella de Fundador. El bar estaba poco lleno y no pasaba nada digno de atención.

—Es un sitio asqueroso —dijo Bill.

—Es demasiado temprano.

—Cojamos la botella y volvamos luego —dijo Bill—. No quiero estar sentado aquí en una noche como ésta.

—Vamos a mirar a los ingleses —dijo Mike—. Adoro contemplar a los ingleses.

—Son horribles —dijo Bill—. ¿De dónde han salido?

—Vienen de Biarritz —dijo Mike—. Vienen a presenciar el último día de esta curiosa pequeña *fiesta* española.

—La *fiesta* se la voy a dar yo —dijo Bill.

—Es usted una chica extraordinariamente guapa —dijo Mike dirigiéndose a la amiga de Bill—. ¿Cuándo ha llegado?

—¡Déjate de tonterías, Michael!

—Repito que es una chica adorable. ¿Dónde he estado? ¿Dónde tenía los ojos durante todo este rato? Es usted encantadora. ¿Hemos sido presentados? Venga conmigo y con Bill. Vamos a darles su *fiesta* a los ingleses.

—La *fiesta* se la voy a proporcionar yo. ¿Qué diablos están haciendo en esta *fiesta!*

—Vamos —dijo Mike—. Sólo nosotros tres. Vamos a festejar a esos malditos ingleses. Espero que usted no sea inglesa. Yo soy escocés. Odio a los ingleses. Voy a festejarlos. Andando, Bill.

Por la ventana vimos cómo los tres se alejaban cogidos del brazo en dirección al café. En la plaza había cohetes que subían.

—Yo me quedo aquí sentada —dijo Brett.

—Me quedaré contigo —dijo Cohn.

—¡Oh, no! —dijo Brett—. ¡Por Dios, lárgate a alguna otra parte! ¿Es que no ves que Jake y yo queremos hablar?

—No me he dado cuenta —contestó Cohn—. Pensaba quedarme aquí sentado porque noto que estoy un poco borracho.

—¡Vaya una maldita razón para quedarse con alguien! Si estás borracho vete a la cama. Cohn se marchó.

—¿Le he tratado con suficiente aspereza? —preguntó Brett—. ¡Señor! ¡Estoy tan harta de él!

—No es que contribuya mucho a alegrar las cosas.

—Me deprime.

—Se ha comportado muy mal.

—Terriblemente mal. Y eso que tenía ocasión de comportarse bien...

—Seguramente ahora está esperando afuera, al otro lado de la puerta.

—Sí. Es capaz. Sé muy bien lo que le pasa. No puede hacerse a la idea de que lo que pasó no significaba nada.

—Ya lo sé.

—Nadie se habría comportado tan mal. ¡Oh, estoy tan harta de todo el asunto! Y Michael... Michael ha estado encantador también.

—Ha sido muy duro para Mike.

—Sí. Pero no tenía ninguna necesidad de portarse como un cerdo.

—Todo el mundo obra mal —dije—, con tal que se le presente la oportunidad adecuada.

—Tú no te hubieras portado mal —dijo Brett mirándome.

—Haría el imbécil igual que Cohn —dije.

—Querido, no hablemos de todas esas sandeces.

—Está bien. Habla de lo que tú quieras.

—No te pongas imposible. Eres la única persona que tengo, y esta noche me siento horriblemente.

—Tienes a Mike.

—Sí, Mike. ¿No es bonito lo que ha hecho?

—Vamos —dije—, ha sido tremendamente duro para Mike tener a Cohn al lado y verle contigo.

—¿Crees que no lo sé, querido? Por favor, no me hagas poner peor de lo que ya estoy.

No había visto nunca a Brett tan nerviosa. Evitaba encontrarse con mi mirada y fijaba la vista en la pared que tenía ante ella.

—¿Quieres que demos un paseo?

—Sí, vamos.

Tapé la botella de Fundador y se la di al barman.

—Tomemos otro trago de eso —dijo Brett—. Tengo los nervios hechos un asco.

Bebimos cada uno una copa del suave coñac amontillado.

Al pasar la puerta vi que Cohn salía de debajo de la arcada.

—Estaba ahí —dijo Brett.

—No puede apartarse de ti.

—¡Pobre diablo!

—No siento lástima por él. Por mi parte, le aborrezco.

—Yo también —dijo Brett tiritando—. Aborrezco su condenado sufrimiento.

Cogidos del brazo, anduvimos por una calle lateral para alejarnos de la gente y de las luces de la plaza. La calle estaba oscura y mojada y la recorrimos hasta llegar a las fortificaciones que bordean la ciudad. Pasamos por delante de algunas tabernas; la luz que se escapaba por las puertas destacaba sobre la negra y húmeda calle, y se oían repentinas explosiones de música al tiempo de pasar.

—¿Quieres que entremos?

—No.

Atravesamos la hierba mojada hasta llegar al muro de piedra de las fortificaciones. Extendí un periódico sobre la piedra y Brett se sentó. El llano estaba oscuro de parte a parte, pero podíamos ver las montañas. El viento, muy alto, hacía que las nubes taparan la luna. Debajo de nosotros estaban los oscuros fosos de las fortificaciones. Detrás, los árboles, la sombra de la catedral y la ciudad, cuya silueta se recortaba sobre la luna.

—No te atormentes —dije.

—Me siento horriblemente —dijo Brett—. No hablemos.

Miramos hacia el llano. A la luz de la luna, las largas líneas de árboles aparecían negras. Por la carretera se veían luces de un coche que subía montaña arriba y, en la cumbre, las luces de la fortaleza. Abajo, a la izquierda, estaba el río, negro, liso y crecido, a causa de las lluvias. A lo largo de la orilla, los árboles eran negros. Estuvimos un rato sentados y mirando. Brett miraba fijamente ante ella. De pronto, un escalofrío la recorrió.

—Hace frío.

—¿Quieres que volvamos?

—Por el parque.

Descendimos. El cielo se estaba nublando de nuevo. Bajo los árboles, el parque estaba oscuro.

—¿Me quieres todavía, Jake?

—Sí —afirmé.

—Es que soy una perdida.

—¿Cómo dices?

—Soy una perdida. Estoy loca por este chico, por Romero. Creo que estoy enamorada de él.

—En tu lugar, yo no lo estaría.

—No puedo evitarlo. Soy una perdida. Es algo que me está destrozando por dentro.

—No hagas eso.

—No puedo evitarlo. Nunca he sido capaz de evitar nada.

—Deberías poner coto a ese asunto.

—¿Cómo voy a poder ponerle coto? No puedo impedir que las cosas ocurran. ¿Notas eso? La mano le estaba temblando.

—Estoy así toda yo, de la cabeza a los pies.

—No debieras hacer eso.

—No puedo evitarlo. De todas formas, ahora soy una perdida. ¿No ves la diferencia?

—No.

—Tengo que hacer algo. Cuando quiero realmente hacer algo, tengo que hacerlo sea como sea. Me he perdido el respeto a mí misma.

—No tienes que hacer eso.

—Oh, querido, no te pongas imposible. ¿Crees que significa mucho tener alrededor a ese condenado judío y a Mike, de la forma que se ha portado?

—No, desde luego.

—No puedo pasarme todo el día borracha como única solución.

—No.

—Oh, querido, por favor, no me dejes. Por favor, no me dejes. Ayúdame.

—Por supuesto.

—No digo que eso esté bien. Sin embargo, para mí lo está. Dios sabe que nunca tuve tanto la sensación de ser una fulana.

—¿Qué quieres que haga?

—Anda —dijo Brett—, vamos a ver si lo encontramos.

En la oscuridad, recorrimos juntos el sendero enarenado del parque, bajo los árboles; dejamos luego los árboles, franqueamos la puerta y nos encontramos en la calle que lleva a la ciudad.

Pedro Romero estaba en el café, sentado a una mesa en compañía de otros toreros y críticos taurinos. Estaban fumando puros. Cuando entramos, levantaron la vista. Romero sonrió y se inclinó. Nos sentamos a una mesa situada hacia el centro del local.

—Pídele que venga a tomar una copa.

—Todavía no. Ya vendrá él.

—No puedo mirarle.

—Pues resulta agradable a la vista —dije.

—Siempre he hecho lo que he querido.

—Ya lo sé.

—¡Me siento tan fulana, tanto!

—Vamos, vamos...

—¡Señor! ¡Por qué cosas ha de pasar una mujer!

-¿Sí?

—¡Oh, me siento realmente tan fulana!

Miré hacia la mesa. Pedro Romero sonrió. Dijo algo a los otros que estaban a la mesa y se levantó. Se acercó a nuestra mesa. Me levanté y nos estrechamos la mano.

—¿No quiere tomar un trago?

—Son ustedes quienes tienen que tomarlo conmigo —replicó.

Se sentó, tras pedir permiso a Brett sin decir nada. Era muy bien educado. Pero continuó fumando su cigarro. Le iba bien a su cara.

—¿Le gustan los cigarros? —le pregunté.

—¡Oh, sí! Yo siempre fumo cigarros.

Era parte de su sistema de autoridad; le hacía parecer mayor. Me fijé en su piel; era limpia, suave y muy morena. Tenía una cicatriz triangular en un pómulo. Vi que estaba observando a Brett. Se daba cuenta de que había algo entre ellos; debía de haberlo notado cuando Brett le dio la mano. Pero iba con mucho cuidado. Creo que estaba seguro, pero no quería cometer ningún error.

—¿Torea usted mañana? —pregunté.

—Sí —contestó—. Algabeño ha sido herido hoy en Madrid. ¿No lo sabía usted?

—No —contesté—. ¿Grave?

Movió la cabeza negativamente.

—No, nada. Aquí —dijo mostrando la mano.

Brett extendió el brazo para cogerla y le separó los dedos.

—¡Oh! —dijo él en inglés—. ¿Dice usted la buenaventura?

—A veces. ¿Le molesta?

—No, me gusta.

Puso la mano plana y extendida encima de la mesa:

—Dígame que viviré siempre y que seré millonario.

Continuaba siendo muy bien educado, pero estaba más seguro de sí mismo.

—Mire —dijo—. ¿Ve toros en mi mano?

Rió. Tenía la mano muy delicada y la muñeca delgada.

—Hay millares de toros —dijo Brett.

Ya no estaba nerviosa y tenía un aspecto encantador.

—Muy bien —dijo Romero riendo—. A mil duros la cabeza —me dijo a mí en español—. Dígame algo más.

—Es una buena mano —dijo Brett—. Creo que vivirá muchos años —añadió dirigiéndose a mí.

—Dígamelo a mí. No a su amigo.

—Decía que vivirá usted muchos años.

—Ya lo sé —dijo Romero—. No voy a morir nunca.

Tamborileé en la mesa con la punta de los dedos. Romero lo vio y sacudió la cabeza.

—No. No lo haga. Los toros son mis mejores amigos.

Se lo traduje a Brett.

—¿Y usted mata a sus amigos? —preguntó ella.

—Claro que sí —dijo él en inglés, riéndose—. De esta forma ellos no me matan a mí.

La miró por encima de la mesa.

—Conoce bien el inglés.

—Sí —dijo—, muy bien a veces. Pero no debo permitir que nadie se entere. Quedaría muy mal que un torero hablara inglés.

—¿Por qué? —preguntó Brett.

—Quedaría muy mal. A la gente no le gustaría. Por ahora no.

—¿Por qué no?

—No les gustaría. Los toreros no son así.

—¿Y cómo son los toreros?

Se rió, se inclinó el sombrero sobre los ojos y cambió el ángulo de su cigarro y la expresión de su cara.

—Como los que están allí, sentados a la mesa —dijo.

Miré disimuladamente. Había imitado exactamente la expresión de Nacional. Luego, ya con su aire habitual, sonrió:

—No. Tengo que olvidar el inglés.

—No lo olvide todavía —dijo Brett.

-¿No?

—No.

—Está bien.

Volvió a reírse.

—Me gustaría tener un sombrero como ése —dijo Brett.

—Bueno. Le conseguiré uno.

—Estupendo. Espero que lo haga.

—Lo haré. Le conseguiré uno esta misma noche.

Me levanté. Romero se levantó también.

—Siéntese —dije—. Tengo que ir a buscar a nuestros amigos para traerlos aquí.

Me miró. Era una última mirada para cerciorarse de que en todo aquello no había ningún malentendido. Todo estaba perfectamente bien entendido.

—Siéntese —dijo Brett—. Tiene que enseñarme castellano.

Se sentó y la miró. Yo salí. Las miradas duras de los que estaban a la mesa del torero me observaron mientras me iba. No era agradable. Cuando, veinte minutos más tarde, volví y miré al interior del café, Brett y Pedro Romero se habían ido. Vino un camarero con un trapo; quitó las copas y limpió la mesa.

Capítulo XVII

Delante del Bar Milano encontré a Bill, Mike y Edna. Edna era el nombre de la chica. —Nos han echado —dijo Edna.

—Ha sido la policía —dijo Mike—. Aquí dentro hay algunas personas que no me quieren.

—He impedido cuatro veces que se metieran en una pelea —dijo Edna—. Tiene que ayudarme. La cara de Bill estaba roja.

—Vuelva a entrar, Edna —dijo—. Vuelva a entrar y baile con Mike.

—Es una tontería —dijo Edna—. Lo único que conseguiríamos sería otra pelea.

—Esos condenados cerdos de Biarritz... —dijo Mike.

—Vamos —dijo Mike—, después de todo, es una taberna. No pueden acaparar toda una taberna.

—¡El bueno de Mike! —dijo Bill—. Esos condenados cerdos ingleses llegan aquí, insultan a Mike y tratan de echar a perder la *fiesta.*

—¡Son tan asquerosos! —dijo Mike—. Odio a los ingleses.

—No tienen derecho a insultar a Mike —dijo Bill—. Mike es un chico estupendo. No tienen derecho a insultar a Mike. Yo no voy a permitírselo. ¿A quién le importa que haya quebrado? Le falló la voz.

—¿A quién le importa? —dijo Mike—. A mí no; a Jake tampoco. ¿Le importa a usted?

—No —contestó Edna—. ¿Ha quebrado usted?

—¡Vaya si lo he hecho! A ti no te importa, ¿verdad, Bill?

Bill pasó el brazo por los hombros de Mike.

—Me gustaría a rabiar haber quebrado. ¡Ya les enseñaría yo a esos hijos de puta!

—No son más que ingleses —dijo Mike—. No hay que dar nunca ni la más mínima importancia a lo que digan los ingleses.

—¡Esos puercos asquerosos...! —dijo Bill—. Voy a echarlos.

—Bill —dijo Edna mirándome—, por favor, no vuelvas a entrar. ¡Son tan estúpidos!

—¡Eso es! —dijo Mike—. Son estúpidos. Ya sabía que se trataba de eso.

—No tienen ningún derecho a decir las cosas que dicen acerca de Mike —dijo Bill.

—¿Los conoces? —pregunté a Mike.

—No. No los había visto nunca. Son ellos los que dicen que me conocen.

—No voy a permitir eso —dijo Bill.

—Anda, vayamos al Suizo —propuse.

—Son un puñado de amigos de Edna, de Biarritz —dijo Bill.

—Son estúpidos, simplemente —dijo Edna.

—Uno de ellos es Charley Blackman, de Chicago —dijo Bill.

—No he estado nunca en Chicago —dijo Mike.

Edna empezó a reír de tal forma que no podía detenerse.

—Eh, vosotros, los quebrados —dijo—, sacadme de aquí.

—¿A qué se ha debido la pelea? —pregunté a Edna.

Atravesábamos la plaza en dirección al Suizo. Bill se había ido.

—No sé qué ocurrió, pero alguien llamó a la policía para que sacara a Mike de la habitación de atrás. Había algunas personas que habían conocido a Mike en Cannes. ¿Qué ocurre con Mike?

—Seguramente les debe dinero —dije—. Por lo general es eso lo que hace que la gente se ponga pesada.

En la plaza, frente a las taquillas, había dos hileras de gente haciendo cola. Estaban sentados en sillas o acurrucados en el suelo, con mantas y periódicos. Esperaban que se abrieran las ventanillas por la mañana, para comprar entradas para la corrida. El cielo se estaba despejando y la luna había salido. Parte de la gente que hacía cola dormía.

Acabábamos de sentarnos y de pedir una botella de Fundador en el Café Suizo cuando apareció Robert Cohn.

—¿Dónde está Brett? —preguntó.

—No lo sé.

—Estaba contigo.

—Debe de haberse ido a la cama.

—No.

—Pues yo no sé dónde está.

Bajo la luz su cara estaba pálida. Seguía de pie.

—Dime dónde está.

—Siéntate —dije—. No sé dónde está.

—¡Y un cuerno! ¡Vaya si lo sabes!

—¡Más vale que cierres el pico!

—Dime dónde está Brett.

—No voy a decirte ni una sola palabra.

—Tú sabes dónde está.

—Aunque lo supiera no te lo diría.

—¡Oh, vete al infierno, Cohn! —dijo Mike desde la mesa—. Brett se ha largado con el torero. Están en su luna de miel.

—¡Cállate!

—¡Vete al infierno! —dijo Mike lánguidamente.

—Entonces, ¿está con él? —dijo Cohn volviéndose hacia mí.

—¡Vete al infierno!

—Estaba contigo. ¿Está ahora con él?

—¡Vete al infierno!

—Voy a hacer que me lo digas, maldito alcahuete —dijo avanzando hacia mí.

Me abalancé contra él, pero se agachó. A la luz vi cómo su cara se zafaba con un movimiento oblicuo. Me dio un puñetazo que me dejó sentado en el suelo. Mientras volvía a ponerme en pie, me pegó de nuevo y caí de espaldas bajo una mesa. Traté de levantarme, pero noté que las piernas no me sostenían. Me daba cuenta de que debía levantarme y tratar de pegarle. Mike me ayudó a levantarme. Alguien me echó una garrafa de agua sobre la cabeza. Mike me pasó un brazo alrededor para ayudarme y me encontré sentado en una silla. Mike me tiraba de las orejas.

—Caramba, te ha dejado seco.

—¿Dónde diablos estabas tú?

—Por ahí.

—¿No quisiste meterte?

—Es que también echó por el suelo a Mike —dijo Edna.

—Pero no me dejó fuera de combate —precisó Mike—. Me quedé sólo echado ahí en el suelo.

—¿Ocurre esto cada noche en sus *fiestas!* —preguntó Edna—. ¿No era ése el señor Cohn?

—Ya me encuentro bien —dije—. La cabeza me vacila un poco.

Había varios camareros y un montón de gente haciendo círculo alrededor de nosotros.

—*¡Vaya!* —dijo Mike—. Vamos, lárguense.

Los camareros hicieron dispersar a la gente.

—Era un espectáculo digno de verse —dijo Edna—. Debe de ser un boxeador.

—Lo es.

—Hubiera deseado que Bill estuviera aquí —dijo Edna—. Me habría gustado verle también por el suelo, con lo enorme que es.

—Tenía la esperanza de que echaría por el suelo a un camarero y lo arrestarían —dijo Mike—. Me gustaría ver al señor Robert Cohn en la cárcel.

—No —dije yo.

—¡Oh, no! —dijo Edna—. No lo dice usted en serio.

—Sí que lo digo en serio —dijo Mike—. No soy uno de esos individuos a quienes les gusta que los zumben. Ni siquiera he practicado nunca ningún deporte.

Mike bebió un trago.

—Nunca me ha gustado cazar, fíjese. Había siempre el peligro de que el caballo se le cayera encima a uno. ¿Cómo te sientes, Jake?

—Bien.

—Es usted muy simpático —dijo Edna a Mike—. ¿Es verdad que está en quiebra?

—En una quiebra tremenda —dijo Mike—. Debo dinero a todo el mundo. ¿No debe usted dinero?

—A toneladas.

—Yo debo dinero a todo el mundo —continuó Mike—. Esta noche he pedido a Montoya que me prestara cien pesetas.

—¡No me digas! —exclamé.

—Se las devolveré —dijo Mike—. Yo siempre lo devuelvo todo.

—Es por eso por lo que ha quebrado, ¿verdad? —dijo Edna.

Me levanté. Los había oído hablar desde muy lejos. Todo aquello me parecía una comedia mala.

—Me voy al hotel —dije.

Oí que hablaban de mí.

—¿Está ya bien? —preguntó Edna.

—Es mejor que le acompañemos.

—Estoy perfectamente —dije—. No vengáis. Nos veremos más tarde.

Me alejé del café. Ellos estaban sentados a la mesa. Me volví a mirarlos a ellos y a las mesas vacías. Había un camarero sentado a una de las mesas, con la cabeza entre las manos.

Al atravesar la plaza en dirección al hotel, todo parecía nuevo y cambiado. Hasta aquel momento, no había visto nunca los árboles, ni los mástiles de las banderas, ni la fachada del teatro. Todo era distinto. Experimenté la misma sensación que tuve una vez, al volver a casa después de jugar un partido de fútbol fuera de la ciudad. Mientras subía por la calle que sale de la estación, cargado con una maleta con mis cosas de fútbol, todas las cosas de la ciudad en la que había pasado mi vida entera me parecían nuevas. Estaban rastrillando los céspedes y quemando hojas en la carretera, y yo me detuve un buen rato a mirar. Todo resultaba extraño. Al ponerme de nuevo en camino, me parecía que mis pies estaban muy lejos, y que todo venía de muy lejos; oía cómo mis pies andaban a una gran distancia. Al principio del partido me habían dado una patada en la cabeza. Era como lo que me ocurría ahora, al atravesar la plaza y subir la escalera arriba en el hotel. Necesité mucho rato para subir la escalera, y tenía la impresión de ir cargado con mi maleta. Había luz en la habitación. Bill salió a mi encuentro en el corredor.

—Oye —dijo—, sube a ver a Cohn. Se ha metido en un lío y está preguntando por ti.

—¡Que se vaya al infierno!

—Vamos, sube a verlo.

Yo no quería subir otro tramo de la escalera.

—¿Por qué me miras así?

—No te miro de ninguna manera. Sube a ver a Cohn. Está pasando un mal momento,

—Hace muy poco rato estabas borracho —dije.

—Y todavía lo estoy —dijo Bill—. Pero tú sube a ver a Cohn. Quiere verte.

—Está bien.

Se trataba de una pura cuestión de escalera; tendría que subir más.

Continué la ascensión arrastrando mi maleta fantasma. Recorrí el corredor hasta la habitación de Cohn. La puerta estaba cerrada y llamé con los nudillos.

—¿Quién es?

—Barnés.

—Pasa, Jake.

Abrí la puerta, entré y dejé mi maleta en el suelo. En la habitación no había ninguna luz encendida. Cohn estaba echado boca abajo en la cama, en la oscuridad.

—Hola, Jake.

—No me llames Jake.

Estaba parado junto a la puerta. Era exactamente así como había llegado a casa. Ahora lo que necesitaba era un baño caliente. Un baño caliente, con mucha agua, para que uno pudiera echarse de espaldas dentro de él.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —pregunté.

Cohn lloraba. Estaba ahí, boca abajo encima de la cama, llorando, con una camisa de polo blanca, del tipo de las que había llevado en Princeton.

—Lo siento, Jake. Perdóname, por favor.

—¡Que te perdone tu madre!

—Por favor, perdóname, Jake.

No dije nada. Seguía allí parado, junto a la puerta.

—Estaba loco. Debiste darte cuenta de que era eso.

—¡Ah, está bien...!

—No pude soportar aquello, tratándose de Brett.

—Me llamaste alcahuete.

Me era indiferente. Lo que quería era un baño caliente. Un baño caliente con mucha agua.

—Ya lo sé. Por favor, olvídalo. Estaba loco.

—Está bien.

Lloraba. Su voz era cómica. Estaba echado sobre la cama, en la oscuridad, con su camisa blanca. Su camisa de polo.

—Me marcho mañana por la mañana.

Lloraba sin hacer ningún ruido.

—No pude soportar aquello tratándose de Brett, eso es todo. He sufrido como un condenado, Jake; como un verdadero condenado. Cuando la encontré abajo, Brett me trató como si fuera un extraño. No pude soportarlo. Estuvimos juntos en San Sebastián. Supongo que lo sabes. Ya no soy capaz de aguantar más.

Allí estaba, echado sobre la cama.

—Bueno —dije—, voy a tomar un baño.

—Eras el único amigo que tenía, y quería tanto a Brett...

—Bueno —dije—, hasta la vista.

—Supongo que es inútil —dijo—. Supongo que es perfectamente inútil.

-¿Qué?

—Todo. Por favor, dime que me perdonas, Jake.

—Por supuesto que sí —dije—. No ha pasado nada.

—Me siento tan horriblemente... He sufrido como un condenado**,** Jake. Ahora todo ha terminado. Todo.

—Bueno —dije—, hasta la vista. Tengo que irme.

Se volvió de cara, se sentó en el borde de la cama y se levantó.

—Hasta la vista, Jake —dijo—. Vamos a estrecharnos las manos, ¿quieres?

—Claro que sí. ¿Por qué no?

Nos dimos un apretón de manos. En la oscuridad no podía verle muy bien la cara.

—Bueno —dije—, nos veremos por la mañana.

—Mañana por la mañana me marcho.

—¡Ah, sí! —dije.

Salí. Cohn estaba de pie en el umbral de la puerta.

—¿Te encuentras bien, Jake? —dijo.

—Sí, sí —contesté—. Estoy perfectamente.

Al principio no encontraba el cuarto de baño. Tardé un rato en hallarlo. Había una bañera honda, de piedra. Abrí los grifos, pero el agua no salió. Me senté en el borde de la bañera.

Cuando me levanté para irme, me di cuenta de que me había quitado los zapatos. Me puse a buscarlos, los encontré y me los llevé abajo. Encontré mi habitación, entré, me desnudé y me metí en la cama.

Me desperté con jaqueca, a los sones de las bandas de música que pasaban por la calle. Recordé que había prometido llevar a la amiga de Bill, Edna, a ver cómo los toros recorrían las calles hasta entrar en el ruedo. Me vestí, bajé y salí a la calle, sumergiéndome en la fresca atmósfera de las primeras horas matinales. La gente atravesaba apresuradamente la plaza, en dirección a la plaza de toros. Al otro lado de la plaza había dos hileras de personas frente a las taquillas. Estaban todavía haciendo cola por las entradas, que iban a ponerse a la venta a las siete. Crucé a toda prisa la calle en dirección al café. El camarero me dijo que mis amigos habían estado allí y luego se habían ido.

—¿Cuántos eran? —Dos caballeros y una señora.

Entonces todo iba bien. Bill y Mike estaban con Edna. Ésta, la noche anterior, había tenido miedo de que los dos estuvieran borrachos perdidos. Precisamente por eso era yo quien tenía que recogerla, para más seguridad. Me bebí el café y me dirigí apresuradamente, como la otra gente, hacia la plaza de toros. Ya no me encontraba aturdido; tenía sólo una fuerte jaqueca. Todo parecía bien dibujado y claro, y la ciudad tenía el olor de las primeras horas matinales.

El espacio de terreno que iba del extremo de la ciudad a la plaza de toros estaba embarrado. La gente se aglomeraba a lo largo de la empalizada que llevaba hasta el ruedo, y una compacta muchedumbre abarrotaba los balcones exteriores y el borde superior de la plaza. Oí el cohete y supe que no conseguiría entrar en el ruedo a tiempo para presenciar la llegada de los toros. Entonces me dirigí hacia la empalizada, abriéndome paso a empellones por entre la gente. Quedé prensado contra los tablones de la empalizada. La policía despejaba la senda formada por las dos vallas, y la muchedumbre que la ocupaba se dirigía tranquilamente o a paso ligero hacia el interior de la plaza. Luego empezó a llegar gente corriendo. Un borracho resbaló y se cayó. Dos guardias lo cogieron y lo arrojaron al otro lado de la empalizada. Ahora la muchedumbre ya corría a toda velocidad. La gente prorrumpió en un gran grito y, al pasar mi cabeza por entre dos tablas, vi que los toros acababan de entrar en el largo corral, al término de su trayectoria callejera. Avanzaban velozmente, ganando terreno a la muchedumbre. Y precisamente entonces otro borracho se adelantó desde la empalizada con una blusa en las manos; quería usarla como capa para torear. Los dos guardias se precipitaron y lo agarraron por el cuello; uno le pegó con la porra; luego lo llevaron a rastras hasta la empalizada y permanecieron pegados a ella, en tanto que pasaban los toros y las últimas oleadas de gente. La muchedumbre que corría delante de los toros era tal que tuvo que comprimirse y aminorar la marcha al avanzar por entre las empalizadas que llevaban hasta el ruedo; y cuando los toros pasaron galopando en manada, pesados, con los flancos llenos de barro y balanceando los cuernos, uno de ellos salió disparado hacia delante, cogió por la espalda a uno de los que corrían y lo levantó por los aires. El hombre iba con los brazos pegados al cuerpo y, al entrarle el cuerno, echó la cabeza hacia atrás; el toro lo levantó y luego lo dejó caer. Cogió después a otro hombre que corría ante él, pero éste desapareció entre la multitud, que franqueó la puerta y se metió en el ruedo, con los toros detrás. Se cerró la puerta roja del ruedo y la muchedumbre que llenaba los balcones exteriores se precipitó a empujones hacia el interior. Se oyó un grito; luego otro grito.

El hombre que había recibido la cornada yacía boca abajo en medio del barro pisoteado. Yo no podía verlo, porque la gente había saltado por encima de la empalizada y había formado una espesa masa en torno a él. Del interior de la plaza llegaban gritos. Cada uno de ellos significaba el ataque de algún toro contra la multitud. Por el grado de intensidad del grito, uno podía hacerse idea de la gravedad de lo que ocurría. Luego se elevó el cohete que anunciaba que los bueyes habían conseguido sacar a los toros del ruedo y los habían metido en los corrales. Me alejé de la empalizada y me dirigí a la ciudad.

De regreso a la ciudad, me fui al café para tomar una segunda taza de café y tostadas con mantequilla. Los camareros barrían el suelo y limpiaban las mesas. Uno se acercó a preguntarme qué deseaba.

—¿Ocurrió algo en el *encierro?*

—No lo vi todo. Un hombre fue gravemente *cogido.*

—¿Dónde?

—Aquí.

Me puse una mano en los riñones y la otra en el pecho, en el sitio por donde, al parecer, habría salido el cuerno, en caso de atravesarlo. El camarero asintió con un movimiento de cabeza y con el trapo quitó las migas de la mesa.

—Gravemente *cogido* —dijo—. Y todo por deporte, todo para divertirse.

Se alejó y volvió con el café y la leche, en sus jarros de largas asas. Vertió la leche y el café. De los largos picos salían dos chorros, que iban a parar dentro del gran tazón. Inclinó nuevamente la cabeza.

—Gravemente *cogido* por la espalda —repitió.

Puso los jarros encima de la mesa y se sentó en la silla que había junto a ella:

—Una buena *cornada.* Y todo para divertirse. Sólo para divertirse. ¿Qué opina usted de eso?

—No sé.

—Pues es así: todo para divertirse. Divertirse, ¿comprende?

—¿No es usted *aficionado?*

—¿Yo? ¿Qué son los toros? Animales. Animales salvajes.

Se levantó y se llevó la mano a los riñones:

—La espalda atravesada de parte a parte. La espalda atravesada de parte a parte por una *cornada.* Para divertirse..., ¿comprende?

Sacudió la cabeza y se alejó con los jarros. Pasaban dos hombres por la calle y el camarero los llamó. Su aspecto era grave. Uno de ellos sacudió la cabeza.

—*¡Muerto!* —gritó.

El camarero movió la cabeza de arriba abajo. Los dos hombres siguieron andando. Iban a hacer algún recado. El camarero se acercó a mi mesa.

—¿Oyó usted? *Muerto* —repitió en inglés—. Ha muerto. Atravesado por un cuerno. Y todo para divertirse una mañana. *Es muy flamenco.*

—Es una pena.

—Eso no es para mí —dijo el camarero—. No veo la gracia de esas cosas.

Más tarde supimos que el hombre que había sido muerto se llamaba Vicente Girones y era de cerca de Tafalla. En el periódico del día siguiente leímos que tenía veintiocho años y una granja, mujer y dos hijos. Después de casado había seguido acudiendo cada año a la fiesta. Al día siguiente llegó de Tafalla su mujer para velar el cadáver, y al otro se celebró un servicio religioso en la capilla de San Fermín y el ataúd fue llevado a la estación por miembros de la asociación de bailarines y bebedores de Tafalla. Los tambores iban en cabeza, los pífanos tocaban; detrás de los que llevaban el ataúd iban la mujer y los dos niños, y detrás de todos ellos los miembros de las asociaciones de bailarines y bebedores de Pamplona, Estella, Tafalla y Sangüesa que pudieron quedarse para los funerales. Cargaron el ataúd en el furgón del tren, y la viuda y los dos niños, sentados los tres muy juntos, hicieron el viaje en un vagón de tercera clase abierto. El tren se puso en marcha con una sacudida y luego empezó a correr suavemente cuesta abajo por el borde de la meseta hasta los campos de trigo del llano, agitados por el viento, en dirección a Tafalla.

El toro que había matado a Vicente Girones se llamaba Bocanegra, llevaba el número 118 de la ganadería de Sánchez Tabernero, fue el tercer toro que salió al ruedo aquella misma tarde y lo mató Pedro Romero. Éste, por aclamación popular, recibió la oreja y, a su vez, se la ofreció a Brett, quien la envolvió en un pañuelo mío y lo dejó todo, oreja y pañuelo, junto con un montón de colillas de Muratti, en el fondo del cajón de la mesita de noche que había junto a su cama en el Hotel Montoya, en Pamplona.

De regreso al hotel, encontré al vigilante nocturno sentado en un banco detrás de la puerta. Había estado allí toda la noche y se caía de sueño. Se levantó cuando entré. Tres camareras llegaban también en aquel momento. Habían ido a la plaza de toros a ver el espectáculo de la mañana. Subieron la escalera riendo. Yo las seguí y entré en mi habitación. Me saqué los zapatos y me tendí en la cama. El balcón estaba abierto y el sol brillante entraba

a raudales en el cuarto. No tenía sueño. Debían de ser las tres y media cuando me había acostado, y las bandas me habían despertado a las seis. Tenía la mandíbula resentida por ambos lados. Me la palpé cogiéndola entre el pulgar y los otros dedos. ¡Ese condenado Cohn! Debería haber pegado a alguien cuando fue insultado por primera vez y desaparecer a continuación. ¡Estaba tan seguro de que Brett lo quería! Sólo tenía que quedarse, y el verdadero amor superaría todos los obstáculos. Alguien llamó con los nudillos a la puerta.

—Adelante.

Eran Bill y Mike. Se sentaron en la cama.

—¡Qué *encierro.* —dijo Bill—. ¡Qué *encierro.*

—Oye, ¿dónde estabas? —me preguntó Mike—. Llama y pide cerveza, Bill.

—¡Qué mañana! —dijo Bill secándose la cara—. ¡Qué mañana, Dios mío! Y aquí está el viejo Jake. El viejo Jake, el *punching-bag* humano.

—¿Qué ocurrió dentro?

—¡Dios mío! —dijo Bill—. ¿Qué ocurrió, Mike?

—Pues que llegaron aquellos toros —explicó Mike—, con la gente justo delante de ellos; y entonces un tipo tropezó y arrastró a todos los demás en su caída.

—Y llegaron los toros y les pasaron todos directamente por encima —dijo Bill.

—Les oí gritar.

—Ésa era Edna —dijo Bill.

—No paraban de salir tipos que agitaban sus camisas.

—Un toro se paseó a lo largo de la barrera e hizo saltar a cornadas a todos los que estaban encima.

—Se llevaron a veinte tipos a la enfermería —dijo Mike.

—¡Qué mañana! —dijo Bill—. La condenada policía no paraba de arrestar a tipos que querían ir a suicidarse con los toros.

—Al final, los bueyes los hicieron entrar —prosiguió Mike.

—Pero la cosa duró una hora.

—En realidad fue aproximadamente un cuarto de hora —objetó Mike.

—¡Oh, vete al infierno! —dijo Bill—. Tú has estado en la guerra. Para mí fueron dos horas y media.

—¿Dónde está esa cerveza? —preguntó Mike.

—¿Qué habéis hecho con la encantadora Edna?

—Ahora mismo acabamos de dejarla en casa. Se ha ido a la cama.

—¿Qué le pareció todo eso?

—Le gustó mucho. Le dijimos que eso mismo se repetía todas las mañanas.

—Se quedó impresionada.

—Quería que nosotros bajáramos también al ruedo —dijo Bill—. Le gusta la acción.

—Le dije que sería hacerles una mala jugada a mis acreedores —dijo Mike.

—¡Qué mañana! —dijo Bill—. ¡Y qué noche!

—¿Cómo está tu mandíbula, Jake?

—Me duele.

Bill rió.

—¿Por qué no le pegaste con una silla?

—Más vale que no te metas —dijo Mike—. También te hubiera dejado fuera de combate. Yo no tuve ni siquiera tiempo de ver cómo me pegaba. O, mejor dicho, creo que lo vi un momento antes, y luego, de repente, me encontré sentado en el suelo y con Jake extendido debajo de una mesa.

—¿Adonde se fue después? —pregunté.

—¡Aquí está! —dijo Mike—. ¡Aquí está la hermosa dama con la cerveza!

La doncella puso la bandeja con las botellas de cerveza y los vasos encima de la mesa.

—Ahora tráiganos tres botellas más —dijo Mike.

—¿Adonde se fue Cohn después de pegarme? —pregunté a Bill.

—¿No estás enterado de eso? —dijo Mike abriendo una botella de cerveza.

Echó la cerveza en uno de los vasos, sosteniéndolo muy cerca de la botella.

—¿De veras? —insistió Bill.

—Pues sucedió que regresó al hotel y encontró a Brett y al torerito en la habitación de él; y entonces destrozó a golpes al pobre diablo.

—¡No!

—Sí.

—¡Qué noche! —dijo Bill.

—Casi mató al pobre diablo. Entonces Cohn quiso llevarse a Brett. Supongo que quería hacer de ella una mujer decente. Fue una escena tremendamente emocionante.

Bebió un gran sorbo de cerveza.

—Es un asno.

—¿Y qué pasó?

—Brettt le dio su merecido. Le dijo que se largara. Supongo que no lo hizo nada mal...

—Me apuesto a que no.

—Entonces Cohn dejó de hacer el matón, se puso a llorar y quiso dar un apretón de manos a nuestro amigo el torero. También quiso estrechar la mano de Brett.

—Sí, ya sé. También a mí me estrechó la mano.

—¿Ah, sí? Bueno, pues ellos no quisieron ni oír hablar de eso. Nuestro amiguito el torero se portó muy bien. No dijo gran cosa, pero se levantaba cada vez después del golpe, sólo para volver a ser derribado. Cohn no logró dejarlo fuera de combate. Debió de ser una buena juerga.

—¿Cómo te enteraste de todo esto?

—Por Brett. La he visto esta mañana.

—¿Cómo terminó la cosa?

—Parece que nuestro torero estaba sentado en la cama. Lo habían echado al suelo unas quince veces y aún quería pelear. Brett lo sostenía y no quería dejarlo levantar. Estaba débil, pero Brett no consiguió sujetarlo y se levantó. Entonces Cohn dijo que no quería volverle a pegar. Dijo que no podía hacerlo. Dijo que sería algo reprobable. El torerillo se dirigió poco menos que tambaleándose hacia él. Cohn retrocedió hasta la pared.

»—¿De modo que no quiere pegarme?

»—No —dijo Cohn—. Me avergonzaría de hacerlo.

»Entonces nuestro torero le pegó tan fuerte como pudo en la cara y luego se sentó en el suelo. No podía levantarse, dijo Brett. Cohn quiso cogerlo y llevarlo hasta la cama. Entonces él dijo que si Cohn lo ayudaba le mataría, y que, de todas formas, lo mataría aquella mañana si Cohn no se había marchado de la ciudad. Cohn lloraba; Brett le había dicho que se largara y él quería que se dieran un apretón de manos. Eso ya te lo he contado antes.

—Cuenta lo que falta —dijo Bill.

—Según mis informes, el torerito estaba sentado en el suelo. Estaba esperando recuperar la fuerza suficiente para levantarse y pegar otra vez a Cohn. Brett no quería ni oír hablar de apretones de manos y Cohn lloraba y le decía cuánto la quería y ella le decía que no hiciera el asno de aquella forma. Entonces Cohn se inclinó hacia delante para estrechar la mano de nuestro torero. No hay que ser rencoroso, ya sabes. Perdonar siempre las ofensas. Y el amigo torero volvió a darle puñetazos en la cara.

—¡Vaya un muchacho! —dijo Bill.

—Dejó a Cohn hecho una desgracia —dijo Mike—. Mira, no creo que Cohn vuelva a tener ganas de andar aporreando a la gente nunca más.

—¿Cuándo viste a Brett?

—Esta mañana. Entró a coger algunas cosas. Está cuidando a su Romerito.

Se sirvió otra botella de cerveza.

—Brett es un poco rara. Pero le encanta cuidar a la gente. Eso fue lo que nos unió. Ella cuidaba de mí.

—Ya lo sé.

—Estoy bastante borracho —dijo Mike—. Y creo que voy a seguir bastante borracho. Todo esto es terriblemente divertido, pero no es muy agradable. No es muy agradable para mí.

Se bebió la cerveza de un trago.

—Se las canté a Brett, ¿sabes? Le dije que si quería ir rodando por ahí con judíos y toreros y toda esa clase de gente ya podía suponer que tendría complicaciones.

Se inclinó hacia delante.

—Oye, Jake, ¿te importa que me beba una botella de las tuyas? La chica te traerá otra.

—Vamos, hombre —dije—. De todas formas, tampoco me la habría bebido.

Mike empezó a abrir la botella.

—¿Te importa abrirla tú?

Apreté hacia arriba el asegurador de alambre y le vertí la cerveza en el vaso.

—Brett estuvo muy bien, ¿sabes? —prosiguió Mike—. Ella siempre queda bien. Le solté un rollo tremendo acerca de los judíos y los toreros y toda esa clase de gente; y ¿sabes lo que replicó? «Sí. ¡He sido tan feliz con la aristocracia inglesa!»

Bebió un trago y continuó:

—No estuvo mal la réplica. Ashley, el tipo que le dio el título, era marino, como sabes. Noveno baronet. Cuando regresaba a casa no quería dormir en la cama. Hacía dormir siempre a Brett en el suelo. Al final, cuando se volvió malo de veras, solía amenazarla con matarla. Ashley dormía con un revólver cargado. Brett le sacaba las balas cuando él se había dormido. No ha sido precisamente feliz, Brett. Y es realmente una lástima. Con lo que ella disfruta de las cosas...

Se levantó. Le temblaba la mano.

—Me voy a mi cuarto. Voy a tratar de dormir un poco.

Sonrió.

—Llegamos demasiado lejos en eso de no dormir en estas *fiestas.* Voy a empezar ahora y me daré un hartón de sueño. Es una mala cosa eso de no dormir. Le pone a uno los nervios de punta.

—Nos veremos a mediodía en el Iruña —dijo Mike.

Mike salió. Le oímos en la habitación contigua.

Tocó el timbre y la doncella acudió y llamó a la puerta.

—Traiga media docena de botellas de cerveza y una botella de Fundador —le dijo Mike.

—Sí, *señorito.*

—Me voy a la cama —dijo Bill—. Pobre Mike. Ayer por la noche me metí en una buena pelea por él.

—¿Dónde? ¿En el Milano?

—Sí. Había un individuo que había pagado una vez para ayudar a Brett y a Mike a salir de Cannes. Se portó como un miserable.

—Ya conozco la historia.

—Yo no la conocía. Nadie debería tener derecho a decir cosas de Mike.

—Eso es lo que lo estropea todo.

—No deberían tener ningún derecho. Desearía con todas mis fuerzas que no les fuera permitido. Me voy a la cama.

—¿Mataron a alguien en la plaza?

—Creo que no. Hubo sólo heridos graves.

—Un hombre resultó muerto en el corredor que llevaba al ruedo.

—¿Sí? —dijo Bill.

Capítulo XVIII

A las doce nos hallábamos todos en el café. Estaba lleno de bote en bote. Comíamos camarones y bebíamos cerveza. La ciudad estaba abarrotada. Todas las calles estaban atestadas. Grandes coches de Biarritz y San Sebastián llegaban sin cesar y aparcaban en la plaza, cargados de gente que iba a la corrida. También llegaban autocares turísticos. Había uno con veinticinco inglesas dentro. Sentadas en el gran coche blanco, miraban *la fiesta* a través de sus anteojos. Los que bailaban estaban todos borrachos. Era el último día de la *fiesta.*

La *fiesta* era una masa compacta, sin cortes, pero los coches y los autocares turísticos formaban pequeñas islas de espectadores. Cuando los coches se vaciaban, los espectadores eran absorbidos por la muchedumbre y ya no se les veía más, a no ser bajo la forma de ropas sport sentadas a una mesa y que desentonaban escandalosamente en medio de la apretada masa de campesinos con blusas negras. La *fiesta* llegaba a absorber incluso a los ingleses de Biarritz, hasta el punto de que no se los veía a no ser que se pasara junto a la mesa que ocupaban. En las calles se oía la música incesantemente. Los tambores no paraban de redoblar y los caramillos iban a toda marcha. Dentro de los cafés, grupos de hombres agarrándose con las manos a la mesa o apoyados unos en los hombros de otros entonaban canciones con sus voces roncas.

—Aquí está Brett —dijo Bill.

Miré y la vi avanzar por entre la multitud de la plaza, con la cabeza erguida, como si la *fiesta* se celebrara en su honor y ella encontrara el hecho a la vez agradable y cómico.

—¡Hola chicos! —dijo—. ¡Caramba, qué sed tengo!

—Traiga otra cerveza grande —dijo Bill al camarero.

—¿Camarones?

—¿Se ha ido Cohn? —preguntó Brett.

—Sí —contestó Bill—. Alquiló un coche.

Llegó la cerveza. Brett hizo acción de levantar el jarro y le tembló la mano. Al darse cuenta, sonrió; se inclinó hacia delante y tomó un gran sorbo.

—Buena cerveza.

—Muy buena —dije yo.

Me sentía inquieto por Mike. No creía que hubiese dormido. Seguramente había estado bebiendo sin parar, aunque, al parecer, conservaba el control de sí mismo.

—Oí decir que Cohn te hizo daño, Jake —dijo Brett.

—No. Me dejó fuera de combate, eso fue todo.

—Caramba, pues a Pedro Romero sí que le hizo daño —dijo Brett—. Le dejó hecho una verdadera lástima.

—¿Cómo está?

—Estará bien en seguida. Pero no quiere salir de su cuarto.

—¿Tiene mal aspecto?

—Muy malo. Quedó realmente muy magullado. Le dije que salía un instante a veros.

—¿Va a torear?

—Por supuesto que sí. Iré con vosotros, si no os importa.

—¿Cómo está tu amigo? —preguntó Mike, que no había escuchado nada de lo que Brett decía— . Brett tiene un torero —continuó—. Tenía también un judío llamado Cohn, pero ha caído en desgracia.

Brett se levantó.

—No voy a quedarme oyendo todas esas sandeces, Michael.

—¿Cómo está tu amigo?

—Perfectamente —dijo Brett—. Fíjate bien en él esta tarde.

—Brett tiene un torero —dijo Mike—. Un torero muy guapo, el condenado.

—¿Te importa acompañarme a dar una vuelta? Quiero hablar contigo, Jake.

—Háblale de tu torero —dijo Mike—. ¡Oh, que se vaya al diablo tu torero!

E inclinó de tal forma la mesa que todas las cervezas y los platos de camarones se vinieron abajo con gran estrépito.

—Anda —dijo Brett—, vámonos de aquí.

Al cruzar la plaza, en medio de la gente, pregunté:

—¿De qué se trata?

—Desde que termine la comida hasta la corrida no voy a poder verlo. Su gente entra a vestirlo. Él dice que están muy enfadados conmigo.

Brett estaba radiante. Era feliz. El sol había salido y hacía un día espléndido.

—Me siento totalmente cambiada —dijo Brett—. No te lo puedes imaginar, Jake.

—¿Quieres que haga algo en concreto?

—No. Sólo que vayas conmigo a la corrida.

—¿Te veré a la hora de comer?

—No. Voy a comer con él.

Estábamos parados bajo las arcadas, a la puerta del hotel. Estaban sacando mesas y colocándolas bajo la arcada.

—¿Quieres venir a dar una vuelta por el parque? —preguntó Brett—. No quiero subir todavía. Me imagino que estará durmiendo.

Pasamos por delante del teatro, salimos de la plaza y, confundidos con la multitud, avanzamos por entre las dos hileras de barracas de la feria. Salimos a una calle transversal que llevaba al Paseo de Sarasate. Podíamos ver a toda la gente elegante paseando por el parque y dando la vuelta al llegar al final.

—No vayamos allí —dijo Brett—. No tengo ganas de fisgonear precisamente ahora.

Nos quedamos parados a la luz del sol. Hacía calor y se estaba bien, después de la lluvia y el cielo nublado que vinieron del mar.

—Espero que el viento se calme —dijo Brett—. Es muy malo para él.

—Yo también lo espero.

—Dice que los toros están muy bien.

—Sí, son buenos.

—¿Es eso San Fermín? —dijo Brett mirando la pared amarilla de la capilla.

—Sí. Es aquí donde empezó la *fiesta,* el domingo.

—Entremos, ¿quieres? Me gustaría rezar un poco por él o algo así.

Entramos dentro empujando la pesada puerta de cuero, que se movió con gran ligereza. El interior estaba oscuro. Había mucha gente que rezaba. Uno la veía cuando sus ojos se acostumbraban a la media luz. Nos arrodillamos en uno de los largos bancos de madera. Al cabo de un momento noté que Brett se quedaba rígida contra mí y vi que miraba fijamente al frente.

—Anda —susurró con voz ronca—, salgamos de aquí. Me pone los nervios de punta.

Afuera, en la cálida claridad de la calle, Brett levantó la vista hacia las copas de los árboles que ondeaban al viento. La plegaria no había sido precisamente un éxito.

—No sé por qué me pongo tan nerviosa en la iglesia —dijo Brett—. Nunca me hace ningún bien.

Seguimos nuestro camino.

—No encajo nada en una atmósfera religiosa —dijo Brett—. Tengo un tipo de cara poco apropiado.

Y continuó:

—¿Sabes? No me siento nada inquieta por él. Cuando pienso en él sólo me siento feliz.

—Eso está bien.

—De todas formas, desearía que el viento se calmara.

—Es probable que amaine hacia las cinco.

—Esperémoslo así.

—Puedes rezar —dije riendo.

—No me hace ningún bien. No he conseguido jamás nada de aquello por lo que he rezado. ¿Y tú?

—Oh, yo sí.

—¡Eso son cuentos! —dijo Brett—. En fin, tal vez el sistema funcione para algunas personas. No pareces muy religioso, Jake.

—Pues lo soy mucho.

—¡Eso son cuentos! —repitió Brett—. No empieces a hacer proselitismo hoy; las cosas ya van a marchar lo bastante mal por sí mismas.

Por primera vez desde los días anteriores a su escapada con Cohn, la veía alegre y despreocupada como en los viejos tiempos. Estábamos de nuevo frente al hotel. Habían acabado de colocar todas las mesas y bastantes de ellas estaban ya ocupadas por gente que comía.

—Preocúpate de Mike —dijo Brett—. No dejes que haga demasiadas tonterías.

—Sus amigos están arriba —dijo el *maitre d'hotel* alemán, en inglés y con un acento horrible.

Era de los que escuchan siempre a escondidas.

—Muchísimas gracias —dijo Brett volviéndose hacia él—. ¿Tiene algo más que decir?

—No, *ma'am.*

—Está bien —dijo Brett.

—Reserve una mesa para tres —dije al alemán.

Esbozó su asquerosa sonrisita rosa y blanca y preguntó en su horrible inglés:

—¿La señora va a comer aquí?

—No —dijo Brett.

—Entonces creo que una mesa para dos será suficiente —dijo con peor pronunciación que nunca.

—No le contestes —dijo Brett—. Debe de haber visto a Mike en muy mal estado —añadió mientras subíamos la escalera.

En la escalera nos cruzamos con Montoya. Saludó con una inclinación de cabeza, sin sonreír.

—Nos veremos en el café —dijo Brett—. Muchísimas gracias, Jake.

Nos habíamos parado en el piso en que estaban nuestras habitaciones. Ella continuó pasillo adelante y entró en el cuarto de Romero. No llamó. Se limitó a abrir la puerta, entrar y cerrarla tras ella.

Me detuve frente a la puerta de la habitación de Mike y llamé a la puerta. No contestaron. Probé con el tirador y la puerta se abrió. La habitación estaba en un gran desorden. Las maletas estaban abiertas y la ropa desparramada por todas partes. Había botellas vacías junto a la cama. Mike estaba echado en ella y parecía una mascarilla mortuoria de sí mismo. Abrió los ojos y me miró.

—Hola, Jake —dijo con mucha lentitud—. Estoy durmien...do un po...co. Hace mu...cho tiempo que quie...ro dormir un po...co.

—Deja que te eche algo encima.

—No, ya estoy lo bastante caliente. No te va...yas. Todavía no me he dormi...do.

—Vas a dormir, Mike. No te preocupes, hombre.

—Brett tiene un torero —dijo Mike—. Pero su judío se ha ido.

Volvió la cabeza y me miró.

—Qué suerte, ¿eh?

—Sí. Ahora trata de dormir, Mike. Tienes que dormir un poco.

—Ahora mismo empieza a entrarme sue...ño. Voy a echar un sue...ñecito.

Cerró los ojos. Salí de la habitación, cerrando la puerta silenciosamente. Bill estaba en mi cuarto leyendo el periódico.

—¿Has visto a Mike?

—Sí. Vamos a comer.

—No quiero comer abajo con este camarero en jefe alemán. Estuvo muy grosero cuando yo llevaba a Mike arriba.

—Con nosotros también estuvo grosero.

—Salgamos a comer por ahí.

Bajamos la escalera. Por el camino nos cruzamos con una chica que subía con una bandeja cubierta.

—Ahí va la comida de Brett —dijo Bill.

—Y de su amiguito —añadí yo.

Afuera en la terraza, bajo las arcadas, el *mattre d'hótel* alemán se nos acercó. Sus rojas mejillas brillaban. Se portaba con gran obsequiosidad.

—Tengo una mesa de dos para ustedes, caballeros —dijo en su pésimo inglés.

—Pues vaya a sentarse usted en ella —dijo Bill.

Y continuamos adelante, cruzando la calle.

Comimos en un restaurante de una calle secundaria, lejos de la plaza. No había más que hombres. En medio del humo que lo llenaba todo, la gente bebía y cantaba. La comida era buena y el vino también. Casi no hablamos. Luego fuimos al café y contemplamos la. *fiesta,* que llegaba a su apogeo. Brett apareció poco después de la comida. Dijo que había echado un vistazo a la habitación y que Mike estaba durmiendo.

Cuando la *fiesta,* en su punto máximo, se desplazó hacia la plaza de toros, fuimos hacia allí con toda la muchedumbre. Brett se sentó junto al ruedo, entre Bill y yo. Debajo de nosotros sólo quedaba el *callejón,* que es el pasadizo que hay entre las gradas y la empalizada roja de la barrera. Detrás de nosotros, las gradas de hormigón se iban llenando sin dejar ningún hueco. Enfrente, pasada la empalizada roja, estaba la arena, amarilla y alisada con el rodillo. Parecía un poco dura a causa de la lluvia, pero el sol que brillaba la había secado y estaba firme y pulida. Los mozos de estoques y los monosabios avanzaron por el *callejón* llevando sobre los hombros las canastas de mimbre de las capas y las *muletas.* Estaban manchadas de sangre y dobladas y colocadas apretadamente en las canastas. Los mozos de estoques abrieron los pesados estuches de cuero de las espadas y, al apoyarlas contra la empalizada, asomaron las empuñaduras guarnecidas de rojo del manojo de espadas. Desdoblaron las franelas rojas manchadas de oscuro de las *muletas* y les pusieron bastones, a fin de tender el paño y dar algo a que agarrarse al matador. Brett lo contemplaba todo. Estaba absorta en los detalles profesionales.

—Tiene grabado su nombre en todas las capas y *muletas* —dijo—. ¿Por qué las llaman *muletas!*

—No lo sé.

—Me gustaría saber si las lavan alguna vez.

—No lo creo. El color se estropearía.

—La sangre debe de dejarlas rígidas —dijo Bill.

—Es curioso cómo a uno llega a no impresionarle la sangre —dijo Brett.

Abajo, en el estrecho pasadizo que formaba el *callejón,* los mozos de estoques lo ponían todo a punto. Todas las plazas estaban ocupadas, y los palcos también. No había ni un asiento vacío, a no ser en el palco del presidente. Cuando él llegara, daría comienzo la corrida. Al otro lado de la pulida arena, bajo el alto portal que conducía a los corrales, se hallaban los toreros,

con los brazos envueltos en las capas y charlando, en espera de la señal para desfilar por la arena. Brett los miraba con los gemelos.

—Anda, ¿quieres mirar tú?

A través de los gemelos vi a los tres matadores. Romero estaba en el centro, con Belmonte a la izquierda y Marcial a la derecha. A su espalda se hallaba su cuadrilla; detrás de los banderilleros, al fondo del portal y ya en el abierto espacio del corral, vi a los picadores. Romero llevaba un traje negro. Se había colocado la montera muy adelante, hasta la línea de los ojos, y no podía verle la cara con claridad, aunque me pareció que la tenía señalada de mala manera. Miraba fijamente al frente. Marcial fumaba a escondidas un cigarrillo, que sostenía en la mano. Belmonte, con su cara descolorida y amarillenta y su prominente mandíbula de lobo, miraba hacia delante sin ver nada. Daba la impresión de que ni él ni Romero tenían nada en común con los demás. Estaban solos. Llegó el presidente; encima de nosotros, en los grádenos, se oyeron algunos aplausos aislados, y pasé los gemelos a Brett. La gente aplaudió. La música sonó. Brett miraba con los gemelos.

—Toma, cógelos —dijo.

A través de los gemelos vi que Belmonte decía algo a Romero.

Marcial se puso tieso, arrojó el cigarrillo y los tres matadores, con la mirada fija ante ellos, la cabeza erguida y el brazo libre moviéndose al compás de la música, empezaron el paseíllo. Detrás de pilos se desplegaba todo el cortejo; marchaban todos a paso largo, con las capas enrolladas y balanceando el brazo libre; detrás cabalgaban los picadores, con las picas erguidas, como lanzas. Al final de todo venían las dos yuntas de muías y los mozos. Los matadores, al llegar ante el palco presidencial, saludaron con una inclinación, sin quitarse la montera; luego se dirigieron a la barrera, situada debajo de nosotros. Pedro Romero se quitó su pesada capa de brocado de oro y se la tendió por encima de la barrera a su mozo de estoques. Le dijo algo. Romero estaba debajo de nosotros, muy cerca, y vimos que tenía los labios hinchados y los dos ojos a la funerala. Su cara, sin color, estaba abotagada. Él cogió la capa, miró a Brett y, acercándose a nosotros, se la entregó.

—Extiéndela ahí delante —le dije.

Brett se inclinó hacia delante. La capa era pesada y ligeramente rígida a causa del oro. El mozo de estoques miró hacia atrás y dijo algo agitando la cabeza. Un hombre que estaba a mi lado se inclinó hacia delante para hablar a Brett:

—No quiere que usted la extienda —dijo—. Debe doblarla y guardarla en el regazo.

Brett dobló la pesada capa.

Romero no miró hacia nosotros. Hablaba con Belmonte. Belmonte había enviado su capa de ceremonia a unos amigos. Les miró y sonrió con aquella sonrisa lobuna que no pasaba de los labios. Romero se inclinó por encima de la barrera y pidió el jarro de agua. Echó un poco en el percal de su capa de faena y luego, con sus pies calzados con escarpines, refregó por la arena los pliegues inferiores.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó Brett.

—Para darle más peso contra el viento.

—Su cara tiene mal aspecto —dijo Bill.

—Se siente muy mal —dijo Brett—. Debería estar en la cama.

El primer toro fue para Belmonte. Belmonte lo hizo muy bien. Pero, como cobraba treinta mil pesetas y la gente había estado haciendo cola toda la noche para comprar entradas y poder verlo, se le exigía que lo hiciera mejor que muy bien. Lo más característico de Belmonte era trabajar de muy cerca al toro. En términos taurinos se habla del terreno del toro y del terreno del torero. En tanto que un torero permanece en su propio terreno, está relativamente seguro. Cada vez que entra en el terreno del toro se pone en grave peligro. Belmonte, en sus mejores días, toreaba siempre en el terreno del toro. De esta forma lograba dar una sensación de inminente tragedia. La gente iba a las corridas para ver a Belmonte, para recibir sensaciones trágicas y tal vez para presenciar su muerte. Quince años antes se decía que, si uno quería ver a Belmonte, tenía que darse prisa mientras estuviera todavía vivo. Desde entonces había matado más de un millar de toros. Al retirarse, la leyenda sobre lo que había sido su arte creció hasta la exageración y, cuando salió de su retiro, el público tuvo una

decepción: ningún hombre de carne y hueso puede torear tan pegado al toro como se decía que lo había hecho Belmonte, ni siquiera —claro está— el propio Belmonte.

Además, Belmonte imponía condiciones; insistía en que sus toros no fueran demasiado grandes ni tuvieran unos cuernos demasiado peligrosos. Con todo eso, el elemento necesario para dar la sensación de tragedia desaparecía, y el público, que quería que Belmonte —que, además, estaba enfermo de una fístula— diera de sí tres veces más de lo que había sido capaz de dar jamás, tuvo una decepción y se sintió estafado; el desprecio acentuó todavía más la prominencia de la mandíbula de Belmonte, la cara se le puso más amarilla y, a medida que le iba aumentando el dolor, se movía con mayor dificultad; al final la hostilidad de la multitud se tradujo en actos, mientras él se mantenía distante, con un desprecio e indiferencia supremos. Se había imaginado que tendría una gran tarde, y en lugar de ello era una tarde de mofas e insultos a grito pelado, coronados por una andanada de almohadones, trozos de pan y legumbres, que le arrojaban en la misma plaza en la que había tenido sus mayores triunfos. Pero él sólo acentuaba la prominencia de su mandíbula. A veces, cuando le gritaban algo particularmente insultante, se volvía y sonreía, con aquella sonrisa en la que sólo intervenían los dientes y la prominente mandíbula, no los labios; el dolor que le producía cualquier movimiento crecía y crecía sin parar y al final su cara amarilla había adquirido el color del pergamino; y cuando su segundo toro estuvo muerto y la lluvia de pan y almohadones hubo terminado, después de saludar al presidente con idéntica sonrisa de lobo y mirada despectiva y de pasar la espada por encima de la barrera para que la limpiaran y la metieran en su estuche, entró en el *callejón* y se apoyó en la barrera, debajo de nosotros, con la cabeza entre las manos, sin ver nada, sin oír nada, atento sólo a su dolor. Cuando, al fin, levantó la vista, pidió un vaso de agua. Bebió un poco, se enjuagó la boca, escupió, cogió la capa y volvió al ruedo.

Al estar contra Belmonte, el público se puso a favor de Romero. Desde el momento en que dejó la barrera para dirigirse hacia el toro, le aplaudieron. Belmonte también miraba a Romero; sin que se notara, no lo perdía de vista. No prestaba ninguna atención a Marcial. Marcial era algo que no podía reservarle ninguna sorpresa. Había abandonado su retiro para competir con Marcial, sabiendo que era competición ganada de antemano. Se había imaginado que rivalizaría con Marcial y las otras estrellas de la decadencia de la tauromaquia, y sabía que la falsa estética de los toreros de la decadencia pondría tan de relieve la sinceridad de su arte personal, que lo único que tenía que hacer era salir al ruedo. Romero le había echado a perder su reaparición. Lo que él, Belmonte, sólo se arriesgaba a hacer ahora de tarde en tarde, Romero lo hacía constantemente, con facilidad, serenidad y gran belleza. La muchedumbre, e incluso la gente de Biarritz, lo notaba; hasta el embajador americano llegó a darse cuenta. Era una competición en la que Belmonte no iba a entrar, porque lo único que podía sacar de ella era una herida grave o la muerte. Belmonte ya no estaba lo bastante en forma. Ya no tenía sus grandes momentos en el ruedo. Ni siquiera estaba seguro de que hubiera grandes momentos. Las cosas ya no eran las mismas; ahora la vida venía sólo a ráfagas. Con sus toros, tenía ráfagas de la antigua grandeza; pero desde el momento en que había escogido toros que no ofrecieran peligro, por el sencillo procedimiento de bajarse del coche, inclinarse sobre una cerca y echar un vistazo a la manada de su amigo el ganadero, estos momentos de grandeza estaban de antemano desprovistos de todo mérito. Así que tenía dos toros pequeños, manejables y con cuernos que no eran gran cosa; y cuando, a través del dolor que no le dejaba, notó que se le volvía a acercar algo de la antigua grandeza, aunque fuera sólo por un momento, esta grandeza, adulterada y vendida de antemano, no le produjo ninguna satisfacción. La grandeza estaba allí, pero, para él, ya no era capaz de hacer del arte de torear algo maravilloso.

Pedro Romero tenía aquella grandeza. Adoraba torear, y creo que adoraba a los toros, y creo que adoraba a Brett. Durante toda aquella tarde, siempre que estuvo en su mano escoger el sitio donde actuar, lo hizo delante de Brett. No miró ni una sola vez. De esta forma todo cobraba más fuerza; y no lo hacía sólo por ella, sino también por él. Al no mirar hacia arriba para saber si gustaba, actuaba sólo para su propia satisfacción interna, y eso le hacía más fuerte; y, sin embargo, lo hacía también para ella. Pero lo hacía para ella sin dejar que eso mermara en lo más mínimo sus propias facultades. Y obtuvo su recompensa durante toda la tarde.

Su primer *quite* lo hizo exactamente debajo de nosotros. En una corrida, los tres matadores cogen por turno al toro, tras cada una de las embestidas de éste contra uno de los picadores. El primero que lo cogió fue Belmonte. El segundo fue Marcial. Luego, Romero. Estaban los tres parados a la izquierda del caballo. El picador, con el sombrero metido hasta los ojos y el palo de la pica dirigido hacia el toro en ángulo agudo, clavó las espuelas al caballo y sosteniéndolas así, y con las riendas en la mano izquierda, hizo avanzar al caballo hacia el toro. El toro estaba vigilando. Parecía que observaba el caballo blanco, pero lo que en realidad estaba vigilando era la punta triangular de acero de la pica. Romero, que estaba atento, vio que el toro empezaba a volver la cabeza. No quería atacar. Romero agitó su capa para que el color llamara la atención del toro. Por reflejo, el toro atacó, pero no encontró aquel destello de color, sino un caballo blanco montado por un hombre que se inclinaba hacia afuera; el hombre clavó la punta de acero del largo mango de nogal americano en la joroba musculosa del cuello del toro, haciendo retroceder de lado a su caballo, al mismo tiempo que hacía girar la pica sobre su eje para que el acero se hundiera cada vez con más fuerza en la herida abierta en el cuello del toro, haciéndolo sangrar para Belmonte.

Bajo el acero, el toro no insistió. Resultaba evidente que no quería atacar al caballo. Dio la vuelta y el grupo se deshizo y se apartó, mientras Romero arrancaba de allí al toro con la capa. Lo apartó con calma, con suavidad; luego se detuvo y, parado ante el toro, le presentó la capa. El toro levantó la cola y atacó; Romero, con los pies firmes en el suelo, levantó los brazos antes de pasar el toro, haciéndoles describir una semicircunferencia. La capa, húmeda y pesada por el barro, se mecía abierta e hinchada como una vela, y Romero le hizo describir un giro exactamente en el momento en que pasaba el toro. Terminado el pase, volvieron a encontrarse ambos frente a frente. Romero sonrió. El toro quiso repetir la operación, y la capa de Romero volvió a hincharse, esta vez por el otro lado. Dejaba pasar siempre al toro tan cerca que el hombre, el toro y la capa que se hinchaba y describía un giro ante el toro no formaban más que una única masa que parecía grabada al aguafuerte. ¡Qué lento, qué calculado era todo! Parecía como si estuviera arrullando al toro para que se durmiera. Dio cuatro *verónicas* de este tipo y, tras finalizar con una media *verónica* que le hizo presentar la espalda al toro, avanzó en dirección a los aplausos, con la mano en la cadera y la capa colgada del brazo, mientras el toro contemplaba cómo iba alejándose de espaldas.

Con los dos toros que le tocaron estuvo perfecto. El primero de ellos estaba mal de la vista. Tras los dos primeros pases de capa, Romero supo con exactitud cuál era la gravedad del defecto, y toreó en consecuencia. No fue un trabajo brillante. Fue sólo perfecto. La muchedumbre quería que se cambiara al toro. Armaron un gran alboroto. De un toro que no era capaz de ver las añagazas que le tendían no podía esperarse nada extraordinario. Pero el presidente no dio orden de que lo reemplazaran.

—¿Por qué no lo cambian? —preguntó Brett.

—Lo han pagado. No quieren perder su dinero.

—No es muy justo hacerle eso a Romero.

—Fíjate en cómo maneja a un toro que no ve los colores.

—No me gusta ver esta clase de cosas.

No resultaba agradable mirar aquello cuando uno sentía el menor afecto por la persona que lo hacía. A un toro que no podía ver ni el color de la capa ni la franela escarlata de la *muleta,* Romero tenía que darle satisfacción con su propio cuerpo. Tenía que acercarse al toro lo suficiente para que éste llegara a ver su cuerpo y se lanzara contra él, y entonces desplazar el ataque hacia la franela y terminar el pase a la manera clásica. A la gente de Biarritz eso no le gustó. Pensaron que Romero tenía miedo y que aquél era el motivo del pequeño paso atrás que daba cada vez que transfería la embestida del toro contra su propio cuerpo a la franela roja de la *muleta.* Preferían la imitación que Belmonte hacía de sí mismo o la que Marcial hacía de Belmonte. Había tres de ellos en la fila de detrás de nosotros.

—¿Por qué tiene miedo del toro? Es tan atontado que sólo el trapo lo atrae.

—Es un torero muy joven, eso es todo. Todavía no ha aprendido.

—Pero antes, con la capa, me parece que estuvo bien.

—Seguramente ahora está nervioso.

En el centro del ruedo, completamente solo, Romero seguía con lo mismo: se acercaba lo bastante al toro para que éste pudiera verlo con claridad y le ofrecía su cuerpo; se lo volvía a ofrecer un poco más cerca, y el toro seguía mirando con aire estúpido; se acercaba entonces todavía más, de forma que el toro creyera que ya era suyo, y volvía a ofrecerle su cuerpo; y así hasta que, por fin, provocaba el ataque. Entonces, en el momento preciso en que llegaban los cuernos, presentaba al toro el trapo rojo, seguido de aquel saltito casi imperceptible que tanto ofendía el juicio crítico de los expertos en tauromaquia de Biarritz.

—Ahora va a matar —dije a Brett—. El toro todavía está fuerte, pero Romero no ha querido fatigarse hasta quedar agotado.

En el centro del ruedo Romero, de perfil frente al toro, sacó la espada de entre los pliegues de la *muleta* y, levantándose de puntillas, apuntó a lo largo de la hoja. El toro atacó en el instante en que Romero atacaba. Con la mano izquierda, Romero dejó caer la *muleta* sobre el hocico del toro para cegarlo, y metió el hombro izquierdo por entre sus cuernos mientras penetraba la espada, en tanto que él se inclinaba sobre el toro, extendiendo el brazo derecho tan arriba como podía para llegar al sitio donde había quedado clavada la empuñadura de la espada, entre los hombros del toro; por un instante, Romero y el toro no fueron más que uno. Luego la figura se rompió. Con una pequeña sacudida, Romero se soltó y se quedó parado ante el toro con la mano levantada, con la camisa rasgada por debajo de la manga y el blanco trozo roto agitándose al viento, mientras el toro, con la roja empuñadura de la espada firmemente clavada entre los hombros, bajaba la cabeza y se mantenía firme sobre sus patas.

Romero estaba lo bastante cerca del toro para que éste pudiera verlo. Con la mano todavía levantada, le hablaba. El toro se recogió sobre sí mismo; luego inclinó la cabeza hacia delante y empezó a caer con lentitud hasta que, de repente, se desplomó, con las cuatro patas al aire.

Romero recibió su espada; con la espada con la punta dirigida hacia abajo en una mano y la *muleta* en la otra, avanzó hasta llegar frente al palco del presidente, se inclinó, se irguió de nuevo y se acercó a la *barrera,* tendiendo la espada y la *muleta* por encima de ella para que las cogieran.

—Fue un mal toro —dijo el mozo de estoques.

—Me ha hecho sudar —dijo Romero.

Se secó la cara. El mozo de estoques le tendió el jarro del agua. Romero se secó los labios. Le hacía daño beber del jarro. No levantó la vista hacia nosotros.

Marcial tuvo un gran día. Todavía estaban aplaudiéndole cuando entró el segundo toro de Romero. Era el toro que se había lanzado a toda marcha y había matado a aquel hombre en la carrera matutina.

Durante su primer toro, el rostro abotagado de Romero había llamado la atención de todo el mundo. Todo lo que hacía lo mostraba. Toda la concentración que ponía en el trabajo delicado y poco agradecido que estaba realizando con el toro que no podía ver lo sacaba a relucir. La pelea con Cohn había dejado intacta su moral, pero le había destrozado la cara y llenado de contusiones el cuerpo. Ahora estaba borrando todo aquello. Cada una de las proezas que realizaba con el segundo toro lo borraba un poco más. Era un buen toro, un gran toro, con cuernos de verdad, y giraba y volvía a la carga con facilidad y seguridad. Era de la clase de toros que le gustaban a Romero.

Cuando hubo terminado su trabajo con la *muleta* y se preparó para matar, la gente le hizo continuar. No querían ver al toro muerto todavía, no querían que aquello terminara. Romero continuó. Era como una lección de arte de torear. Encadenaba todos los pases; todos eran completos, lentos, bien templados y suaves. No había ni tretas ni mixtificaciones allí. No había movimientos bruscos. Y al llegar el punto culminante de cada pase, a uno se le encogía el corazón. La multitud hubiese querido que aquello no terminara nunca.

El toro estaba parado sobre sus cuatro patas, a punto para ser muerto, y Romero lo mató exactamente debajo de nosotros. No lo mató de la forma que le venía impuesta por las circunstancias, como ocurrió con su primer toro, sino de la manera que él quiso. Se perfiló exactamente frente al toro, sacó la espada de los pliegues de la *muleta* y apuntó a lo largo de la hoja. El toro lo vigilaba. Romero habló al toro y con uno de sus pies dio un golpe en el suelo. El toro arremetió y Romero aguardó la embestida, con la muleta baja, la hoja apuntando al toro y los pies firmes. Entonces, sin adelantar ni un paso, formó un solo cuerpo con el toro y

éste se encontró con el estoque metido en el cuello; el toro había seguido la franela que se balanceaba cerca del suelo, y que desapareció al desviarse Romero hacia la izquierda con un salto brusco. Y todo había terminado. El toro trató de avanzar y de ponerse firme sobre sus patas, osciló de un lado a otro, titubeó y cayó de rodillas. El hermano de Romero se inclinó por detrás y le clavó un cuchillo corto en el cuello, en la base de los cuernos. La primera vez falló. Volvió a meter de nuevo el cuchillo y el toro se desplomó, tuvo un espasmo y se quedó rígido. El hermano de Romero, sosteniendo uno de los cuernos del toro con una mano y el cuchillo con la otra, levantó la vista hacia el palco del presidente. Los pañuelos ondeaban por toda la plaza. El presidente miró desde lo alto de su palco y agitó su pañuelo. El hermano cortó la hendida oreja negra del toro muerto y corrió con ella hacia Romero. El toro yacía en la arena, pesado y negro, con la lengua afuera. Los muchachos corrían hacia él de todos los lados de la arena, formando un pequeño círculo a su alrededor, y se ponían a bailar en torno a él.

Romero cogió la oreja de manos de su hermano y la levantó hacia el presidente. El presidente se inclinó y Romero, corriendo para lograr adelantarse a la masa de gente, se acercó a nosotros. Se inclinó por encima de la barrera y dio la oreja a Brett. Hizo una inclinación de cabeza y sonrió. La muchedumbre se agolpaba a su alrededor. Brett le tendió la capa.

—¿Le ha gustado? —gritó Romero.

Brett no dijo nada. Se miraron uno a otro y sonrieron. Brett tenía la oreja en la mano.

—No se manche de sangre —dijo Romero con una mueca. Unos cuantos chicos gritaron algo a Brett. La masa de gente estaba formada por muchachos, bailarines y borrachos. Romero se volvió e intentó atravesarla. Estaban todos a su alrededor, tratando de levantarlo en hombros. Él se debatió, consiguió zafarse y se puso a correr por en medio de ellos, en dirección a la salida. No quería que la gente le llevara a hombros. Pero le cogieron y lo levantaron. Se sentía incómodo con las piernas separadas, y el cuerpo le dolía mucho. Lo llevaban en alto e iban todos corriendo hacia la puerta. Nos miró como pidiéndonos disculpas. La multitud, corriendo, salió por la puerta con él.

Volvimos los tres al hotel. Brett subió a su cuarto. Bill y yo nos sentamos en el comedor de abajo y comimos huevos duros y bebimos unas cuantas botellas de cerveza. Belmonte llegó vestido de calle, acompañado de su apoderado y de otros dos hombres. Se sentaron a la mesa contigua a la nuestra a comer. Belmonte comió muy poco.

Salían para Barcelona en el tren de las siete. Belmonte llevaba una camisa a rayas azules y un traje negro, y comía huevos pasados por agua. Los otros tomaron una comida fuerte. Belmonte no hablaba, se limitaba a contestar cuando le preguntaban algo.

Bill estaba cansado después de la corrida. Yo también. Los dos nos tomábamos una corrida muy en serio. Nos sentamos y comimos los huevos mirando al mismo tiempo a Belmonte y a los que estaban a su mesa. Los hombres que le acompañaban tenían aspecto de duros y parecían hombres de negocios.

—Vamos al café —dijo Bill—. Quiero una absenta.

Era el último día de la *fiesta.* Afuera empezaba a nublarse de nuevo. La plaza estaba llena de gente y los expertos en fuegos artificiales disponían sus piezas para la noche, cubriéndolas con ramas de hayas. Los chiquillos miraban. Pasamos por delante de puestos de cohetes, con sus largas colas de bambú. Delante del café había una gran multitud. La música y el baile iban a toda marcha y pasaban los gigantes y los enanos.

—¿Dónde está Edna? —pregunté a Bill.

—No lo sé.

Contemplamos la llegada del último atardecer de la *fiesta.* La absenta lo volvía todo mejor. Yo la tomé sin azúcar, del vaso que goteaba; era agradable su sabor amargo.

—Siento mucho lo de Cohn —dijo Bill—. Ha pasado unos días horribles.

—¡Oh, que se vaya al infierno Cohn! —dije.

—¿Adonde crees que se ha ido?

—A París.

—¿Qué te parece que va a hacer?

—Seguramente volverá a reanudar las relaciones con su antigua novia.

—¿Quién era su antigua novia?

—Una que se llamaba Francés.

Tomamos otra absenta.

—¿Cuándo te vas? —le pregunté.

—Mañana.

Al cabo de un momento Bill dijo:

—En fin, ha sido una *fiesta* magnífica.

—Sí —asentí—; había siempre algo en marcha.

—Uno casi no puede creerlo. Es como una pesadilla maravillosa.

—Exacto —dije—. Yo me lo he creído todo, incluso las pesadillas.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes deprimido?

—Horriblemente deprimido.

—Tómate otra absenta. ¡Eh, camarero! Otra absenta para este *señor.*

—Me siento horriblemente —dije.

—Bébete eso —dijo Bill—. Bébetelo despacio.

Empezaba a oscurecer. La *fiesta* continuaba. Noté que empezaba a emborracharme, pero no me sentía nada mejor.

—¿Cómo te sientes?

—Horriblemente.

—Tómate otra.

—No me servirá de nada.

—Pruébalo; no puedes poner la mano en el fuego. Tal vez la próxima será la que te hará efecto. ¡Eh, camarero! Otra absenta para este *señor.*

En lugar de dejar que el agua cayera gota a gota, la eché directamente dentro y agité. Bill añadió un cubito de hielo. Metí una cucharilla en la mezcla de un tono pardo nuboso para remover el hielo.

—¿Cómo está?

—Muy bien.

—No te lo bebas con esa rapidez. Te marearás.

Volví a poner el vaso en la mesa. No había tenido la intención de beber tan aprisa.

—Noto que estoy borracho.

—No es para menos.

—Eso es lo que tú querías, ¿verdad?

—Claro que sí. Coge una trompa. Sobreponte a tu maldita depresión.

—Bueno, pues ya la he cogido. ¿Es eso lo que quieres?

—Siéntate.

—No quiero sentarme —repliqué—. Me voy al hotel.

Estaba muy borracho. No recuerdo haberlo estado nunca tanto. Al llegar al hotel subí a mi cuarto. La puerta de la habitación de Brett estaba abierta y asomé la cabeza. Mike estaba sentado en la cama. Agitó una botella.

—Jake —dijo—; entra, Jake.

Entré y me senté. La habitación se movía, a no ser que mirara a un punto fijo.

—¿Sabes una cosa? Brett se ha largado con el torerito.

—¡No!

—Sí. Te buscó para decirte adiós. Se fueron en el tren de las siete.

—¿De veras?

—Es una mala jugada —dijo Mike—. No debería haberlo hecho.

—No.

—¿Tomamos un trago? Aguarda, voy a llamar para que traigan cerveza.

—Estoy bebido —dije—. Voy a ir a mi cuarto y me echaré. —¿Estás borracho? Yo también lo estaba.

—Sí, estoy borracho.

—En fin, ¡a tu salud! —dijo Mike—. Ve a echar un sueñecito, viejo.

Salí de la habitación, entré en la mía y me eché sobre la cama. La cama se puso a oscilar; me senté y miré hacia la pared para que cesara el balanceo. Afuera, en la plaza, la *fiesta* continuaba. No me importaba en absoluto. Más tarde Bill y Mike entraron para llevarme abajo a comer con ellos. Fingí que dormía.

—Está dormido. Es mejor que lo dejemos solo.

—Está como una cuba —dijo Mike, y salieron.

Me levanté, fui al balcón y miré cómo bailaban en la plaza. El mundo ya no daba vueltas. Era muy claro y brillante, con los bordes un poco borrosos. Me lavé y me pasé el cepillo por el pelo; al verme en el espejo, me encontré raro. Bajé al comedor.

—¡Aquí está! —dijo Bill—. ¡El bueno de Jake! ¡Ya sabía yo que no te ibas a quedar seco!

—¡Hola, borrachín! —dijo Mike.

—Me entró hambre y me desperté.

—Come un poco de sopa —dijo Bill.

Estábamos sentados los tres a una mesa y parecía que nos faltaban seis personas.

Libro tercero

Capítulo XIX

A la mañana siguiente todo había terminado. La *fiesta* había concluido. Me desperté a las nueve, me bañé, me vestí y bajé. La plaza estaba vacía y no había nadie en las calles. Unos cuantos chiquillos recogían las cañas de los cohetes en la plaza. Los cafés acababan de abrir y los camareros sacaban los cómodos sillones blancos de mimbre y los disponían en torno a las mesas de mármol, a la sombra de las arcadas. Las calles eran barridas y regadas con manguera.

Me senté en uno de los sillones de mimbre y me recosté cómodamente. El camarero no tenía ninguna prisa en acudir. Los carteles blancos que anunciaban el encierro y las grandes listas de horarios de los trenes especiales estaban todavía en los pilares de las arcadas. Un camarero con delantal azul salió con un balde de agua y un trapo y empezó a desgarrar los anuncios, arrancando el papel a tiras y lavando y restregando el que se quedaba pegado a la piedra para quitarlo. La *fiesta* había terminado.

Me tomé un café, y, al cabo de un rato, Bill apareció. Lo miré mientras atravesaba la plaza. Se sentó y pidió un café.

—Bueno —dijo—, ya se ha terminado todo.

—Sí —dije—. ¿Cuándo te marchas?

—No lo sé. Creo que sería mejor que tomáramos un coche. ¿No vuelves tú a París?

—No. Estaré fuera otra semana. Creo que voy a ir a San Sebastián.

—Yo quiero volver a casa.

—¿Qué va a hacer Mike?

—Va a ir a San Juan de Luz.

—Podemos tomar un coche hasta Bayona. Puedes coger el tren allí esta noche.

—Bueno. Marchémonos después de comer.

—Está bien. Voy a conseguir el coche.

Comimos y pagamos la factura. Montoya no se acercó a nosotros. Una de las camareras trajo la factura. El coche estaba afuera. El chofer apiló y sujetó parte de las maletas en el techo del coche y metió las restantes junto a él, en el asiento delantero. Subimos. El coche salió de la plaza, atravesó las calles laterales, avanzó descendió la colina y se alejó de Pamplona. No resultó un viaje muy largo. Mike tenía una botella de Fundador. Yo sólo tomé un par de tragos. Atravesamos las montañas, salimos de España, bajamos por las carreteras blancas, atravesamos el húmedo y verde País Vasco, frondoso casi en exceso, y, al fin, entramos en Bayona. Dejamos el equipaje de Bill en la estación y él compró un billete para París. Su tren salía a las siete y diez. Salimos de la estación. El coche estaba parado frente a ella.

—¿Qué vamos a hacer con el coche? —preguntó Bill.

—No te preocupes por el coche —dijo Mike—. No tenemos más que llevárnoslo con nosotros.

—Muy bien —dijo Mike—. ¿Adonde vamos a ir?

—Vayamos a Biarritz a tomar un trago.

—¡Ese despilfarrador de Mike! —dijo Bill.

Fuimos a Biarritz y dejamos el coche aparcado frente a un sitio muy «Ritz». Entramos en el bar, nos sentamos en los altos taburetes y tomamos un whisky con soda.

—Este trago corre de mi cuenta —dijo Mike.

—Vamos a echarlo a suertes.

Agitamos los dados en un hondo cubilete de cuero y los echamos. Bill quedó fuera en la primera tirada. Mike perdió frente a mí y tendió al barman un billete de cien francos. Los whiskies valían doce francos cada uno. Hicimos otra ronda y Mike volvió a perder. En ambas ocasiones dio una buena propina al barman. Fuera del bar, en una sala, tocaba una buena orquesta de jazz. Era un bar agradable. Hicimos otra ronda. Yo salí descartado a la primera vuelta con cuatro reyes. Bill y Mike echaron los dados. Bill ganó la primera partida, con cuatro sotas. Bill ganó la segunda. En la última vuelta, Mike sacó tres reyes y se los guardó. Tendió el cubilete a Bill. Éste agitó los dados y los echó: había tres reyes, un as y una reina.

—Te toca a ti, Mike —dijo Bill—. ¡Ese jugador de Mike!

—Lo siento muchísimo —dijo Mike—; no puedo.

—¿Qué ocurre?

—No me queda nada de dinero —dijo Mike—. Estoy sin blanca. Sólo tengo veinte francos. Eh, toma los veinte francos.

La expresión de la cara de Bill se alteró ligeramente.

—Me ha quedado sólo lo justo para pagar a Montoya. Y suerte que al menos tenía eso.

—Te haré efectivo un cheque —dijo Bill.

—Es extraordinariamente amable de tu parte —dijo Mike—, pero no puedo firmar cheques.

—¿Y cómo vas a hacerlo para conseguir dinero?

—Oh, va a llegarme un poco. Tengo dos semanas de mi pensión que deberían estar aquí. Puedo vivir de fiado en aquel hostal de San Juan.

—¿Qué quieres hacer con el coche? —me preguntó Bill—. ¿Quieres continuar con él?

—Me es exactamente igual, pero me parece un poco idiota.

—Venga, tomemos otro trago —dijo Mike.

—De acuerdo. Éste corre de mi cuenta —dijo Bill—. ¿Tiene dinero Brett? —preguntó dirigiéndose a Mike.

—Yo diría que no. Aportó la mayor parte del que tuve que dar al viejo Montoya.

—¿Y no se ha quedado nada de dinero con ella? —pregunté.

—Yo diría que no. Nunca tiene dinero. Recibe quinientos de los grandes al año y paga trescientos cincuenta de ellos de intereses a los judíos.

—Supongo que lo llevan en la sangre —dijo Bill.

—Exacto. Pero, en realidad, no son judíos. Sólo les llamamos así. Creo que son escoceses.

—¿Está absolutamente sin blanca? —pregunté.

—Me atrevería a decir que sí. Me lo dio todo cuando se marchó.

—En fin —dijo Bill—, ¿por qué no nos tomamos otra copa?

—Magnífica idea —dijo Mike—. Discutir de finanzas no conduce a nada.

—No —dijo Bill.

Bill y yo echamos los dados para las dos rondas siguientes. Bill perdió y pagó. Salimos y volvimos al coche.

—¿Te gustaría ir a algún sitio concreto, Mike? —preguntó Bill.

—Demos un paseo. Puede que eso le haga bien a mi crédito. Paseemos un poco.

—Muy bien. Me gustaría ver la costa. Vayamos hacia Hendaya.

—No tengo nada de crédito a todo lo largo de la costa.

—Nunca se sabe —dijo Bill.

Avanzamos a lo largo de la carretera de la costa, entre el verde de los promontorios, las blancas villas de tejado rojo, las manchas de bosque y el océano, muy azul, con marea baja y el agua rizándose a lo lejos, a todo lo largo de la orilla. Atravesamos San Juan de Luz y

pasamos por otros pueblos de la costa que venían después. Detrás del ondulado paisaje que atravesábamos veíamos las montañas que habíamos cruzado al volver de Pamplona. La carretera continuaba ante nosotros. Bill miró el reloj.

Era hora de volver. Golpeó en el cristal y dijo al chofer que diera la vuelta. El chofer arrimó el coche a la hierba para girar. A nuestra espalda se hallaban los bosques, más abajo una faja de prados y, al final, el mar.

En San Juan de Luz, nos detuvimos frente al hotel donde iba a alojarse Mike y éste bajó del coche. El chofer le llevó las maletas adentro. Mike se paró junto al coche.

—Adiós, chicos —dijo—. Ha sido una *fiesta* despampanante.

—Hasta la vista, Mike —dijo Bill.

—Ya nos veremos por ahí —dije yo.

—No te preocupes por el dinero —dijo Mike—. Tú puedes pagar el coche, Jake; te enviaré mi parte.

—Hasta la vista, Mike.

—Hasta la vista, chicos. Os habéis portado admirablemente conmigo.

Nos estrechamos la mano. Desde el coche agitamos la mano en señal de despedida. Mike estaba parado en medio de la carretera, mirando. Llegamos a Bayona momentos antes de que saliera el tren. Un mozo trajo las maletas de Mike de la consigna. Llegué hasta la reja que conducía al andén.

—Hasta la vista, muchacho —dijo Bill.

—¡Hasta la vista!

—Todo fue estupendo. He pasado unos días magníficos.

—¿Vas a estar en París?

—No. Tengo que embarcar el día 17. ¡Hasta la vista, muchacho!

—¡Hasta la vista, viejo!

Franqueó la reja dirigiéndose hacia el tren. El mozo caminaba delante de él con las maletas. Contemplé cómo el tren arrancaba. Bill estaba asomado a una de las ventanas. Pasó la ventana, pasó el resto del tren y el andén quedó vacío. Salí y fui hacia el coche.

—¿Cuánto le debemos? —pregunté al chofer.

Se había acordado que el precio hasta Bayona sería de ciento cincuenta pesetas.

—Doscientas pesetas.

—¿Cuánto más me cobraría por llevarme hasta San Sebastián en su viaje de vuelta?

—Cincuenta pesetas.

—No bromee.

—Treinta y cinco pesetas.

—No vale la pena —dije—. Lléveme al Hotel Panier Fleuri.

Al llegar al hotel pagué al chofer y le di una propina. El coche estaba lleno de polvo. Restregué el estuche de las cañas por entre el polvo. Me parecía la última de las cosas que me unían a España y a la *fiesta.* El chofer puso el coche en marcha y se alejó calle abajo. Lo vi girar para tomar la carretera en dirección a España. Entré en el hotel y me dieron una habitación. Era la misma habitación en que había dormido cuando estuve en Bayona con Bill y Cohn. Tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo. Me lavé, me cambié de camisa y salí a dar una vuelta por la ciudad.

En un quiosco compré un ejemplar del *New York Herald* y me senté a leerlo en un café. Me producía una sensación rara estar de nuevo en Francia. Era una sensación de seguridad, de paz de arrabal tranquilo. Lamentaba no haberme marchado a París con Bill; pero París hubiese significado seguir con la *fiesta,* y había terminado con *\as fiestas* por una temporada. En San Sebastián había tranquilidad. La temporada no empezaba hasta agosto. Podría conseguir una buena habitación en un hotel, leer y nadar. Había una playa muy bonita, un paseo con espléndidos árboles encima de ella, y muchos niños, enviados allí con sus niñeras antes de que se abriera la temporada. Al anochecer la banda daría conciertos bajo los árboles, frente al Café Marinas. Podría sentarme en el Marinas a escuchar.

—¿Cómo se come ahí dentro? —pregunté al camarero.

En el interior del café había un restaurante.

—Bien. Muy bien. Se come muy bien.

—Bueno.

Entré y cené. Para estar en Francia, era una comida copiosa; pero parecía cuidadosamente racionada cuando uno venía de España. Para acompañar bebí una botella de vino. Era Château Margaux. Era agradable beber lentamente, saboreando el vino, solo. Una botella de vino era una buena compañía. Después tomé café. El camarero me recomendó un licor vasco llamado Izzarra. Vino con la botella y me llenó una copa hasta el borde. Dijo que el Izzarra estaba hecho con flores de los Pirineos. Con auténticas flores de los Pirineos. Tenía el aspecto de una loción para el cabello y olía de forma parecida al *strega* italiano. Le dije que se largara con sus flores del Pirineo a otra parte y que me trajera un *vieux marc.* El *marc* era bueno. Me tomé otro después del café.

Como el camarero parecía un poco ofendido por lo de las flores de los Pirineos, le di una gran propina; eso le puso contento. Me sentía a gusto en un país donde resultaba tan sencillo hacer feliz a la gente. Uno no puede saber nunca si un camarero español le dará las gracias. En Francia todo se apoya sobre unas bases financieras muy claras. Es el país donde más sencillo resulta vivir. Nadie complica las cosas haciendo amistad con uno por oscuras razones. Si uno quiere caer bien a la gente, lo único que ha de hacer es gastar un poco de dinero. Yo gasté un poco de dinero y el camarero me encontró simpático. Se mostró sensible a mis encantos pecuniarios. Si iba por allí a comer alguna otra vez, estaría muy contento de verme y haría que me sentara a una de sus mesas. Y sería un aprecio sincero, porque se asentaba sobre una base sólida. Estaba de nuevo en Francia.

A la mañana siguiente, di a todo el personal del hotel una propina un poco mayor de lo habitual, para hacer más amistades, y me marché en el tren de la mañana para San Sebastián. En la estación, al mozo de las maletas le di sólo la propina corriente, porque no creía volver a verlo más. Quería sólo tener unos cuantos buenos amigos en Bayona, para ser bien acogido si volvía otra vez por allí. Sabía que, si se acordaban de mí, su amistad se mantendría fiel.

En Irún se tenía que cambiar de tren y mostrar el pasaporte. No me gustaba nada irme de Francia. ¡La vida era allí tan sencilla! Me daba cuenta de que cometía una estupidez volviendo a España. En España uno no puede prever nunca lo que va a pasar. Me daba cuenta de que era estúpido por mi parte volver; y, sin embargo, me puse en la cola para lo de los pasaportes, abrí las maletas en la aduana, compré un billete, atravesé una puerta, subí a un tren, y al cabo de cuarenta minutos y ocho túneles, me encontré en San Sebastián.

San Sebastián tiene, incluso en un día caluroso, algo de la atmósfera de las primeras horas matinales. Parece como si las hojas de los árboles no estuvieran nunca completamente secas, y como si las calles acabaran de ser regadas en aquel preciso instante. En los días más tórridos, siempre hay calles frescas y sombreadas. Fui a un hotel donde ya me había alojado antes y me dieron una habitación. El balcón se abría sobre un panorama de tejados, al final de los cuales se divisaba la verde ladera de una montaña.

Deshice las maletas, apilé los libros en la mesita de noche, saqué mis cosas de afeitar, colgué unos trajes en el gran armario e hice un paquete con la ropa para lavar. Luego fui al cuarto de baño a ducharme y bajé a comer. España no se había adaptado al horario de verano, y por tanto yo iba adelantado. Me puse el reloj a la hora de allí. Al venir a San Sebastián, había recuperado una hora.

Al entrar en el comedor, el portero me entregó una ficha de la policía para que la llenara. La firmé y le pedí dos impresos para telegramas. En uno escribí una nota para el Hotel Montoya, pidiendo que remitieran a mi dirección actual toda la correspondencia y los telegramas a mi nombre. Calculé los días que estaría en San Sebastián y envié el otro telegrama a la oficina, pidiendo que me guardaran la correspondencia, pero que me enviaran a San Sebastián los cables que me llegaran durante los seis días siguientes. Luego entré a comer.

Después de la comida, subí a mi habitación, leí un rato y me dormí. Cuando desperté eran las cuatro y media. Busqué el bañador, lo envolví en una toalla, junto con un peine, bajé y me dirigí hacia la Concha. La marea estaba a media altura. La playa era lisa y firme, la arena

amarilla. Me metí en una caseta, me desnudé, me puse el bañador y anduve hacia el mar, pisando la suave arena. Bajo los pies desnudos la arena estaba caliente. Había bastante gente en el agua y en la playa. A lo lejos, allí donde los dos cabos de la Concha casi llegan a tocarse para formar el puerto, se veía una línea blanca de rompientes y el mar abierto. Aunque la marea bajaba, había de tanto en tanto lentas olas. Aparecían en el agua como ondulaciones, se hacían gruesas y rompían suavemente contra la tibia arena. Metí las piernas en el agua. Estaba fría. Al llegar una ola, me zambullí, nadé hacia dentro por debajo del agua y, cuando volví a la superficie, todo el frío había desaparecido. Nadé hasta la balsa, subí a ella y me eché sobre las tablas calientes. En el otro extremo había un chico y una chica. Ella se había desatado las tiras del bañador y se estaba tostando la espalda. El muchacho, echado boca abajo, le hablaba. Ella se reía de las cosas que decía y exponía al sol su morena espalda. Permanecí tendido allí al sol hasta que estuve seco. Luego ensayé unas cuantas zambullidas. Una vez me sumergí a gran profundidad y llegué a tocar el fondo. Nadaba con los ojos abiertos y todo era verde y oscuro. La balsa formaba una sombra oscura. Salí a la superficie junto a la balsa, subí, me zambullí de nuevo, avanzando esta vez en sentido longitudinal, y luego nadé hacia la orilla. Estuve echado en la playa hasta que me sequé y entonces me metí en la caseta, me saqué el bañador, me duché con agua dulce y me sequé.

Anduve por debajo de los árboles del paseo que bordea el puerto, hasta llegar al casino, y entonces me metí por una calle fresca en dirección al Café Marinas. En el interior había una orquesta que tocaba; me senté en la terraza, disfrutando del fresco en medio de aquel día caluroso, y me tomé un granizado de limón y luego un whisky con soda. Estuve sentado frente al Marinas durante mucho rato, leyendo, mirando a la gente y escuchando la música.

Más tarde, cuando empezó a oscurecer, paseé por el puerto, seguí luego por el paseo y al final volví al hotel para cenar. Se estaba celebrando una carrera de bicicletas, la Vuelta al País Vasco, y los ciclistas hacían noche en San Sebastián. A uno de los lados del comedor había una larga mesa de corredores, que comían en compañía de sus entrenadores y managers. Eran todos franceses y belgas y prestaban una gran atención a la comida, pero al mismo tiempo lo estaban pasando bien. A la cabecera de la mesa había dos guapas chicas francesas, con un chic muy Rué du Faubourg Montmartre. No pude averiguar a quién pertenecían. En aquella larga mesa hablaban todos argot; se decían muchas bromas en privado y algunas de las que se fabricaban al otro extremo de la mesa no fueron repetidas cuando las chicas lo pidieron así para enterarse. A la mañana siguiente, a las cinco, la carrera iba a proseguir con la última etapa, San Sebastián-Bilbao. Los corredores bebían mucho vino y estaban quemados y bronceados por el sol. No se tomaban la carrera en serio, excepto entre ellos. Habían competido entre sí tantas veces que no les importaba mucho quién ganara, y menos en un país extranjero. Lo del dinero podía arreglarse.

El corredor que iba en cabeza con una diferencia de dos minutos tenía una plaga de furúnculos que le hacían sufrir mucho. Estaba sentado sobre sus riñones. Tenía el cuello muy rojo y el rubio cabello quemado por el sol. Los otros corredores le hacían bromas acerca de sus forúnculos. Él golpeó la mesa con el tenedor.

—Escuchadme —dijo—: mañana llevaré la nariz tan pegada al manillar que lo único que rozará estos furúnculos será un agradable airecillo.

Una de las chicas lo miró desde el otro extremo de la mesa y él sonrió y se puso encarnado. Los españoles, decían, no saben lo que es pedalear.

Tomé el café en la terraza, con el manager del equipo de un gran fabricante de bicicletas. Dijo que había sido una carrera muy agradable, y que hubiera valido la pena seguirla si Bottechia no hubiera abandonado en Pamplona. El polvo había sido perjudicial, pero en España las carreteras eran mejores que en Francia. Las carreras de bicicletas eran el único deporte del mundo, dijo. ¿Había seguido yo alguna vez la Vuelta a Francia? Sólo a través de los periódicos. La Vuelta a Francia era el mayor acontecimiento deportivo del mundo. El seguir y organizar carreras le había hecho conocer Francia. Había muy poca gente que conociera Francia. Él se pasaba toda la primavera, todo el verano y todo el otoño en la carretera, con los corredores. Fíjese en el número de coches que siguen ahora a los ciclistas de ciudad en ciudad en una carrera. Era un país rico y más *sportif* cada año. Llegaría a ser el país más *sportif* del mundo. Eran las carreras de bicicletas las que habían logrado eso. Ellas y el fútbol. Él conocía Francia. *La France sportive.* Sabía lo que eran las carreras por carretera. Tomamos un coñac. En fin, de todas formas no estaba mal regresar a París. No había más que un Paname. En todo el mundo,

por supuesto. París era la ciudad más *sportive* del mundo. ¿Conocía yo la *Chope du Négrel* ¿No? Lo vería por allí alguna vez, seguro. Y tomaríamos otro *fine* juntos, seguro que sí. Salían a las seis menos cuarto de la mañana. ¿Estaría levantado para presenciar la salida? Haría todo lo posible, se lo aseguraba. ¿Quería que me llamara?; era muy interesante. Yo dejaría una nota en recepción para que lo hicieran. A él no le molestaba llamarme. No, yo no quería que se tomara aquella molestia. Dejaría una nota en recepción. Nos despedimos hasta la mañana siguiente.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, hacía ya tres horas que los corredores y los coches que les seguían circulaban por la carretera. Tomé el café y leí los periódicos en la cama; luego me vestí, cogí el bañador y me dirigí hacia la playa. A aquella hora temprana todo aparecía nuevo, fresco y húmedo. Niñeras de uniforme o con el traje típico de campesinas paseaban con los niños bajo los árboles. Los niños españoles eran preciosos. Unos cuantos limpiabotas estaban sentados a la sombra de un árbol, hablando con un soldado. El soldado tenía sólo un brazo. La marea estaba alta, soplaba una brisa agradable y había marejadilla en la playa.

Me desnudé, crucé la estrecha franja de playa y me metí en el agua. Me alejé mar adentro, tratando de pasar a través de las olas; pero a veces no lo conseguía y tenía que zambullirme. Luego, al llegar adonde el agua estaba tranquila, me volví cara arriba y me quedé flotando. Veía sólo el cielo, y sentía el subir y bajar del oleaje. Regresé nadando hacia la línea de rompientes y la pasé, boca abajo, a caballo de una gran ola; luego giré y me puse a nadar, tratando de mantenerme en el surco formado entre dos olas y de evitar que alguna de ellas se rompiera contra mí. Nadar en aquel surco me fatigó; giré y nadé mar adentro, en dirección a la balsa. El agua estaba fría y sostenía bien a flote. Parecía como si uno no pudiera hundirse nunca. Nadé lentamente; con la marea alta, la distancia parecía muy considerable. Luego subí a la balsa y me senté, chorreante, mojando las tablas que empezaban a calentarse con el sol. Fui recorriendo la bahía con la vista: la ciudad vieja, el casino, la hilera de árboles a lo largo del paseo y los grandes hoteles con sus porches blancos y sus nombres en letras doradas. A la derecha, a lo lejos, había una colina verde, con un castillo, que casi cerraba la bahía. La balsa se mecía siguiendo el movimiento del agua. Al otro lado de la estrecha abertura que llevaba a mar abierto había otro cabo bastante elevado. Pensé que me gustaría atravesar a nado la bahía; pero tenía miedo de los calambres.

Sentado al sol, contemplé a los bañistas que estaban en la playa. Todos parecían muy pequeños. Al cabo de un rato me levanté, y agarrándome con los dedos de los pies al borde de la balsa, que se inclinaba bajo mi peso, me zambullí limpiamente, a gran profundidad, volví a salir a través del agua iluminada, me sacudí el agua salada de la cabeza y nadé lentamente, sin parar, hasta la playa.

Después de vestirme y pagar por la caseta, volví al hotel. Los corredores se habían dejado varios ejemplares de *L'Auto* por allí; recogí todos los que había en el salón de lectura, me los llevé y me senté en un sillón, al sol, a leerlos, para hacerme una idea de la vida deportiva francesa. Mientras estaba allí sentado, salió el portero con un sobre azul en una mano.

—Un telegrama para usted, señor.

Metí el dedo por dentro del pico que estaba pegado, abrí el telegrama y lo leí. Había sido reexpedido desde París:

PODRÍAS VENIR HOTEL MONTANA MADRID ESTOY EN BUEN APURO. BRETT.

Di una propina al portero y volví a leer el telegrama. Un cartero se acercaba por la acera. Entró en el hotel. Llevaba un gran bigote y tenía un aspecto muy militar. Salió del hotel. El portero iba inmediatamente detrás de él.

—Otro telegrama para usted, señor.

—Gracias —dije.

Lo abrí. Había sido reexpedido desde Pamplona.

PODRÍAS VENIR HOTEL MONTANA MADRID ESTOY EN BUEN APURO. BRETT.

El portero estaba allí parado, seguramente en espera de otra propina.

—¿A qué hora hay un tren para Madrid?

—Salió a las nueve de la mañana. A las once hay un correo, y a las diez de la noche el Sud Express.

—Consígame una litera en el Sud Express. ¿Quiere el dinero ahora?

—Como a usted le parezca mejor —dijo—. Haré que lo pongan en la factura.

—Sí, hágalo así.

En fin, aquello significaba que todo lo de San Sebastián se iba al diablo. Creo que había esperado vagamente que ocurriera algo por el estilo. Vi al portero parado a la puerta:

—Tráigame un impreso para telegramas, por favor.

Lo trajo. Saqué la estilográfica y escribí:

LADY ASHLEY HOTEL MONTANA MADRID LLEGO SUD EXPRESS MAÑANA AFECTUOSAMENTE. JAKE.

Eso parecía estar a la altura de todo aquel asunto. Helo aquí. Expide a una chica con un hombre. Preséntala a otro para que se largue con él. Luego ve a buscarla. Y firma el telegrama con un «afectuosamente». Estaba todo perfectamente en regla. Entré a comer.

No dormí mucho aquella noche en el Sud Express. Por la mañana, desayuné en el coche restaurante y contemplé el paisaje de rocas y pinos que hay entre Ávila y El Escorial. A través de la ventana vi El Escorial gris, largo y frío bajo el sol; maldito lo que me importaba. Vi aparecer en la planicie la silueta de Madrid, delineándose compacta y blanca en lo alto de un pequeño risco, muy lejos, al otro lado de aquella extensión de terreno que el sol endurecía.

En Madrid, la estación del Norte es final de trayecto. Todos los trenes terminan allí. No continúan hacia ninguna parte. A la salida había cupés, taxis y una hilera de agentes de hotel. Parecía una ciudad de provincia. Tomé un taxi y subimos por entre los jardines; pasé junto al palacio desierto y la iglesia sin acabar que hay al borde de la meseta, y continué ascendiendo hasta entrar en la alta y calurosa ciudad moderna. El coche se deslizó por una calle bien pavimentada que nos llevó hasta la Puerta del Sol, cruzó por entre el tránsito y se metió en la Carrera de San Jerónimo. Todas las tiendas tenían sus toldos abiertos para protegerse contra el calor. Las ventanas que daban al lado soleado de la calle tenían los postigos cerrados. El taxi se detuvo al borde de la acera. Vi el anuncio HOTEL MONTANA en el segundo piso. El taxista metió las maletas y las dejó junto al ascensor. Como no logré hacer funcionar el ascensor, subí a pie. En el segundo piso había una placa de cobre: HOTEL MONTANA. Toqué el timbre y no acudió nadie. Volví a llamar y una doncella con expresión hosca abrió la puerta.

—¿Está aquí lady Ashley? —pregunté.

Me miró con aire estúpido.

—¿Hay aquí una señora inglesa?

Se volvió y llamó a alguien que estaba dentro. Una mujer muy gorda se acercó a la puerta. Tenía el cabello gris, tieso de tanta brillantina, y lo llevaba dispuesto en ondas que le enmarcaban la cara. Era pequeña y mandona.

—*Muy buenas* —dije—. ¿Está aquí una señora inglesa? Querría verla.

—*Muy buenas.* Sí, aquí hay una mujer inglesa. Por supuesto que puede verla, siempre que ella desee verle a usted.

—Ella desea verme.

—La *chica* irá a preguntárselo.

—Hace mucho calor.

—En verano hace mucho calor en Madrid.

—¡Y qué frío en invierno!

—Sí, hace mucho frío en invierno.

¿Tenía la intención de alojarme yo mismo en el Hotel Montana?

De momento, no estaba del todo seguro de ello; sin embargo, me complacería mucho que me subieran las maletas, que estaban en la planta baja, para que no me las robaran. Jamás se robaba nada en el Hotel Montana. En otras *fondas* sí. Pero allí no. No. El personal de aquel establecimiento estaba cuidadosamente seleccionado. Estaba muy satisfecho de saberlo; no obstante, vería con buenos ojos la subida de mis maletas.

La doncella entró y dijo que la mujer inglesa quería ver al hombre inglés en seguida, al instante.

—Bueno —dije—, ya lo ve. Es lo que yo le decía.

—Sí, no hay duda.

Seguí a la doncella por un corredor largo y oscuro. Al llegar al final, llamó con los nudillos a una puerta.

—¡Hola! —dijo Brett—. ¿Eres tú, Jake?

—Soy yo.

—Entra, entra.

Abrí la puerta. La doncella la cerró detrás de mí. Brett estaba en la cama. Acababa de cepillarse el pelo y tenía todavía el cepillo en la mano. La habitación mostraba aquel tipo de desorden que sólo son capaces de lograr quienes han tenido siempre gente a su servicio.

—¡Querido! —dijo Brett.

Me acerqué a la cama y la estreché entre mis brazos. Me besó, y noté que mientras lo hacía pensaba en otra cosa.

Estaba temblando entre mis brazos. Daba la impresión de ser muy pequeña.

—¡Querido! ¡Qué días más horribles he pasado!

—Cuéntamelo.

—No hay nada que contar. Él no se fue hasta ayer. Le obligué a marcharse.

—¿Por qué no lo has retenido?

—No lo sé. Hay cosas que uno no puede hacer. No creo haberle causado ningún daño.

—Seguramente le has hecho un gran bien.

—No es de los que pueden vivir con otra persona. Me di cuenta de ello inmediatamente.

—No, es verdad.

—¡Al diablo todo! —dijo ella—. No hablemos de eso. No volvamos a hablar nunca más de eso.

—Está bien.

—Fue un duro golpe descubrir que se avergonzaba de mí. Porque durante un tiempo se avergonzaba de mí, ¿sabes?

—¡No!

—Oh, sí. Supongo que en el café le gastaban bromas acerca de mí. Quería que me dejara crecer el pelo. ¡Yo con el pelo largo! ¡Menuda facha tendría!

—Es divertido.

—Decía que aquello me haría más femenina.

—¿Y qué ocurrió?

—Oh, superó esta manía. Pronto dejó de avergonzarse de mí.

—¿Qué quería decir aquello de que estabas en apuros?

—No sabía si iba a conseguir que se fuera, y no tenía ni cinco para ser yo la que se marchara y le dejara. Trató de darme mucho dinero, ¿sabes? Pero yo le dije que lo tenía a montones. Él sabía que era mentira. No podía aceptar su dinero, ¿entiendes?

—No, tienes razón.

—Oh, no hablemos de ello. De todas formas, hubo cosas muy divertidas. Dame un cigarrillo.

Encendí el cigarrillo.

—Aprendió el inglés que sabe trabajando como camarero, en Gibraltar.

—Sí.

—Al final quería casarse conmigo.

—¿De veras?

—Sí, por supuesto. No puedo ni casarme con Mike.

—Tal vez pensó que eso le transformaría en lord Ashley.

—No. No era eso. Quería realmente casarse conmigo. De esta forma yo no podría abandonarlo, decía. Quería estar seguro de que no lo dejaría nunca. Cuando me hubiera vuelto más femenina, por supuesto.

—Ahora debes de sentirte más a tus anchas.

—Así es. Ahora vuelvo a estar perfectamente. Él ha conseguido que se me borrara de la memoria aquel maldito Cohn.

—Eso está bien.

—¿Sabes una cosa? Hubiera vivido con él, de no haber visto que eso le perjudicaba. Nos llevábamos muy bien.

—Dejando aparte tu aspecto exterior.

—Oh, se hubiese acostumbrado a eso.

Apagó el cigarrillo.

—Tengo treinta y cuatro años, ¿entiendes? No voy a convertirme en una de esas fulanas que se dedican a pervertir criaturas.

—No.

—No voy a portarme de esta forma. Ahora me siento bien, ¿sabes? Me siento segura de mí misma.

—Mejor.

Desvió la cabeza. Pensé que buscaba otro cigarrillo. Luego vi que lloraba. Podía notar cómo lloraba. Los sollozos la sacudían. No levantó la vista. La rodeé con mis brazos.

—No hablemos nunca más de eso. Por favor, no hablemos nunca más de eso.

—¡Querida Brett!

—Voy a volver con Mike —dijo. La mantenía estrechamente abrazada y notaba sus sollozos—. ¡Es tan encantador y tan horrible al mismo tiempo! Es lo que me conviene.

Seguía sin levantar la cabeza. Le acaricié el pelo. Sentía cómo se estremecía.

—No quiero ser una de esas fulanas —dijo—. Pero, por favor, Jake, no hablemos nunca más de eso.

Nos fuimos del Hotel Montana. La mujer que lo llevaba no me dejó pagar la cuenta. Había sido ya pagada.

—Oh, está bien. Dejémoslo —dijo Brett—. Ahora ya no importa.

Fuimos en taxi hasta el Palace Hotel, dejamos las maletas, hicimos que nos reservaran dos literas en el Sud Express de la noche y entramos en el bar a tomar un cóctel. Nos sentamos en los altos taburetes que había junto a la barra, mientras el barman agitaba los martinis en una gran coctelera niquelada.

—Es curioso observar la maravillosa cortesía que uno encuentra en el bar de los grandes hoteles —observé.

—Los barmen y los jockeys son las únicas personas que siguen siendo educadas hoy en día.

—Por vulgar que sea un hotel, el bar es siempre un sitio agradable.

—Es extraño.

—Los barmen han sido siempre amables.

—¿Sabes una cosa? —dijo Brett—. Es completamente cierto. Sólo tiene diecinueve años. ¿No te parece asombroso?

Hicimos chocar las copas, que estaban colocadas encima del mostrador, una junto a otra. El frío las había llenado de gotitas de agua.

Al otro lado de la ventana con cortinas estaba el bochorno estival de Madrid.

—Me gusta el martini con una aceituna dentro —dije al barman.

—Tiene usted razón, señor. Ahí tiene.

—Gracias.

—Tendría que habérselo preguntado, ¿sabes?

El barman se alejó lo bastante para no oír nuestra conversación. Brett tomó un sorbo de martini sin alzar la copa del mostrador. Luego la cogió. Después del primer sorbo, su mano tenía la firmeza suficiente para levantarla.

—¡Qué rico está! ¿Verdad que es un bar simpático?

—Todos los bares lo son.

—Al principio no me lo creía, fíjate tú. Nació en 1905. Por aquel entonces yo estudiaba en París. Imagínate eso.

—¿Quieres que me imagine algo en concreto?

—No seas imbécil. ¿Quieres pagar una copa a una dama?

—Tomaremos otros dos martinis.

—¿Cómo los que acaban de tomar, señor?

—Estaban muy buenos —dijo Brett dirigiéndole una sonrisa.

—Gracias, señora.

—Bueno, ¡chin-chin! —dijo Brett.

—¡Chin-chin!

—¿Sabes una cosa? —dijo Brett—. Antes de mí, sólo había estado con dos mujeres. No se ha preocupado nunca de nada más que de torear.

—Tiene mucho tiempo por delante.

—No sé... Él cree que había de ser conmigo precisamente. No le interesan las aventuras en general.

—Está bien, pues; eras tú.

—Sí. Era yo...

—Creí que no volverías a hablar de eso.

—¿Cómo puedo evitarlo?

—Si lo cuentas, lo vas a perder.

—Sólo lo cuento muy por encima. ¿Sabes que noto una gran sensación de bienestar, Jake?

—No es para menos.

—Una se siente considerablemente bien al decidir no convertirse en una fulana, ¿comprendes?

—Sí.

—Es algo así como un sucedáneo de Dios para quienes no lo tenemos.

—Hay gente que tiene a Dios —dije—. Y mucha.

—Pues conmigo nunca se han portado muy bien.

—¿Tomamos otro martini?

El barman agitó en la coctelera otros dos martinis y los vertió en dos copas limpias.

—¿Adonde vamos a ir a comer? —pregunté a Brett.

Se estaba fresco en el bar. A través de la ventana se notaba el bochorno exterior.

—¿Aquí? —preguntó Brett.

—Aquí en el hotel la comida es un asco. ¿Conoce usted un sitio que se llama casa Botín? —pregunté al barman.

—Sí, señor. ¿Quiere que le apunte la dirección?

—Gracias.

Comimos en casa Botín, en la sala de arriba. Es uno de los mejores restaurantes del mundo. Comimos lechón asado y bebimos Rioja alta. Brett no tomó gran cosa. Yo me di un atracón y bebí tres botellas de Rioja alta.

—¿Cómo te sientes, Jake? —preguntó Brett—. ¡Dios mío, cuánto has comido!

—Me siento estupendamente. ¿Quieres algo para el postre?

—¡Oh, no, Señor!

Brett fumaba.

—Te gusta comer, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —contesté—. Hay muchas cosas que me gusta hacer.

—¿Cuáles?

—Oh, muchas —dije—. ¿No quieres postre?

—Ya me lo has preguntado una vez.

—Sí, es verdad —dije—. Tomemos otra botella de Rioja alta.

—Es muy bueno.

—Pues tú no has bebido mucho —dije.

—Sí que he bebido. No te has fijado.

—Tomemos dos botellas más —propuse.

Trajeron las botellas. Vertí un poco de vino en mi vaso, llené el de Brett y al final acabé de llenarme el mío. Chocamos los vasos para brindar.

—¡A tu salud! —dijo Brett.

Vacié el vaso y me lo volví a llenar. Brett me puso la mano en el brazo.

—No te emborraches, Jake —dijo—. No tienes por qué hacerlo.

—¡Tú que sabes!

—No lo hagas —dijo—. Todo saldrá bien.

—No estoy emborrachándome —dije—. Estoy bebiendo un poco de vino, eso es todo. Me gusta beber vino.

—No te emborraches —dijo—. Jake, no te emborraches.

—¿Quieres que demos un paseo en coche? —propuse—. ¿Quieres que demos un paseo por la ciudad?

—Magnífico —dijo Brett—. No he visto Madrid. Y tendría que verlo.

—Voy a terminarme esto.

Bajamos, atravesamos el comedor de la planta baja y salimos a la calle. Un camarero fue a buscar un taxi. Hacía un día caluroso y radiante. Calle arriba, en una plazoleta con árboles y césped, había taxis aparcados. Uno de ellos se acercó, con el camarero colgado del estribo. Le di una propina, dije al chofer dónde tenía que ir y me metí dentro, junto a Brett. El chofer se puso en marcha. Me recosté en el asiento. Brett se acercó a mí y permanecimos así, muy juntos. La rodeé con el brazo y ella se recostó cómodamente contra mí. Hacía un día muy caluroso y brillante y la blancura de las casas hacía daño a la vista. Doblamos hacia la Gran Vía.

—¡Oh, Jake! —dijo Brett—, ¡qué bien lo hubiéramos podido pasar juntos!

Ante nosotros, un policía a caballo, vestido de caqui, regulaba el tráfico. El coche disminuyó repentinamente de velocidad, impeliendo a Brett contra mí.

—Sí —dije—. ¿Verdad que resulta agradable imaginárselo?

FIN DE “FIESTA”